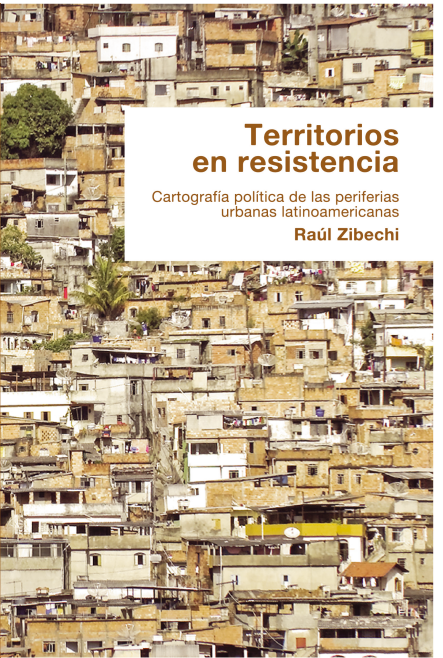
resiste

La irrupción de los que están en el subsuelo, ¿transitará a través de los mismos carriles por los que transcurrieron las rebeliones y las luchas obreras? ¿Cómo podemos deducir o descifrar las formas de hacer política de los excluidos? El momento privilegiado, el que ilumina aún fugazmente las zonas de penumbra (o sea los márgenes mirados desde el estado), es la insurrección, el momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus estrategias.

existe

ECOLOGISTAS en acción
CGT
Coordinación estatal de luchas en BALADRE
zambra iniciativas sociales



Territorios en resistencia

Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas

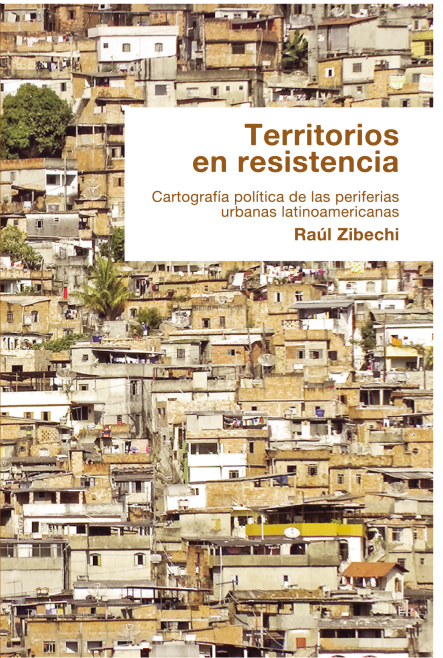
Raúl Zibechi

resiste

La irrupción de los que están en el subsuelo, ¿transitará a través de los mismos carriles por los que transcurrieron las rebeliones y las luchas obreras? ¿Cómo podemos deducir o descifrar las formas de hacer política de los excluidos? El momento privilegiado, el que ilumina aún fugazmente las zonas de penumbra (o sea los márgenes mirados desde el estado), es la insurrección, el momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus estrategias.

existe

ECOLOGISTAS en acción
CGT
Coordinación estatal de luchas contra BALADRE
zambra iniciativas sociales



Territorios en resistencia

Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas

Raúl Zibechi

Índice

7 Presentación. *Gentes de Zambra*.

11 Prólogo a la presente edición. *Raúl Zibechi*.

15 Capítulo 1.Las periferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?

83 Capítulo 2. Territorios de la dominación y de las resistencias.

97 Capítulo 3. Gobiernos y movimientos: entre la autonomía y las nuevas formas de dominación.

105 Capítulo 4. El arte de gobernar los movimientos.

135 Capítulo 5. Hacia los territorios de la emancipación.

141 Capítulo 6. La recreación del lazo social: la revolución de nuestros días.

155 Capítulo 7. Ecos del subsuelo: Resistencia y política desde el sótano.

Presentación

Enrique García Escamilla y
María Jesús García Repiso
Gentes de Zambra

Agradecemos a la colaboración de las gentes de CGT, Ecologistas en Acción y de Baladre la posibilidad de poder editar este magnífico libro de Raúl Zibechi. La presente edición de Territorios y Resistencias es un fruto más de la colaboración de estas organizaciones o como nos gusta mucho decir, de esos en-red-os, en los que vamos compartiendo los esfuerzos de aprender las unas de las otras poniendo en marcha iniciativas de apoyo mutuo que nos dejan regalos como el libro que os presentamos.

Es una suerte poder disponer de un libro como éste, en unos momentos como los actuales: con la que nos está cayendo y con las que sin dunda nos están por caer; para enriquecer los debates, profundizar en el análisis, en la reflexión y en las búsquedas de estrategias que nos permitan encontrar formas con las que debilitar y transformar esta locura inhumana llamada capitalismo, haciendo emerger desde abajo, otros mundos donde florezca la diversidad y las "auto-" en todas sus variables.

Al presentar esta obra de Zibechi sobre las luchas y las resistencias que los de abajo mantienen y practican en los barrios periféricos de las ciudades de América Latina, sólo nos cabe, a las que escribimos esta presentación, enfocar nuevamente la mirada hacia la realidad en que vivimos, la realidad de los de de abajo que habitamos en la periferia del sistema en un país central, de los que sufrimos las consecuencias del poder y la exclusión (paradas, empobrecidas, precarias y excluidas), y donde además con sus falsas crisis, empezamos a conocer sobre nosotras las medidas draconianas de "ajuste y reforma estructural" que sacudieron América Latina en las décadas pasadas.

Por eso mismo, porque nos encontramos aún en un país central del capitalismo, es necesario ser conscientes de que en nuestros barrios, no hace tanto existieron fuertes lazos sociales y un rico tejido social de apoyos mutuos, que se fue destruyendo en la medida que el poder fue arrebatán-

donos la acción social y reduciendo lo colectivo de nuestras vidas al juego institucional y al espectáculo electoral. Hoy además habitamos espacios que han sido construidos y configurados por el propio poder para intentar imposibilitar el surgimiento y la reproducción de cualquier sociedad diferente, antagónica y heterogénea, nuestros barrios han sido planificados y creados con la función de apagar cualquier llama revolucionaria impidiendo cualquier relación que en la que no esté por medio el mercado. A pesar de ello, cada vez con más frecuencia, vuelve a surgir la insurrección y arden los coches en París, la gente lanza piedras en Londres, pero la mayoría de nuestra gente en nuestros barrios está sola, los vínculos sociales se han roto, hemos sido inidividualizadas.

No obstante, y hay que decirlo ya, algo está ya renaciendo en Europa y en el Mediterráneo, a la luz de luchas contra sus crisis en Grecia, Portugal, Irlanda, Islandia y en Estado Español, así como la primavera árabe, nuestras sociedades se ponen en marcha para intentar llegar a un lugar bien distinto del que las élites nos tienen reservado.

Han sido también muchos los años de políticas sociales puestas en marcha por el llamado Estado del Bienestar como herramienta de "control social a distancia" o de "control remoto" para desarticular todo movimiento y aliviar algunas conciencias, imponiendo el tratamiento individual –clínico– de la pobreza y la culpabilización de las que la sufrimos, (con rentas mínimas controladas y contraprestaciones), que hicieron olvidar a muchas que toda nuestra vida era asimilada por el mercado, quedando cada vez menos espacios autónomos y libres y cada vez éramos más la gente que queda excluida de lo más básico para poder llevar una vida digna.

Durante las décadas de Estado de Bienestar que hemos conocido, los derechos sociales quedaban –y siguen quedando–, reservados a la gente que puede participar en el juego de la explotación, merced del mercado laboral y del mercado de lo social (o asistencial), es por ello por lo que necesariamente y frente la nueva oleada neoliberal, la lucha por los derechos sociales sigue estando marcado por lo urgente de sacar todo lo básico del mercado (vivienda, luz, agua, transporte, educación, salud, renta básica de las iguales).

Debemos ser conscientes de que las políticas de control social que se ejerce a través de la políticas sociales está pasando, con la privatización de los servicios sociales, de la sanidad y la educación, cada con más rapidez y facilidades a empresas privadas, alimentando ese gran negocio que se construye a costa de nuestra propia pobreza (Sáez Bayona, 1996). Sin duda veremos cómo junto a las viejas formas de gobernabilidad nacen otras nuevas (desde los juegos de su política espectáculo a la represión abierta y brutal de las cargas policiales y detenciones ilegales) para intentar evitar

nuestras resistencias e impedir que desde nuestras luchas y confrontaciones con el capital y con el Estado, seamos capaces de seguir siendo, en movimiento, en la transformación del espacio y de las relaciones sociales, –como señala Zibechi– solamente somos y seremos en movimiento, sólo en la medida en que las gentes de abajo somos capaces de articular sociedades otras, heterogéneas y antagónicas, podemos lograr el control sobre nuestras propias vidas y no ser asimiladas y desarticuladas por el propio poder al que nos enfrentamos.

Es posible pero sólo posible, que en estos tiempos de decrecimiento impuesto (Fernández Durán, 2011) el dolor y el odio se transformen en creatividad y seamos capaces de articular procesos y confluencias que nos permitan crear espacios y relaciones sociales heterogéneas y antagónicas que den soporte y profundidad a nuestras luchas por transformar la realidad, pero indudablemente, como nos ilustra Zibechi, si desde ya no aceptamos cuestionar tanto las formas de participación que el sistema nos ofrece con la intención de parecer reformarse a sí mismo, como revisar también nuestras propias prácticas, iniciativas e inercias de años pasados, en las que nos hemos ido quedando, muchas veces, viviendo al margen de las vidas de millones de personas que sufren solas y de los procesos de autoorganización popular que estas mismas personas impulsan –con mayor o menor repercusión mediática– y que abarcan desde el Cabañal, a la Cañada Real y el 15M, pasando por los desalojos de muchos centros sociales autogestionados, etc., y muchísimo más.

Zibechi, con simplicidad y profundidad nos invita a enfocar la mirada desde las lógicas de proceso y de transformación, así como de la búsqueda del hermanamiento y los apoyos mutuos, miradas con las que desde abajo en las periferias urbanas de América Latina tejen y entretejen mundos otras, reproduciendo esos lazos sociales comunitarios que son la base para cualquier trasformación radical del sistema. Volviendo la mirada sobre nuestros barrios no podemos sino intentar optar por intentar recrear entre nosotras y con las demás, los vínculos de apoyos mutuos a través de los cuales el mercado deja ser el medio y fin en nuestras vidas.

REFERENCIAS:

Fernández Durán, R. (2011). *La quiebra de capitalismo global 2010-2030*. Madrid: Libros en Acción/Virus/Baladre.
Sáez Bayona, M. (1996). *De nuestra pobreza viven muchas*.

Prólogo a la presente edición

Desde que escribí este libro tuve la convicción de que sólo podía interesar a un público latinoamericano. Todos los procesos y casos que describo y analizo forman parte de la experiencia reciente de este continente, desde las luchas de los indígenas y campesinos sin tierra hasta los espacios que vienen abriendo los más pobres en la periferias de las grandes ciudades.

Con el 15M esa percepción cambió de forma radical. Desde los primeros días de la acampada de Sol, sentí que comenzaba algo nuevo, algo diferente a las procesiones de las centrales sindicales, férreamente controladas por las burocracias donde los manifestantes son apenas "masa" para poner en la balanza de una relación de fuerzas que jamás se modifica porque los de abajo son siempre objetos de los dirigentes, nunca sujetos de sus vidas. Un amigo economista me explicó que en los ajustes que promueve el FMI suelen incluirse una cierta cantidad de "horas perdidas" por paros y huelgas, lo que vendría a demostrar que las protestas sindicales forman parte del escenario previsto por los organismos financieros globales. Por ese lado, hay poco que esperar.

Uno de los cambios maravillosos que trajo el 15M fue la cercanía de la experiencia europea con la latinoamericana, un nuevo diálogo, un vínculo de otro tipo que no pasa ya más por la solidaridad sino por el hermanamiento. Desde que conocí el movimiento zapatista pienso que la solidaridad es la ternura del que tiene hacia el que carece, un vínculo de arriba a abajo, paternal, de protección, de sujeto a objeto. La solidaridad es siempre con el otro, con el que está peor, con el que no puede ponerse de pie por sí mismo, o, por lo menos, esa es al percepción del "solidario". Por eso creo que la solidaridad es una mierda. Más emparentada con la caridad que con el vínculo horizontal y fraterno entre quienes se sienten, y por lo tanto son, iguales.

Viviendo en Madrid, milité en la solidaridad con Centroamérica y comprobé que eran muy pocos, y sobre todo muy pocas, las que se iban

a vivir allá a poner el cuerpo no para ayudar sino para "estar con", para acompañar como una más, aportando sus saberes en relación de igualdad. En el campo de la solidaridad, los militantes van a los países afectados por guerras a llevar dinero, hacer discursos y ocupar un lugar en las tarimas que no pueden ocupar en el país donde viven con comodidad.

Por eso creo que el 15M es una maravilla. Porque lanzó la solidaridad al lugar que le corresponde, junto a la beneficencia y la indulgencia, al lado de los gestos paternales y patriarcales de los que entregan las sobras para dormir de un tirón sin sentido de culpa. Ese día comenzó a nacer otra cosa. Digamos fraternidad, la hermana abandonada de la tríada de la revolución francesa. Fraternidad habla un lenguaje otro, habla del vínculo entre hermanos y hermanas, entre las que se consideran iguales, de la misma sangre, de idéntica estirpe. En esta crisis sistémica, nos hermanamos quienes no tenemos nada que perder.

Si nos hermanamos, dicen los zapatistas, ya no nos hace falta nada más. Cuando nos convertimos en hermano, se difumina la relación entre sujeto y objeto, ya no hay quien da y quien recibe. Todos damos y todos recibimos, lo que podamos darnos, sin medida, porque ya no hacen falta balanzas para anotar quién y cuánto está donando. Ese es el don, el verdadero don de la gratuidad de dar, que nos enseñan los pueblos indios de este continente, que no son de aquí ni de allá sino de todos los corazones.

Dije hermanos y, sin ninguna razón aparente, la imagen de Ramón, la sonrisa triunfal de Ramón, se instala entre nosotros, como puente mágico entre los mundos, como tejido invisible que vuelve hermanos a los que no se conocen pero se intuyen, se miran, se bailan, se tocan. Siento, en algún lugar lo siento, que está por ahí mirándonos, con esa media risita con que nos contemplaba hace treinta años (uffff…) en la Comisión Anti OTAN de Madrid. Y al recordarla, al recordarlo a Ramón y a todos los ramones que allí nos encontramos en medio de la espesa niebla de una transición conservadora, siento que aquello fue un pequeño ensayo general de hermanamiento, de romper las fronteras de ideologías y partidos y organizaciones para hacerse cuerpo único, aunque fugaz, de amor por la vida y la sonrisa.

Quiero sentir el hilo que en estas décadas fue tejiendo un tapiz, anudando decenas de iniciativas, desde los laboratorios de Lavapies hasta este torrentoso 15M. Re-anudando senderos y seres que la vida, que trabaja solita, sin tácticas ni estrategias, ha ido hermanando en acciones pequeñas que nunca quieren ser grandes porque crecen desde adentro. No es acumulación de fuerzas ni construcción de organización sino algo mucho más fuerte, profundo y potente: es el desborde de las dignidades colectivas que ya no caben, ni pueden ser contenidas, en instituciones de derecha e

izquierda. En ese cauce rebosante y caótico nos hemos re-conocido con otras gentes, las de Baladre, y no hicieron falta ni presentaciones ni discursos para saber que formamos parte, con Manolo, del mismo arroyo de dignidades que parió tantos ramones.

No tengo la menor idea si el lema "Democracia Real Ya" puede ser implementado en la vida real. Tengo, sí, la certeza de que nació, de golpe e improvisada, una "democracia debajo de las lonas" en las acampadas, allí donde todas y todos somos iguales, donde no hay tarimas ni centros sino círculos y fogones. Rodeando el fogón somos iguales, dispersamos el poder de los dirigentes en un ir y venir de la palabra que permanece anudada a la acción y ya no puede separarse de ella. Quedémonos con la imagen: la democracia de los fogones nos hizo hermanos y ella disolvió la solidaridad.

Raúl Zibechi

Octubre de 2011
Montevideo

Capítulo 1

Las periferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?

"Cuando el proletariado se mostraba rebelde
y actuaba por su cuenta, se le describía como
un monstruo, una hidra policéfala."
Peter Linebaugh y Marcus Rediker
La hidra de la revolución

Si a comienzos del siglo XXI algún fantasma capaz de atemorizar a las elites está recorriendo América Latina, es seguro que se hospeda en las periferias de las grandes ciudades. Del corazón de las barriadas pobres han surgido en las dos últimas décadas los principales desafíos al sistema dominante: desde el Caracazo de 1989 hasta la comuna de Oaxaca en 2006. Prueba de ello son los levantamientos populares de Asunción en marzo de 1999, Quito en febrero de 1997 y enero de 2000, Lima y Cochabamba en abril de 2000, Buenos Aires en diciembre de 2001, Arequipa en junio de 2002, Caracas en abril de 2002, La Paz en febrero de 2003 y El Alto en octubre de 2003, por mencionar sólo los casos más relevantes.

En las páginas que siguen pretendo hacer un breve y selectivo recorrido por algunos movimientos urbanos a lo largo del último medio siglo, con la esperanza de comprender los itinerarios de larga duración y las agendas ocultas de los sectores populares urbanos. Ellas no son formuladas de modo explícito o racional por los pobres de las ciudades, en clave de estrategias y tácticas o de programas políticos o reivindicativos, sino que, como suele suceder en la historia de los oprimidos, el andar hace camino. Esta convicción me sugiere que sólo a posteriori puede reconstruirse la coherencia de un recorrido que siempre suele rebasar o enmendar las intenciones iniciales de los sujetos. Previamente repaso las nuevas estrategias que está formulando

la derecha imperial para abordar los desafíos que suponen las periferias de las grandes ciudades y pongo en cuestión, también de modo sucinto, un conjunto de tesis que cuestionan la posibilidad de que los marginados sean sujetos políticos.

MILITARIZACIÓN Y ESTADO DE EXCEPCIÓN

El control de los pobres urbanos es el objetivo más importante que se han trazado tanto los gobiernos como los organismos financieros globales y las fuerzas armadas de los países más importantes. Se estima que mil millones de personas viven en las barriadas periféricas de las ciudades del tercer mundo y que los pobres de las grandes ciudades del mundo trepan a dos mil millones, un tercio de la humanidad. Esas cifras se duplicarán en los próximos 15 a 20 años, ya que el crecimiento de la población mundial se producirá íntegramente en las ciudades y un 95% se registrará en los suburbios de las ciudades del sur (Davis, 2006b). La situación es más grave aún de lo que muestran los números: la urbanización, como señala Mike Davis, se ha desconectado y autonomizado de la industrialización y aún del crecimiento económico, lo que implica una "desconexión estructural y permanente de muchos habitantes de la ciudad respecto de la economía formal" (Davis, 2006b), mientras los modos actuales de acumulación siguen expulsando personas del campo.

Muchas grandes ciudades latinoamericanas parecen por momentos al borde de la explosión social y varias de ellas han venido estallando en las dos últimas décadas por los motivos más diversos. El temor de los poderosos parece apuntar en una doble dirección: aplazar o hacer inviable el estallido o la insurrección y, por otro lado, evitar que se consoliden esos "agujeros negros" fuera del control estatal donde los de abajo "ensayan" sus desafíos que pronto se convierten en rebeliones como señala James Scott (2000).

Por eso, en todo el continente los planes sociales han puesto en la mira a las poblaciones de las periferias urbanas, donde buscan instrumentar nuevas formas de control y disciplinamiento a través de subsidios y un conocimiento más fino de esas realidades. Por otro lado, las publicaciones dedicadas al pensamiento estratégico y militar, así como los análisis de los organismos financieros, dedican en los últimos años amplios espacios a abordar los desafíos que presentan las maras y las pandillas, y a debatir los nuevos problemas que plantea la guerra urbana[1]. Los conceptos de "guerra asimétrica" y de "guerra de cuarta generación" son respuestas a problemas idénticos a los que plantean las periferias urbanas del tercer mundo. Los estrategas ven con claridad el nacimiento de un tipo de guerra

diferente, en el que la superioridad militar no juega un papel decisivo. Desde este punto de vista, los planes sociales y la militarización de las periferias pobres son dos caras de una misma política ya que buscan controlar a las poblaciones que están fuera del alcance de los estados[2].

El estado ha perdido el monopolio de la guerra y las elites sienten que los "peligros" se multiplican. "En casi todos los lugares, el estado está perdiendo", asegura William Lind, director del Centro para el Conservadurismo Cultural de la Fundación del Congreso Libre (Lind, 2005). Pese a ser partidario de abandonar Irak lo antes posible, Lind defiende la "guerra total" que supone enfrentar a los enemigos en todos los terrenos: económicos, culturales, sociales, políticos, comunicacionales y también militares. Un buen ejemplo de esta guerra de espectro total es que los peligros para la hegemonía estadounidense anidan en todos los aspectos de la vida cotidiana o, si se prefiere, en la vida a secas. A modo de ejemplo, considera que "en la guerra de cuarta generación, la invasión mediante la inmigración puede ser tan peligrosa como la invasión que emplea un ejército de estado" (Lind, 2005). Los nuevos problemas que nacen a raíz de la "crisis universal de legitimidad del estado" ponen en el centro a los "enemigos no estatales". Esto lo lleva a concluir con una doble advertencia a los mandos militares: ninguna fuerza armada ha logrado éxito ante un enemigo no estatal; pero el problema de fondo, es que las fuerzas armadas de un estado fueron diseñadas para luchar contra las fuerzas armadas de otro estado. Esta paradoja está en el núcleo del nuevo pensamiento militar, que debe ser reformulado completamente para asumir desafíos que antes correspondían a las áreas "civiles" del aparato estatal. La militarización de la sociedad para recuperar el control de las periferias urbanas no es suficiente, como lo revela la experiencia militar reciente en el tercer mundo.

---

1. Véase a modo de ejemplo: Steven Boraz y Thomas Bruneau, "La Mara Salvatrucha y la Seguridad en América Central", Military Review, noviembre-diciembre de 2006; Federico Brevé, "Las Maras: Desafío Regional", Military Review, marzo-abril 2007; Peter W. Chiarelli, "Lograr la paz: el requisito de las operaciones de espectro total", Military Review, noviembre-diciembre de 2005; Ross A. Brown, "La evaluación de un comandante: Bagdad del Sur", Military Review, mayo-junio de 2007; C G Blanco, "Mara Salvatrucha 13", Instituto Nueva Mayoría, 5 de agosto de 2005; Miguel Díaz, "La otra guerra que Washington no está ganando", Instituto Nueva Mayoría, 16 de marzo de 2007; Banco Interamericano de Desarrollo, Seminario "La faceta ignorada de la violencia juvenil: estudios comparativos sobre maras y pandillas".

2. He abordado los planes sociales como forma de control y disciplinamiento de los pobres en Zibechi, 2006a.

Los mandos militares que se desempeñan en Irak parecen tener clara conciencia de los problemas que deben enfrentar. El general de división Peter W. Chiarelli en base a su reciente experiencia en Bagdad, pero sobre todo en el suburbio de Ciudad Sadr, sostiene: "La conducción de la guerra en la forma que estamos acostumbrados, ha cambiado. La progresión demográfica en las grandes áreas urbanas junto con la inhabilidad del gobierno local de mantenerse al paso con los servicios básicos crean las condiciones ideales para que los ideólogos fundamentalistas saquen provecho de los elementos marginados de la población. Emplear nuestra fuerza económica con un instrumento de poder nacional equilibra el proceso de logar el éxito sostenible a largo plazo." (Military Review, 2005: 15)

La seguridad es el objetivo a largo plazo, pero no se consigue con acciones militares. "Las operaciones de combate proporcionarían las victorias posibles a corto plazo (…) pero a la larga, sería el comienzo del fin. En el mejor de los casos, causaríamos la expansión de la insurgencia" (Military Review, 2005: 15). De ahí concluye que las dos líneas de acción tradicionales, como las operaciones de combate y el adiestramiento de fuerzas de seguridad locales, son insuficientes. Se propone asumir tres líneas de acción "no tradicionales", o sea aquellas que antes correspondían al gobierno y a la sociedad civil: dotar a la población de servicios esenciales, construir una forma de gobierno legítimo y potenciar el "pluralismo económico". Con las obras de infraestructura buscan mejorar la situación de la población más pobre y a la vez crear fuentes de empleo que sirvan para enviarles señales visibles de progreso. En segundo lugar, crear un régimen "democrático" es considerado un punto esencial para legitimar todo el proceso. Para los mandos de Estados Unidos en Irak, el "punto de penetración" de sus tropas fueron las elecciones del 30 de enero de 2005. En el pensamiento estratégico la democracia queda reducida a la emisión del voto, que no sólo no es contradictorio sino funcional a un estado de excepción permanente (Agamben, 2003). Por último, mediante la expansión de la lógica del mercado, que busca "aburguesar los centros de las ciudades y crear concentraciones de empresas" que se conviertan en un sector dinámico que impulse al resto de la sociedad, se intenta reducir la capacidad de reclutamiento de los insurgentes (Military Review, 2005: 12).

Véase cómo la "democracia", la expansión de los servicios y la economía de mercado son mecanismos que se ponen al servicio del objetivo esencial: fortalecer el poder y la dominación. Este conjunto de mecanismos es lo que hoy las fuerzas armadas de la principal potencial global consideran como la forma de obtener "seguridad verdadera a largo plazo". En adelante, la población pobre de las periferias urbanas será, en la jerga militar, "el centro de gravedad estratégico y operacional". En las circunstancias de países con

estados débiles y altas concentraciones de pobres urbanos, los mecanismos biopolíticos se inscriben como parte del proceso de militarización de la sociedad. En tanto, las fuerzas armadas son las que ocupan durante un tiempo el lugar del soberano, reconstruyen el estado y ponen en marcha –de modo absolutamente vertical y autoritario– los mecanismos biopolíticos que aseguran la continuidad de la dominación. Los mecanismos de control disciplinarios y los biopolíticos aparecen entrelazados y, en casos extremos como Irak, las favelas de Rio de Janeiro o las barriadas de Puerto Príncipe en Haití, forman parte esencial de los planes militares.

La política de Estados Unidos después de los atentados del 11 de setiembre de 2001 se ajusta al concepto de "estado de excepción permanente" que establece Agamben, aunque se trata de la consolidación de una tendencia que ya se venía imponiendo de modo consistente. Se aplica de modo indistinto en situaciones y por razones muy diversas, desde problemas políticos internos hasta amenazas exteriores, desde una emergencia económica hasta un desastre natural. En efecto, el estado de excepción se aplicó en situaciones como la crisis económico-financiera argentina que eclosionó en diciembre de 2001 en un amplio movimiento social; para enfrentar los efectos del huracán Katrina en Nueva Orleáns; para contener la rebelión de los inmigrantes pobres de las periferias de las ciudades francesas. Lo común, más allá de circunstancias y países, es que en todos los casos se aplica para contener a los pobres de las ciudades: negros, inmigrantes, desocupados. Para Agamben, el totalitarismo puede ser definido como "la instauración, a través del estado de excepción, de una guerra civil legal, que permite la eliminación física no sólo de los adversarios políticos sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político" (Agamben, 2003: 25). Esas categorías son, principalmente, los habitantes de los barrios populares, aquellos sectores que quedaron desconectados de la economía formal, de modo permanente y estructural.

Walter Benjamin en su octava tesis "Sobre el concepto de historia", asegura que "la tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción en el que vivimos es la regla". Luego de reconocer que la afirmación se sustenta en la realidad de la vida cotidiana de los de abajo, se impone abordar la segunda parte de la misma tesis, que sostiene que "debemos llegar a un concepto de historia que se corresponda con esta situación". Para ello no parece suficiente cuestionar la idea occidental de progreso. El nudo del problema está en el llamado estado de derecho que se basa en la violencia ("violencia mítica" dice Benjamin) como creadora del derecho y como garantía de su conservación. Si efectivamente "el derecho es el sometimiento al poder de una parte de la vida" (Mate, 2006: 147),

esa porción de vida es la que corresponde a una parte de la sociedad que vive en un espacio sin ley.

Este dominio de la vida por la violencia es lo que Agamben registra en el campo de concentración, el espacio donde se materializa el estado de excepción convertido en el modo de gobierno dominante en la política actual (Agamben, 1998). Pero la nuda vida a la que ha sido reducida la vida humana en el campo (o en la periferia urbana) supone un desafío para las formas de hacer política, y de cambiar el mundo, hegemónicas desde la revolución francesa en occidente. Dicho en términos de Agamben, "desde los campos de concentración no hay retorno posible a la política clásica", en la medida en que ya no hay distinción posible entre "ciudad y casa", entre "nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo político" (Agamben, 1998: 238).

¿No hay salida? ¿El estado totalitario llegó para quedarse y no nos queda otra opción que convertirnos, en la medida que desafiemos el orden imperial, en objetos condenados a habitar campos como Guantánamo? Agamben asegura que el éxodo no es opción practicable, en gran medida porque, por lo menos en el primer mundo, no hay un afuera al que emigrar ya que el estado-capital ha colonizado todos los poros de la vida. Lo que es seguro es que no puede encontrarse alternativa fuera o lejos de los espacios en los que impera el estado de excepción, de los campos–periferias en los que se vive con un dólar al día, porque es allí donde se manifiesta en toda su crudeza la verdadera "estructura originaria de la estatalidad" (Agamben, 1998: 22).

EL RETORNO DE LAS CLASES PELIGROSAS

En el trasfondo de esta situación está la crisis del liberalismo y la crisis de los estados–nación. El punto de quiebre fue la revolución mundial de 1968 que mostró a las clases dirigentes que no podían mantener en pie el estado benefactor (y era imposible extenderlo a todo el mundo) sin afectar el proceso de acumulación de capital. La fórmula del estado liberal (sufragio universal más estado del bienestar) "funcionó maravillosamente" como medio para "contrarrestar las aspiraciones democráticas" y "contener a las clases peligrosas" (Wallerstein, 2004: 424)[3]. En los países centrales, este sistema podía mantenerse en base a la explotación del Sur asentada en el

3. Un análisis más detallado se puede encontrar en Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México, 1996.

racismo. Pero la revolución de 1968 convenció a las clases dominantes que debían dar un golpe de timón, y así lo hicieron. Estamos ante un cambio sistémico de larga duración. En adelante, "los países del Sur no pueden esperar un desarrollo económico sustancial" pero la presión democratizadora –o sea "una actitud igualitaria y antiautoritaria"– sigue creciendo. El resultado, una vez abandonado el estado benefactor que integró a los de abajo y les dio esperanzas de un mundo mejor, es que "las clases peligrosas vuelven a serlo" (Wallerstein, 2004: 424).

En el lugar del estado benefactor y de la sociedad industrial se instala un caos multiforme y multicausal. Wallerstein enfatiza cinco aspectos que lo potencian: el debilitamiento de los estados, la escalada de guerras y conflictos violentos ante la ineficacia del sistema interestatal, el ascenso de multitud de grupos defensivos, el aumento de crisis locales, nacionales y regionales, y la proliferación de nuevas enfermedades (Wallerstsein, 2004: 425-427). Las periferias urbanas representan una de las fracturas más importantes en un sistema que tiende al caos. Allí es donde los estados tienen menor presencia, donde los conflictos y la violencia que acompañan la desintegración de la sociedad son parte de la cotidianeidad, donde los grupos tienen mayor presencia al punto que en ocasiones consiguen el control de las barriadas y, finalmente, es en esos espacios donde las enfermedades crecen de modo exponencial. Dicho en los términos de Wallerstein, en los suburbios confluyen algunas de las más importantes fracturas que atraviesan al capitalismo: de raza, clase, etnicidad y género. Son los territorios de la desposesión casi absoluta. Y de la esperanza, digamos con Mike Davis.

Pero hay un aspecto tan importante como la crisis de los estados que, aunque no es mencionado por los estrategas de los Estados Unidos, parece estar jugando un papel relevante. Wallerstein detecta ocho grandes diferencias entre la anterior fase de expansión capitalista, que sitúa entre 1945 y 1967/73, y la actual que supone se extenderá hasta 2025 aproximadamente. Sin entrar en detalles, esas diferencias son: la existencia de un mundo bipolar (sostiene que la "entente" USA-URSS conformaba un mundo unipolar); no habrá inversiones en el Sur; fuerte presión inmigratoria hacia el Norte; crisis de las capas medias en el Norte; límites ecológicos al crecimiento económico, desruralización y urbanización; capas medias y pobres tienden a unirse en el Sur; y ascenso de la democratización y declive del liberalismo (Wallerstein, 2004: 418-424). La crisis de las clases medias y su posible unidad con los pobres haría insostenible el sistema y terminaría por horadar su legitimidad, sostiene este análisis.

Es cierto que en el período de prosperidad "las capas medias se convirtieron en un pilar importante para la estabilidad de los sistemas políticos y constituyeron de hecho un pilar muy robusto (Wallerstein, 2004: 420).

Hoy, incluso en el Norte, las nuevas formas de acumulación se apoyan en procesos productivos que disminuyen considerablemente el porcentaje de capas medias y se reducen los presupuestos estatales. Estas decisiones han sido tomadas por el capital como forma de relanzar el proceso de acumulación dañado por la oleada de militancia obrera de los 60. Pero ahora se le añaden otros problemas, como la existencia de varios polos de crecimiento enfrentados. La ardua competencia entre capitalismos conlleva una potente lucha por desprenderse de todos los gastos que sean posibles, lo que debilita estructuralmente a las capas medias.

En paralelo, el debilitamiento de las capas medias es un factor que agudiza la crisis de legitimidad de los estados. La apropiación de plusvalor "tiene lugar de forma que no son dos, sino tres, los participantes en el proceso de explotación", ya que existe un "nivel intermedio que participa en la explotación del estrato más bajo pero también es explotado por el más alto" (Wallerstein, 2004: 293). En la misma fábrica, es decir en el núcleo de la producción capitalista, prolifera una amplia capa de personas que responden a esa característica: capataces y sus ayudantes, controladores, supervisores, administrativos. Incluso en los países del tercer mundo esa capa llegó a representar entre el 15 y el 20% del total de trabajadores fabriles[4]. Se trata de una cuestión política de primer orden:

– Este formato en tres estratos tiene un efecto esencialmente estabilizador, mientras que un formato en dos estratos sería esencialmente desintegrador. No quiero decir con esto que siempre existan tres estratos; lo que digo es que los que se hallan en el estrato superior siempre tratan de asegurar la existencia de tres estratos a fin de preservar mejor sus privilegios, mientras que los que se hallan en el estrato inferior, por el contrario, tratan de reducirlos a dos, para desmantelar más fácilmente esos privilegios. Este combate sobre la existencia de un tercio intermedio es continuo, tanto en términos políticos como de conceptos ideológicos básicos (pluralistas contra maniqueos), y es la cuestión clave en torno a la que se centra la lucha de clases. (Wallerstein, 2004: 293)

– Este modelo trimodal puede aplicarse al planeta (centro, semi–periferia, periferia) y también a las ciudades (barrios para ricos, para capas medias y barriadas). El problema que enfrenta la dominación en muchos países latinoamericanos es que las capas medias son clases en decadencia, igual que la clase obrera industrial, mientras los pobres de las barriadas, los

4. Creo haber demostrado que la derrota de la clase obrera uruguaya estuvo ligada, entre otras, a la capacidad de los capitalistas de aislarlos al cederle poder a las capas medias (Zibechi, 2006c).

llamados marginados o excluidos, son clases en ascenso. Por eso generan tanto temor, y por la misma razón hay tantos proyectos focalizados destinados a controlarlos: planes militares y planes sociales. Muchas sociedades del continente tienden a la polarización, sobre todo en momentos de agudas crisis. Cuando eso sucede, o por lo menos cuando esa es la percepción generalizada, como sucedió en Argentina en 2001 y en Bolivia en 2003, a las elites les resulta indispensable ceder para no perder sus privilegios.

Las periferias urbanas concentran los sectores sociales que se han desconectado de la economía formal y se convirtieron en territorios fuera de control de los poderosos. Las elites intentan resolver esta "anomalía" a través de una creciente militarización de esos espacios y de modo simultáneo aplican modos biopolíticos de gobernar multitudes para obtener seguridad a largo plazo.

La peculiaridad latinoamericana es que las técnicas biopolíticas están siendo implementadas por los gobiernos progresistas a través de los planes sociales, pero también desembarcan en la punta de los fusiles de fuerzas militares que actúan como ejércitos de ocupación, aún en sus propios países. En Brasil, por poner apenas un ejemplo, se aplican ambas de modo simultáneo: el pan Hambre Cero es compatible con la militarización de las favelas. Las izquierdas latinoamericanas consideran a las periferias pobres como reductos de delincuencia, narcotráfico y violencia, espacios donde reina el caos y algo así como la ley de la selva. La desconfianza ocupa el lugar de la comprensión. En este punto no hay la menor diferencia entre derecha e izquierda.

Mike Davis ha conseguido echar una mirada diferente hacia las periferias urbanas y sintetiza los desafíos que presentan en una acertada frase: "Los suburbios de las ciudades del tercer mundo son el nuevo escenario geopolítico decisivo" (Davis, 2007). Este trabajo pretende responder brevemente, para el caso de América Latina, cómo y porqué estas periferias se han convertido en esos "escenarios decisivos". Más aún: en los espacios desde los que las clases subalternas han lanzado los más formidables desafíos al sistema capitalista, hasta convertirse en algo así como contrapoderes populares de abajo.

1. ¿PUEDEN LOS MARGINADOS SER SUJETOS?

Las ciencias sociales y buena parte del pensamiento crítico no parecen estar acertando a la hora de comprender la realidad de las periferias urbanas de América Latina. Las categorías clasistas, la confianza ciega en las fuerzas del progreso, la aplicación de conceptos acuñados para otras realidades, han distorsionado la lectura de esos espacios donde los sectores populares

oscilan entre la rebelión, la dependencia de caudillos y la búsqueda de prebendas del Estado. Se insiste en considerar las barriadas como una suerte de anomalía, casi siempre un problema y pocas veces como espacios con potenciales emancipatorios. Veremos brevemente algunas de estas ideas.

Federico Engels en su polémica con Proudhon, reflejada en El problema de la vivienda, hace hincapié en que la propiedad –de la tierra o de la vivienda– es una rémora del pasado que impide al proletariado luchar por un mundo nuevo. Marx y Engels creían que el completo despojo es lo que permite a los proletarios luchar por un mundo nuevo, razón por la que ambos creyeron que el campesinado nunca sería una clase revolucionaria. Por el contrario, Proudhon sostenía que el hombre del paleolítico, que tiene su caverna, y el indio, que posee su propio hogar, estaban en mejores condiciones que los obreros modernos que habían quedado "prácticamente en el aire". La respuesta de Engels desnuda las dificultadas del marxismo, ligadas a una concepción lineal de la historia, por lo que vale citarla pese a su extensión:

– Para crear la clase revolucionaria moderna del proletariado era absolutamente necesario que fuese cortado el cordón umbilical que ligaba al obrero del pasado con la tierra. El tejedor a mano, que poseía, además de su telar, una casita, un pequeño huerto y una parcela, seguía siendo a pesar de toda la miseria y de toda la opresión política, un hombre tranquilo y satisfecho, 'devoto y respetuoso', que se quitaba el sombrero ante los ricos, los curas y los funcionarios del Estado y que estaba imbuido de un profundo espítiru de esclavo. Es precisamente la gran industria moderna la que ha hecho del trabajador encadenado a la tierra un proletario proscrito, absolutamente desposeído y liberado de todas las cadenas tradicionales. La expulsión del obrero de toda casa y hogar (…) fue la condición primerísima de su emancipación espiritual.

– El proletariado de 1872 se halla a un nivel infinitamente más elevado que el de 1772, que poseía `casa y hogar´. ¿Acaso el troglodita con su caverna, el australiano con su cabaña de adobe y el indio con su hogar propio pueden realizar alguna vez una Comuna de París? (Engels, 1976: 30-31)

Por cierto, Proudhon sostenía la idea de que a través de la propiedad los trabajadores mejorarían su situación en la sociedad, cuestión que Engels critica acertadamente. Pero tampoco es cierto que la propiedad sea, en abstracto, un freno para constituirse en sujeto. Las luchas sociales latinoamericanas muestran todo lo contrario. Ha sido precisamente el haber mantenido o re-creado espacios bajo su control y posesión lo que ha permitido a los sectores populares resistir los embates del sistema. La conquista de la tierra, la vivienda, las fábricas, ha sido el camino adoptado

para potenciar sus luchas. En paralelo, desde esos territorios conquistados los pobres han lanzado formidables desafíos a los estados y las elites. Ni Engels ni los demás marxistas han considerado que el capitalismo, lejos de ser un progreso, fue una paso atrás significativo en la vida de los pobres de la tierra. No valoran, en particular, la pérdida de autonomía que representó la liquidación de sus huertos, sus viviendas y sus formas de producción, que les brindaban un paraguas protector ante la desnudez en que los deja el capitalismo.

Los movimientos campesinos e indígenas se hicieron fuertes en la defensa de sus tierras y en la recuperación de las tierras arrebatadas por los latifundistas. El movimiento de campesinos sin tierra de Brasil ha conquistado en 27 años más de 22 millones de hectáreas, una superficie superior a la de varios países europeos. Y desde esas tierras, distribuidas en unos cinco mil asentamientos, siguen luchando por la reforma agraria sin esperar a conquistar el poder estatal. En América Latina los pobres están haciendo una reforma agraria desde abajo. Los indígenas están recuperando sus territorios ancestrales y desde ellos resisten a las multinacionales; en esos territorios ensayan formas de vida diferentes a las hegemónicas. Como veremos más adelante, caminos muy similares son los que están emprendiendo los pobres urbanos, con muchas más dificultades por cierto.

En el terreno del marxismo, el urbanista francés Henri Lefebvre se aparta del economicismo y aborda la cuestión urbana con un espíritu abierto, partiendo de que la acumulación de capital tiene una impronta geográfica ya que sobrevive ocupando y produciendo espacio. Reconoce que la "producción de espacio" choca con la propiedad privada del suelo urbano. Relata con acierto la experiencia europea, en la que las clases en el poder se sirven del espacio como un instrumento de dominación con el objetivo de "dispersar a la clase obrera, repartirla en los lugares asignados para ella –organizar los diversos flujos, subordinándolos a las reglas institucionales–, subordinar consecuentemente el espacio al poder", con el objetivo de conservar las relaciones de producción capitalistas" (Lefebvre, 1976: 140).

Se pregunta si será posible arrebatarle a las clases dominantes el instrumento del espacio. Duda, porque la experiencia de la clase obrera europea no ha dado lugar a la creación de espacios fuera del control de las clases dominantes. Añade que la posibilidad de hacerlo debe darse en función de "realidades nuevas y no en función de los problemas de la producción industrial planteados hace ya más de un siglo" (Lefebvre, 1976: 141). Percibe claramente los límites de la teoría clásica en la que se inscribe. Tiene una visión de la realidad que lo lleva a considerar que la clase obrera queda constreñida en los espacios y flujos del capital y de la división del

trabajo diseñada por aquel. Es consciente que "la producción industrial y el capitalismo se han apropiado de las urbes". Da un paso más: se muestra convencido de que la empresa ya no es el centro de acumulación de capital sino que toda la sociedad, incluyendo "el tejido intersticial urbano", participa en la producción. Pero su pensamiento tiene un límite estrechamente vinculado a las luchas sociales. Su conclusión es transparente: "En 1968, la clase obrera francesa llegó casi hasta sus extremas posibilidades objetivas y subjetivas" (Lefebvre, 1976: 157).

Ese es el punto que una sensibilidad fina como la de Lefebvre no podía dejar pasar: que el espacio es producto de las luchas sociales. Pero no pudo ver que los de abajo son capaces de crear sus propios espacios y convertirlos en territorios. Por lo menos en América Latina. En su polémica con la desconsideración del papel que juega el espacio en la lucha de clases que observa en el Manifiesto Comunista, el geógrafo David Harvey afirma que la burguesía ha triunfado frente a los modos de producción anteriores "movilizando el dominio sobre el espacio como fuerza productora peculiar en sí misma". De ahí concluye que la clase obrera debe aprender a neutralizar la capacidad de la burguesía de dominar y producir el espacio. Y que mientras la clase obrera "no aprenda a enfrentarse a esa capacidad burguesa de dominar el espacio y producirlo, de dar forma a una nueva geografía de la producción y de las relaciones sociales, siempre jugará desde una posición de debilidad más que de fuerza" (Harvey, 2003: 65).

Sin embargo esa experiencia no es posible encontrarla hoy en el primer mundo. Quizá tenga razón Agamben, quien muestra su pesimismo a la hora de encontrar alternativas a la expansión del totalitarismo y cree que la principal dificultad es que "una forma de vida verdaderamente heterogénea no existe, al menos en los países de capitalismo avanzado" (Agamben, 1998: 20). En este sentido el propio Lefebvre asegura que después de la Segunda Guerra Mundial desaparecieron en Europa tanto las supervivencias de la antigua sociedad como los restos de producción artesanal y campesina. En su lugar la "sociedad burocrática de consumo dirigido" está siendo capaz de imponer no sólo la división y la composición de lo cotidiano sino incluso su programación, ya que ha impuesto una "cotidianeidad programada en un marco urbano adaptado a ese fin" (Lefebvre, 1972: 85). Un vida homogénea en una sociedad subordinada al capital, que está ocupando todos los intersticios de la vida, impide la creación de territorios y la expansión de flujos fuera de su control.

El sociólogo Loïc Wacquant es uno de los más destacados estudiosos actuales de la pobreza urbana en los países centrales y toma partido por los "parias urbanos". Denuncia la criminalización de la pobreza, la estigmatización de los guetos y el "Estado penal", y sostiene que la única forma de

responder al "desafío que la marginalidad avanzada plantea a las sociedades democráticas" consiste en reconstruir el Estado del Bienestar (Wacquant, 2007a: 186). Reconoce que en el período actual del capitalismo una parte de los trabajadores se han convertido en superfluos y no van a encontrar trabajo, a lo que debe sumarse la creciente precarización del empleo. Observa con preocupación los cambios urbanos: hemos pasado, dice, de una situación en que la pobreza (aunque utiliza el término marginalidad) era "residual" y se la podía absorber en los períodos de expansión del mercado, a otra en la que "parece haberse desacoplado de las fluctuaciones cíclicas de la economía nacional" (Wacquant, 2007a:173). Es esta una conclusión en la que coinciden muchos analistas.

Encuentra seis diferencias entre el "nuevo régimen de marginalidad" y la que se registraba durante el período fordista que caducó hacia los años 60-70. Las dos más importantes, desde nuestra perspectiva latinoamericana, se relacionan con que el trabajo asalariado se ha convertido en fuente de fragmentación y precariedad social en vez de promover la homogeneidad, la solidaridad y la seguridad como sucedió durante el Estado del Bienestar (Wacquant, 2007b: 271). La segunda es la que hemos comentado líneas arriba: la desconexión de la pobreza de las fluctuaciones cíclicas de la economía. Sin embargo, encuentra una diferencia adicional en base a sus estudios empírico. En la ciudad de Chicago, en la que vivió varios años, "el 80% de los habitantes del gueto daba muestras de un deterioro de su situación financiera luego de cuatro años de crecimiento económico sostenido bajo el mandato de Ronald Reagan" (Wacquant, 2007b: 274). El crecimiento económico y la creación de empleo no sólo no resuelven el problema de la pobreza urbana sino que la agravan. El "desarrollo" económico que podemos esperar en América Latina en este período del capitalismo concentra riqueza y pobreza en polos opuestos, y no puede dejar de hacerlo.

A lo largo de su trabajo Wacquant destaca los problemas de violencia y tráfico de drogas que aquejan a las periferias, un enfoque presente en todos los estudios que conocemos, al punto que considera que para muchos académicos los guetos son "una amenazante hidra urbana personificada en el pandillero desafiante y agresivo" (Wacquant, 2007b: 36). A mi modo acierta al considerar que los guetos del primer mundo, en particular los de Estados Unidos, pasaron de los disturbios raciales de los 60 a los "disturbios silenciosos" o "lentos" de la actualidad. Este enfoque supone un serio intento por desprenderse de prejuicios y lugares comunes para intentar comprender las lógicas que llevan a los jóvenes, negros, pobres, a situaciones de violencia y de tráfico de drogas. Parte de que hoy la pobreza negra urbana es más intensa y concentrada que la de los 60, y que las diferencias entre ricos y pobres se acentuaron para señalar: "Los levantamientos raciales abiertos

que desgarraron las comunidades afroamericanas de las ciudades del norte en desafiante rebelión contra la autoridad blanca dieron paso al 'disturbio lento' del delito de negros contra negros, el rechazo masivo de la escuela, el tráfico de drogas y la decadencia social interna. En los noticieros de la noche, la escenas de policías blancos que desatan la violencia del Estado contra manifestantes negros pacíficos que demandan el mero reconocimiento de sus derechos constitucionales elementales han sido reemplazadas por informes sobre disparos desde autos en marcha, personas sin techo y embarazos adolescentes." (Wacquant, 2007b: 35–36)

Interesante porque no deja de captar, en esas imágenes que hablan de autodestrucción, una actitud de desafío al orden establecido, diferente por cierto a la de los años 60, pero no por ello menos importante. Sin embargo, aún los análisis comprometidos con los pobres emitidos en el primer mundo, no pueden dejar de considerar los suburbios como un problema, definidos siempre de modo negativo como los "suburbios de la desesperación" o como el "museo de los horrores"[5]. Cuando no son estigmatizados se los considera "los sobrevivientes de un inmenso desastre colectivo" (Bourdieu, 1999: 11). Nunca sujetos, si acaso objetos del trabajo de campo de los investigadores que son los encargados, como señala Bourdieu, de dar forma a un discurso que el "precario" por sí solo no podría nunca elaborar porque "no ha accedido aún al estatuto de 'clase objeto'" y está obligado a "formar su subjetividad a partir de la su objetivación por parte de los demás" (Wacquant, 2007b: 285).

En la misma orientación que Bourdieu y Wacquant, Castells enfatiza el papel del estado como generador de la marginalidad urbana. "El mundo de la marginalidad, es de hecho, construido por el estado, en un proceso de integración social y movilización política, a cambio de bienes y servicios que solamente él puede procurar" (Castells, 1986: 266). En su amplio análisis sobre las barriadas de las ciudades latinoamericanas, sobre el que volveremos más adelante, sostiene que la relación entre el estado y los pobladores se organiza en torno a la distribución de servicios como forma de control político, lo que lo lleva a afirmar que se trata de una relación populista. Desconsidera el papel de sujetos que puedan jugar los habitantes de las barriadas, y asegura que la tendencia más frecuente, en América Latina, es que los movimientos de los asentamientos de ocupantes ilegales son "un instrumento de integración social y de subordinación al orden político existente en vez de un agente de cambio social" (Castells, 1986:

5. Respectivamente Susan Eckstein citada por Waicquant, 2007b:282 y Fernández Durán, 1996:148.

274). Según Castells, su situación material y social les impide superar la dependencia del sistema político.

Desde otro lugar teórico, Antonio Negri coincide en afirmar que los jóvenes rebeldes de las periferias no son sujetos en la medida que "saben lo que no quieren pero no saben lo que quieren" (Negri, 2006: 2). Asegura que los jóvenes de las periferias urbanas tienen una identidad "completamente negativa" y sólo tienen en común el campo de concentración en que viven. Coincide con los análisis reseñados en que por sí solos no pueden salir de su situación y estima que la única esperanza son las nuevas gobernabilidades que encarnan Lula en Brasil y Kirchner en Argentina, en la medida que negocian con los movimientos sociales procesos de "radicalización democrática" (Negri, 2006: 2). Sin embargo, los jóvenes de las favelas no sienten, bajo el gobierno Lula, que estén participando en el diseño de la política de su país pero sí sufren el rigor de la represión cotidiana en sus barrios.

Los defensores de la (mal) llamada "teoría de la marginalidad" construida en los años 60 en América Latina, no tuvieron en esos años la posibilidad de asistir al protagonismo político–social de los pobladores que se registró a partir de los años 80, en gran medida a raíz de los cambios operados por la globalización. Quizá por eso no consideraron que los pobres urbanos pudieran ser sujetos sociales y políticos. Sin embargo, creo que han acertado en un aspecto esencial: es el capitalismo dependiente el que crea un "polo marginal" en la sociedad, lo que supone romper con los análisis eurocéntricos al enfatizar en las diferencias y particularidades presentes en el continente latinoamericano (Quijano, 1977). Este enfoque sistémico de la "marginalidad" –que no rehuye el cuestionamiento del vocablo– ofrece una herramienta valiosa al poner en el centro el problema político y social que representa el imperialismo, cuestión que muchos intelectuales europeos y estadounidenses parecen no poder ver. Por otro lado, es interesante rescatar las reflexiones en torno a las diferencias que existen entre los conceptos de "marginalidad" y de "ejército industrial de reserva", ya que tres décadas después de esos debates esas diferencias parecen haberse acentuado hasta extremos insospechados, por lo que algunos conceptos tradicionales parecen haber dejado de ser útiles[6].

No quisiera terminar este breve e incompleto repaso sin mencionar dos análisis publicados en el mismo período que los señalados. Larissa Lomnitz

6. Véase la Introducción en el texto citado de Quijano y José Nun, "*Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*", en Revista Latinoamericana de Sociología, julio de 1969.

hace hincapié en los vínculos entre los pobres en una barriada de Ciudad de México, en un trabajo que busca comprender la realidad "desde abajo" y por lo tanto "desde adentro" (Lomnitz, 1975). El segundo es la mirada del peruano José Matos Mar sobre el "desborde desde abajo" de los sectores populares afincados en las barriadas limeñas que han sido capaces de cambiar la cara del Perú (Matos Mar, 1984-2004).

El trabajo de Lomnitz representa una inflexión en los estudios sobre pobreza y marginalidad urbanas (Svampa, 2004). La autora concluye que las redes sociales de intercambio recíproco son "el elemento de estructura social más significativo de la barriada" (Lomnitz, 1975: 219), y las que permiten a los marginados migrar desde el campo, asentarse en la ciudad, mover-se, conseguir un techo y sobrevivir. El énfasis en las redes, las relaciones y vínculos familiares y de compadrazgo, la solidaridad y la reciprocidad, dibujan un mundo en el que la confianza es la clave en las relaciones sociales, a tal punto que en un mundo sin estado ni partidos ni asociaciones, "la red de intercambio recíproco constituye la comunidad efectiva del marginado urbano" (Lomnitz, 1975: 223). Este minucioso trabajo tuvo, entre tantas otras, la virtud de poner en el centro los recursos internos del mundo "marginal", las potencias que anidan en su seno como secreto de su sobrevivencia, de su existencia, de su diario vivir.

Creo que Matos Mar va un paso más allá y pone en el centro al mismo sector "marginal" pero ahora en su calidad de sujeto político y social en un momento en el que era inocultable su capacidad de "desbordar" el orden establecido. Sostiene que existen "dos Perú", dos sociedades paralelas: la oficial y la marginada. El primero está integrado por el estado, los partidos, las empresas, las fuerzas armadas, los sindicatos, y tiene una cultura extranjera. El segundo es plural y multiforme, tiene su propia economía (a la que denomina "economía contestataria" y no informal), su propia justicia y autoridades, su religión y su cultura, y tiene un corazón comunitario andino (Matos Mar, 2004: 47). Un proceso que comenzó con la invasión de tierras y predios urbanos en la década de 1950, desembocó en un desborde y expansión constante del "otro" Perú, el sumergido, el Perú andino reinventado en las ciudades, sobre todo en Lima.

Según Matos Mar, la confrontación es inevitable, pero no del modo tradicional consistente en el choque frontal entre opuestos sino a través de "una labor de zapa de millones de participantes en la 'otra sociedad'", a través del "desarrollo espontáneo de los sectores populares, que intenta con fuerza de masas imponer sus propias condiciones" (Matos Mar, 2004: 101). Por momentos parece dibujar una situación en la que la otra sociedad se impone de un modo capilar, pero en otras describe un proceso en el que "las masas generan bolsones semiautónomos de

poder, basados en patrones asimétricos de reciprocidad rural adaptados a la situación urbana. Prescinden del estado y se oponen a él" (Matos Mar, 2004: 105). A la hora de evaluar el camino seguido por el "desborde" en las dos ultimas décadas, Matos Mar sostiene que "el estilo contestatario impuesto por estas masas en desborde desde la década de 1950 avanzó y sigue avanzado en su conquista y posesión de nuevos territorios físicos, culturales, sociales, económicos y políticos, otrora reservados a los sectores opulentos altos y medios, especialmente urbanos" (Matos Mar, 2004: 130). El concepto de "desborde" se despliega así como una manera diferente de describir el cambio social en curso, que desafía los conceptos de integración, de reforma y de revolución, para operar como una suerte de mancha andina que envuelve, en el espacio físico pero también en el cultural y económico, en lo social y lo político, al mundo institucional cada vez más aislado, resquebrajado e incapaz de gobernar ese mundo "otro".

Las rebeliones urbanas que se produjeron con posterioridad a la difusión de estos trabajos, permiten alumbrar una situación más abarcativa pero a la vez más compleja que la que se venía prefigurando desde los años 50. Para una aproximación a estas realidades, parece más adecuado tomar en consideración períodos largos, ya que los tiempos cortos pautados por flujos y reflujos de organización y movilización no facilitan descifrar los procesos que conforman el telón de fondo de esos movimientos. Pero encarar los tiempos largos supone una dificultad adicional: no hay programas y objetivos establecidos, ni recorridos a transitar, apenas descifrar por los resultados obtenidos los caminos que está transitando una sociedad o un sector social. Sólo podemos atar cabos, tratar de observar los grandes trazos cuando éstos existen o cuando somos capaces de atisbarlos. Aunque el tiempo largo permite aproximaciones más profundas, no deja de representar un terreno enigmático, cuya dilucidación no depende de hallar documentos o de hilvanar análisis lógicos.

2. MOVIMIENTOS SOCIALES O SOCIEDADES EN MOVIMIENTO

El concepto de movimiento social parece un obstáculo adicional para afinar la comprensión de la realidad de las barriadas. A la hora de analizar los movimientos sociales se suele enfatizar en sus aspectos formales, desde las formas organizativas hasta los ciclos de movilización, desde la identidad hasta los marcos culturales. Y así se los suele clasificar según los objetivos que persiguen, la pertenencia estructural de sus integrantes, las características de la movilización, el momento y los motivos por los cuales irrumpen. A esta altura hay bibliotecas enteras sobre el asunto. Pero hay poco, muy

poco, trabajo sobre el terreno latinoamericano sobre bases propias y, por lo tanto, diferentes. En la ardua tarea de descolonización del pensamiento crítico, el debate sobre las teorías de los movimientos sociales resulta de primera importancia.

Uno de los más completos y abarcativos análisis sobre los movimientos bolivianos, coordinado por Alvaro García Linera, se basa de forma acrítica en los paradigmas europeos y norteamericanos. Los diversos movimientos bolivianos son definidos como "un tipo de acción colectiva que intencionalmente busca modificar los sistemas sociales establecidos o defender algún interés material, para lo cual se organizan y cooperan con el propósito de desplegar acciones públicas en función de esas metas o reivindicaciones" (García Linera, 2004: 21). Considera que los movimientos tienen, todos ellos, más allá de tiempos y lugares, tres componentes: una estructura de movilización o sistema de toma de decisiones, una identidad colectiva o registros culturales, y repertorios de movilización o métodos de lucha. Con ese marco analítico apenas se pueden abordar algunos pocos movimientos: los institucionalizados, los que tienen una estructura visible y separada de la cotidianeidad, los que eligen dirigentes y se dotan de un programa definido y en función de sus objetivos establecen formas de acción.

Pero el grueso de los movimientos no funcionan de esa manera. En las periferias urbanas, las mujeres pobres no se suelen dotar de las formas que reviste un movimiento social según esta teorización, y sin embargo juegan un papel importante como factor de cambio social. Más aún, los movimientos de mujeres que conocemos en el mundo tienen una forma capilar, no estable ni institucionalizada de acción, más allá de un pequeño núcleo de mujeres organizadas de modo estable. Pero no por eso dejan de ser un gran movimiento, que ha cambiado el mundo desde la raíz. Algunos recientes trabajos en América Latina apuntan en otra dirección a la hora de conceptualizar los movimientos. El propio García Linera es uno de ellos. En su trabajo citado abre pistas en otra dirección al abordar la organización campesina del Altiplano aymara: "En sentido estricto, la Csutcb es un tipo de movimiento social que pone en movimiento no sólo una parte de la sociedad, sino una sociedad distinta, eso es, un conjunto de relaciones sociales, de formas de trabajo no capitalistas y de modos de organización, significación, representación y autoridad políticas tradicionales diferentes a la de la sociedad dominante. De ahí que sea pertinente la propuesta hecha por Luis Tapia de hablar en estos casos de un movimiento societal". (García Linera, 2004: 130)

El concepto de "movimiento societal" busca dar cuenta de las peculiaridades latinoamericanas conformadas por relaciones sociales diferentes que existen, se reproducen y crecen al lado de las dominantes. Y que no

son, por lo tanto, "resabios" del pasado. De ese modo se busca "nombrar y pensar el movimiento de una sociedad o sistema de relaciones sociales en su conjunto" y además pretende dar cuenta del "movimiento de una parte de la sociedad en el seno de la otra" (Tapia, 2002: 60–61). Este análisis parte de la realidad de la existencia de "varias sociedades" en la sociedad, o sea, por lo menos dos conjuntos de relaciones sociales mínimamente articulados. En otros trabajos he defendido una propuesta similar al concebir a estos movimientos como "sociedades en movimiento" (Zibechi, 2003). La novedad que iluminan las luchas sociales de los últimos 15-20 años es que el conjunto de relaciones sociales territorializadas existentes en zonas rurales (indígenas pero también sin tierra) comienzan a hacerse visibles en algunas ciudades como Caracas, Buenos Aires, Oaxaca, siendo quizá El Alto en Bolivia la expresión más acabada de esa tendencia[7].

El aspecto central de este debate, es si efectivamente existe un sistema de relaciones sociales que se expresan o condensan en un territorio. Eso supone ingresar al análisis de los movimientos desde otro lugar: no ya las formas de organización y los repertorios de la movilización sino las relaciones sociales y los territorios, o sea los flujos y las circulaciones y no las estructuras. En este tipo de análisis aparecerán nuevos conceptos como autonomía, cultura y comunidad, entre los más destacados. Carlos Walter Porto Gonçalves, quien realizó durante años un trabajo con los seringueiros en Brasil junto a Chico Mendes, sostiene precisamente este punto. "Hay una batalla de descolonización del pensamiento que la recuperación del concepto de territorio tal vez pueda contribuir" (Porto, 2006: 161).

En efecto, los movimientos latinoamericanos como los indígenas, los sin tierra y los campesinos, y crecientemente los urbanos, son movimientos territorializados. Pero los territorios están vinculados a sujetos que los instituyen, los marcan, los señalan sobre la base de las relaciones sociales que portan (Porto, 2001). Esto quiere decir, volviendo a Lefebvre, que la producción de espacio es la producción de espacio diferencial: quien sea capaz de producir espacio, encarna relaciones sociales diferenciadas que necesitan arraigar en territorios que serán necesariamente diferentes. Esto no se reduce a la posesión (o propiedad) de la tierra, sino a la organización por parte de un sector social de un territorio que tendrá características diferentes por las relaciones sociales que encarna ese sujeto. Si no fuera así, si ese sujeto no encarnara relaciones sociales diferentes, contradictorias con la sociedad hegemónica, no tendría necesidad de crear nuevas territorialidades.

---

7. Al análisis de las "comunidades" urbanas alteñas dediqué la investigación–libro *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales.*

Lugar y espacio han sido conceptos privilegiados en las teorías y análisis sobre los movimientos sociales. En América Latina, incluso en sus ciudades, es hora de hablar de territorios. En un excelente trabajo, Porto Gonçalves señala que los "nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (Porto, 2001: 208). Llega a esa conclusión luego de seguir el itinerario de un movimiento concreto como los seringueiros, que antes de constituirse como movimiento debieron modificar su entorno inmediato, concluyendo que su fuerza "emanaba de su espacio-doméstico-y-de-producción" (Porto, 2001: 203). Fue ese deslizamiento del lugar heredado, o construido anteriormente, lo que les permite formarse como movimiento.

Las clases no son cosas, sino relaciones humanas como señala E. P. Thompson (1989). Pero esas relaciones no vienen dadas, se construyen en la disputa, la confrontación. Esta construcción de la clase como relación incluye los espacios. "Las clases sociales se constituyen en las y por las luchas que los protagonistas traban en situaciones concretas, y que conforman los lugares que, de este modo, no sólo ocupan sino constituyen". De ese modo, "el movimiento social es, rigurosamente, cambio de lugar social", punto en el que confluyen la sociología y la geografía (Porto, 2001: 197-198). En base a este razonamiento-experiencia concreta, podemos llegar con Porto Gonçalves a una definición provisoria de movimiento social completamente diferente a la legada por la sociología, centrada siempre en los aspectos organizativos, en la estructura y en las oportunidades políticas: "Todo movimiento social se configura a partir de aquellos que rompen la inercia y se mueven, es decir, cambian de lugar, rechazan el lugar al que históricamente estaban asignados dentro de una determinada organización social, y buscan ampliar los espacios de expresión que, como ya nos alertó Michel Foucault, tienen fuertes implicaciones de orden político. "(Porto, 2001: 81)

Esta imagen potente destaca el carácter de movimiento como moverse, como capacidad de fluir, desplazamiento, circulación. De modo que un movimiento siempre está desplazando espacios e identidades heredadas (Espinosa, 1999). Cuando ese movimiento-desplazamiento arraiga en un territorio, o los sujetos que emprenden ese mover-se están arraigados en un espacio físico, pasan a constituir territorios que se caracterizan por la diferencia con los territorios del capital y el estado. Esto supone que la tierra–espacio deja de ser considerada como un medio de producción para pasar a ser una creación político-cultural. El territorio es entonces el espacio donde se despliegan relaciones sociales diferentes a las capitalistas hegemónicas, aquellos lugares en donde los colectivos pueden practicar modos de vida diferenciados. Este es un o de los principales aportes de los movimientos indios de nuestro continente a la lucha por la emancipación.

Al respecto, como señala Díaz Polanco, los movimientos indios al introducir conceptos como territorio, autonomía, autodeterminación y autogobierno, que pertenecen a una misma problemática, están produciendo una revolución teórica y política (Díaz Polanco, 1997). Las comunidades indias que luchan por la tierra desde hace siglos, en determinado momento comenzaron a expandir el autogobierno local-comunal a espacios más amplios como parte de su construcción como sujetos nacionales y como pueblos. Este proceso tuvo un momento de inflexión en el Primer Encuentro Continental de Pueblos Indios, en 1990, del que emanó la Declaración de Quito.

Hasta ese momento el único territorio existente formaba parte del estado, en la realidad material pero también en la simbólica. O sea, la idea de territorio no podía desprenderse de la de estado-nación. Para Weber, "el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio –el concepto del "territorio" es esencial en esta definición– reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima" (Weber, 2002:1056). Con la emergencia del movimiento indio en las dos últimas décadas, hacia mediados o fines de los 80, el concepto de territorio se modifica, lo modifican los indios con sus luchas. La Declaración de Quito hace hincapié en que "el derecho al territorio es una demanda fundamental de los pueblos indígenas", y concluye que "sin autogobierno indio y sin control de nuestros territorios, no puede existir autonomía" (Declaración de Quito, 1990: 107).

Esta verdadera revolución teórica y política conlleva la lucha por una nueva y sobre todo diferente distribución del poder. Cómo se produjo el tránsito de tierra a territorio, de lucha por derechos a lucha por la autonomía y el autogobierno, o sea cómo fue el tránsito de la resistencia a la dominación a la afirmación de la diferencia, tiene especial importancia para las comunidades urbanas que a caballo entre los dos siglos comenzaron a arraigarse en los espacios urbanos autoconstruidos.

3. LA FORMACIÓN DE LAS BARRIADAS POPULARES

La noche del 29 de octubre de 1957 un grupo de pobladores del Zanjón de la Aguada, un cordón de miseria de 35.000 personas, de cinco kilómetros de largo y cien metros de ancho en el centro de Santiago, se dispuso a realizar la primera toma masiva y organizada de tierras urbanas. A las ocho de la noche comenzaron a desarmar sus casuchas, juntaron tiras de tela con las que cubrir los cascos de los caballos para evitar el ruido y, siguiendo las consignas los más decididos, reunieron "los tres palos y la bandera" con los que habrían de crear la nueva población. Sobre las dos y media de la

madrugada llegaron al lugar elegido, un predio estatal en la zona sur de la ciudad[8]. Vale la pena reproducir el relato de un participante de lo que tal vez haya sido la primera toma organizada de América Latina: "A las ocho de la noche se empezaron a juntar los más decididos en lugar acordado: los tres palos y la bandera, algunos enseres y frazadas, se iba formando la caravana (…) La columna avanzaba y se seguían sumando personas (…) Calladitos fuimos llegando a nuestra meta. Con los reflectores del aeropuerto Los Cerrillos y la noche oscura y sin luna, nos sentíamos como los judíos arrancando de los nazis: la oscuridad nos hacía avanzar a porrazo y porrazo. Con las primeras luces del alba, cada cual empezó a limpiar su pedazo de yuyo, a hacer su ruca e izar la bandera." (Garcés, 2002a: 130)

Al predio elegido de unas 55 hectáreas confluyeron columnas salidas de varias poblaciones hasta sumar en la mañana del día 30 unas 1.200 familias. El "campamento" resistió la acción policial para desalojarlos y las familias comenzaron a construir la población. Desde el primer momento los pobladores definieron por sí mismos los criterios que habrían de seguir, lo que provocó un enfrentamiento con los técnicos del Estado. La construcción de la población a la que denominaron La Victoria, fue "un enorme ejercicio de auto-organización de los pobladores", que debieron "sumar esfuerzos e inventar los recursos, poniendo en juego todos los saberes y todas las capacidades" ya que el gobierno si bien no los echó no colaboró en la construcción de la nueva población (Garcés, 2002a: 138).

El primer aspecto diferenciador con luchas anteriores es la auto-organización. La primera noche se organizó una gran asamblea en la que se decidió crear comisiones de vigilancia, subsistencia, sanidad y otras. En adelante todas las decisiones importantes pasan por el tamiz del debate colectivo. El segundo, es la autoconstrucción. Los primeros edificios públicos, construidos también por los pobladores, fueron la escuela y la policlínica, lo que refleja las prioridades de sus habitantes. Para la escuela cada poblador debía llevar quince adobes: las mujeres conseguían la paja, los jóvenes hacían los adobes y los maestros los pegaban. Comenzó a funcionar a los pocos meses de instalado el campamento y los maestros no cobraban. La policlínica empezó a atender a los vecinos en una carpa hasta que se pudo construir el edifico, de la misma manera que se levantó la escuela. Dos años después de la toma, La Victoria tenía 18 mil habitantes y algo más de tres mil viviendas. Una ciudad construida y gobernada por los más pobres en base a una "rica y extensa red comunitaria" (Garcés, 2002a: 142).

---

8. La primera ocupación de tierras realizada en Chile está documentada en Garcés, 2002a y Grupo Identidad de Memoria Popular, 1007.

La "toma" de La Victoria conformó un patrón de acción social que iba a repetirse durante las décadas siguientes y hasta el día de hoy, no sólo en Chile sino en el resto de América Latina con pequeñas variantes. Consiste en la organización colectiva previa a la toma, la elección cuidadosa de un espacio adecuado, la acción sorpresiva preferentemente durante la noche, la búsqueda de un paraguas legal en base a relaciones con las iglesias o los partidos políticos y la elaboración de un discurso legitimador de la acción ilegal. Si la toma logra resistir los primeros momentos en que las fuerzas públicas intentan el desalojo, es muy probable que los ocupantes consigan asentarse.

Es interesante destacar que este patrón de acción social, bien distinto a las agregaciones individuales por familias predominantes en las favelas, las callampas y las villas miseria, que dio sus primeros pasos en la década de 1950 en Santiago y en Lima, se comenzó a practicar en Buenos Aires y Montevideo, las ciudades más "europeas" por homogéneas, recién en la década de 1980. Las diferencias temporales no son tan significativas si tomamos en cuenta los tiempos largos, ya que lo realmente importante es la adopción de un patrón de acción colectiva más allá del momento en que ello suceda.

Veamos ahora algunos análisis sobre La Victoria que echan luz sobre los cambios que se estaban procesando. La toma "supone una fractura radical con las lógicas institucionales y con el principio fundamental de las democracias liberales, la propiedad" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 14). La legitimidad ocupa el lugar de la legalidad y el valor de uso de la tierra prevalece por sobre el valor de cambio. Con esa acción un colectivo invisibilizado se convierte en sujeto político social. En La Victoria sucede algo más: la autoconstrucción de las viviendas y del barrio significa la apropiación de los pobladores de un espacio en el que habita en adelante un "nosotros" que se erige como autogobierno de la población.

De ese modo, el patrón de acción directa modifica un modo de relación entre pueblo y Estado asentado en la cultura hegemónica que había sido adoptado por la izquierda y el movimiento sindical. De la lógica clase–sindicato–partido anclada en la representación de los intereses de un sector social en el aparato estatal y en la dinámica reivindicativa, se pasa a otro más autocentrado, en el que lo "auto" (autoconstrucción, autogobierno) ocupa el lugar de la demanda y la representación. Este cambio es aún muy incipiente, pero comienza un derrotero diferente al practicado hasta ese momento por los sectores populares. Este nuevo patrón es mucho más parecido al que desde la década de 1980 practican los movimientos indígenas, al poner en el centro de sus acciones la cuestión del territorio y toda una serie de conceptos político teóricos que pertenecen a esta genealogía: autonomía, autogobierno (Díaz Polanco, 1997: 14).

Los testimonios de los pobladores van mucho más lejos, como era de esperar. De ellos se desprenden una serie de temas que se irán repitiendo a lo largo y ancho de las barriadas populares latinoamericanas.

• Capacidad de *auto-organización* y a partir de ahí de *auto-construcción* y autocontrol de la vida. Esta cualidad, como lo hemos visto arriba, abarca todos los aspectos de la cotidianeidad. Los pobladores de La Victoria no sólo construyeron sus viviendas, sus calles, sus cañerías de agua e instalaron la luz, sino también levantaron la escuela –con un criterio propio ya que era un edificio circular– y la policlínica. Gobernaron sus vidas, gobernaron una población entera, crearon formas de poder popular o contrapoderes.

• Las mujeres jugaron un papel destacado, al punto que muchas aseguran que dejaron a sus maridos para ir a la toma o no les informaron del paso crucial que iban a dar en sus vidas. "Yo me fui sola con mi hija de siete meses ya que mi marido no me acompañó", relata Luisa que en el momento de la toma tenía 18 años (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 58). Zulema, de 42, recuerda que "se vinieron varias familias, a escondidas de sus esposos como yo" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 25). Las mujeres de los sectores populares tenían, incluso a mediados de los años 50, un nivel de autonomía sorprendente. En rigor, habría que decir las mujeres y sus hijos, las madres. Ellas no sólo tomaron la delantera a la hora de ocupar, también a la hora de resistir el desalojo y ponerse con sus hijos frente los carabineros: "En una ocasión nos amenazaron que nos iban a tirar a los milicos, entonces todas las mujeres fuimos a dejar a nuestros hijos con nuestras mamás y volvimos ahí a luchar, todo el día estuvimos esperando que llegaran los milicos y no llegaron, pero sí los carabineros que entraron pateando las banderas, echaron las carpas abajo y nos amenazaron casi de muerte. Y ahí estábamos, luchando para que no nos echaran y todas gritando: ¡muertas nos sacarán!" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 60)

El historiador chileno Gabriel Salazar asegura que las mujeres de los sectores populares aprendieron antes de 1950 a organizar asambleas de conventillo, huelgas de arrendatarios, tomas de terrenos, grupos de salud, resistencias a los desalojos policiales y otras formas de resistencia. Para convertirse en "dueñas de casa" tuvieron que convertirse en activistas y promotoras de tomas; así, las pobladoras fueron desarrollando "un cierto tipo de poder popular y local", que se resume en la capacidad de crear territorios libres en los que se practicaba un "ejercicio directo de soberanía" en lo que eran verdaderas comunas autónomas (Salazar y Pinto, 2002a: 251). Más adelante veremos que la mujer juega un papel destacado en todos los movimientos latinoamericanos, lo que impregna a los movimientos de una cosmovisión diferente a la que domina en el estado-nación y la genealogía

de organizaciones que le son afines: partidos, sindicatos, asociaciones. Así como ellas fueron las que protagonizaron el salto adelante que supusieron las tomas de terrenos, ellas serán las que tomarán un rumbo nuevo años después en todo el continente.

• La Victoria se construye como una comunidad de sentimientos y de sentidos. El dolor, la muerte, juegan un papel cohesionador. Me interesa destacar que la identidad no está anclada en el lugar físico sino en los afectos, en lo vivido en común. En los primeros tiempos todos se decían "compañeros" como aseguran los testimonios. En parte porque todo lo hacían entre todos. Pero no es un compañerismo ideológico sino algo más serio: las lluvias de noviembre provocaron la muerte de 21 niños de pecho. "Esas cosas nos iban uniendo. Con la vecina del lado nos hicimos comadres, cuando a una le falta algo, la otra ayudaba. Ella tenía tres niñas y una se le murió…" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 36). La muerte de los niños es algo especial. Cuando los sin tierra de Brasil ocupan un predio, levantan una inmensa cruz de madera. Cada vez que muere un niño en el campamento le colocan un lienzo blanco que cuelga de la cruz. Es algo sagrado. En La Victoria cuando moría un niño, y a veces cuando fallecía un adulto, se formaba una larga caravana que marchaba a pie hasta el cementerio luego de recorrer las calles de la población.

Postulo que son los afectos los que organizan el barrio-comunidad y que por eso las mujeres juegan un papel tan decisivo. Angela Román, que tenía 27 años cuando la toma, asegura:

"Nos reuníamos en reuniones por cuadras, yo hasta hoy participo. Si muere algún vecino, soy la primera en salir con una canasta para reunir plata a la hora que sea, porque así aprendimos a hacerlo cuando morían los niños y no había plata para enterrarlos. En las reuniones por cuadra discutíamos qué arreglos hacer, cuando íbamos a tener agua, conversábamos sobre lo que necesitábamos y por eso nos organizábamos." (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 37)

Pero la forma comunidad también se convierte en forma de lucha. A la hora de defender la población de los carabineros, ensayaron un patrón de acción que se repetirá una y otra vez entre los sectores populares de todo el continente: "Los niños adelante, las mujeres más atrás y los hombres al último, por eso nunca pudieron echarnos, porque la gente era muy unida" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 53).

• La tierra conquistada, la vivienda y el barrio autoconstruidos son vividos y sentidos como *valores de uso* en medio de una sociedad que otorga prioridad a los valores de cambio. Muchos son los vecinos que aseguran que no venderán su casa a "ningún precio". Todos los años se festeja el 30 de octubre con una representación colectiva de la toma y se adorna

todo el barrio. "Participo todos los años en la reconstitución de la toma, nos conseguimos carretones y salimos con los niños arriba, adornamos y recordamos lo importante que fue en nuestra vida esta toma", dice Rosa Lagos, que tenía 16 años en 1957 (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 74).

El predominio de los valores de uso, o mejor, la deconstrucción de los valores de cambio en valores de uso aparece estrechamente ligado a lo "auto" y ambos al papel destacado de las mujeres. Una lógica doméstica, espacio donde en cierto tiempo estuvo confinada la producción de valores de uso, comenzó a expandirse hacia el espacio público, a propagarse de modo capilar por el tejido social, de modo muy particular en los momentos críticos para la sobrevivencia de las comunidades.

• Con el estado, los partidos y la iglesia se establece una relación instrumental, ya que básicamente se confía en la auto-organización y el autogobierno. En La Victoria predominan los comunistas y los cristianos, dos orientaciones en absoluto incompatibles porque ambas se subordinan a las necesidades de la población. Las relaciones son bien diferentes que las que se establecen en el sindicato. Las decisiones que los pobladores acatan son las que emanan de sus propias instancias de decisión o las que benefician al conjunto. Lo mismo sucede en relación al estado. La existencia de relaciones instrumentales indica que los pobladores no buscan estar representados en esas instituciones porque básicamente se sienten autónomos. Por cierto, este tipo de relaciones suelen caracterizarse como "clientelares" cuando son en realidad instrumentales, ya que representan la forma como se relacionan dos mundos diferentes y opuestos, en las que cada uno no espera mucho del otro sino apenas obtener alguna ventaja o beneficio.

Con los años, se pudo constatar que la ocupación y construcción de La Victoria fue un parteaguas. Los pobladores desbordaron la política de vivienda del Estado que buscó organizarlos y contenerlos y le impusieron "su propia política de vivienda: la de la ocupación extensiva de la ciudad a través de 'tomas de tierras'" (Garcés, 2002a: 337). Hasta 1973 los sectores populares fueron los principales creadores de espacio urbano. A fines de 1972, durante el gobierno de Salvador Allende, había 400 mil personas viviendo en campamentos sólo en Santiago (Castells, 1986: 281). Analistas de diversas corrientes coinciden en la importancia del movimiento. Castells sostiene que "el movimiento de pobladores de Chile fue potencialmente un elemento decisivo en la transformación revolucionaria de la sociedad" (Castells, 1986: 291). Garcés asegura que en setiembre de 1970 "la ciudad estaba en completa transformación, a instancia de los campamentos" que eran "la fuerza social más influyente en la comunidad urbana del Gran Santiago" (Garcés, 2002a: 416).

Esta toma de posición de los sectores populares influyó en el rumbo de las luchas sociales. La presión desde abajo transformó las ciudades y en el caso chileno se constata que "en el discurso revolucionario emergente de 1970, más que la lucha por el poder del Estado, sus radicales dirigentes debieron atender prioritariamente las formas de sociabilidad al interior de los 'campamentos'" (Garcés, 2002a: 423). Los cambios de "sitio" abarcaron a un tercio de la población de Santiago: "Al culminar la década del sesenta, los pobladores habían 'tomado sitios' en la ciudad paralelamente también estaban tomando un nuevo 'sitio' en la sociedad chilena. Específicamente, el cambio más radical que pudimos seguir en este estudio fue el del tránsito de los conventillos y las callampas hacia las poblaciones definitivas (…) Lo que los pobladores pusieron en juego en los años sesenta, no solo fue alcanzar un nuevo posicionamiento territorial sino al mismo tiempo un nuevo posicionamiento social y político." (Garcés, 2002a: 423–424)[9]

El golpe de Estado de Augusto Pinochet buscaba revertir esa posición casi hegemónica, territorial-social-política adquirida por los sectores populares. Ese tercio de la población de la capital que había construido sus barrios, sus viviendas, escuelas, consultorios de salud y presionaba por los servicios básicos, era una amenaza al dominio del capital. El régimen militar se abocó a revertir la situación desplazando a toda esa población hacia lugares construidos por el Estado o el mercado.

Entre 1973 y la actualidad se produjo una profunda inflexión, una verdadera contrarrevolución urbana. Entre 1980 y 2000 se construyeron en Santiago 202 mil "viviendas sociales" para trasladar a un millón de personas que vivían en poblaciones autoconstruidas, la quinta parte de la población de la capital, a conjuntos habitacionales segregados, alejados del centro (Rodríguez y Sugranyes, 2005). Interesa mirar más de cerca este proceso para ver cómo están operando los estados y el capital para intentar frenar y revertir la "toma de posiciones" de los sectores populares en las ciudades. El 65% de los habitantes instalados en esos conjuntos quiere irse ya que al hacinamiento en pequeñas viviendas se suma el aislamiento por estar confinados lejos del centro de la ciudad. Se constata cómo las políticas de la dictadura, continuadas y profundizadas por la democracia desde 1990, han provocado cambios regresivos que se resumen en el paso de "la complejidad espacial de los campamentos a la uniformidad de los conjuntos de viviendas sociales", de "la organización a la fragmentación" y, muy en particular, de "la toma como acto de integración a la ciudad, a la

9. Callampas son las poblacioens precarias que reciben ese nombre de un hongo, ya que crecen en una noche.

expulsión de la ciudad que perciben los habitantes de las villas" (Rodríguez y Sugranyes, 2002: 17)[10].

Todo el proceso debe considerarse como la destrucción de un poder popular territorial que se plasmaba en los campamentos. Ese fue el objetivo trazado por el capital, ejecutado por la dictadura y proseguido por la democracia. Para los pobres se construyó una enorme masa de viviendas de bajo estándar en todo el país. La forma como se fue procesando esta construcción, que de forma explícita buscaba erradicar los campamentos, es sintomática. Al comienzo del plan, la producción de viviendas subsidiadas durante los años de la década de los 80, "se aplicó casi en forma exclusiva a los programas de erradicación de "campamentos" –asentamiento irregulares localizados en los sectores de mayores ingresos–, particularmente en las comunas de Santiago y Las Condes" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 30). Se procedió en primer lugar a "limpiar" los barrios ricos. Con ello se buscaba un doble objetivo: eliminar las distorsiones que los asentamientos creaban sobre el valor del suelo en los sectores centrales y consolidar la segregación espacial de las clases sociales como medida de seguridad.

Entre 1979 y 1983 unas 120 mil personas fueron objeto de traslados forzados de los campamentos que habían ocupado en los años 60 y 70 hacia la periferia. Urbanistas chilenos consideran que la erradicación de pobres de la ciudad consolidada procesada por la dictadura fue "una medida radical, única en el continente" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 31)[11]. En 13 de las 24 comunas de Santiago se registró trasvase de población. Los erradicados perdieron empleos, aumentaron sus costos de transporte, tuvieron mayores problemas aún para acceder a la educación, la salud y los subsidios sociales. Pero sobre todo el traslado forzado contribuyó "al desarraigo de la red informal de ayuda y apoyo y a una fuerte disminución de la participación de los pobladores en las organizaciones comunitarias" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 31). Ese era precisamente el objetivo del traslado. La familia erradicada tiende a encerrarse en la vivienda y los vínculos sociales se rompen. Con los años se consolidó un nuevo patrón: grandes manchas urbanas donde de modo intencional se concentran y segregan la riqueza y la pobreza.

---

10. En Chile se denomina "toma" a la ocupación ilegal de un predio, "campamento" al asentamiento irregular y "villa" al conjunto habitacional construido por el estado.

11. Las dictaduras de Argentina y Uruguay intentaron erradicar "villas miseria" en Buenos Aires y tugurios en Montevideo trasladando a sus habitantes hacia la periferia, pero no tuvieron el éxito ni la amplitud de la dictadura de Pinochet.

Cabe preguntarse: ¿era tan grave e insostenible, desde el punto de vista del capital y del estado, la continuidad de los campamentos y poblaciones donde se apiñaban los sectores populares? Al parecer, la oleada de movilizaciones de 1983 en esas barriadas –luego de diez años de feroz represión y reestructuración de la sociedad– convenció a las elites que debían proceder con urgencia, ya que los pobladores fueron los grandes protagonistas de las masivas protestas nacionales que pusieron a la dictadura a la defensiva. En 1980 hubo nuevas tomas que amenazaban con generalizarse durante las protestas. Esa nueva generación de "tomas" se produjo porque los pobladores se negaban a ser parte de las nuevas políticas de vivienda que "les habrían significado inevitablemente abandonar sus comunas y trasladarse a extramuros de la ciudad" (Garcés, 2002b: 30).

La existencia de campamentos y poblaciones construidas y gobernadas por los sectores populares fue percibida por las elites como una amenaza directa a su situación privilegiada en la sociedad. De ahí que desarrollaran una política que ha significado, como apunta una investigación de la Corporación de Estudios Sociales y Educación SUR, una colonización forzosa de la periferia en la que los nuevos vecinos se convierten en deudores desarraigados de sus mundos. Pero, y este es el aspecto fundamental, es también el cambio desde una forma de sociedad a otra: "En este tránsito van desde una condición de relativa autonomía a ser dependientes de relaciones clientelistas con su entorno urbano, dejando atrás una sociedad que reconocía como su eje fundante los valores de uso para pasar a otra en la que predomina la mercantilización de las relaciones sociales. Más aún, insinuamos que con la violencia cotidiana a que se enfrentan los habitantes de las viviendas sociales ellos subsidian la paz política del resto del país." (Skewes, 2005: 101)

Esto no se podía conseguir sin un disciplinamiento espacial, una cuidadosa pero también violenta reconstrucción del panóptico deconstruido por los pobladores. En suma, el control social pasó en Chile por una reconstrucción del espacio y por la incorporación forzosa a la economía de mercado; ambas cosas se consiguieron erradicando a los pobladores de sus espacios en los que habían creado una vida relativamente autónoma del estado y del capital. Veamos en detalle en que consistía ese mundo que había que destruir. Contaré para ello con un trabajo de Juan Carlos Skewes, un investigador que vivió durante un año en un "campamento" y luego se trasladó con las familias erradicadas a un conjunto habitacional, de modo que pudo constatar los cambios en las formas de vida en ambos espacios.

El investigador sostiene que en el "campamento" existe un "diseño popular" que es diferente al del mundo oficial hegemónico. No hay planos

ni ideas preconcebidas acerca de cómo organizar el espacio y el diseño es fruto de una práctica cotidiana de quienes "al habitar, generan el espacio habitado" (Skewes, 2005: 106). Constata ocho ejes del diseño espacial: el carácter laberíntico de la estructura, la porosidad de los límites, la invisibilidad del interior del campamento, las interconexión de las viviendas, la irregularidad de los lindes interiores, el uso de marcadores para jerarquizar espacios, la existencia de espacios focales y de puestos de observación.

Se trata de una lógica en la que los flujos, corredores, pasillos, resultan determinantes como modo de interconexión interna del campamento. Una estructura que asegura la autonomía por la invisibilidad y el control social interno que habilita un adentro y un afuera, un límite macro que no se reproduce en el interior del campamento donde los límites son porosos porque los valores de uso así lo determinan. El diseño protege a los residentes del afuera, pero "facilita el control social ejercido a través de los dominios acústico, visual y olfativo, contribuyendo a la formación de un ambiente poroso que refuerza la fusión de las vidas individuales" (Skewes, 2005: 114).

En el barrio al que fueron trasladados el espacio panóptico se impone a los habitantes que pierden su autosuficiencia (ver figuras). Se aplica un modelo rígido de líneas rectas que fragmenta el espacio previo y aísla a los vecinos, pero a la vez se pierde el sentido de protección comunitaria. Un mundo centrado en la persona pasa a convertirse en un mundo centrado en objetos, la vivienda, y se registra "la transición de un dominio femenino a un mundo masculino, y de control local a un control externo" (Skewes, 2005: 120). Destruidas las redes de apoyo mutuo y la comunidad barrial, sólo les queda el endeudamiento, la dependencia o la delincuencia para afrontar la vida cotidiana. En suma, con la relocalización se buscó destruir un sector social como los pobladores que amenazan el orden hegemónico, ya que cada modelo residencial corresponde a una determinada visión del mundo. En última instancia, se trata de destruir o acorralar a través de la criminalización de la pobreza, esa visión del mundo otra en la que se ancla la vida y la sobrevivencia de los sectores populares.

Pero el proceso de Santiago no era, en absoluto, algo extraordinario en el continente. En 1970, el 50% de los habitantes de Recife y el 30% de los de Rio de Janeiro vivían en asentamientos populares, al igual que un 60% de los de Bogotá en 1969; el 49% de los de Guayaquil, el 40% de los de Caracas y 40% de los de Lima en ese mismo año (Castells, 1986: 249–250). Otro estudio revela los porcentajes de habitantes en viviendas autoconstruidas: el 60% de la población de Ciudad de México en 1990, el 61% de los de Caracas en 1985, el 31% de los de Bogotá el mismo año (Gilbert, 1997: 104).

Son millones de personas que han creado su propio espacio, pero además han establecido formas de sobrevivencia diferentes a las que provee el mercado. Mucho antes del actual desenganche de una parte de la población de la economía formal, ya se hablaba de la existencia de dos sociedades. Más aún, de "diversas concepciones del mundo y de la vida, tan diversas que parecían irreductibles" (Romero, 2001: 364). Si algo tenían en común esos dos mundos, era que coincidían en lo que Romero denomina como "la revolución de las expectativas". Pero ese punto en común lo borró la globalización neoliberal.

Ciertamente, no todos los barrios y ciudades autoconstruidas representan la misma trayectoria y en varios casos parecen muy lejos de conformar formas de poder popular o autogobierno local. Pero parece fuera de duda que en esos espacios anidan potencias de cambio social que aún no hemos sido capaces de descubrir en toda su magnitud. La proximidad temporal de estos procesos hacen que se trate de escenarios abiertos, nunca de realidades consumadas. Para concluir el repaso sobre esta primera fase quisiera abordar brevemente la experiencia de la ciudad de Lima, donde se ha registrado una forma de ocupación del espacio urbano parcialmente diferente a la de Santiago: aquí los campamentos y barrios populares son "islas" que nacen en los intersticios de la ciudad tradicional; en tanto, en Lima las 56 barriadas-islas que había en 1957 se convirtieron en 408 barriadas en 1981 para agruparse en tres grandes conos (al sur, norte y este) en 2004.

Esas enormes "manchas" urbanas que son los conos parecen aprisionar a la ciudad tradicional. Se trata de un doble fenómeno cuantitativo y cualitativo. Si en Santiago en 1973 los campamentos abarcaban a algo más del 30% de los habitantes de la ciudad, en Lima la población en barriadas pasó del 9,5% en 1957 al 59% en 2004 (Matos Mar, 2004: 149-153). La diferencia es que los asentamientos se establecieron en zonas aledañas a la ciudad, en los arenales que rodean Lima, y ahí se fueron conformando territorios continuos relativamente homogéneos, verdaderas "manchas" urbanas pobladas por migrantes de la sierra.

Desde el punto de vista de las modalidades de ocupación del espacio, no hay mayores diferencias respecto al caso de La Victoria en Santiago. Se trata de invasiones realizadas por grupos organizados de pobres que ocupan ilegalmente un terreno, izan banderas peruanas, resisten a las fuerzas del orden, establecen sus asociaciones de pobladores y comienzan a construir sus viviendas precarias con esteras, y luego todo el barrio en forma comunitaria, enclavado en las laderas de cerros y en los arenales. La primera barriada formada bajo ese patrón se creó en mayo de 1946 en San Cosme. El proceso de invasiones y formación de barriadas crece lentamente en los años 50 y tiene su momento álgido en los 70. Parte de

este proceso es la formación de Villa El Salvador que fue considerada en su momento un modelo de barriada autogestionada.

A fines de la década de 1980, Matos Mar estima que había unas 2.100 barriadas en todo el país en las que vivían 9 millones de personas agrupadas en unas 7.000 asociaciones (Matos Mar, 1989: 120). Considera que por la masividad del proceso el país está ante lo que define como un "desborde" desde abajo que le cambió la cara a las ciudades y muy en particular a la capital. Este análisis sostiene que las invasiones urbanas son parte del proceso de invasiones de tierras por campesinos en la sierra que forzó al gobierno militar de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) a realizar una amplia reforma agraria que terminó de quebrar a la hacienda tradicional. En 1984, el 80% de la población de Lima vivía en asentamientos populares: 37% en barriadas, 23% en urbanizaciones populares y 20% en tugurios, callejones y corralones (Matos Mar, 2004: 69). El 20% restante vivían en barrios residenciales de sectores medios y ricos. En Lima se había producido un verdadero terremoto social y cultural. Pero también económico.

Los migrantes se van haciendo cargo hacia la mitad de la década de 1980 de su propia dinámica ya que las instituciones estatales no estaban, y esto marca una diferencia crucial con Chile, en condiciones de intentar hacer frente a semejante desborde desde abajo. Lo andino instalado en Lima modifica no sólo el aspecto físico de la ciudad sino sus formas de sociabilidad y su cultura de vida cotidiana.

"En la construcción de casas y servicios vecinales, al tiempo que se extienden rasgos arquitectónicos que derivan de modelos más serranos que europeos, como el techo a dos aguas y la reja, se practica en forma creciente sistemas de reciprocidad como la minka. La nueva vivienda es bautizada con la tinka andina y la cruz de flores corona la parte más elevada de la construcción. Talismanes y amuletos, especialmente vegetales, para proteger la casa del mal y los ladrones han pasado a formar parte corriente de la religiosidad popular urbana." (Matos Mar, 2004: 80)

Esta población desarrolla una economía contestataria, en opinión de Matos Mar, que la distingue de la llamada economía "informal" porque refleja una realidad opuesta a la oficial. Si la denominamos "informal", sugiere, le cedemos el papel central a la economía establecida y hegemonizada por las clases dominantes. Se trata de una economía de sobrevivencia pero sobre todo de resistencia. Porque la economía debe ser considerada como parte de las relaciones sociales que corresponden a una determinada sociedad y no puede desgajarse del conjunto de creaciones que se registran en las barriadas. Los sectores populares crearon una ciudad diferente con sus propios medios de comunicación, sus manifestaciones culturales (la chicha) y religiosas, sus medios de transporte diferenciados (el microbús),

y hasta sus "sistemas autónomos de vigilancia barrial y, en casos extremos, los tribunales populares y ejecuciones sumarias" (Matos Mar, 2004: 188). La economía popular forma parte de ese conjunto de relaciones aunque mantiene vínculos con la economía de las clases dominantes.

En el trasfondo de estas enormes realizaciones está la reinvención de la comunidad andina y las redes de parentesco y reciprocidad en el nuevo espacio urbano. La comunidad urbana es la que construye los espacios públicos en base a la cooperación: calles, veredas, alumbrado, abastecimiento de agua, escuelas, puestos de salud. Las redes familiares permitieron construir las casas: 500 mil viviendas en pueblos jóvenes construidas por etapas (desde la estera hasta el ladrillo y el cemento) a razón de 15 años de trabajo por cada una. Dos de cada tres viviendas de Lima han sido construidas de esta manera. Es otra forma de hacer ciudad, pero a la vez una ciudad diferente, en la que las viviendas son a menudo lugar de trabajo, tienda o taller. Esta otra ciudad perteneciente al otro Perú, es la que presenta el mayor dinamismo económico. Según datos de la Cámara Peruana de la Construcción, el 70% del PBI de la construcción de vivienda es autoconstrucción directa realizada en los pueblos jóvenes por las familias asociadas informalmente con maestros de obra y microempresarios (Tokeshi, 2006).

La imagen que trasmite Matos Mar apunta a la existencia de dos países: "el Perú oficial de las instituciones" y "el Perú marginado, plural y multiforme" (Matos Mar, 2004: 97). El sociólogo Carlos Franco coincide de algún modo con esa imagen cuando observa en Villa El Salvador tres características distintivas del mundo de los sectores populares: un modo de organización y distribución del espacio, la forma de organización de la población y un proyecto de desarrollo económico y social (Tokeshi, 2006). No se trata de un país subsidiario o dependiente del otro sino de dos mundos autónomos y autosuficientes que se relacionan entre sí como tales. La principal diferencia sería que uno está en decadencia y el otro en ascenso.

En efecto, el Perú de abajo pasó de invadir tierras y predios en la década de 1950 a la invasión de "la cultura oficial por la cultura andina y la de los ámbitos de la economía, la educación, el mundo jurídico y la religión por los nuevos estilos impuestos por las masas en constante desborde y expansión" (Matos Mar, 2004: 101). Más aún, rebasa cualquier capacidad de control y establece "bolsones semiautónomos de poder" basados en las tradiciones comunitarias andinas de reciprocidad (Matos Mar, 2004: 105). Estos dos países se relacionan, confrontan y se interpenetran, siempre según Matos Mar, pero los sectores dominantes están siendo desplazados gradualmente de sus espacios físicos y simbólicos tradicionales. Un modo de proceder espontáneo que encara el cambio social de manera muy similar a lo que representa el concepto andino de pachakutik.

Los sectores populares habrían estado, a fines de la década de 1980, en condiciones de vetar los proyectos de los políticos criollos (impidiendo el acceso al gobierno de Mario Vargas Llosa) pero sin asumir lealtades estables a los partidos y líderes sino estableciendo "relaciones en términos de costos y beneficios que servían de sustento a calculados procesos de negociación" (Degregori y Grompone, 1991: 46). No es cuestión ni de populismo ni de clientelismo sino, como señala Carlos Franco, que la "plebe urbana" estaría procesando "el pasaje de la representación delegada a la autorrepresentación política" (idem). Lo que estaba operando, dicho a modo de hipótesis y en base a lo que se registró en procesos posteriores como el boliviano, es que en la medida en que los sectores conforman un mundo separado, no sienten la necesidad de estar representados en el mundo del otro. En este punto, los conceptos tradicionales acuñados para describir y analizar las luchas sociales en "una" sociedad, dejan de ser operativos al constatarse que se trata de "dos" mundos en conflicto-alianza, lo que incluye un amplio abanico de interacción que va desde la confrontación hasta negociaciones, alianzas y pactos. Se vuelve necesario esbozar nuevas narraciones sobre otras bases epistemológicas.

Hasta ahí, a grandes rasgos, el recorrido de los sectores populares urbanos en dos casos que representan caminos diferentes y a la vez puntos de contacto. La dictadura de Pinochet (1973-1990) y el régimen de Fujimori (1990–2000) marcaron el fin de una etapa para el movimiento de los sectores populares urbanos. Sus principales características lo colocan como un movimiento nuevo pero sobre todo diferente a los anteriores. Más allá de las heterogeneidades entre lo que sucede en las distintas periferias creo podemos encontrar algunos aspectos en común:

– se trata del movimiento de migrantes rurales que llegan a ciudades que hasta ese momento eran los centros de poder de las clases dominantes. La afluencia masiva de población rural a las ciudades cambia las relaciones de fuerza sociales, económicas y culturales.

– los sectores populares crean espacio urbano en forma de multitud de islas en medio de las ciudades tradicionales, que en ocasiones están intercomunicadas. Esta creación debe entenderse como una forma de resistencia al poder de las elites y a la vez de afirmación del mundo popular.

– los espacios que construyen (barriadas, campamentos, barrios populares) son diferentes a la ciudad tradicional de las clases medias y altas. Esa diferencia se registra tanto por el modo de construcción en base al trabajo colectivo comopor la forma de ocupación y distribución del espacio urbano y se sostiene en relaciones sociales solidarias, recíprocas e igualitarias.

– en los nuevos espacios autoconstruidos nacen formas de poder popular, explícitas o implícitas, que abarcan toda la gama de relaciones sociales:

desde el control directo sobre el espacio (quienes y cómo lo habitan) hasta la regulación de las relaciones entre las personas. En estos espacios la lógica estatal aparece subordinada a la lógica comunitaria–popular.

– en los territorios populares surgen iniciativas para la sobrevivencia que a menudo cobran la forma de una economía diferente a la hegemónica, una economía que en los hechos es contestataria a la economía del capitalismo.

– el control de estos territorios es lo que ha permitido a los sectores populares urbanos resistir, seguir siendo, mantenerse vivos ante unos poderes que buscan su desaparición, ya sea por la vía de desfigurar sus diferencias, por la cooptación o la neutralización de sus iniciativas.

4. LA EXPERIENCIA RECIENTE

Con el Caracazo de febrero de 1989 los sectores populares urbanos abren un período nuevo. Desde los espacios que controlan lanzan ahora desafíos profundos, crean contrapoderes asentados en sus barrios-territorios. El desborde registrado en Lima adquiere en otras ciudades una connotación insurreccional, con lo que se inaugura otra etapa política: de la sobrevivencia y la resistencia a la impugnación de la sociedad hegemónica. Este proceso es hijo del modelo neoliberal que supuso una recolonización del continente y un ataque a las formas de vida de los sectores populares. Tal vez por eso el primer lugar donde las nuevas formas se manifestaron con particular fuerza fue donde primero se empezó a ensayar el experimento neoliberal: el Chile de Pinochet.

Desde 1983 las poblaciones que habían creado los sectores populares a partir de la toma de La Victoria jugaron un papel decisivo en la resistencia a la dictadura. Los barrios autoconstruidos y autogobernados sustituyeron a las fábricas como epicentro de la acción popular. En 1983, luego de diez años de dictadura, los sectores populares desafiaron al régimen en la calle a través de once "protestas nacionales" entre el 11 de mayo de ese año y el 30 de octubre de 1984, aunque algunos análisis sostienen que hubo 22 protestas en cinco años, desde 1983 hasta 1987 (Salazar y Pinto, 2002b: 242). La masividad y potencia de estas protestas pusieron a la dictadura a la defensiva. Fueron protagonizadas, en la esfera pública, mayoritariamente por jóvenes que utilizaron barricadas y fogatas como demarcadores de sus territorios y atacaron los símbolos más cercanos del orden como municipios, semáforos y otros.

Desde principios de la década de 1980 las mujeres y los jóvenes, a través de sus organizaciones de sobrevivencia y socio-culturales, comienzan a ganar protagonismo y a responder al intento de desarticulación del

mundo popular que procuraba la dictadura. La revuelta callejera con "recuperación del territorio" es la única forma de acción de un sector social que "no dispone de mecanismos de participación institucional" (Revilla, 1991: 63). La apropiación del territorio que se registra en las protestas, donde las barricadas imponen límites a la presencia estatal, ha sido la forma de negar la autoridad en los espacios autocontrolados ("aquí no entran" se escuchaba en las barricadas en referencia a los Carabineros), haciendo efectivo un "cierre de la población" que representó "la afirmación de la comunidad popular como alternativa a la autoridad del Estado y la negación de la dictadura como propuesta de totalidad" (Revilla, 1991: 63).

La respuesta estatal fue brutal. En poco más de un año hubo por lo menos 75 muertos, más de mil heridos y seis mil detenidos. En una sola jornada de protesta, el 11 y 12 de agosto de 1983, hubo mil detenidos y 29 muertos, y en la represión participaron 18 mil militares además de civiles y Carabineros (Garcés, 2002: 32–33). Esto da una pauta de la intensidad de las protestas que sólo pudieron existir por una contundente decisión comunitaria. Pese a la represión no hubo derrota. Se recuperó la identidad y el éxito consistió en la existencia misma de las protestas, en la capacidad de volver a lanzar un desafío sostenido al sistema durante un año y medio luego de una década de represión, torturas y desapariciones.

Las protestas muestran a nuevos actores sociales en acción cuando la clase obrera ya no podía jugar un papel central como lo había hecho durante décadas. Entre los nuevos actores, básicamente mujeres y jóvenes pobladores, hay algunas diferencias en las que resulta necesario detenerse. La primera ya fue esbozada y consiste en el arraigo territorial de la protesta y por lo tanto de los sujetos que la realizan. Este cambio, como ya he señalado en otros trabajos, resulta un viraje de larga duración que modifica el carácter, la forma y la trayectoria de los movimientos de los de abajo (Zibechi, 2003b). El historiador Gabriel Salazar apunta que "en la historia poblacional se sintetiza la autonomía, el protagonismo social y la creación de identidad que los pobres del país fueron paulatinamente alcanzando" (Salazar y Pinto, 1999: 127).

Sin embargo no es la territorialización de los poderes populares lo que los potencia sino las relaciones sociales que anidan en esos territorios "otros". A la hora de rastrearlas, vemos que la principal diferencia con el primer período es que los sectores populares, y de modo muy desatacado las mujeres del abajo, desarrollan nuevas capacidades, siendo la principal de ellas la capacidad de producir y reproducir sus vidas sin acudir al mercado, o sea sin patrones. Salazar captó la profundidad de esta diferencia:

"Si la experiencia de las mujeres en los 60 había sido profunda, la de las pobladoras de los 80 y 90 fue todavía más profunda y produjo una

respuesta social aún más integral y vigorosa. Por eso, después de 1973, el movimiento de pobladores no declinó. Al revés: llegó a un punto culminante de su vida histórica.

Las pobladoras de los años 80 no se organizaron sólo para tomarse un sitio y levantar un campamento a la espera del decreto estatal; o para 'asociarse' con el Estado Populista según los términos que proponía éste. Pues ellas se organizaron entre sí (y con otros pobladores) para producir (formando amasaderías, lavanderías, talleres de tejido, etc.), subsistir (ollas comunes, huertos familiares, comprando juntos), autoeducarse (colectivos de mujeres, grupos culturales) y, además, resistir (militancia, grupos de salud). Todo ello no sólo al margen del Estado, sino también contra el Estado." (Salazar y Pinto, 2002a: 261)

Fue este movimiento el que forzó el repliegue de la dictadura. Fue, como concluye Salazar, el movimiento de resistencia más largo y vigoroso que conoció Chile en su historia, que no pudo ser derrotado pese a la brutalidad de la represión. Las mujeres pobres ponían en juego, en las condiciones más difíciles que cabe imaginar, la memoria y los saberes aprendidos desde la década de 1950 o incluso antes. La fortaleza de las mujeres, y esta es una característica de los movimientos actuales en todo el continente, consiste en algo tan sencillo como juntarse, apoyarse unas a otras, resolver los problemas a "su" modo (que luego veremos más en detalle en qué consiste), con la lógica implacable de hacer como hacen en sus casas, de trasladar al espacio colectivo el mismo estilo del espacio privado, una actitud comunitaria espontánea de la mujer-madre que hemos visto, entre otros muchos, en movimientos como Madres de Plaza de Mayo (Zibechi, 2003a).

Estas mujeres modificaron lo que entendíamos por movimiento social. No crearon aparatos ni estructuras burocráticas con los cargos y las liturgias propias de esas instituciones, necesariamente separadas de sus bases. Pero se movieron, y vaya si lo hicieron. Las pobladores chilenas bajo la dictadura se convirtieron en:

"(…) hormiguitas que recorrían las casas de sus poblaciones conociendo y conversando con todos los vecinos, tratando con las profesionales de las ONGs o de las vicarías sociales (más tarde con los profesionales y políticos de los municipios), asistiendo a talleres y cursos de capacitación, o a reuniones de coordinadoras regionales o nacionales. Su movilidad les permitió tejer "redes vecinales" y aún comunales que tornaron innecesarias las reuniones formales (o "funcionales") de las juntas de vecinos o los centros de madres, por ejemplo." (Salazar y Pinto, 2002a: 267)

Este es, precisamente, el concepto de movimiento social que pone en primer lugar el mover-se, desplazando las estructuras organizativas, como

hemos visto antes. La imagen de las mujeres pobres moviéndose en sus barrios, y en ese mover-se ir tejiendo redes territoriales que son, como apunta Salazar, "células de comunidad", es la mejor imagen de un movimiento no institucionalizado y de la creación de poderes no estatales: o sea, no jerarquizados, ni separados del conjunto. De este modo nace, también, una nueva forma de hacer política de la mano de nuevos sujetos, que no aparecen fijados ni referenciados en las instituciones estatales.

Para estas mujeres la transición fue un desastre ya que las devolvió, o por lo menos ese fue el mensaje, a sus casas. A partir de 1990, con el retorno del régimen electoral, vivieron una derrota que nunca habían imaginado. Dicho de otro modo: "El movimiento de pobladores no fue vencido por la dictadura en el terreno de lucha que los pobladores eligieron, sino en el terreno de la transacción elegido por los que, supuestamente, eran sus aliados: los profesionales de clase media y los políticos de centro-izquierda" (Salazar y Pinto, 2002a: 263). Difícilmente pueda describirse el tránsito de la dictadura a la democracia en términos más ajustados. Los pobladores habían creado el Comando Unido de Pobladores (CUP) y el Movimiento de Mujeres Pobladoras (MOMUPO). Estos fueron invitados a participar en instancias multisectoriales como la Asamblea de la Civilidad, donde los profesionales y militantes de clases medias impusieron la transición "desde el interior del movimiento popular", lo que llevó a la marginación primero y a la desintegración después de las organizaciones de pobladores (Salazar y Pinto, 2002a: 262–263).

De esta experiencia, a mi modo de ver se deducen un par de enseñanzas que tienen estricta actualidad. La primera, es que los movimientos a los que llamaré "comunitarios" a falta de algo mejor (o sea que reúnen la decisión común de un actor social territorializado), no pueden ser derrotados por la represión, por más terrible que sea, salvo mediante el exterminio masivo de sus miembros. La segunda, es que la derrota la procesa eso a lo que suele llamarse "izquierda", ese conjunto de profesionales, ONGs y partidos que son los encargados de ablandar y fragmentar al movimiento. Para ello, y esta es la tercera lección, es necesario cooptar o quebrar a los "referentes" individuales o colectivos de los movimientos. Esto sucedió también en Chile en el decisivo año de 1986, cuando se definieron las reglas de la transición, y en buena parte del continente.

Los jóvenes pobladores, el otro actor decisivo en las protestas a partir de 1983, siguieron un derrotero similar. Durante los primeros años de la dictadura habían creado miles de grupos "culturales" que operaban como refugios ante un régimen exterminador. Amparados en las parroquias crearon grupos de teatro, peñas, grupos literarios, talleres, formas diversas de educación popular, en los que se "forjó una cultura juvenil distinta a la de

la generación del 68: más arraigada en el presente que en el pasado, más colectiva que individual, más artesanal que profesional y más participativa que escénica" (Salazar y Pinto, 2002b: 237). Los diversos grupos juveniles componían una amplia, diversificada y espontánea red social. En paralelo, pero confluyendo con las actividades de las mujeres pobladoras, los jóvenes comenzaron a protagonizar hechos "culturales" al aire libre en los que poco a poco fueron participando miles de personas.

En esos espacios seguros y lejos del control de la dictadura (Scott, 2000), los jóvenes ensayaron un rechazo al régimen que luego trasladaron a las calles a partir de 1983. El período de repliegue, de 1976 a 1982, es definido por Salazar como "un ciclo comunitario centrado en la creación cultural" en el que predominan liderazgos rotativos e informales, donde el ingreso y la salida no son traumáticos ni para el colectivo ni para el individuo. En este período y en esos espacios nació una cultura juvenil tan potente que, con algunas variaciones, perdura hasta el día de hoy:

"Tal vez el legado más notable de este ciclo fue haber demostrado que la articulación de grupos abiertos a la libre participación y a la libre creación podía tener una fuerza militante y democrática socialmente más transparente y caudalosa que la articulación funcional y jerárquica de los partidos políticos." (Salazar y Pinto, 2002b: 241)

Esta nueva cultura juvenil horizontal tuvo que abrirse paso no sólo enfrentando a la dictadura militar sino a amplios sectores de la izquierda militante que buscaron instrumentalizarla para la insurrección primero y para la participación electoral después. En trazos gruesos, puede describirse como una pinza sobre las nuevas culturas juveniles: las dictaduras por un lado y las viejas izquierdas por otro; más tarde, al retornar el régimen electoral, las políticas neoliberales o el mercado por un lado y las instituciones, gobernadas por la derecha o la izquierda, por otro. Y muy a menudo están las ONGs en este segundo lado de la pinza.

El rechazo a los partidos y el abstencionismo electoral están presentes en gran parte de las sociedades latinoamericanas como actitud de rechazo pasivo de los jóvenes a un sistema que los margina. Lo cierto es que en todas partes, allí donde hubo dictaduras pero también donde se registró cierta continuidad del régimen electoral, se vivió una clara separación entre el activismo social de base y los dirigentes siempre dispuestos a negociar "salidas" con los militares, las elites o la partidocracia tradicional. En diversos momentos y en distintos países, en general en la década de 1980 y comienzos de los 90, los sectores populares (una vez más, básicamente mujeres y jóvenes) sufrieron serias derrotas que no fueron propinadas por los regímenes autoritarios o las derechas en el poder. Así como las izquierdas profesionales y los sindicatos jugaron su papel en la reinstalación de

un sistema democrático electoral con libertades restringidas en los países del Cono Sur, algunos grupos armados contribuyeron a debilitar el campo popular y en particular a los sectores populares urbanos[12].

La retirada del escenario militante y de la política formal por parte de los jóvenes chilenos –y de casi todos los países latinoamericanos– es apenas un repliegue temporal a sus espacios seguros, lejos del control del sistema, donde a menudo proceden a formas muy variadas de "reagrupación juvenil 'por abajo', en el tejido subcutáneo de la institucionalidad, en los bordes del sistema normativo, en los vericuetos y madrigueras intersubjetivas del espacio privado" (Salazar y Pinto, 2002b: 265). A lo largo de los 90 algo sucedió en esos espacios, como algo había sucedido en otros períodos de repliegue, suficientemente intenso como para que en 2006 cientos de miles de estudiantes secundarios, los "pingüinos", ganaran las calles en un enorme desafío a la política educativa neoliberal, al gobierno de Michelle Bachelet y al conjunto de las elites chilenas.

La sorpresa fue mayúscula porque desde 1990 la gobernante Concertación introdujo a los sectores populares en el escenario político ya no como actores sino como objeto de políticas focalizadas o "masa social dispersa". Estas son las políticas que buscan gobernar o neutralizar a los movimientos. ¿Durante cuánto tiempo?

No lo sabemos. Pero es seguro que la experiencia anterior dejó huellas. Hoy, insiste Salazar, las pobladoras y los jóvenes "saben" que las cosas han ido mal con la derecha y con la izquierda, que ni siquiera Allende hizo en 1973 lo que esperaban que hiciera. Y saben que las cosas las tienen que hacer ellos y ellas mismos, de ahí la enorme desilusión con los políticos, y con la democracia electoral. Tal vez por eso las organizaciones que sobreviven a la debacle que supuso la transición tienen otras características a las de los períodos anteriores. Las nuevas organizaciones comunitarias en las poblaciones son más autónomas y trabajan en varias direcciones: para recuperar la memoria de lucha y la identidad barrial, para resolver los problemas de salud comunitaria y para intentar "acceder a alternativas económicas para ellas y sus familias" (ECO, 2001). En otras palabras, buscan producir y reproducir sus vidas fuera del control de cualquier institución, estatal o partidaria.

La toma de terrenos en Peñalolén (Santiago) en marzo de 1997, siguió exactamente los mismos patrones de acción y organización establecidos por la toma de La Victoria 40 años atrás. Pero al igual que sucede con otras organizaciones populares, en este período la relación con el Estado es instru-

12. Pienso en el caso de Sendero Luminoso en Perú.

mental y rigurosamente exterior. Por no haber, no hay siquiera influencia de los partidos. En La Victoria, pude comprobar personalmente en 2007, en el centro cultural José Mariqueo, en el que se estaba preparando la celebración del 50 aniversario de la fundación de la población, el grado de autonomía de las nuevas organizaciones de pobladores. Una frase me impresionó más que ninguna: "Nuestro problema empezó con la democracia". No parecía una afirmación de carácter ideológico sino de sentido común que el resto de los presentes, unos treinta entre los que predominaban las mujeres y los jóvenes, compartían sin darle mayor trascendencia.

En realidad, en toda América Latina se aplicó el mismo "modelo" de transición, muy similar al español luego de la muerte de Franco. Pero el escenario sumergido de la sociabilidad popular está en ebullición. A tal punto que el Estado debió intervenir las poblaciones con la excusa de la droga y la delincuencia a través del Programa Barrio Seguro. Desde 2001 el ministerio del Interior puso en marcha este programa con fondos del BID que supone la intervención policial y social de los barrios "marginales" o "conflictivos". La primera población afectada fue La Legua y la segunda La Victoria, y así hasta nueve poblaciones en los primeros cuatro años. Los objetivos del plan quedan al descubierto cuando las propias autoridades admiten que consiste en "combatir el comercio ambulante y la delincuencia en el centro de Santiago"[13].

En cada población se busca involucrar a las organizaciones sociales, en particular a las juntas de vecinos, lo que redunda en la división del barrio y sus núcleos organizados. Miembros del Centro Cultural Esteban Gumucio de Yungay, una de las poblaciones intervenidas por el ministerio del Interior, aseguran que la "aplanadora gubernamental" busca la desarticulación de las "organizaciones territoriales autogestionadas" (Perro Muerto, 2006: 12). En esa población existen colectivos autónomos que tuvieron la capacidad de tomar un espacio público en el que construyeron un centro cultural y un horno comunitario donde los vecinos hacen y consumen pan y empanadas. La población ha sido sometida a un virtual estado de sitio por los Carabineros que cuentan con el apoyo de la junta de vecinos.

"La descarada manipulación de los pobladores tuvo como resultado el proyecto de luminarias, pastelones y 'lomos de toro' con la aprobación de las juntas de vecinos, una de ellas constituida casi en su totalidad por funcionarios municipales, siendo en la práctica los ojos, oídos y la voz del municipio en la población, mientras las escaleras de los blocks se caen a pedazos y la solicitud de construir una sede social para todas las organiza-

13. www.gobiernodechile.cl

ciones de la población fue desechada con un "la municipalidad se opone a la sede"." (Perro Muerto, 2006: 13)

El Estado realiza esfuerzos permanentes para ahogar cualquier expresión autónoma de los pobres, ya sea política, económica o cultural. Para eso necesita cooptar organizaciones o dirigentes sociales para aislar a los colectivos autónomos, ya que la represión sin más produce efectos contrarios a los buscados. La legislación "democrática" forma parte también de esta guerra de baja intensidad contra los sectores populares. En diciembre de 2003 ingresó al parlamento un proyecto de ley para "modernizar" las ferias libres que son "espacios residuales de soberanía popular" (Páez, 2004). En efecto, el control sobre el espacio público es primordial para las clases dominantes ya que allí es donde los sectores populares ejercitan su soberanía. Las ferias son aquellos espacios donde los productores populares y sus productos se vinculan de modo horizontal, y el comercio informal es a menudo un "arma política y económica con el que las clases populares pueden ejercer sus derechos ciudadanos" (Páez, 2004). Dominadores y dominados saben hoy que es en esos microespacios de la vida cotidiana donde se ensayan las revueltas que desbordan, cada cierto tiempo, las grandes alamedas del control social.

Una de las sociedades urbanas donde la acción social colectiva de las mujeres populares tiene mayor presencia, es la ciudad de Lima. En 1994, había en la capital peruana unas 15 mil organizaciones populares registradas: 7.630 comités del Vaso de Leche, 2.575 clubes de madres, 2.273 comedores populares y 1.871 juntas vecinales, según fuentes oficiales[14]. La casi totalidad de estas organizaciones pertenecen a los sectores populares y están afincadas en las periferias de la ciudad, en los asentamientos o pueblos jóvenes. Muchas de ellas están ligadas a los partidos (los clubes de madres al APRA desde 1985) o fueron cooptadas por ellos. Los comités del Vaso de Leche nacieron durante la alcaldía de izquierda de Alfonso Barrantes, en 1984, cuando la presión de las mujeres pobres decidió al municipio a implementar el Programa del Vaso de Leche dirigido a proporcionar desayuno a menores de 6 años y a las madres gestantes o lactantes.

Clubes de Madres, comités del Vaso de Leche y comedores populares contaban a mediados de la década de 1990 con cuatro millones de beneficiarios en todo el país y eran gestionados casi exclusivamente por mujeres. El protagonismo femenino está fuera de duda, más allá de las consideraciones que se hagan. En efecto, suele considerarse este tipo de

14. www.inei.gob.pe

actividades como beneficencia o sustitución del papel del estado, cuando no se hace hincapié en la subordinación a partidos o municipios y, en algunas ocasiones, a casos de corrupción o clientelismo. Quisiera poner la lupa sobre un tipo de organizaciones nacidas desde abajo, que ya llevan casi cuarenta años en pie y muestran que no todo puede verse en blanco y negro. Me refiero a los comedores populares.

Nacieron a fines de la década de 1970 con el objetivo de preparar en forma colectiva raciones alimenticias para familias o individuos, ya que colectivamente se puede acceder a alimentos donados o subsidios y la compra masiva abarata los costos. En 1978 nacieron los primeros comedores populares autogestionados en Comas, al norte de Lima, impulsados por una monja-enfermera, María van der Linde (Blondet y Trivelli, 2004: 39). La experiencia de la cocina colectiva se difundió con rapidez al calor de las crisis económicas: en 1982 había 200 comedores en Lima; en 1988, cuando el programa de estabilización de Alan García, sumaban 2.000; cuando el ajuste estructural de Fujimori, en 1990, llegaron a 7.000. Una encuesta realizada en 2003, reveló que sólo en Lima existen 5.000 comedores populares con algo más de 100.000 socias activas (Blondet y Trivelli, 2004: 20).

Los comedores, impulsados por agentes pastorales vinculados a las comunidades eclesiales de base y a la teología de la liberación, promovieron "la autoayuda y la autoprestación de servicios, buscando enfatizar la autonomía de los pobres en la relación con el estado y las instituciones de caridad, en contraste con las relaciones de dependencia que con demasiada facilidad propiciaban otros programas. De ahí la importancia de recalcar el esfuerzo personal y la iniciativa popular en el surgimiento de estos comedores, y la resistencia para coordinar con los programas gubernamentales o tener al estado como referente para el logro de sus demandas." (Blondet y Trivelli, 2004: 39).

Estos comedores recibieron el nombre de autogestionados (reciben alimentos del estado) en contraste con los subvencionados (reciben alimentos y dinero del estado). A éstos se los considera más afines al estado y los partidos, aunque con el tiempo las diferencias parecen menores. Los comedores atravesaron diversas etapas: en 1988 se realizó el Primer Encuentro de Comedores Autogestionarios y se creó la Comisión Nacional de Comedores, en un período de gran protagonismo femenino y apoyo gubernamental a las actividades sociales. Al dispararse la crisis económica, desde 1988, los comedores se multiplican y se ensayan nuevas formas de sobrevivencia en torno a los mismos (pequeños "negocios" y ampliación de las prestaciones alimentarias), a la vez que se protagonizan importantes movilizaciones en demanda de apoyo. En la década de 1990 muchos

comedores cerraron por el acoso de Sendero Luminoso y otros debieron trabajar a puertas cerradas (Blondet y Trivelli, 2004: 42–43).

Cada comedor tiene un promedio de 22 socias activas, siendo una organización de vecinas de mismo barrio, según la encuesta de 2003. El 90% de las socias ha recibido algún tipo de capacitación y ha tenido alguna responsabilidad en la gestión. Sólo el 20% de las presidentas de los comedores tiene secundaria completa. En Lima había, en 2003, 2.775 comedores autogestionados y 1.930 subsidiados: los segundos nacieron en la segunda mitad de los 80 y los primeros en la década de 1990.

Cada comedor produce unas 100 raciones diarias en promedio, casi medio millón de raciones diarias en Lima. Es interesante observar a quiénes van dirigidas las raciones: el 60% a las socias y sus familias; un 12% a las socias que cocinan como compensación por su trabajo (no hay pago en efectivo); un 8% son donados a personas pobres del barrio ("casos sociales"). Sólo se venden el 18% de las raciones producidas por el comedor. La mitad de ese porcentaje se vende a gente del barrio, en general siempre la misma, y el otro 9% a gente "de paso", o sea clientes como empleados de empresas de servicios y otros. A las socias se les vende a un precio menor que a los clientes externos.

Parece evidente que los comedores se han instalado para la atención de las socias y sus familias, y no para vender o tener ganancias. Los comedores no ahorran ni distribuyen beneficios a sus socias y "lo más probable es que las propias socias estén subsidiando el comedor de manera directa (donando insumos, entregando trabajo, etc.) más allá de los turnos normales de cocina" (Blondet y Trivelli, 2004: 32). Aunque luego volveré sobre el tema, me parece evidente que las mujeres que trabajan en los comedores producen no–mercancías y que no lo hacen para el mercado sino para personas conocidas. Apenas un 9% de su trabajo es destinado a la venta bajo la forma de mercancías. En realidad, lo que reciben del estado se va casi íntegramente en las raciones que entregan a los más pobres.

La mayor parte de los comedores realizan fiestas y rifas para tener otros ingresos ya que los aportes de alimentos del estado apenas cubren el 20% del costo de la ración. Un estudio de la Federación de Mujeres Organizadas en Comedores Populares Autogestionarios (Femoccpaal) del año 2006, que agrupa a unos 1.800 comedores, asegura que "el comedor ya no es un complemento de salario alguno, porque ese salario ya no existe, para muchas familias es la única vía de acceso a la alimentación"[15]. Esto en un período de fuerte crecimiento económico. Un detallado estudio de esa

15. www.femoccpaal.org

organización revela que más del 80% del costo de la ración es aportada por las organizaciones de los comedores, en tanto el estado aporta el 19%. A la hora de cuantificar el costo final de una ración, las socias de los comedores compran en alimentos el equivalente al 33%, la mano de obra gratuita supone el 32%, siendo el 16% restante gastos de administración, transporte para recoger los alimentos donados por el estado y otros servicios compensados con trabajo o raciones.

La vastedad de la organización colectiva de las mujeres pobres de Lima muestra su capacidad de intervenir en la vida política del país desde un lugar propio. En los comedores las mujeres trasladaron lo que hacen dentro de sus casas al espacio público. Otro tanto puede decirse de las otras organizaciones. La lógica del cuidado familiar extendida y multiplicada en tiempos de crisis. En uno de los momentos más álgidos vividos por Perú, las mujeres no sólo intervinieron en organizaciones locales como los comedores, sino directamente en el escenario político nacional. Eso sucedió a fines de noviembre de 1988. Durante ese mes se difundió en los barrios pobres un rumor que aseguraba que personas extrañas (doctores gringos ayudados por matones negros) secuestraban a los niños para sacarles los ojos. Entre el 29 y 30 de noviembre, miles de madres, en casi todos los barrios pobres, fueron presas del pánico y se dirigieron en masa a los colegios a recoger a sus hijos porque creyeron que se encontraban en peligro por la acción de los sacaojos. En muchos barrios los vecinos hicieron rondas de vigilancia y estuvieron cerca de linchar a varias personas a las que consideraron sospechosas de ser sacaojos.

Una detallada investigación alumbró los motivos de tan extraño comportamiento colectivo (Portocarrero y Soraya, 1991). A primera vista parece un rumor insólito vinculado a mitos del período colonial. Sin embargo, el trabajo revela que en las fechas cercanas al rumor del sacaojos, se estaba produciendo una agudización de la crisis económica, una parálisis del gobierno, una ola de huelgas y el colapso de los servicios públicos, a lo que se sumaba la acción de Sendero Luminoso. La ciudad de Lima estaba semi-paralizada y la población sentía temor. En setiembre de ese año se había producido un "paquetazo" que supuso una seria reducción del poder adquisitivo de los trabajadores. Los mercados estaban desabastecidos y las amas de casa debían hacer largas colas para comprar unos pocos productos.

La popularidad del presidente Alan García había caído radicalmente. El primer ministro había hecho a principios de noviembre declaraciones dramáticas ("correrán ríos de sangre" si vuelve la derecha). Hacia el 7 de noviembre hay muchos gremios en huelga y colapsan los servicios públicos, sobre todo el transporte urbano por una huelga de choferes y propietarios

de micros. La imagen de Lima era la de una ciudad en caos, con paraderos congestionados, miles de personas caminando y pasajeros trepados a camiones y camionetas. El día 22, Sendero Luminoso derribó 32 torres eléctricas y provocó un apagón gigantesco que llevó a que durante tres semanas hubiera restricciones de electricidad. Los semáforos no funcionan, falta pan en las panaderías y el mismo 22 el ministro de Economía anuncia aumentos en los productos básicos del 100 al 200%. Muchos puestos y ferias cierran pero en los pueblos jóvenes la población colabora con la policía para abrirlos a la fuerza.

El nivel de tensión es altísimo. Muchos imaginan saqueos, un estallido social y una represión gigantesca con miles de muertos. Lo cierto es que los sectores populares se encontraban entre el temor y la desesperación. La central de trabajadores convoca un paro de 24 horas que es un completo fracaso. Las cosas toman otro rumbo: "En los días siguientes al paquetazo no hubo en Lima ni paro ni saqueos. No obstante, sí ocurrió el episodio de los sacaojos. La hipótesis que proponemos es que el rumor y el pánico llevaron a rebajar el nivel de tensión. De esta manera el episodio fue un equivalente funcional del estallido o del paro. Permitió desahogar la tensión, sentir colectivamente el miedo y la desesperación que la misma situación generaba, incluso tratar de defenderse de él. La sensación de que tenía que pasar algo se disipó."(Portocarrero y Soraya, 1991: 29).

La hipótesis sugiere que la "respuesta" popular clásica (saqueos, paro, insurrección o estallido) estaba invalidada a los ojos de los principales protagonistas de los sectores populares por los elevados costos humanos que hubiera tenido. Pero la población pobre, y muy en particular las mujeres-madres, no están ni desmovilizadas ni desorganizadas. En varios puntos de la ciudad, muchedumbres de hasta mil madres exigen respuestas y la intervención de autoridades para resolver el problema de los sacaojos. Se forman rondas de vigilancia, los vecinos forman comisiones para capturarlos y, aunque nunca los encuentran, detienen en varios casos a "sospechosos" que siempre son médicos o extranjeros.

Lo cierto es que el protagonismo estuvo "en manos de las mujeres madres de familia y no de los dirigentes populares (caso del paro) o de los adolescentes y jóvenes (caso del estallido y saqueos)", y que a través del rumor y pánico del sacaojos se previno un mal mayor:

"Que el miedo y la ansiedad se convirtieran en pánico y violencia en el interior de los pueblos jóvenes, sobre todo en el mundo privado de la familia popular. Estos sentimientos no fueron politizados tal como lo pretendía la propuesta del paro. Tampoco dieron lugar a comportamientos anómicos como los saqueos; ocurrió algo distinto." (Portocarrero y Soraya, 1991: 33).

En ese momento, los principales protagonistas del mundo popular no eran ya lo sindicatos ni las organizaciones campesinas sino las mujeres-madres organizadas en sus barrios para asegurar la vida cotidiana. Son miles de comedores populares, comités del Vaso de Leche y clubes de madres los que dieron sustento a la vida diaria de sus familias cuando se paralizó la economía "formal" del país. En segundo lugar, las mujeres-madres intervienen en el momento más álgido en la vida política del país, pero no lo hacen del modo esperado. ¿Por qué? Resulta evidente que no confiaban en el movimiento sindical ni en los partidos políticos, en los que militaban sus esposos o familiares varones. La historia posterior les daría la razón. Pero hay algo más, y de mayor calado.

En aquel momento, y quien esto escribe vivía en Lima en esos meses, resultaba imposible torcer el rumbo de la "alta" política. No había fuerza en el movimiento popular para evitar que el gobierno y las elites nacionales y extranjeras tomaran otro camino. Ni para frenar la violencia terrorista de Sendero Luminoso. Las mujeres-madres lo intuyeron o lo sabían. En esa situación, ¿qué sentido tenía un paro o los saqueos? El primero era un gesto sin consecuencias y el segundo implicaba correr un riesgo demasiado elevado. En esa coyuntura, las mujeres-madres intervinieron masivamente en la protección de sus hijos, sus barrios y sus familias, como ya lo venían haciendo en las miles de organizaciones locales que habían puesto en pie.

Si persistimos en una mirada ilustrada, letrada y desde arriba, o sea masculina, blanca e intelectual, seguiremos subestimando acciones nacidas y realizadas por los de abajo como la intervención masiva de las mujeres pobres en la coyuntura de 1988. Hicieron política, pero una política diferente, desde un lugar otro, ni mejor ni peor que la que hacen los varones en sus organizaciones formales y masculinas. Abrirnos a esta otra comprensión del mundo popular, puede contribuir a potenciar los rasgos positivos que ya existen y acotar los que son reproducción de los modos hegemónicos. Como sabemos, los sectores populares jugaron un papel decisivo en el tsunami electoral que le cortó el camino del gobierno a Mario Vargas Llosa. Sabemos también que esos mismos sectores jugaron un papel en la derrota de Sendero Luminoso. ¿Qué papel jugaron las mujeres-madres en ambos casos?

En Venezuela existen más de seis mil comités de tierra urbana y dos mil mesas técnicas de agua, donde millones de personas se hacen cargo de sus vidas. Ambas organizaciones forman parte del proceso de las luchas populares urbanas de las dos últimas décadas aunque cobran forma bajo el gobierno de Hugo Chávez. En Caracas el 50% de la población vive en asentamientos precarios sin posesión legal del suelo y con un pésimo servicio

de agua potable (Antillano, 2005). Como en otras partes del continente, esos barrios surgieron en las décadas de 1950 y 1960 como resultado de las desigualdades en la distribución de la renta petrolera.

En 1991 se formó la Asamblea de Barrios de Caracas que nació de la mesa de pobladores del Primer Encuentro Internacional de Rehabilitación de Barrios. La asamblea llegó a reunir a más de 200 barrios de la capital y formuló algunas de las más importantes demandas que luego retomará el gobierno bolivariano: cogestión del servicio de agua potable, regularización de la tenencia de la tierra ocupada por los pobladores, y el autogobierno local. Es el resultado de tres décadas de organización y movilización popular en los barrios periféricos.

La aparición de estos barrios fue fruto de intensas luchas contra el desalojo y por las conquista de los servicios básicos. En un segundo momento, en la década del 70 y en comienzos de los 80, se registra una intensa actividad cultural orientada a la consolidación de la identidad de los pobladores y a la construcción de nuevas subjetividades. La organización de los barrios se diversifica en grupos eclesiales, teatro, alfabetización, trabajo con niños, periódicos populares locales. Fue un proceso de acumulación de fuerzas muy invisible pero muy poderoso" (Antillano, 2006). Las luchas se focalizan a menudo contra el aumento del pasaje del transporte público y el estado de las calles. Un tercer período se precipita con las reformas neoliberales que provocan la desinversión del Estado en viviendas y mejoras para los barrios, el empobrecimiento de la población, el colapso y privatización de los servicios y "el debilitamiento y derrumbe de las agencias intermediarias que habían funcionado a la vez de medio de cooptación y mecanismo de redistribución (partidos políticos, juntas de vecinos" (Antillano, 2005: 208).

Este proceso está en la raíz de la insurrección de 1989 conocida como Caracazo. A partir de ese momento los sectores populares urbanos tomaron la iniciativa que mantienen hasta el día de hoy. La intensa movilización popular de la década de 1990 provocó el colapso de los corruptos partidos tradicionales, hizo entrar en crisis el modelo de dominación y facilitó la conquista del gobierno por una nueva camada de dirigentes entre ellos Hugo Chávez. Estos sectores jugaron un papel decisivo en frenar y revertir el golpe de Estado de abril de 2002 y en la derrota de la huelga petrolera lanzada por las elites a fines de ese año. Sin dirección unificada y sin aparato coordinador centralizado, al igual que sucedió en los momentos decisivos en todo el continente, los pobres urbanos de los cerros de Caracas neutralizaron las diversas ofensivas de la derecha y las clases dominantes que contaron con el apoyo de amplios sectores de las clases medias.

La cuarta etapa, la actual, se abre en 2002 con el decreto que da inicio a la regularización de la tenencia de la tierra y la rehabilitación de los ba-

rrios que promueve la formación de los comités de tierras urbanas (CTU). Este proceso está íntimamente relacionado con el carácter y el espíritu del proceso bolivariano, claramente diferente de los que emprenden otros gobiernos del continente. Los alrededor de mil CTU de Caracas reúnen unas 200 familias cada uno y se articulan entre sí de forma informal e inestable.

"Lo más relevante del decreto es que este proceso de reconocimiento e inclusión de los barrios, lo hace descansar en la organización, participación y movilización de los mismos pobladores de los barrios, interpelando a las propias comunidades como agentes de los procesos de transformación que se delinean. Así, tanto los aspectos técnicos, políticos e incluso "judiciales", son llevados adelante por una nueva forma de organización social que el decreto presta piso legal: los comités de tierras urbanas. Se anticipa así una modalidad que se hará común en otras políticas sociales de este gobierno: la inclusión social a través de la movilización de los excluidos." (Antillano, 2005: 210)

Algo similar sucede con las mesas técnicas de agua. Forman parte de una "revolución del territorio" como apunta Antillano, dirigente social de un barrio popular. Son organizaciones autónomas, elegidas por los vecinos del barrio, flexibles ya que no se prescribe ningún esquema de organización ni se hace necesaria la presencia de intermediarios y responden a las necesidades inmediatas de la población. Tienden a convertirse en poderes locales ya que la propiedad de la tierra no es familiar sino "de una asociación constituida por la totalidad de las familias del barrio, que entre otras cosas se encargan de regular el uso del espacio (común y familiar), autorizar las ventas o arrendamientos y velar por las normas de convivencia, decidir sobre litigios y sobre acciones de incumbencia colectiva, etc." (Antillano, 2005: 214). Esta descripción las aleja de organizaciones creadas y controladas por el Estado y las asemeja a lo que considero como "poderes no estatales" (Zibechi, 2006b), aunque en este caso estas organizaciones han sido creadas a instancias del gobierno boliviariano.

Los territorios de los pobres urbanos tienden a convertirse en espacios integrales de vida. En los cerros de Caracas existen muchas organizaciones (de salud, agua, tierra, cooperativas, de cultura y ahora también consejos comunales). Además, los barrios son grandes fábricas o maquilas. Como en otras partes del continente, no se trata de inventar algo nuevo sino de depurar o mejorar lo que ya existe, ya sea en la relación siempre compleja con el mercado o con el estado. En los barrios caraqueños, las fuerzas productivas que ya están en el territorio, se trata de contribuir a que superen la dependencia de los explotadores como han hecho en otros países las fábricas recuperadas.

"Antímano es una fábrica muy eficiente, es un barrio donde viven 150 mil habitantes, es una fábrica completa, donde una mopa de algodón entra por un lado y sale una camisa por el otro, porque son muchas 'maquilas', hay señoras que tejen, otras cortan, otras más allá que cosen. Eso pasa en toda América Latina y en todo el tercer mundo. (…) Si se sustituye el que terceros se queden con las ganancias, y la gente se organiza para la producción en forma cooperativa, de otra manera, pero en el mismo territorio, aprovechando la virtud del mismo territorio, el barrio completo podría ser una fábrica. Es decir que hay que pensar el asunto desde esa perspectiva, del aporte que puede hacer el territorio a la producción." (Antillano, 2006)

En Bolivia se han registrado algunas experiencias notables en las periferias urbanas que revelan la capacidad de los sectores populares indígenas de construir una verdadera sociedad "otra". Una de ellas lo constituye la ciudad de El Alto, que ha sido analizada en varios trabajos (Gómez, 2004; Mamani, 2005; Zibechi, 2006b). Quisiera ahora abordar una de las experiencias más notables de manejo territorial y comunitario del agua en base a modelos no estatales. Se trata de la zona sur de la ciudad de Cochabamba donde más de cien comités de agua se encargan de resolver lo que el Estado es incapaz de proveer.

Desde la implantación del modelo neoliberal en Bolivia, en 1985, el cierre de las minas y al emigración a las ciudades modificaron el mapa del país. La ciudad de Cochabamba (1.100.000 habitantes en 2001) fue uno de los destinos de una parte de esa población arrancada de sus comunidades y lugares de trabajo por el modelo inspirado en el Consenso de Washington. La empresa estatal de agua, Semapa, apenas cubría con sus servicios al 50% de la población de la ciudad, quedando fuera vastas áreas como la periferia sur. A comienzos de la década de 1990 grupos de vecinos se organizaron para conseguir el agua imprescindible para sus hogares. Formaron asociaciones y cooperativas, excavaron pozos, tendieron la red de agua, construyeron tanques elevados o compraron el agua en cisternas y en ocasiones construyeron el alcantarillado. Todo ello sin ayuda estatal.

Tal vez la primera organización vecinal para el agua potable nació en marzo de 1990 en Villa Sebastián Pagador, la Asociación para la Administración y Producción de Agua y Saneamiento (Asica-Sur, 2003). Durante la década de 1990 surgieron en la zona sur de la ciudad unos 140 comités de agua, integrados por un promedio de 300 a mil familias[16]. Debieron sortear

16. Entrevista personal a Alan Grandidyer, presidente de ASICA-SUR, junio de 2005.

muchas dificultades, lucharon por rebajas en el precio de la electricidad indispensable para extraer el agua de sus pozos. Muchas veces los pozos se secaron y en otras obtenían agua de baja calidad que no servía para uso doméstico. Cada cierto tiempo los comités deben abrir nuevos pozos y si no encuentran agua deben comprarla y trasladarla hasta el barrio. Algunos comités han comprado camiones cisternas con los que hacen varios viajes diarios.

Estos comités de agua urbanos jugaron un papel relevante en la Guerra del Agua de abril de 2000, cuando el Estado cedió el control de la empresa Semapa a una multinacional que amenazaba con expropiar el agua que con tanto sacrificio habían conseguido los vecinos. Junto a los campesinos regantes consiguieron revertir la privatización del agua y abrieron un ciclo de protesta que derribó el modelo neoliberal y llevó al gobierno a Evo Morales. Luego de expulsar a la empresa multinacional se abrió la posibilidad de que la población eligiera representantes para controlar a la empresa estatal, y comenzó un nuevo período en el que se realizan más obras a favor de los barrios periféricos.

En agosto de 2004 los comités de agua crearon la Asociación de Sistemas Comunitarios de Agua en el Sur (ASICA–SUR) y eligieron su primera directiva. En esta etapa están discutiendo cómo se van a relacionar con la empresa estatal, ya que tienen claro que no es ninguna garantía de que preste un servicio eficiente y temen perder su autonomía. Está planteada la necesidad de co–gestionar el servicio de agua con Semapa, pero quieren hacerlo sin perder la organización comunitaria que es la garantía de que podrán seguir controlando el suministro: "Hoy estamos ante otra encrucijada. ¿Qué será de nuestros comités cuando Semapa reciba la concesión sobre nuestros distritos? Nuestra organización habrá terminado? Podremos influir en las decisiones de Semapa a partir de ese momento? ¿Nos convertiremos en usuarios individuales y anónimos de la empresa municipal? ¿O podremos conservar nuestras organizaciones, nuestra capacidad de decisión y de gestión que hemos demostrado durante años?" (Asica–Sur, 2003: 1)

Parece evidente que la Guerra del Agua y una década larga de autonomía no fueron en vano. Los vecinos conquistaron su autonomía y no quieren perderla. Por eso la propuesta es que Semapa les provea al agua "al por mayor" y los comités la sigan distribuyendo a los vecinos para no perder el control de la gestión del servicio. El modelo de agua en base a pozos demostró ser una verdadera alternativa al control estatal centralizado y jerárquico, pero encontró sus límites ya que la gran cantidad de pozos perforados estaba dañando la capa freática de todo el valle, los pozos se secaban o perdían calidad de agua. Optaron entonces por el servicio de la empresa estatal, pero sin perder su autonomía. La experiencia de los co-

mités de agua de Cochabamba es un paso importante a la hora de buscar formas alternativas de gestionar los bienes comunes.

Entre los múltiples debates realizados por los comités de agua destaca el relacionado con la propiedad, que de alguna manera es un balance de su experiencia con la empresa estatal. A la hora de definir el tipo de propiedad de los comités de agua, rechazan tanto el concepto de "propiedad privada individual" como de "propiedad pública estatal".

"Lo que estamos queriendo defender en nuestros barrios es un tipo de propiedad que, en cierto sentido es privada (porque no dependen del Estado sino de la ciudadanía directamente), pero que al mismo tiempo es pública (no pertenece a un individuo, sino a toda la comunidad). Por es se la llama propiedad colectiva o comunitaria. La razón principal para la existencia de este tipo de propiedad no es tampoco el tema económico, sino la satisfacción de una necesidad social, la administración de un bien público, como es el agua, que no debe considerarse nunca un bien privado ni objeto del comercio. Tanto Semapa como los comités de agua de nuestros barrios deben entenderse desde el concepto de 'propiedad pública comunal'." (Asica–Sur, 2003: 5)

Este concepto es muy similar al de "privado–social" que formuló Aníbal Quijano para describir las formas predominantes en el mundo popular urbano de América Latina. Sostiene que este tipo de organizaciones, solidarias, colectivas y democráticas, son "una de las más extendidas formas de la organización cotidiana y de la experiencia vital de vastas poblaciones de América Latina" que resisten al capitalismo (Quijano, 1988: 26). Considera que estas formas de experiencia social ancladas en el privado–social no son coyunturales ni transitorias sino prácticas consolidadas en particular en las barriadas pobres. Estas organizaciones que funcionan sobre la base de la reciprocidad, la igualdad y la solidaridad "no son en el mundo urbano islas en el mar dominado por el capital. Son parte de ese mar que, a su turno, modulan y controlan la lógica del capital". La articulación de estas islas del privado–social "no se constituye como un poder estatal, sino como un poder en la sociedad", y forman parte de una sociedad otra, diferente (Quijano, 1988: 27–28).

Uruguay pasa por ser el país más integrado del continente, donde el estado benefactor alcanzó mayor desarrollo y resultó menos erosionado que en otros países. El principal movimiento sigue siendo el sindical, y la hegemonía de la izquierda política (Frente Amplio) se ha consolidando en la sociedad urbana desde la década de 1990 de modo macizo y compacto. En suma, Uruguay no es el mejor escenario para el nacimiento de prácticas sociales autónomas.

Sin embargo, en el pico de la crisis económica y social de 2002 de modo espontáneo nacieron en las periferias de Montevideo decenas de huertas familiares y colectivas en las que trabajaron miles de vecinos pobres golpeados por la desocupación. Unos 200 mil habitantes de la capital uruguaya y de su área metropolitana (1.500.000 personas) viven en asentamientos irregulares, cuyas viviendas fueron autoconstruidas por las familias y los barrios se erigieron en base al trabajo colectivo. La desocupación rozó el 20% durante el pico de la crisis (julio-diciembre de 2001), pero el 80% de los sectores populares no tenían empleo estable y naufragaban entre la desocupación, el cuentapropismo y formas diversas de informalidad. Las huertas fueron un modo de afrontar la crisis de alimentación que atravesaban los más pobres aunque una parte de ellas se mantiene pese al sostenido crecimiento económico que se registra desde 2004.

Durante varios años funcionaron más de 200 huertas "familiares colectivas" y comunitarias en plena zona urbana. Las primeras son huertas instaladas en terrenos de casas particulares y cultivadas por la familias pero con el apoyo de los vecinos de la zona que tienen sus propias huertas; las comunitarias están en espacios públicos ocupados por los vecinos. En ambos casos, se registran formas de organización estables en torno a la huerta que es el eje aglutinador de colectivos barriales que debieron pelear su autonomía respecto de los partidos políticos, los sindicatos y el municipio. Los grupos iniciales atravesaron en los dos primeros años diversas situaciones críticas y de crecimiento, que en muchos casos los llevaron a consolidar lazos que ellos mismos definen como "comunitarios". La profundidad de los cambios registrados en relativamente poco tiempo, lo muestra la evaluación hecha por las mujeres de la Huerta Comunitaria Amanecer, en el popular barrio de Sayago:

"Al principio teníamos una ficha donde cada uno anotaba las horas trabajadas. Al llegar la cosecha recibía según lo trabajado. Para nuestra sorpresa, en una reunión se propone no anotar más las horas. Esto nos alegró muchísimo pues el grupo comenzaba a tener una conciencia comunitaria. Así lo hacemos hasta hoy. Al terminar las horas de trabajo cada integrante retira lo necesario para alimentar a su familia." (Oholeguy, 2004: 49)

Tres meses después, el colectivo de "huerteros" (unos 40, la inmensa mayoría mujeres y jóvenes) consiguió autoabastecerse y decidió dejar de recibir los alimentos que les donaba el municipio, indicando que preferían que fueran distribuidos en comedores populares o a otros grupos que los necesitaran.

En otra zona de la periferia de Montevideo, en el barrio Villa García, unas 20 huertas familiares colectivas comenzaron a trabajar en red. Al comienzo fueron experiencias aisladas que se coordinaron hasta crear un colectivo

estable que realiza jornadas semanales, todos los sábados, rotando por todas las huertas de la red. Sin crear una estructura organizativa, los "huerteros" crearon una suerte de "coordinación móvil en red" para apoyarse en el intercambio de semillas, conocimientos y técnicas de cultivo. Además, ensayaron un sistema de reciprocidad apoyando el trabajo de cada huerta, y luego buscando formas de comercialización. Las jornadas de los sábados se dividían en tres momentos: aprendizaje colectivo a través del trabajo en la huerta, compartir una olla común con productos cosechados por ellos y una reunión de evaluación y planificación. Los logros son notables: consolidación de grupos de trabajo, capacidad para mantener las ollas colectivas en base a la producción de las huertas, dependiendo cada vez menos de los alimentos donados por el estado, creación de un invernáculo y un banco de semillas para suministrar insumos a todas las huertas de la zona, edición de un boletín mensual del grupo y la coordinación con las demás iniciativas de Montevideo, que cuajó en el primer Encuentro de Agricultores Urbanos en octubre de 2003,para lo que contaron con el apoyo de la Facultad de Agronomía y del municipio (Contreras, 2004).

Se coordinaron también "huerteros" de diversas zonas, formaron talleres (de poda, apicultura, cría de aves de corral) y en ocasiones realizaron ferias para comercializar la cosecha y vender conservas y dulces producidos por las familias. En algunos barrios incluso participaron en las ferias de los clubes de trueque. Unos 70 vecinos ocuparon un predio de 19 hectáreas perteneciente a un banco privado donde aún se mantienen cultivando. Los pasos dados por los colectivos de "huerteros" (nombre con el que instituyeron una nueva identidad), desde la soledad urbana y la angustia por la sobrevivencia, muestran la capacidad de los sectores populares para superar la dependencia del estado y del sistema de partidos. Los encuentros insisten en la necesidad de "organizarse en una red lo más horizontal posible, abierta, sin dirigentes esquematizados o encerrados en una especie de burbuja, gente en contacto con gente" (Contreras, 2004).

Con la llegada al gobierno del Frente Amplio en marzo de 2005 y la puesta en marcha de política sociales focalizadas para atender la pobreza, muchas huertas se disolvieron. Pero aún existe una Mesa de Agricultores Urbanos que reúne a un colectivo importante de "huerteros". Y surgen nuevos grupos que ensayan otras formas de producción. Más allá del declive puntual de esta experiencia, muestra que incluso en una ciudad "moderna" e "integrada" como Montevideo es posible producir de forma autónoma y establecer redes de vida paralelas a las del mercado.

Finalmente, las periferias de las ciudades argentinas han sido escenario del nacimiento de uno de los más formidables y multifacéticos movimientos

sociales. La última crisis social y financiera que precipitó la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001, hizo visibles gran cantidad de iniciativas de base de todo tipo, de modo muy particular aquellas que nacieron para la sobrevivencia y se fueron convirtiendo en alternativas al modo de dominación. Unas 200 fábricas recuperadas por sus trabajadores y puestas a producir bajo nuevos criterios, cientos de emprendimientos socio–productivos de asambleas barriales y de grupos de desocupados (piqueteros) son una de las manifestaciones de la capacidad de hacer de esta sociedad en movimiento.

Cada uno de los sectores mencionados han desarrollado formas propias de acción. Las fábricas recuperadas muestran que para producir no hacen falta patrones ni capataces, ya que los obreros fueron capaces de poner en marcha las fábricas y modificaron la organización del trabajo sin especialistas sino en base a sus propios saberes. En unos cuantos casos las fábricas han tejido sólidas relaciones con la comunidad y el barrio en que están insertas, y han podido establecer relaciones con otras fábricas y con organizaciones sociales y culturales. En varias fábricas se abrieron talleres culturales, radios comunitarias y espacios de debates e intercambios, y a veces consiguieron formar redes de distribución al margen del mercado.

Los piqueteros, pese al reflujo y desorganización de una parte considerable del movimiento, han sido capaces de importantes realizaciones. Muchos grupos de las más diversas orientaciones han construido puestos de salud, comedores populares y para niños en sus barrios abandonados por el estado. Muchas huertas comunitarias y panaderías construidas por piqueteros alimentan las ollas de esos colectivos y los grupos más autónomos han creado además talleres de carpintería, herrería y espacios de formación en base a la educación popular.

Las asambleas barriales se convirtieron en centros culturales y sociales donde realizan una gran variedad de actividades, incluyendo producción de alimentos envasados, artículos de limpieza y reparación de computadoras, entre otras. Talleres literarios, proyecciones de cine, debates culturales o políticos, son parte de las actividades que se encuentran a lo largo y ancho de una gran ciudad como Buenos Aires. Muchas asambleas y grupos piqueteros participan en ferias donde llevan sus productos o lo hacen a través de redes de distribución. Los tres actores señalados están tomando en sus manos la producción y re-producción de sus vidas.

La ofensiva del movimiento popular entre 1997 y 2002 no sólo permitió crear miles de espacios de producción; en torno a ellos, se va generando una "nueva economía" o, mejor, relaciones sociales no capitalistas entre productores y consumidores. Des esa manera, muchos emprendimientos productivos de los movimientos sociales argentinos ponen en cuestión la

relación trabajo-capital. Al hacerlo, al ir más allá de esa relación, ponen en cuestión también las categorías acuñadas por la economía política, que nació y se desarrolló como forma de teorización de la relación trabajo-capital. En muchos de estos emprendimientos el trabajo alienado o enajenado no es ya la forma dominante, y en algunos otros la producción de mercancías para el mercado, la producción de valor de cambio, está subordinada a la producción de valor de uso. Digamos que en algunos emprendimientos el trabajo útil o concreto es la forma dominante del trabajo colectivo. Esto supone, por un lado, que en esos espacios el trabajo se desaliena de diversas formas: ya sea por la rotación en cada tarea o porque quienes producen dominan el conjunto del proceso de trabajo. De modo que la división del trabajo es superada a través de la rotación, o de la apropiación consciente de todo el proceso por el colectivo. En este caso podríamos hablar de "productores libres" más que de trabajadores apéndices de las máquinas, alienados en el proceso de producción de mercancías que no controlan.

Por otro lado, en ocasiones se llega a producir por fuera del mercado, y por lo tanto se producen no-mercancías, aunque este segundo proceso presenta muchas más dificultades para poder sostenerse en el tiempo. ¿Qué dificultades y constricciones enfrentan? ¿Cómo hacer sostenibles estos procesos que parten de la autonomía pero deben también ir más allá?

Quisiera ingresar en este debate a partir de una experiencia que sucede en Buenos Aires, aunque existen muchas otras. Una de ellas está en el barrio de Barracas, donde un colectivo de jóvenes viene produciendo su vida desde hace unos tres años aunque trabajan juntos desde hace casi una década. Se trata de un grupo de jóvenes que formaron un grupo cultural a fines de la década de 1990 y luego, en medio de la gran agitación que siguió a las jornadas de diciembre de 2001, ocuparon el local de un banco del que luego fueron desalojados. Hoy tienen dos espacios ocupados ilegalmente: en uno funciona una editorial y cine para los niños y adultos del barrio, y en el otro una biblioteca popular con 200 socios, y una panadería en la que trabajan 12 personas (más o menos mitad varones y mitad mujeres).

La experiencia de la panadería es notable. Durante un par de años funcionaban en base a grupos de dos personas que elaboraban el pan y otros productos que cocinaban en un horno eléctrico y el mismo grupo salía a venderlo al barrio, teniendo con el tiempo una "clientela" fija en una escuela de bellas artes. En determinado momento decidieron pasar de lo que denominan como "gestión individual" a formar una cooperativa. Evaluaron que la gestión individual era "injusta" porque el grupo que trabajaba los lunes, por ejemplo, vendía mucho menos que el que lo hacía los viernes.

Ahora tienen básicamente dos "equipos": los que se dedican a la cocina y los que venden. El dinero lo reparten de forma igualitaria entre todos, y reciben algo así como el doble que lo percibirían en un plan social del gobierno. Aunque hay preferencias en cuanto al trabajo a realizar, también rotan. Una de las discusiones principales es ¿cómo evaluar las diferentes tareas? Me interesa destacar que los doce miembros del equipo (la mayoría no han tenido "empleos" formales) se conocen desde hace años, han luchado juntos y una parte viven en la misma vivienda ocupada. Pero, cómo evaluar el tiempo de cocina y el tiempo de venta. ¿Cuál es la equivalencia? La respuesta es que no hay equivalencia, porque no hay trabajo abstracto y, como veremos, porque tampoco existe la categoría de mercancía. Veamos algunos debates que suscita este tipo de experiencias.

Aunque venden lo que fabrican, no producen mercancías. De hecho no salen a vender al "mercado", ya que han consolidado una red de compradores fijos (el 80% de los que les compran son siempre los mismos). Con ellos han establecido relaciones de confianza, al punto que el centro de estudios donde "venden" se está implicando en la defensa del espacio ocupado y empiezan a participar en algunas actividades sociales que realizan con el barrio. Eso nos da una segunda pista: la "dualidad" de la mercancía, portadora de valor de uso y valor de cambio, ha sido –o mejor, está siendo– deconstruida a favor del valor de uso, o sea de productos que son no-mercancías. No puede, en rigor, hablarse de trabajo abstracto sino de trabajo útil o concreto. Por eso no puede haber equivalente entre el trabajo de cocinar y el de vender, porque no existe un trabajo igual, abstracto, mensurable por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Por más que haya dinero como forma de intercambio, esto no me parece determinante.

Véase que tampoco hay una jerarquía entre producción y circulación, entre trabajo productivo e improductivo. En este punto, la venta tiene incluso algunas ventajas sobre la producción. Ella es la que permite tejer relaciones sociales con el barrio que son, en los hechos, las que aseguran la sobrevivencia del emprendimiento. Me interesa destacar que en estos emprendimientos la economía política no funciona, y que es necesario inventar algo nuevo, teorizar a partir de relaciones sociales concretas entre personas.

Ahora bien, ¿cómo le llamamos a este trabajo no alienado, que produce no-mercancías y en el que resulta tan "productiva" la producción como la comercialización? De paso, ¿qué es producir? En este caso, es producir relaciones sociales no-capitalistas, o sea no-capitalismo. A mi modo de ver, esta experiencia muy concreta, muy pequeña, muy micro si se quiere, no es nada excepcional en Buenos Aires y en otras ciudades del continente.

La apropiación de los medios de producción y la desalienación del proceso de producción son dos pasos que han sido dado por unas cuantas fábricas recuperadas y por muchos emprendimientos productivos (más lo primero que lo segundo). Son pasos muy valiosos por cierto, pero son aún insuficientes. Representan avances dentro de los muros de las fábricas y los talleres, pasos necesarios e imprescindibles. El siguiente paso es producir no–mercancías como hacen los jóvenes de la panadería de Barracas. Con ello entramos en el terreno del intercambio.

Marx señala que "los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores"; "es sólo en su intercambio donde los productos del trabajo adquieren una objetividad de valor, socialmente uniforme, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa" (Marx, 1975: 89). En suma, los productores se relacionan entre sí en el mercado, pero no directamente sino como propietarios y vendedores de mercancías, se enfrentan a través de cosas.

Por este motivo traje la cuestión de la panadería social de Barracas, pero con escasa diferencias podríamos hablar de los comedores populares de Lima o de multitud de iniciativas productivas populares a lo ancho y largo del continente. Allí no hay producción para un mercado, o bien no es a través del mercado como se relacionan los productores y compradores. Sin embargo, esto no fue siempre así, y conseguir deconstruir los productos –de mercancías a no-mercancías– fue un largo proceso de más de tres años. En un principio, los productos de la panadería eran llevados al mercado "a ver qué pasaba". Algunos se vendían y otros no. La relación con los compradores era una relación mediada por el precio del pan (si era más barato y de mejor calidad, lo vendían más fácilmente). Los compradores no eran siempre los mismos sino los que aparecían en el momento y tenían la posibilidad de comprar. En suma, era una relación típica de mercado, impersonal, fortuita. Con el tiempo, productores-vendedores y compradores se fueron conociendo y fueron estableciendo relaciones de confianza. O sea, la relación entre cosas (pan y compradores con dinero) fue pasando a ser relación entre personas, o sea relaciones sociales no mediatizadas por cosas. Ahora conocen a los que compran, y de hecho producen las cosas que ellos necesitan o desean.

Muchos compradores han establecido relaciones directas con la panadería, incluso visitan el centro social donde funciona. Ya no son vendedores de panes y compradores sino Pedro y Juana que venden, Eloísa y Felipe que compran. De esa manera descifran el "jeroglífico social" que para Marx es "todo producto del trabajo" (Marx, 1975: 91). Descifrar ese jeroglífico

a través de la práctica social supone que algo esencial del capitalismo ha dejado de funcionar. El tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción del pan ha dejado de ser la llave maestra, y el precio al que lo venden no está ajustado a aquel, sencillamente porque no existe una "medida" semejante, o ha dejado de funcionar como tal. "En las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los mismos se impone de modo irresistible como ley natural reguladora" (Marx, 1975: 92). Las relaciones de intercambio han dejado de ser fortuitas y fluctuantes porque el mercado ya no es impersonal, como todo mercado capitalista; y el tiempo socialmente necesario varía y depende de quienes estén haciendo el trabajo, si son más varones o más chicas, si están muy cansados por otras tareas o si se les da por jugar mientras trabajan o escuchar música o discutir. Y muchas veces les da por hacer pan para regalar, porque así funcionan. Vendedores y compradores no se relacionan en tanto "poseedores de mercancías" sino desde otro lugar, en el que la solidaridad entre náufragos juega un papel primordial.

Lo anterior no se deriva mecánicamente de la propiedad del medio de producción ni siquiera de la desalienación del proceso de trabajo, sino de algo mucho más profundo: no tienen vocación de acumulación, no se sienten poseedores de mercancías. La función social está por encima de la posesión de una mercancía; y la función social es la que les permite producir valores de uso concretos que los van a consumir personas concretas.

Quisiera recordar que Marx en El Capital, cuando abordó estos temas áridos puso como ejemplo el del más célebre náufrago de la literatura, el Robinson de Daniel Defoe. En la isla solitaria, Robinson hace cosas, digamos trabaja para sobrevivir, pero por su condición de náufrago solitario "las cosas que configuran su riqueza, creada por él, son sencillas y transparentes", de modo que no hay el menor fetichismo en su vida. Marx pensaba que en una asociación de hombre libres, de productores libres, "todas las determinaciones del trabajo de Robinson se reiteran aquí, sólo que de manera social, en vez de individual" (Marx, 1975: 94-96).

Quienes llevan adelante estos emprendimientos en los cuales se establecen relaciones no-capitalistas para producir no–mercancías, son náufragos de este sistema que los margina. Diría más: sólo los náufragos, aquellos que tienen una débil relación con el capital, y por lo tanto con el trabajo abstracto, pueden emprender tareas de este tipo. Pero a diferencia de Robinson, nuestros compañeros de las iniciativas populares no son víctimas pasivas de un naufragio sino que lo provocaron, lo vienen provocando por lo menos desde los años 60, desde que luchas como el Cordobazo (1969) pusieron en cuestión el trabajo alienado, a través del sabotaje, la resistencia sorda y

subterránea, y en ocasiones la revuelta abierta y luminosa. Podemos decir, sin exagerar mucho, que fue la generación de los 60-70 la que empezó a hundir el barco de la relación capital-trabajo; y que sus hijos, los náufragos de hoy, son los que están empezando a construir un mundo nuevo, en base a relaciones no-capitalistas, sobre los restos del naufragio.

A lo largo de este breve recorrido por algunas de las más notables experiencias de los movimientos urbanos, en lo que hemos denominado la segunda etapa que nace con las protestas nacionales chilenas bajo Pinochet, aparecen cinco características que quisiera sintetizar:

• los actores no son ya migrantes del campo sino personas que nacieron en la ciudad y que tienen una larga experiencia de vida urbana. Los barrios construidos en la primera etapa ya son insuficientes para albergarlos y tienden a ocupar nuevos espacios, aunque cada vez es más evidente que quedan muy pocos terrenos "libres".

• los barrios-islas tienden a convertirse en archipiélagos o grandes manchas urbanas (como los conos de Lima). En todo caso, se trata de territorios consolidados donde el estado tiene grandes dificultades para ingresar y debe hacerlo de la mano de sus aparatos represivos, como sucede en Santiago o en Rio de Janeiro, ya que las posibilidades de control han mermado por la autoafirmación de los sectores populares.

• la tendencia a la producción y reproducción de sus vidas por y entre los sectores populares, crece y se convierte en la forma de relación dominante en esos territorios. Aunque las relaciones no capitalistas aún no son hegemónicas, van abriéndose paso lentamente, con avances y retrocesos. El control territorial facilita la creación y el mantenimiento de esas relaciones, y la desconexión de los ciclos del capital hace necesario que los sectores populares las profundicen para poder sobrevivir.

• desde 1989 vivimos un período de ofensiva de los sectores populares urbanos, que adquiere las más diversas formas. Las insurrecciones urbanas son la forma más visible de esa ofensiva, que pasa también por una sorda y subterránea sociabilidad que está empezando a cubrir todas las áreas, desde la salud y la educación hasta la producción material. El fenómeno del narcotráfico, que se expandió en los territorios de la pobreza urbana en este período, debe verse inserto en esta tendencia de largo plazo de contraofensiva popular.

• estamos ante dos mundos. Incluso el estado bolivariano está forzado a negociar de igual a igual con los sectores populares urbanos. Ellos son los que pueden dar o no estabilidad a los procesos en curso. Se ha hecho indispensable contar con ellos para garantizar la continuidad del modelo de acumulación que día a día es presionado ("modulado y controlado"

como señala Quijano) por los de abajo agrupados en las periferias urbanas. Este mundo otro no puede ser representado en el mundo formal, no sólo es diferente sino también externo al mundo estatal-capitalista.

• uno de los debates que atraviesan y dividen al mundo popular es qué relaciones mantener con el estado (gobierno, municipios) y con el sistema de partidos. En este punto existen dos posiciones. Quienes sostienen que debe mantenerse algún tipo de relación porque hay que aprovechar todos los espacios para fortalecer el proyecto y el mundo de los de abajo, y quienes se inclinan por trabajar de forma autónoma sin ninguna relación con el estado, los de arriba, el capital.

Muchos colectivos se han dividido a raíz de estas posiciones en pugna. Una diferencia importante respecto al primer período, es que este debate no es patrimonio exclusivo de dirigentes o de intelectuales externos a los movimientos sino que involucra a muchos activistas. Y que no es un debate de carácter ideológico sino que las posiciones en juego, las más de las veces, se relacionan con la experiencia de las organizaciones y movimientos. Creo que participar en instancias estatales debilita a los movimientos, desvía fuerzas de la tarea principal que es fortalecer lo "nuestro". En ese sentido comparto las posiciones zapatistas. Pero existen muchos movimientos combativos, consecuentes y que luchan por un verdadero cambio social, que mantienen relaciones con el estado y aún así siguen siendo autónomos. Es el caso del MST de Brasil. Estas diferencias en el seno de los movimientos no se resolverán en el corto plazo y habrá que ver la mejor forma de procesarlas con el menor daño posible para las organizaciones del abajo.

5. ¿QUÉ PODERES EN LAS PERIFERIAS?

Me gustaría comprender la cuestión urbana vinculada al cambio social desde una perspectiva de larga duración y desde una mirada que pueda captar los procesos subterráneos o invisibles. O sea, ser capaces de reconstruir el recorrido de los sectores populares en los últimos 50-100 años, y poder hacerlo de modo de rastrear cuál es su "proyecto histórico". Los cortes temporales son decisivos porque son los que permiten develar la agenda que subyace debajo y detrás de las acciones visibles, las grandes luchas y las masivas movilizaciones, y permite encadenar varios ciclos de lucha que, en apariencia, no tendrían ninguna relación. Comparar la situación de los sectores populares urbanos en 1900, o en 1950, con la de 2000, es lo que nos puede permitir deducir el camino que están transitando. Cambios lentos exigen ser comprendidos en tiempos largos.

Los dominados no actúan de modo simétrico a los dominadores, y por eso no formulan racionalmente un proyecto para luego intentar hacerlo realidad. Como los pobladores chilenos a la hora de construir su campamento –no dibujan planos sino que al habitar generan el espacio habitado–, los sectores populares de nuestro continente van creando su proyecto histórico a medida que lo van recorriendo-viviendo. No hay un plan previo y quien no comprenda esto no puede comprender mucho de la realidad de nuestros pueblos. Quiero proponer entonces, no a modo de teorización cerrada sino apenas como propuesta para el debate, un conjunto de conclusiones del recorrido que hice en este ensayo.

1. Un siglo atrás las ciudades eran el espacio de las clases dominantes y de los sectores medios con los que mantenían una relación, armoniosa o no. Hoy esos sectores han sido desplazados o están cercados por los sectores populares. Dicho de otro modo, los de abajo están cercando los espacios físicos y simbólicos donde las clases dominantes habían establecido su poder. La pobreza es una cuestión de poder. Desde este punto de vista, los pobres de nuestro continente se afincaron en las ciudades, sin perder sus vínculos con las zonas rurales, y están en mejores condiciones para arrinconar a las clases dominantes. Estas han debido emigrar hacia otros espacios, atrincherarse en ellos porque –literalmente– temen a los pobres. Están rodeadas.

Mi hipótesis es que en el último medio siglo las periferias urbanas de las grandes ciudades han ido formando un mundo propio, que ha transitado un largo camino: de la apropiación de la tierra y el espacio a la creación de territorios; de la creación de nuevas subjetividades a la constitución de sujetos políticos nuevos y diferentes respecto a la vieja clase obrera industrial sindicalizada; de la desocupación a la creación de nuevos oficios para dar paso a economías contestatarias. Este largo proceso no ha sido, a mi modo de ver, reflexionado en toda su complejidad y aún no hemos descubierto todas sus potencialidades.

2. El telón de fondo de este proceso de los sectores populares, es la expansión de una lógica familiar-comunitaria centrada en el papel de la mujer-madre en torno a la que se modela un mundo de relaciones otras: afectivas, de cuidados mutuos, de contención, inclusivas. Estas formas de vivir y de hacer, han salido de los ámbitos "privados" en los que se habían refugiado para sobrevivir y, de la mano de la crisis sistémica que se ha hecho evidente luego de la revolución mundial de 1968, se vienen expandiendo hacia los espacios públicos y colectivos.

La expansión de la mujer-madre es evidente en todos los movimientos sociales actuales. En algunos, más del 70% de sus miembros son mujeres

que van con sus hijos, como sucede entre los grupos piqueteros en Argentina. Esto tiene consecuencias que van mucho más allá de lo cuantitativo. Con ellas, irrumpe otra racionalidad, otra cultura, una episteme relacional, como señala Alejandro Moreno (Moreno, 2006). Esto se vincula con otra idea de movimiento, pero también de vida. Es esta una cosmovisión en la que las relaciones juegan un papel central, que incluye otra forma de conocer, de vivir, de sentir. Finalmente, en este mundo otro la fuerza motriz principal son los afectos: el amor, la amistad, la fraternidad. Sobre esa base se crea un sistema de relaciones económicas paralelo y externo a la economía capitalista de mercado.

3. En los espacios y tiempos de esta sociedad diferente vive un mundo otro: femenino, de valores de uso, comunitario, autocentrado, espontáneo en el sentido profundo del término, o sea natural y autodirigido, que crece por expansión. Este mundo está siendo capaz de producir y re–producir la vida de las personas que participan en él mientras se autoproduce circularmente (por autopoiesis) y no tiene fines externos. No nace ni crece por oposición al mundo estatal-masculino, de valores de cambio, polarizador, asentado en instituciones (partidos, asociaciones) que se regulan según relaciones binarias mando-obediencia, causa-efecto (planificación). Nace y crece por sus propias dinámicas internas, pero si no consigue sobrevivir, expandirse y desplazar al mundo estatal-masculino, la sobrevivencia de la humanidad estará en peligro.

4. ¿Poder popular? ¿Contrapoderes de abajo? No es fácil zanjar esta cuestión. ¿Puede lo femenino constituirse en poder, sin dejar de ser femenino? La cuestión del poder está en el centro de muchos debates actuales entre movimientos sociales y políticos, desde la irrupción del zapatismo. En este punto, considero que el mismo concepto de poder debe ser revisado. Suelo hablar de "poderes no estatales", pero aún así me parece insuficiente. Las Juntas de Buen Gobierno en los municipios autónomos zapatistas, ejercen el poder de forma rotatoria de modo que en un tiempo todos los habitantes de una zona han aprendido a gobernar. Pero, ¿puede hablarse de poder cuando lo ejerce la comunidad?

Lo cierto es que entre nosotros viven dos mundos. Uno de ellos está hoy fuera de control, ya que ha hecho de la dominación y la destrucción su alimento principal. El otro mundo es la única chance que tenemos de seguir siendo seres humanos y de conservar la naturaleza y los bienes comunes para beneficio de todos y todas. Pero la lógica de vida de este mundo otro no es simétrica a la del mundo hegemónico. De modo que no puede crecer destruyendo y aniquilando al mundo de la opresión, sino a su modo: por expansión, dilatación, difusión, contagio, disipación, irradiación, resonancia. O sea, de modo natural. Este es el modo en que

viene creciendo el no capitalismo en las periferias urbanas desde hace por lo menos medio siglo.

Quiero decir que el triunfo de este mundo otro no lo podemos imponer, como ha hecho el capital. Podemos, sí, insuflarle vida, contribuir a expandirlo, ayudarlo a vivir y a elevarse. El movimiento existe, no podemos inventarlo ni dirigirlo A lo sumo, podemos formar parte de él, moviéndonos también, mejorando el arte de mover-nos. No es poco, sobre todo porque esa capacidad de mover-nos es la única que puede salvar-nos.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio 2003 *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.
- 1998 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre–Textos, Valencia.
- ANTILLANO, Andrés 2006 entrevista, agosto de en www.espacioalternativo.org
- 2005 "La lucha por el reconocimiento y la inclusión en los barrios populares: la experiencia de los comités de tierras urbanas", Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, Caracas, Vol 11 No. 3.

- ASICA–SUR 2003, Yaku al Sur, boletín, agosto, No. 2.
- BLONDET, Cecilia y Carmen TRIVELLI 2004 *Cucharas en alto, I*EP, Lima.
- BOURDIEU, Pierre 1999 *La miseria del mundo*, FCE, Buenos Aires.
- CASTELLS, Manuel 1986 *La ciudad y las masas,* Alianza, Madrid.
- CONTRERAS, Mariana 2003 "De sembrar y cosechar", Montevideo, Brecha, 7 de noviembre.
- DAVIS, Mike 2007 "Los suburbios de las ciudades del tercer mundo son el nuevo escenario geopolítico decisivo", entrevista, 8 de enero, en www.rebelion.org
- 2006a "De la ciudad de Blade Runner a la de Black Hawk", entrevista, 30 de julio, en www.sinpermiso.info
- 2006b "La pobreza urbana y la lucha contra el capitalismo", entrevista, 25 de julio, en www.sinpermiso.info
- 2006c "La ciudad imperial y la ciudad miserable", entrevista, 21 de mayo, en www.sinpermiso.info
- 2001 Control urbano: la ecología del miedo, Virus, Barcelona, 2001.

- DE LOMNITZ, Larissa A. 1975 *Cómo sobreviven los marginados,* Siglo XXI, México.
- "Declaración de Quito" 1990 en El levantamiento indígena y la cuestión nacional, Comisión por la Defensa de los Derechos Humanos, Quito, Abya Yala.
- DEGREGORI, Carlos Iván y Romeo GROMPONE, 1991 *Demonios y redentores en el nuevo Perú,* IEP, Lima.
- DÍAZ POLANCO, Héctor 1997 *La rebelión zapatista y la autonomía,* Siglo XXI, México.
- ECO–EDUCACIÓN Y COMUNICACIONES 2001 "Democracia y poder local", Santiago, mayo.
- ENGELS, Federico 1976 *El problema de la vivienda*, Akal, Madrid.
- ESPINOSA, Yuderkys 1999 "*¿Hasta donde nos sirven las identidades?",* junio, en www.creatividadfeminista.org
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón1996 *La explosión del desorden,* Fundamentos, Madrid,.
- GARCÉS, Mario 2002a *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago,* 1957–1970, LOM, Santiago.
- GARCÉS, Mario et al 2002b *El mundo de las poblaciones*, LOM, Santiago.
- GARCÍA LINERA, Alvaro 2004 *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia,* Diakonía/Oxfam, La Pa.
- GILBERT, Alan 1997 *La ciudad latinoamericana*, Siglo XXI, México.
- GÓMEZ, Luis A. 2004 *El Alto de pie, Una insurrección aymara en Bolivia*, Comuna–Indymedia, La Paz.

- GRUPO IDENTIDAD DE MEMORIA POPULAR 2007 Memorias de la Victoria, Quimantú, Santiago.
- HARVEY, David 2003 *Espacios de esperanza,* Akal, Madrid.
- LEFEBVRE, Henri 1976 *Espacio y política,* Península, Barcelona.
- 1972 *La vida cotidiana en el mundo moderno,* Alianza, Madrid.
- LIND, William S. 2005 "Comprendiendo la guerra de cuarta generación", Military Review, enero–febrero.
- MAMANI Ramírez, Pablo 2005 *Microgobiernos barriales,* Cades, El Alto.
- MARX, Karl 1975 *El Capital*, Libro Primero, Vol. 1, Siglo XXI, Buenos Aires.
- MATE, Reyes 2006 Medianoche en la historia. Comentarios a las Tesis de Walter Benjamin, 'Sobre el concepto de historia', Trotta, Madrid.
- MATOS MAR José 2004 *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después,* Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
- 1989 "¿Informales o contestatarios?", en Carlos Arroyo, Encuentros, Historia y movimientos sociales en Perú, Memoriangosta, Lima.
- MILITARY REVIEW 2005 noviembre–diciembre en www.military.com
- MORENO, Alejandro 2006 *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*, Ediciones USCH, Santiago.
- NEGRI, Antonio y Giuseppe Cocco 2006 "La insurrección de las periferias", abril, en www.universidadnomade.net
- OHOLEGUY, Cristina 2004 "El arte de sembrar", en Alternativas desde la diversidad. Saberes y prácticas de educación popular, Montevideo, revista Multiversidad No. 13.
- PÁEZ, Pablo 2004 "'Ferias libes: espacios residuales de soberanía popular' de Gabriel Salazar", en www.bifurcaciones.cl
- PERRO MUERTO 2006 "La ciudadanía sin ciudadanos", revista, Santiago.
- PORTES, Alejandro et al (eds.) 2005 Ciudades latinoamericanas, Prometeo, Buenos Aires.
- PORTO GONÇALVES, Carlos Walter 2006 "A reinvençao dos territorios: a experiencia latino–americana e caribenha", en Ana Esther Ceceña, Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado, Clacso, Buenos Aires.
- 2001 *Geo–grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad,* Siglo XXI, México.
- PORTOCARRERO, Gonzalo e Isidro Soraya 1991 *Sacaojos. Crisis social y fantasmas coloniales*, Tarea, Lima.
- QUIJANO, Aníbal 1988 *Modernidad, identidad y utopía en América Latina, Sociedad y Política*, Lima.
- 1977 *Imperialismo y "marginalidad" en América Latina,* Mosca Azul, Lima.
- REVILLA, Marisa 1991 "Chile: actores populares en la protesta nacional 1983–1984", en América Latina Hoy, Salamanca, julio, vol. 1.
- RODRÍGUEZ, Alfredo y Ana SUGRANYES 2005 *Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social,* Ediciones SUR, Santiago.
- ROMERO, José Luis 1976 *Latinoamérica, las ciudades y las ideas,* Siglo XXI, Buenos Aires.
- SALAZAR, Gabriel y Julio PINTO 2002a *Historia contemporánea de Chile IV.* Hombría y feminidad, LOM, Santiago.
- 2002b *Historia contemporánea de Chile V*. Niñez y juventud, LOM, Santiago.
- 1999 *Historia contemporánea de Chile II.* Actores, identidad y movimiento, LOM, Santiago.

- SCOTT, James 2000 *Los condenados y el arte de la resistencia,* ERA, México.
- SKEWES, Juan Carlos 2005 "De invasor a deudor: el éxodo desde los campamentos a las viviendas sociales en Chile" en Rodríguez y Sugranyes, Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social, Ediciones SUR, Santiago.
- SVAMPA, Maristella 2004 "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", en Revista de Estudios Sobre Cambio Social, No, 15, primavera, en http://lavboratorio.fsoc.uba.ar/textos/15_6.htm
- TAPIA, Luis 2002 "Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política", en Democratizaciones plebeyas, Muela del Diablo, La Paz.
- *THOMPSON, E. P.1989* La formación de la clase obrera en Inglaterra, tomo 1, Crítica, Barcelona.
- TOKESHI, Juan 2006 "Cambios socio–culturales, vivienda y urbanización en Lima", abril, en www.interculturalidad.org
WACQUANT, Loïc 2007a *Parias urbanos,* Manantial, Buenos Aires.
- 2007b *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado,* Siglo XXI, Buenos Aires.
- WALLERSTEIN, Immanuel 2004 "Paz, estabilidad y legitimación: 1990–2025/2050", en Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos, Akal, Madrid.
- WEBER, Max 2002 *Economía y sociedad,* FCE, Madrid.
- ZIBECHI, Raúl 2006a *El arte de gobernar los movimientos,* inédito.
- 2006b *Dispersar el poder,* Tinta Limón, Buenos Aires.
- 2006c *De multitud a clase. Formación y crisis de una comunidad obrera, Juan LACAZE (1905–2005),* Multiversidad Franciscana, Montevideo.
- 2003a *Genealogía de la revuelta, Argentina: una sociedad en movimiento*, Letra Libre, Buenos Aires.
- 2003b "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", en OSAL No. 9, Clacso, Buenos Aires, enero.

Capítulo 2

Territorios de la dominación y de las resistencias

"Las grandes transformaciones no empiezan arriba
ni con hechos monumentales y épicos,
sino con movimientos pequeños en su forma
y que aparecen como irrelevantes para el político
y el analista de arriba."
Subcomandante Insurgente Marcos

En América Latina existen formas de vida heterogéneas, no asimilables a las hegemónicas, porque los pueblos de nuestro continente resistieron la dominación, potenciando sus diferentes formas vivir y, por tanto, de ser. A la inversa, la diferencia social y cultural ha permitido a los sectores populares e indígenas resistir cinco siglos de dominación. Para hacer viable la resistencia, han debido fortalecer y profundizar sus diferencias con la cultura y la sociedad hegemónicas.

En nuestro continente existen territorios heterogéneos, porque los pueblos de nuestro continente resistieron y resisten la dominación, sustentando y creando territorios donde pueden habitar los modos de vida no hegemónicos. Ni la diferencia sociocultural, ni los territorios que la hospedan, son datos de la realidad sino construcciones cotidianas. Lejos de ser esencias se trata de creaciones y re-creaciones permanentes.

Desde hace un tiempo sabemos que no es casualidad que los territorios donde se conserva la diversidad biológica sean, precisamente, los que están habitados por pueblos originarios y culturas diferentes. No es que todavía no haya llegado el desarrollo hasta esos espacios, sino que la resistencia política anclada en la diferencia sociocultural ha hecho posible que esa biodiversidad siga siendo. Es, sencillamente, una cuestión política, de poder. Como vienen señalando estudiosos de múltiples disciplinas, existe una

estrecha relación entre la pérdida de la diversidad biológica y el deterioro de las lenguas y culturas del planeta, ya que tanto el ecocidio como etnocidio forman parte del mismo proceso caracterizado por el creciente dominio del capital sobre la vida (Boege, 2006:239).

En el pensamiento crítico y emancipatorio la cuestión del territorio es relativamente nueva, como señalan desde diferentes perspectivas Héctor Díaz Polanco (1997), Carlos Walter Porto Gonçalves (2001) y Bernardo Mançano Fernandes (2000). En efecto, el concepto de territorio introduce, por un lado, una nueva forma de mirar el conflicto social ya que "los territorios no existen a no ser por las relaciones sociales y de poder que los conforman y, de ese modo, siempre afirman a los sujetos sociales que por medio de ellos se realizan" (Porto Gonçalves, 2006: 179). Véase, de paso, que esta concepción disuelve la relación sujeto-objeto entre el ser humano y la naturaleza que ha sido hegemónica en los últimos cinco siglos. Por otro lado, el concepto de territorio forma parte de una "revolución teórica y política" (Díaz-Polanco, 1997: 16) que nace en el seno de los movimientos indios pero que va siendo adoptada crecientemente por otros movimientos sociales rurales, y ahora también urbanos, entre los que habría que incluir categorías como autonomía, autogobierno y autodeterminación.

Por lo tanto, territorio y conflicto social no son dos cuestiones separadas. El conflicto social es un conflicto territorializado, encarnado en territorios. Podemos concebir, así, que "la crisis de la organización social en la que estamos inmersos es también la crisis de las territorialidades instituidas y de los sujetos instituyentes" (Porto, 22001: 47). A través de la continua desestructuración de territorios y de su permanente reconfiguración, podemos leer el conflicto en curso en todas sus dimensiones, local y global, pero también política y cultural. Tanto para el capital transnacional, aliado con los estados y las elites locales, como para los sector populares e indígenas, puede aplicarse el aserto de que los "nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (idem: 208). Que no son simétricas, porque, en esas diferencias, estriba en buena medida la capacidad emancipatoria que observamos en los nuevos movimientos territorializados.

LA NUEVA OLEADA NEOLIBERAL: LA MAYOR RECONFIGURACIÓN TERRITORIAL EN CINCO SIGLOS

En las profundas recomposiciones territoriales en marcha intervienen tres actores principales: estados e instituciones, empresas multinacionales y sectores de nuestros pueblos organizados en movimientos. Atravesamos una nueva fase del modelo neoliberal de la mano de la minería a cielo abierto,

los monocultivos de soja y caña de azúcar, y el complejo forestación-celulosa. En suma, grandes multinacionales de la minería y del agronegocio están reconfigurando nuestros territorios rurales y también urbanos. En el campo, expulsando campesinos básicamente de dos formas, diferentes pero complementarias: la compra o arrendamiento masivo de tierras o la guerra de baja intensidad contra el campesinado. Aunque los métodos son diferentes el resultado es similar: una acción vertical y autoritaria del capital para implantarse en áreas ocupadas por agricultores familiares.

Los estados suelen acompañar estos empeños del capital multinacional, limitándose en algunos casos a regular sus aspectos más depredadores. Como señala el canciller brasileño Celso Amorim, la política de su gobierno se inscribe en una antigua tradición nacional que supuso la unión entre la diplomacia y el agronegocio (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2006). Amorim destaca la activa participación de la cancillería en la promoción de las exportaciones del agronegocio en el cual, según sus palabras, "la diplomacia presidencial desempeña un papel de relieve".

En efecto, en pocos años Brasil ha registrado una poderosa expansión de las exportaciones de este sector, que está en la base de su lanzamiento como global player y como potencia regional de primer orden, en condiciones de desplazar incluso a los Estados Unidos del papel rector en el subcontinente. Los datos hablan por sí solos: el 75% de las exportaciones de origen agropecuario de Brasil se reducen a cuatro grupos (carnes y cueros, soja, madera, papel y celulosa, y azúcar y alcohol). En 2006/2007 la producción pecuaria ocupó 203 millones de hectáreas, la soja 20,6 millones, la caña de azúcar 6,9 millones y los cultivos forestales 3 millones. En los próximos años la expansión seguirá siendo vertiginosa: en 2017 la caña llegará a 28 millones de hectáreas, el eucalipto para leña, en 2010, ocupará 13,8 millones (5,3 en 2006), y la soja se crecerá en otras 20 millones de hectáreas (Martins, 2007: 23).

Esto quiere decir que sólo tres rubros ocuparán 50 millones de hectáreas más en muy pocos años (tres veces la superficie del Uruguay). En frente podemos colocar otra cifra: en casi 30 años el movimiento sin tierra consiguió recuperar del latifundio unas 25 millones de hectáreas, distribuidas en 5.000 asentamientos donde viven dos millones de campesinos, medio millón de familias. Quiere decir que apenas tres rubros del agronegocio van a engullir en sólo una década el doble de tierra, pero lo harán expulsando campesinos y degradando el medio ambiente. Mientras al MST la recuperación de esas tierras le costó 1.326 muertos y miles de detenidos y procesados (CPT, 2007), las multinacionales que están devorando esas enormes superficies lo hacen con apoyo estatal y especulando con dineros ahorrados por los jubilados del primer mundo.

Más aún: según el BID hay en curso una disputa mundial por 120 millones de hectáreas de tierras brasileñas susceptibles de ser incorporadas a la producción de materias primas para producir etanol, o para cultivos de bosques homogéneos para leña, madera, celulosa y papel (Martins, 2007: 24). Otros estudios aseguran que hasta 200 millones de hectáreas en el interior de Brasil están siendo convertidas en tierras cultivables (Brewster, 2005). ¡¡Dos veces la superficie de Colombia!! Si incluimos toda Sudamérica, estas cifras habría que multiplicarlas por dos, aproximadamente. La devastación de la Amazonia, última "frontera" por conquistar para el agronegocio, sigue creciendo pese a los esfuerzos contrarios del gobierno Lula: entre 1970 y 2006 la agricultura en esa región creció de 617 mil hectáreas a 7,4 millones; la pecuaria de 4,4 millones de 32,6 millones; entre 1990 y 2004 el rebaño bovino amazónico creció 173%; un tercio de las exportaciones brasileñas de carne proceden ya de la Amazonia; finalmente, para 2004 el estado amazónico de Pará aumentó sus exportaciones en 7.800%, Rondonia en 1.350%, Mato Grosso en 360% y Tocantins en 150%[1]. Estos datos permiten visualizar la brutal reconfiguración territorial en curso, quizá la más importante desde la Conquista. Se trata, por eso mismo, de los estados donde mayor es la violencia rural, como fue develado a raíz del asesinato de Dorothy Stang en Pará, en 2005.

La contracara de este proceso es el incumplimiento de las metas de reforma agraria. En Brasil, como en todo el continente, está en marcha un cambio profundo de carácter estructural. Como señala un reciente documento del Movimiento Sin Tierra de Brasil, "entre 1930 y 1990 la agricultura brasileña fue dominada por los intereses de la industria, desarrollando un modelo agrícola que combinaba la coexistencia entre la gran propiedad exportadora y la agricultura familiar" (MST, 2007),. Las divisas que generaban las exportaciones de café, azúcar, cacao, carne y otros productos, eran usadas por la burguesía industrial para importar máquinas para sus fábricas y financiar su desarrollo. La agricultura familiar, en tanto, liberaba mano de obra para la industria y producía alimentos baratos para las ciudades. "Aún había un espacio para la reforma agraria que llamamos clásica, en la cual la industria podría absorber y convivir con la multiplicación del campesinado, que debía integrarse al mercado interno".

Con la implementación del modelo neoliberal, la alianza entre el capital financiero y las grandes empresas transnacionales comenzó a dominar la agricultura, con el apoyo de los estados nacionales, dando vida al agro-

1. Assesoria de Imprensa do MST, "Dados da agricultura e pecuária na Amazonia", 11 de febrero de 2007 en www.mst.org.br

negocio. La concentración y centralización de la tierra, el control de las cadenas productivas, del mercado interno y externo, de los precios y los insumos, provocó que cada cadena productiva quedara en manos de sólo tres o cuatro grandes empresas. En este modelo no hay espacio ni para la agricultura familiar, ni para un mercado interno, ni para la reforma agraria. El impasse que atraviesa la reforma agraria aún bajo el gobierno de Lula, se debe a esta opción por el agronegocio.

Millones de campesinos están siendo expulsados hacia las ciudades por las "leyes del mercado" o por la razón de las armas. Un millón y medio de campesinos desplazados a las ciudades en Paraguay o forzados a emigrar al exterior por los monocultivos de soja; 3.5 millones de desplazados a las ciudades en Colombia por la guerra, para beneficio de las multinacionales de la minería y el agronegocio. En 1989, cuando finalizó la dictadura de Stroessner, el 67% de la población paraguaya vivía en el campo; hoy apenas supera el 40%, pero el Banco Mundial pretende que para 2015 la población rural se ubique en el entorno del 10-12% para liberar áreas que permitan ampliar los cultivos de soja y caña dulce como sustitutos del petróleo (Zibechi, 2006).

En el sur de Chile, entre 1975 y 1994 los cultivos forestales se incrementaron un 57%, pero las regiones donde se desarrolla ese lucrativo negocio se han convertido en las más pobres del país (OLCA, 1999). En 1960 cada familia mapuche tenía un promedio de 9,2 hectáreas aunque el Estado sostenía que necesitaban 50 hectáreas para vivir dignamente. Entre 1979 y 1986 a cada familia le correspondían 5,3 hectáreas, superficie que en la actualidad se reduce a sólo 3 hectáras de tierra por familia. Y así en todo el continente. Un Complejo de Violencia y Devastación, en palabras del MST, viene reproduciéndose de diversos modos desde hace 500 años..

De la mano de los monocultivos se establecen nuevas relaciones de poder. Donde había familias y poblados campesinos que adaptaban sus cultivos y modos de vida al medio, aparece un complejo militar-empresarial que, de modo vertical y autoritario, impone nuevas relaciones de poder que sustituyen la producción tradicional por organismos modificados en laboratorios.

Estamos asistiendo a un cambio del "locus" de poder, que pasa de los campos y los campesinos y de los más variados pueblos originarios para los grandes laboratorios del complejo técnico-científico-empresarial. Más que una revolución tecnológica estamos ante un cambio en las relaciones sociales y de poder por medio de la tecnología (Porto, 2007).

Ciertamente, parece poco importante que estos desplazamientos se produzcan por vías legales o ilegales, poniendo en juego los mecanismos del mercado o a través de la militarización de los territorios en disputa. En

Brasil, los conflictos más intensos se desarrollan precisamente en las áreas donde se está expandiendo el agronegocio y la pecuaria. En Paraguay, el Estado procedió a la creación de grupos paramilitares "legales" para reprimir a los movimientos campesinos que buscan frenar la expansión de los monocultivos. En 1996, cuando arreciaban las ocupaciones campesinas, la Asociación Rural creó una organización paralela, la Comisión de Defensa de la Propiedad Privada, que en realidad encubría una organización paramilitar. Bajo la presidencia de Duarte Frutos se crean los Consejos de Seguridad Ciudadana bajo mando del Ministerio del Interior, que operan prioritariamente en las áreas rurales. En estos momentos, según afirman las organizaciones campesinas, los cuerpos paralelos de seguridad, verdaderos grupos paramilitares armados por el Estado y promovidos por grandes hacendados y plantadores de soja, tendrían unos 22 mil integrantes. Las fuerzas de seguridad estatales cuentan con 9 mil miembros de la Policía y 13 mil de las fuerzas armadas. Según los datos recogidos por la Misión Internacional de la Campaña por la Desmilitarización de las Américas, unos y otros reciben entrenamiento de miembros del Comando Sur. "Los empresarios sojeros se valen de una empresa denominada Guardias Rurales S. A. para realizar las expulsiones y apoderarse de las tierras campesinas, a tal punto que se habla de 'zonas liberadas' donde las fuerzas del Estado no intervienen" (CADA, 2006).

En el fondo, se trata de una completa reconfiguración de las formas de dominación, estableciéndose un nuevo panóptico rural y urbano. En el campo, gigantescas áreas homogeneizadas vigiladas por guardias empresariales. En las ciudades, en cuyas periferias se hacinan los desplazados de esta guerra por los territorios, los estados atienden a los nuevos pobres -sin tierra, sin techo y sin derechos- mediante planes sociales focalizados diseñados por el Banco Mundial. A menudo, como sucede en el Cono Sur, estas medidas son implementadas por gobiernos que se reclaman progresistas y de izquierda.

En realidad, estos emprendimientos son mucho más de lo que aparentan. La soja, como señala Javiera Rulli, no es un cultivo sino "un sistema que condiciona cualquier política"; se trata de un modelo que implica "una guerra contra la población, el vaciamiento del campo, la eliminación de la memoria del pueblo para hacinarlo en las ciudades y convertirlo en fiel consumidor de lo que el mercado les depare" (Rulli, 2007:7).

LOS TENTÁCULOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Existe otro corte posible para abarcar el conjunto de proyectos del arriba que afectan a nuestros territorios. Se trata de los emprendimientos que

complementan la vasta reconfiguración territorial en curso, destinados a conectar los territorios del capital multinacional con los grandes mercados globales. A grandes rasgos, tenemos por un lado los proyectos de la superpotencia declinante para mantener y revitalizar su hegemonía utilizando el continente como plataforma, tanto respecto al comercio como a los recursos. El ALCA y los TLCs buscan recuperar la competitividad estadounidense siguiendo los pasos del TLCAN.

Son planes estratégicos de carácter económico, que tienen un segundo momento en las formas de control directo sobre las poblaciones y puntos geográficos determinantes. El principal proyecto de este tipo es el Plan Colombia que hoy abarca hasta el sur del Perú y toma como eje la región andina, allí donde el modelo de la minería a cielo abierto y el control de la biodiversidad pueden darle a la superpotencia un plus en su lucha por la hegemonía global. Este tipo de control "sobre el terreno" implica diversas formas de despliegue militar y la construcción de bases, permanentes o no, que van formando collares o anillos en los que se entrelazan las fuerzas armadas con la presencia de empresas multinacionales.

Un cambio sustancial viene de la mano de los megaproyectos de infraestructura como la (Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), iniciativa de la burguesía paulista que abarca todo el subcontinente y promueve una ambiciosa reorganización del espacio y el territorio sudamericanos. Se trata de "las nuevas venas abiertas" de nuestro continente que "responden a nuevas necesidades y a una diferente selección de las materias primas y los llamados recursos estratégicos" (Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2007: 10). El territorio se pone al servicio de la construcción de una serie de corredores destinados a promover y controlar los flujos de mercancías, de producción en movimiento (barcos-fábrica), e información.

Hacer fluir el corazón de las selvas o las profundidades de las minas hacia los centros industriales y, a la inversa, llevar el espíritu industrial y competitivo hasta el centro de las selvas y minas. Agilizar los desplazamientos diversificando sus medios: ferrocarriles, autopistas, ríos, canales y cables de fibra óptica. Transformar el territorio. Adecuarlo a las nuevas mercancías, a las nuevas tecnologías y los nuevos negocios. Cuadricularlo, ordenarlo, hacerlo funcional y productivo (Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2007: 10-12)

Si se llevara a cabo completamente, conseguiría conectar las zonas donde se encuentran los recursos naturales (gas, agua, petróleo, biodiversidad) con las grandes ciudades y, a ambos, con los principales mercados del mundo. Se trata de reorganizar el espacio geográfico en base a oleoductos, gasoductos, hidrovías, puertos marítimos y fluviales, tendidos eléctricos

y de fibra óptica, entre los más destacados. Esas obras se materializarán en doce ejes de "integración y desarrollo", corredores que concentrarán las inversiones para incrementar el comercio y crear cadenas productivas conectadas con los mercados mundiales.

Para poder llevar adelante este megaproyecto es necesario remover las "barreras" físicas, normativas y sociales, lo que supone realizar grandes obras, armonizar las legislaciones nacionales de los doce países implicados en la IIRSA y ocupar los espacios físicos claves que suelen tener baja densidad de población pero guardan las principales reservas de materias primas y biodiversidad.

La forma de ver el mundo que alienta estos proyectos consiste en considerar que el principal problema para posibilitar la integración física, y por Loa tanto para mejorar el flujo de mercaderías, son las "formidables barreras naturales tales como la Cordillera de los Andes, la selva Amazónica y la cuenca del Orinoco", como reza un documento del BID (Soldatelli, 2003). Esa lógica de la naturaleza como "barrera" o como "recurso", está presente en todos los aspectos del plan. Pueblos enteros entran la categoría de obstáculos. Sólo el gasoducto Urucu-Porto Velho afectará a 13 pueblos indígenas y a cinco municipios donde el 90% de la población son indios.

Se considera al continente sudamericano como la suma de cinco "islas" que deben ser unidas: la plataforma del Caribe, la cornisa andina, la plataforma atlántica, el enclave amazónico central y el enclave amazónico sur. Los ejes de integración y desarrollo atraviesan esas "islas" y rompen su unidad, para corregir. Lo que el lenguaje tecnocrático denomina como "barreras" naturales.

Como señala Andrés Barreda, "de los 90 para acá, el tráfico portuario del Pacífico supera al del Atlántico; y en el año 2000, en Estados Unidos el tráfico portuario del Pacífico ya doblaba al del Atlántico. Por tanto, hay un problema en el momento en que la economía mundo se reinventa del Atlántico al Pacífico" (Barreda, 2005). Eso ha hecho que el canal de Panamá pierda su importancia y en su lugar aparecen estos corredores para conectar ambos océanos. En Sudamérica el "cuello estratégico", según Barreda, es Bolivia, por donde pasan cinco de los doce corredores.

Por otro lado, la región sudamericana es una de las pocas del planeta que combina los cuatro recursos naturales estratégicos: hidrocarburos, minerales, biodiversidad y agua. Se trata de una profunda modificación de la geografía, en la que el proyecto más ambicioso tal vez sea unir los ríos Orinoco, Amazonas y Paraná. Se trata de una integración "hacia afuera", exógena, en vez de propiciar una integración "hacia adentro".

Los tentáculos de la globalización terminarán de convertir la naturaleza y los pueblos del continente en meros objetos, recursos para la acumulación

de capital. Esta profunda reconfiguración territorial, esta verdadera guerra contra las pueblos y la naturaleza, tiene un claro componente militar del que seguramente Colombia es una de las avanzadas.

LOS DESAFÍOS DE LOS MOVIMIENTOS: AFIANZAR LA AUTONOMÍA

Ante este panorama, los sectores populares e indígenas vienen poniendo en marcha sus propios movimientos con un claro anclaje territorial. Esto es, en todo el continente los pueblos organizados en movimientos vienen creando sus propios territorios. Primero fueron territorios rurales; luego también urbanos. Ahora presenciamos territorios rururbanos, donde se registra una máxima intensidad de los flujos entre ciudad y campo. Incluso la propia configuración de la ciudad tiene una clara impronta rural. O, mejor dicho, la aclimatación de las lógicas rurales en la ciudad inventa formas de crear y distribuir los espacios, y modos de habitarlos, que rompen las tradiciones urbanas heredadas de la Colonia para abrirse a la experimentación de los sectores populares e indígenas. La ciudad de El Alto representa del modo más cabal este conjunto de creaciones y construcciones que desestructuran las viejas dicotomías rural-urbano establecidas por las ciencias sociales.

Desde el punto cuantitativo, estamos ante la toma-ocupación-recuperación de millones de hectáreas por los habitantes del más abajo, de modo legal o ilegal, pero siempre a través de la acción directa colectiva-familiar-comunitaria. Tenemos así miles de "islas autogestionadas", asentamientos de campesinos sin tierra en Brasil, Paraguay y Bolivia; pequeños agricultores que resisten en sus territorios de agricultura familiar, creando federaciones y cooperativas para vender sus productos; miles de comunidades indias a todo lo largo y ancho del continente recuperan tierras y afirman su autonomía. En algunos casos, crean verdaderos territorios autónomos, explícitos o implícitos, bajo las más diversas formas.

En Chiapas, sobre la base de los municipios autónomos se van conformando "territorios rebeldes" que son verdaderas regiones autogobernadas por las Juntas de Buen Gobierno (Ornelas, 2004). En el altiplano boliviano funcionan autonomías de hecho, no declaradas, pero efectivas a la hora de imponer sus autoridades como lo revela el Manifiesto de Achacachi (2001), que define "una clara línea de emancipación indígena mediante la recuperación del poder y el territorio" (García Linera, 2004: 124-125). Ambos ejemplos, más allá de sus notorias diferencias, tienen en común la existencia de "poderes otros": las autonomías municipales, construidas desde las comunidades, como núcleo de las regiones autónomas en Chiapas; las autonomías comunitarias que en ocasiones se conforman como

poderes territoriales, como fue el caso de los "cuarteles indígenas" en el altiplano de Bolivia.

La recuperación de la tierra, de su control o propiedad legal, es un paso ineludible para dar vida a lo nuevo. En Chiapas, la experiencia de más de dos décadas destaca la importancia de esa recuperación: "Los avances en gobierno, salud, educación, vivienda, alimentación, participación de las mujeres, comercialización, cultural, comunicación e información tiene como punto de arranque la recuperación de los medios de producción, en este caso, la tierra, los animales y las máquinas que estaban en mano de los grandes propietarios (Subcomandante Insurgente Marcos, 2007)."

No es que los cambios consistan en la recuperación de los medios de producción, sino que esa recuperación abre la posibilidad de que los cambios se produzcan, en una relación de probabilidad no determinista. Esto es, precisamente, lo que vienen haciendo millones de pobres latinoamericanos desde hace algunas décadas, desde el sur del continente (mapuches, fábricas recuperadas como Zanón) hasta las comunidades indias mexicanas. Pero es también lo que viene sucediendo desde los años 50 en las periferias urbanas (Zibechi, 2007).

Las nuevas territorialidades urbanas tienen estrecha relación con lo que sucede en las áreas rurales. Unas y otras son parte del mismo proceso, no sólo su contracara. Los campesinos e indígenas que van a vivir a las ciudades, que crean nuevos barrios y nuevas territorios, no sólo no rompen con sus territorios rurales sino que mantienen estrecha relación, material y simbólica, con ellos. El levantamiento de El Alto en setiembre y octubre de 2003, no hubiera podido mantenerse y triunfar sin el apoyo material de cientos de comunidades. Desde las áreas rurales llegaron a la ciudad aymara alimentos, jóvenes comuneros para participar en los combates, y desde las comunidades partieron grandes marchas para apoyar las barricadas urbanas. A la vez, El Alto permitió que la resistencia de las comunidades cobrara visibilidad, hasta convertirse en una avanzada comunera. Algo similar sucedió durante la comuna de Oaxaca en 2006.

No quiero dar a entender que la ciudad sea la vanguardia y la comunidad rural la retaguardia, o viceversa. De ningún modo. Se trata de una relación de complementariedad no jerárquica que tiende a disolver, a través de la acción colectiva, la dicotomía sociológica urbano-rural. Una vez más, la acción social desordena las categorías teóricas y nos fuerza a pensar de otro modo, huyendo quizá de simplificaciones para encontrar nuevas categorías. En los hechos, existen unos cuantos aspectos en común entre lo que sucede en los territorios rurales y los urbanos reconfigurados por los pueblos organizados en movimientos. Quisiera mencionar tres de ellos.

1. En una parte considerable de estos territorios, sobre todo en aquellos donde los movimientos trabajan más en profundidad, existen, en germen, sociedades otras: de valores de uso, comunitarias, autocentradas, femeninas en el sentido profundo del término, que están siendo capaces de producir y re-producir la vida de las personas que participan en ellos. Existe una débil desvinculación espacial y social entre la producción y el consumo. O sea, son territorios en los que no impera una lógica económica del desarrollo que, como ha señalado Porto Gonçalves, es siempre una lógica de guerra.

2. Se trata de territorios complejos donde hay espacios y tiempos para la diversidad, cuya urdimbre está formada por la expansión de una lógica familiar-comunitaria centrada en el papel de la mujer-madre en torno a la que se modela un mundo de relaciones otras: afectivas, de cuidados mutuos, de contención, inclusivas. Se trata de la irrupción de otra racionalidad, de otra cultura, de una episteme relacional como apunta Alejandro Moreno (2006).

3. En estos territorios pueden nacer, aunque esto no es ciertamente lo más común sino apenas una tendencia, poderes otros, no jerárquicos o, como he señalado en otros trabajos, "poderes no estatales". Esos poderes y esos territorios son espacios de paz y no de competencia, son potencialmente anticapitalistas, ya que como señalan los zapatistas hoy "no se puede entender ni explicar el sistema capitalista sin el concepto de guerra. Su supervivencia y su crecimiento dependen primordialmente de la guerra". Por eso, aunque suene ingenuo, "la paz es anticapitalista" (Subcomadante Insurgente Marcos, 2007). .

A grandes rasgos vemos un panorama signado por una intensa disputa territorial: por un lado, aparecen territorios homogéneos, sedes de poderes verticales y autoritarios del gran capital, espacios de uniformización de la naturaleza y, por lo tanto, de su desaparición como tal naturaleza para ser sustituida por una suerte de distribución panóptica de plantas artificiales modificadas en laboratorios o de complejos de minería química. Por otro lado, están los territorios complejos y diversos de pueblos que sólo pueden existir conviviendo con el entorno, sede de relaciones sociales heterogéneas que, en ocasiones, se convierten en "territorialidades emancipatorias" (Porto Gonçalves, 205). Si los territorios del primero forma parte de un Complejo de Violencia y Devastación, los segundos se conjugan en plural y tienden a relacionarse entre sí de modo horizontal o, por lo menos, no jerárquico.

He comenzado diciendo que en América Latina existen formas de vida heterogéneas y que ellas se han mantenido y expandido gracias a la resistencia de los movimientos sociales o, si se me permite, de sociedades

otras en movimiento. Hemos visto que esas formas de vida están siendo amenazadas por una reconfiguración masiva y a gran escala de los territorios rurales y de las relaciones de poder. Como sabemos, sin formas de vida heterogéneas el cambio social es mucho más difícil, si no imposible. Podemos asegurar, entonces, que la desaparición de las formas de vida heterogéneas por la reestructuración territorial en curso, amenaza la autonomía y la existencia misma de los movimientos sociales, o sea de los hacedores del cambio social.

BIBLIOGRAFÍA

- BARREDA, Andrés "Geopolítica, recursos estratégicos y multinacionales", 20 de diciembre de 2005, en www.alainet.org
- BOEGE Schmidt, Eckart 2006 "Territorios y diversidad biológica", en Concheiro,
- LUCIANO Y LOPÉZ BÁRCENAS, Francisco (coords.) Biodiversidad y conocimiento tradicional en la sociedad rural, Cedrssa, México.
- CAMPAÑA POR LA DESMILITARIZACIÓN DE LAS AMÉRICAS (CADA) 2006 "Conclusiones generales de la Misión de Internacional de Observación", Asunción, 20 de julio.
- COMISIÓN PASTORAL DE LA TIERRA (CPT), Informes anuales "Conflictos no campo" de la Comisión Pastoral de la Tierra, 1985-2007.
- DÍAZ-POLANCO, Héctor 1997 La rebelión zapatista y la autonomía, Siglo XXI, México.
- GARCÍA LINERA, Alvaro 2004 Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonía/Oxfam, La Paz.
- KNEEN, Brewster 2005 Gigante invisible. Cargill y sus estrategias transnacionales, GRAIN Y REDES-AT, Buenos Aires.
- MANÇANO Fernandes, Bernardo 2000 A formaçao do MST no Brasil, Vozes, Petrópolis.
- MARTINS DE CARVALHO, Horacio 2007 "La perversa ideología de la vocación agrícola de Brasil", ALAI No. 425-425, Quito, octubre.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES 2006 El negocio del agro en Brasil, Brasilia.
- MOVIMIENTO DE TRABAJADORES RURALES SIN TIERRA (MST), 2007 "Sobre a situaçao do campo brasileiro e os direitos humanos", MST, Brasilia, 3 de diciembre.
- OBSERVATORIO LATINOAMERICANO DE CONFLICTOS AMBIENTALES (OLCA) 1999 Aproximación crítica al modelo forestal chileno, Santiago.
- OBSERVATORIO LATINOAMERICANO DE GEOPOLÍTICA 2007 Territorialidad de la dominación. La Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), Buenos Aires.
- ORNELAS, Raúl 2004 "La autonomía como eje de la resistencia zapatista", en Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI, Ceceña, Ana Esther (Comp.), Clacso, Buenos Aires.
- PALAU, Tomás 2007 Los refugiados del modelo agroexportador, BASE-IS, Asunción.
- PORTO GONÇALVEs, Carlos Walter 2007 "Mudança de poder na agricultura", Folha de Sao Paulo, 1 de noviembre.
- PORTO GONÇALVEZ, Carlos Walter 2006 "A reinvençao dos territórios. A experiéncia latino-américana e caribenha", en Ceceña, Ana Esther (coord.) Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado, Clacso, Buenos Aires.
- PORTO GONÇALVES, Carlos Walter 2001 Geo-grafías. Movimientos sociales , nuevas territorialidades y sustentabilidad, Siglo XXI, México.

Rulli, Javiera 2007 Repúblicas Unidas de la Soja, BASE-IS, Asunción.

- SOLDATELLI, Elisangela 2003 "IIRSA. E esta a integraçao que nós queremos?", Amigos da Terra, Porto Alegre.
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS 2007 "I. Arriba, pensar el blanco. La geografía y el calendario de la teoría", Coloquido Aubry, San Cristóbal de las Casas, 13 de diciembre, en www.enlacezapatista.org

- ZIBECHI, Raúl 2007 Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento, Universidad de San Marcos, Lima.
- ZIBECHI, Raúl 2006 "Paraguay: Plataforma para la hegemonía continental", IRC, 1 de agosto.

Capítulo 3

Gobiernos y movimientos: entre la autonomía y las nuevas formas de dominación

Cuando Hugo Chávez ganó las elecciones presidenciales, el 6 de diciembre de 1998, se abrió un nuevo período de las luchas sociales en América del Sur. Era la primera vez, en muchos años, que se formaba un gobierno de carácter popular en el continente, que con el tiempo se convirtió en referente ineludible para la mayor parte de las izquierdas. Su llegada al gobierno fue el resultado de un largo proceso de luchas de los de abajo, que desde el Caracazo de 1989 –la primera gran insurrección popular contra el neoliberalismo– hicieron entrar en crisis el sistema de partidos, sobre el que se había apoyado la dominación de las elites durante décadas.

En los años siguientes, un rosario de presidentes que se reclamaban aliados de los movimientos sociales, alcanzaron el gobierno en ocho países del continente. Lucio Gutiérrez en Ecuador, Luiz Inacio Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Michelle Bachelet en Chile, Tabaré Vázquez en Uruguay, Evo Morales en Bolivia, Rafel Correa en Ecuador, luego de que Gutiérrez fuera derribado por la protesta social al aliarse con las derechas, y finalmente, Fernando Lugo en Paraguay, componen el nuevo mapa político de la región. Es un lugar común decir que estos gobiernos fueron posibles, en mayor o menor medida, por la resistencia de los movimientos al modelo neoliberal.

En algún momento fue necesario distinguir por lo menos dos genealogías. La de aquellos países donde las fuerzas del "cambio" llegaron al gobierno como consecuencia de una acumulación electoral e institucional, en un clima de estabilidad política y en base a equipos de gobierno con experiencia previa en las gestiones municipales y provinciales. Es el caso de Brasil, Chile y Uruguay, y parcialmente el de Argentina. La segunda

está signada por crisis políticas más o menos profundas, provocadas por la movilización social que llegó a poner en cuestión no sólo a los gobiernos neoliberales, sino también –aún de modo fugaz o incipiente– el modo de dominación y todo el entramado institucional en el que se apoya. Es el caso de Bolivia, Ecuador, Venezuela, y parcialmente Argentina.

Como se verá, esta distinción inicial resultó insuficiente para comprender procesos que, por encima de sus notorias diferencias, tienen en común la recuperación de la centralidad estatal que supone la marginación de los movimientos. Apenas diez años después de iniciado este proceso, el entusiasmo que barrió la región fue mermando al constatarse que los nuevos gobiernos representan más continuidades que cambios. En el momento de redactarse este trabajo (julio de 2008), ya la iniciativa había pasado de los gobiernos que se reclamaban del "cambio" a las fuerzas conservadoras en casi toda la región. El ocaso de la década "progresista" llegó muy pronto, cuando una parte considerable de los movimientos aún no sacaron cuentas de los beneficios y pérdidas que representó para el campo popular.

Una de las ineludibles evaluaciones, se relaciona con la cuestión del Estado, con el camino estatista asumido como natural por la inmensa mayoría, pese a la advertencia zapatista y, más fuerte aún, pese a las exitosas experiencias de construcción de poderes no estatales en Chiapas y en algunos otros espacios controlados por los de abajo. Porque la lógica estatista ha significado un giro copernicano para los movimientos que nunca debatieron a fondo el tema, o sea, para la inmensa mayoría. Desde el momento en que las fuerzas del "cambio" asumieron la administración de los aparatos estatales, apareció la vieja derecha en escena blandiendo amenazas de desestabilización, aliada casi siempre con las grandes multinacionales y el inquilino de la Casa Blanca.

En suma, se produjo una modificación radical del escenario por la cual los movimientos fueron literlamente barridos del destacado lugar que habían ocupado, desde que a comienzos de los 90 se instaló en Consenso de Washington. En adelante, la contradicción dominante será entre los gobiernos y las derechas, un cambio que arrastró a los movimientos hacia un torbellino estatista del que una porción fundamental aún no se han podido evadir.

COOPTACIÓN, DIVISIÓN, FRAGMENTACIÓN

Nada volvió a ser como antes. Con la única escepción de Chile, donde los movimientos viven un importante ascenso desde que Michelle Bachelet asumió la presidencia, en los demás países gobernados por fuerzas de izquierda o progresistas oscilan entre el apoyo incodicional a los gobiernos

–de los que reciben beneficios materiales– hasta el enfrentamiento más o menos abierto, pero con escasa capacidad de convocatoria.

Desde que la Concertación sucedió al general Augusto Pinochet, en 1990, los movimientos atraversaron aún más dificultades que bajo la dictadura. La democracia tutelada demostró toda su capacidad de aislar y criminalizar la protesta social. Sin embargo, desde 2006 los estudiantes, los mapuche y cada vez más los obreros y los pobladores de las periferias urbanas, han tomado la iniciativa contra un Estado excluyente, racista y represivo. Luego de tres años la protesta estudiantil mantiene su fuerza y su carácter asambleario, horizontal y participativo, rehuyendo la creación de aparatos centralizados. La frescura del movimiento le ha granjeado enormes simpatías entre la población, puso al descubierto la política represiva del Estado y la escasa atención del gobierno a la educación pública y al debate sincero con los estudiantes.

El movimiento mapuche no ha dejado de crecer y fortalecerse, pese a la dura y selectiva represión que se ejerce contra las comunidades y sus dirigentes. En condiciones muy desventajosas, consiguió neutralizar la efectividad desmovilizadora de la ley antiterrorista heredada de Pinochet, que se aplica en democracia contra sus dirigentes y comunidades enteras, e iniciar un nuevo ciclo de luchas. La larga huelga de hambre de Patricia Troncoso, entre noviembre de 2007 y enero de 2008, permitió al pueblo mapuche tejer nuevas alianzas con sectores urbanos, mujeres, estudiantes, sindicatos, iglesias y universidades.

El empuje de los movimientos chilenos contrasta con el repliegue y la fragmentación que se registra en buena parte de los países de la región. Quizá el caso más emblemático sea el de Argentina. La mayor parte del movimiento piquetero fue cooptado por el Estado a través de los planes sociales y la designación de dirigentes en cargos del gobierno de Néstor Kirchner. Pero no fueron los únicos. El movimiento de derechos humanos, y muy en particular la Asociación Madres de Plaza de Mayo, que había jugado un papel destacado en la resistencia al neoliberalismo en la década de 1990, se convirtió al oficialismo y pasó a defender sin fisuras las políticas gubernamentales. Una parte de las asambleas barriales desaparecieron, pero un sector significativo se transformaron en centros sociales, o culturales, o instalaron microempresas sociales, siendo aún hoy uno de los sectores dinámicos de lo que resta de los movimientos de 2001 y 2002.

La crisis política de 2008 entre el gobierno de Cristina Fernández y los empresarios rurales, reflejó esta fragmentación: grupos piqueteros de orientación maoísta y trotskista apoyaron a los rurales; piqueteros comunistas, grupos de derechos humanos y un sector de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), se volcaron con el gobierno; en tanto, algunos grupos

trotskistas, el Frente Darío Santillán y otros grupos piqueteros como los MTD de Solano y Guernika, y varios MTR, se mantuvieron distantes de ambos bloques. El tamaño de la fragmentación es tal, que resulta imposible cualquier coordinación, aún para los asuntos más generales e importantes que se pueda imaginar.

En paralelo, en los últimos cinco años han surgido infinidad de colectivos y grupos, muchos de ellos vinculados a temas ambientales o que responden a la resistencia al nuevo modelo neoliberal asentado en la minería a cielo abierto, la forestación y los monocultivos de soya. Desde al primera experiencia contra una mina de oro en Esquel, dos mil kilómetros al sur de Buenos Aires, han surgido unas cien asambleas locales coordinadas en la Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC), que se ha convertido en uno de los actores más novedosos de estos tiempos, en lucha contra la minería multinacional. Los campesinos y pequeños agricultores formaron el Frente Nacional Campesino, integrado por unas 200 organizaciones rurales que representan a la agricultura familiar y comunitaria frente al impetuoso avance de la soya. Esta articulación agrupa movimientos de larga data (como el MOCASE de Santiago del Estero), junto a nuevas organizaciones de pequeños productores de las periferias urbanas.

En Brasil los movimientos no consiguen salir de una larga etapa defensiva, agudizada bajo el gobierno de Lula. El MST (movimiento sin tierra) sigue siendo el más importante del país, y ha reorientado su lucha por la reforma agraria en un sentido más amplio, contra el agronegocio y las multnacionales de la agricultura, y contra los monocultivos de soya y caña de azúcar, y por un proyecto popular para Brasil. Su alianza con el gobierno de Lula se ha debilitado por la no implementación de la reforma agraria, y por el apoyo abierto del gobierno al agronegocio y, muy en particular, por su alianza con las multinacionales y los empresarios de la caña de azúcar para etanol. Pero esa alianza se mantiene en pie, y si bien el MST no apoya al gobierno, recibe cuantiosos fondos estatales para los asentamientos y la educación.

Las luchas urbanas protagonizadas por el movimiento sin techo, no han conseguido impactar en amplias capas de los pobres de las ciudades y quedaron reducidas a pequeños núcleos que ocupan terrenos y construyen sus viviendas y servicios colectivos. Una de las grandes dificultades con las que tropieza el movimiento urbano es la confrontación del narcotráfico y las milicias paramilitares, que han expulsado en varias ocasiones a los militantes de las favelas y los barrios periféricos, impulsando de ese modo la desorganización y atomización de los sectores populares. Los intentos por relanzar los movimientos a partir de una amplia coordinación, han mostrado hasta ahora limitados avances. En paralelo, algunas luchas potencialmente

explosivas, como la oposición al trasvase del rio San Francisco, encabezada por el obispo de Barra (Bahía) Luiz Flavio Cappio, han mostrado el aislamiento de los sectores más consecuentes.

Algo diferente sucede en países como Bolivia y Venezuela, cuyos gobiernos procuran concretar cambios de fondo con una orientación antineoliberal. El proceso bolivariano encabezado por Chávez viene procurando, con escaso éxito, la creación de una base social organizada subordinada a su estrategia de cambios a partir del aparato estatal. Los movimientos mejor organizados en los cerros de Caracas y en otras periferias urbanas, los Comités de Tierra Urbana y las Mesas Técnicas de Agua, han sido impulsados desde el gobierno y mantienen fluidas relaciones con las autoridades. El gobierno fomentó también la creación de una central sindical chavista, con escaso éxito y muchas dificultades internas.

Todo indica que los intentos de disciplinar a los sectores populares sigue atravesando grandes dificultades, como lo demuestran las elecciones internas del PSUV (Partido Socialista Unificado de Venezuela), a las que concurrieron apenas la mitad de los más de cinco millones de afiliados formales con que cuenta. Una década después de la llegada al poder de Chávez, los sectores populares organizados en movimientos muestran aún rasgos inequívocos de autonomía, aunque ésta se encuentra seriamente comprometida frente a un Estado potente, incisivo y muy activo en las periferias pobres.

En Bolivia la situación es bien diferente. El gobierno de Evo Morales y su vicepresidente, Alvaro García Linera, oscila entre la alianza con los movimientos y las concesiones a la derecha como forma de no quedar atrapado por la tremenda efervescencia popular que des-gobierna al país desde la guerra del agua de 2000. "Déjennos gobernar y hacemos lo que ustedes quieran", podría ser el lema del vicepresidente en su relación con la derecha autonomista de Santa Cruz, según el analista boliviano Pablo Reglasky, "éste es un gobierno-árbirto que lo que más teme no es que la derecha esté en condiciones de imponerle sus términos. Por el contrario, parecería que su instinto (pues no hay evidencia que hubiera una clara estrategia en el gobienro en su conjunto) lo empuja a favorecer que la derecha crezca lo suficiente como para colocar en la vereda a los movimientos sociales y no puedan crecer en sus demandas."

Una afirmación aventurada, por cierto, pero no carente de realismo. El asunto tiene dos vertientes que pueden ser útiles para comprender los diversos procesos latinoamericanos. Por un lado, los movimientos no han sido derrotados. Según Regalsky, el "cerco sobre La Paz" establecido por los movimientos durante la insurrección de octubre de 2003, "está pendiente aún sobre las cabezas del sistema político como una espada de Damocles".

No se trata de un cerco material, por cierto, sino que la posibilidad de un cerco material sigue latente porque el cerco simbólico se mantiene intacto. Y puede, por tanto, reactivarse en su materialidad en cualquier momento. Se trata de un hecho habitual en la práctica social: cuando se produce un hecho colectivo, puede volver a producirse mientras no haya sido derrotado material y sombólicamente, mientras los de abajo sigan convencidos que pueden repetirlo. Los hechos sociales actúan, las más de las veces, de modo lateral y oblicuo, no de forma directa y frontal. En Oaxaca, "el vapor que impulsó calderas y pistones en 2006 se ha condensado en experiencia, actúa en su disipación y se derrama sobre la realidad. Cuando llegue el momento, hará estallar de nuevo los recipientes obsoletos que tratan todavía de contenerlo", según la bella metáfora de Gustavo Esteva.

Por otro lado, aparece la lógica estatista, implacable, hostil a los movimientos, que busca fortalecer el aparato estatal, y que se asienta en las profusas burocracias estatales (militares, judiciales, legislativas, ministeriales, municipales). Esas burocracias son enemigas de los cambios y, en el caso boliviano, de la proclamada refundación del Estado para superar el colonialismo interno. Pero a ese factor conservador se agregan los nuevos aparatos políticos, como el MAS, integrados por una amplia camada de funcionarios electos (diputados, senadores, concejales, alcaldes) y no electos (ministros y cientos de asesores y cargos provenientes, en muchos casos, de los partidos de la derecha), cuya mayor ambición es perpetuarse en esos cargos.

Por último, el caso ecuatoriano indica que el gobierno de Rafael Correa y los movimientos, en particular el indígena, mantienen una dura disputa por la orientación del país. Las relaciones entre la CONAIE y el gobierno han tenido momentos de extrema dureza sin llegarse a la ruptura o a la confrontación callejera. La experiencia anterior del movimiento indígena, que sufrió serios intentos de división y cooptación bajo el gobierno de Lucio Gutiérrez, ha dejado enseñanzas que los lleva a cuidar la autonomía y la independencia. El movimiento no ha ahorrado críticas frontales como la que realizó en mayo de 2008, al manifestar su rechazo a la entrega de las riquezas mineras, petroleras, mineras, madereras e hidroeléctricas a las multinacionales.

LA AUTONOMIA FRENTE AL DESAFÍO DE LOS PLANES SOCIALES

Las relaciones entre los movimientos sociales y los nuevos gobiernos, se enfrentan al desafío inédito de la implementación por parte de éstos de nuevas formas de dominación, en las cuales los planes sociales masivos son apenas uno de los múltiples pilares del control social. Estos nuevos modos

de dominación están en plena formación, diseño y rediseño, con una fuerte interacción entre el Estado y las nuevas formas de relación trabajo–capital en la era del trabajo inmaterial. Por lo tanto, los análisis con los que contamos para dar cuenta de estas nuevas realidades son incompletos y fragmentarios, pero parece importante avanzar –a veces a tientas– en los intentos por dar cuenta de los modos que asume la dominación bajo estos gobiernos autodenominados progresistas y de izquierda. Habrá tiempo, en su momento, para rectificar imprecisiones y omisiones.

• La derecha como problema. La aparición de un conflicto aparentemente central entre los gobiernos y las derechas, algo que sucede en todos los países menos en Perú y Colombia, tiende a colocar a los movimientos en un lugar subordinado del que tienen serias dificultades para moverse. En algunos casos, como en Bolivia y Venezuela, la contradicción es real. Pero ni siquiera en ellos se trata de un conflicto permanente porque, como hemos visto respecto al gobierno de Evo, el Estado suele utilizar a la derecha como excusa para domesticar la rebeldía de los de abajo.

No se trata sólo de cooptación. Las más de las veces la subordinación opera desviando a los movimientos de sus objetivos centrales, de aquellas estrategias de larga duración que se venían implementando desde tiempo atrás. En el caso de Bolivia, por poner apenas un ejemplo, consistía en despejar espacio–tiempos, como el Altiplano, para la instauración de una nación aymara, proceso larguísimo que nunca fue imaginado como un acto único y fundacional, sino como la lenta instalación de poderes otros, y de la también lenta y zigzagueante expulsión del aparato estatal de esos espacios. En el caso de los desocupados argentinos, se trató de la creación de espacios autónomos, simbólicos y materiales, fuera del control de los partidos, las iglesias, el estado y los sindicatos.

La renovada potencia de las derechas es una excusa excelente para introducir Estado en las prácticas sociales de los de abajo. Este objetivo no consiste sólo en la subordinación directa, sino las más de las veces en la instalación de lógicas de la separación, como la relación racional y calculada medios-fines, y otras que se derivan de ella, que conduce a los movimientos por cauces de acción y pensamiento que reproducen los moldes del sistema que los oprime.

• Las nuevas formas de control. La crisis de la disciplina como forma de modelar los cuerpos en espacios cerrados, fue una de las características más destacadas de la "revolución del 68". El desborde del control patriarcal, la neutralización del orden en el taller, la escuela, el hospital y el cuartel, forzaron al capital y a los estados a crear nuevas formas de control

a cielo abierto, poniendo en el centro de su problémtica la cuestión de la población y la seguridad.

En este sistema de dominación, los planes sociales juegan un papel importante. Para el sociólogo Francisco de Oliveira, son "un instrumento de control" en base a un dispositivo biopolítico por el cual el Estado clasifica a las personas en base a sus carencias, "restaura una especie de clientelismo" y termina por convertir la política en algo irrelevante. Por otro lado, los planes sociales apuntan a los mismos sectores que se han organizado en movimientos en las últimas décadas. Alivian la pobreza pero no modifican la distribución de la renta, ni evitan la creciente concentración de ingresos en los estratos privilegiados. Al afectar la capacidad de organización de los movimientos más activos, se convierten en un factor que dificulta su crecimiento.

• La inexistencia de temas comunes. En el período anterior habían surgido un conjunto de problemas comunes que se convirtieron en las demandas colectivas centrales, que permitieron aglutinar un conjunto muy variado de movimientos bajo formas flexibles de coordinación. Hoy el panorama es exactamente el opuesto, ya que no existen ejes temáticos capaces de acoplar a los centenares de colectivos que siguen activos en todos los países. A esto se le suele llamar fragmentación. Sólo puede superarse si se profundiza el trabajo local, porque lo local será Loa decisivo, y no la creación de grandes estructuras de coordinación.

• El debate sobre la autonomía. No se resuelve ni con declaraciones ni siquiera con emprendimientos productivos, como en el período anterior. Es un tema abierto y a profundizar, para el cuál tenemos más preguntas que respuestas. "¿La autonomía debe tener una base material?", se preguntan, y nos preguntan, los miembros del Movimiento Social Dignidad de Cipolletti. En la misma dirección, conceptos como "cooptación", "traición", y otros de la misma genealogía, deben ser complejizados y puestos en cuestión, ya que no explican lo que realmente está sucediendo, y operan como somníferos entre quienes luchamos por la emancipación.

Capítulo 4

El arte de gobernar los movimientos

La política abajo y desde abajo ha registrado grandes avances desde comienzos de los años 90, que han propiciado una nueva coyuntura en América Latina, de la que forman parte los nuevos gobiernos que se proclaman progresistas y de izquierda. A grandes rasgos, estos gobiernos son una consecuencia indirecta de las luchas de los movimientos que han deslegitimado el modelo neoliberal, abriendo grietas en las formas de dominación. Con ellos están naciendo nuevas formas de gobernar, como resultado de la potencia de los movimientos sociales, pero también como un intento de las elites de reconducir la crisis del modelo de dominación. Comprender estas "nuevas gobernabilidades" es un imperativo para seguir impulsado las luchas sociales y políticas en una situación ciertamente más compleja que la anterior.

De entrada, me gustaría considerar que las nuevas gobernabilidades no son la respuesta a los movimientos, sino algo un poco más complejo: son el punto de intersección entre los movimientos (no como instituciones sino como capacidad de mover–se) y los estados, y a partir de ese "encuentro", en el proceso de encontrar–se, van naciendo las nuevas formas de dirigir estados y poblaciones. Más que punto o puntos de encuentro, quiero dar la idea de algo móvil y en construcción re–construcción permanentes. O sea, que las nuevas gobernabilidades no son ni una construcción unilateral ni un lugar fijo, sino una construcción colectiva y en movimiento, como espero mostrar más adelante.

Pero hablar de nuevas gobernabilidades supone que las viejas formas de gobernar entraron en crisis o fueron superadas o desbordadas por la actividad de las poblaciones organizadas. Por eso que llamamos movimientos sociales, que me parece un término cada vez más inadecuado porque no alcanza para dar cuenta de lo que en realidad sucede. Hablaré entonces, y de modo provisional, de "sociedades en movimiento", porque me parece que este término (aún siendo vago y por la misma ventaja de su vaguedad)

no remite a instituciones sino que pone en primer lugar la idea de que algo se mueve, y ese algo son sociedades otras, diferentes a las dominantes.

El punto de partida para abordar las nuevas gobernabilidades podría ser una frase de Eduardo Duhalde, el presidente argentino que sucedió a la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001: "Con asambleas no se puede gobernar". Eso era cierto, pero mostraba más bien las limitaciones del propio Duhalde, que era capaz de visualizar el problema pero quería resolverlo al viejo estilo: sacar a la gente de la calle de la manera tradicional, ya sea por la represión o la disuasión. Y lo que estaba haciendo falta –desde el punto de vista de los grupos dominantes– era otra cosa, otro modo de encarar el "problema", que requiere no una sino un conjunto amplio de medidas, que van desde la economía política hasta lo que llamaré el "arte de gobernar los movimientos" o si quiere las "sociedades en movimiento". Ese conjunto de técnicas o de modos de dirigir no suprimen los anteriores, los modos disciplinarios por ejemplo, sino que adoptan otros que se superponen a aquellos que no se archivan sino que apenas pasan, digamos, a un segundo plano.

Las formas que vienen adoptando lo que resta de los estados nacionales para gobernar los movimientos no son homogéneas. En líneas generales, desde hace algunos años se vienen practicando dos formas diferentes para intervenir en los movimientos: en el área andina, en particular en Ecuador y en Bolivia, la cooperación para el desarrollo; en otros países, muy en particular en Argentina y Uruguay (tal vez en Brasil), sobre la base de las políticas focalizadas hacia la pobreza aparecen nuevas formas de intervención en los territorios de los oprimidos. Sin embargo, ambas formas no son excluyentes y en general aparecen las dos en casi todos los países; tienen en común la necesidad de ir más allá de disciplinar los cuerpos en espacios cerrados, y se abocan a algo tan complejo como gobernar la población[1]. Con la particularidad de que ahora esas poblaciones se mueven, se movilizan y, en muchos casos, forman amplios movimientos. El problema que enfrenta el arte de gobernar es que en las últimas décadas y en América Latina, las poblaciones se levantan, se insurreccionan, y desde el Caracazo de 1989 lo hacen de modo regular y constante, casi permanente.

Las nuevas formas de control para enfrentar este desafío de las sociedades en movimiento, a diferencia de las anteriores centradas en la disciplina que representa un pensamiento negativo, normalizador y reglamentador, buscan apoyarse en los fenómenos existentes, "no intentar impedirlos,

1. Al respecto, el curso de Michel Foucault Seguridad , territorio, población, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, inspira buena parte de este trabajo.

sino, al contrario, poner en juego otros elementos de lo real, a fin de que el fenómeno, en cierto modo, se anulara a sí mismo"[2]. En vez de reprimir y prohibir, se trata de regular la realidad haciendo que unos elementos actúen sobre los otros, anulándolos. Este tipo de control es tanto más necesario cuando los oprimidos han venido desbordando las formas disciplinarias, cuando lo que se mueve no son ya sectores sociales sino porciones enteras de sociedades, que no son ni controlables ni eliminables por la represión. ¿Cómo imponerle leyes imperativas, negativas, a esas sociedades otras, capaces de desbaratar y neutralizar golpes de Estado, estados de excepción y las formas tradicionales de represión?

En esta nueva realidad el panóptico se ha vuelto arcaico (aunque sigue funcionando, no es desde hace tiempo el medio fundamental de control). Lo que se requiere para gobernar grandes poblaciones, son formas de control a distancia, más sutiles, formas que buscan la "anulación progresiva de los fenómenos por obra de los fenómenos mismos", lo que requiere un tipo de acción menos transparente que la del soberano para dar paso una acción "calculadora, meditada, analítica, calculada"[3]. Las clases dominantes deben actuar ahora sobre una multitud de factores, pero ya no en relación de exterioridad –como el príncipe de Maquiavelo– sino en relación de inmanencia respecto de los movimientos que intentan domesticar o, mejor, reconducir hacia modos que beneficien a los grupos dominantes. Si para el soberano se trataba de evitar que sus súbditos se movilizaran, ya que el hecho mismo de hacerlo ponía en cuestión su condición, ahora el arte de gobernar incluye, como una más de sus técnicas, la movilización social callejera. A la movilización no se apela, como antaño, para apoyar a gobiernos populares jaqueados por las oligarquías –como sucedió en múltiples ocasiones a lo largo del siglo XX– sino para impulsar "causas justas", como los derechos humanos en Argentina o contra la violencia doméstica en Uruguay[4]. Estas son, entre otras, algunas de las diferencias entre las viejas y las nuevas gobernabilidades que más confunden a los activistas sociales, ya que introducen dosis de ambigüedad y confusión que persiguen esa deseada anulación de los fenómenos por los fenómenos mismos. ¿Quién mejor para actuar en relación de interioridad respecto a los oprimidos, que los gobiernos surgidos de las entrañas de los movimientos de los de abajo, ya que están en mejores condiciones para aplicar tácticas

2. Michel Foucault, ob. cit. p. 79.
3. Idem, p. 95.
4. El municipio de Montevideo, gobernado por la izquierda, convocó a fines de 2006 una movilización social contra la violencia doméstica.

complejas que representan un verdadero arte de gobernar? ¿Quién mejor para aplicar estas tácticas que un tipo de personal forjado en la militancia, con experiencia en la relación con los movimientos de los oprimidos?

Podemos decir, con Foucault, que los "nuevos" estados que dirigen Lula, Kirchner y Tabaré Vázquez, por poner los ejemplos más obvios pero no los únicos, son hijos del arte de gobernar. Nuevos, porque ya no estamos ante los estados benefactores o ante los estados neoliberales prescindentes, sino ante algo inédito, que sobre la base de la fragilidad heredada del modelo neoliberal busca desarrollar nuevas artes para mantenerlos en pie, dotarlos de mayor legitimidad y asegurar así su supervivencia siempre amenzada. Son estas artes de gobernar, y en particular las destinadas a gobernar los movimientos de los de abajo, las que les están permitiendo alargarle la vida a los estados nacionales decrépitos.

Con la convicción de que el Estado no es una cosa sino un conjunto de relaciones sociales congeladas, en suma que "el Estado es una práctica"[5] que se opone al movimiento, intentaré abordar las dos formas como se vienen intentando "gobernar los movimientos" para anular sus efectos antisistémicos. En el primer caso, el andino, me basaré en bibliografía que analiza experiencias bien delimitadas, en tanto en el caso del Cono Sur, lo abordaré desde una experiencia concreta y puntual con la que mantengo una relación militante desde hace algunos años. La segunda consideración previa, es que mientras en el mundo andino la cooperación al desarrollo se viene implementando desde hace más de una década, en el el Cono Sur los gobiernos progresistas están recién empezando a implementar sus planes sociales, de ahí el carácter provisorio de las consideraciones que expongo.

1. LA EXPERIENCIA ANDINA: EL "FORTALECIMIENTO DE LAS ORGANIZACIONES"

Hace ya 20 años la antropóloga aymara Silvia Rivera Cusicanqui y un equipo del Taller de Historia Oral Andina (THOA) denunciaron el papel de los proyectos de desarrollo y de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en el norte de Potosí (Bolivia), como desestructuradores de las comunidades indias. La investigación da cuenta de lo que considera "un gigantesco malentendido social y cultural que, en nombre del desarrollo, llevó a las ONGs de la región a tratar de reformar la 'arcaica' estructura organizativa

5. Idem. p. 324.

de los ayllus norpotosinos, con la intención de acelerar el tránsito hacia la racionalidad económica mercantil y con ella, al menos así se creía, hacia un anhelado pero esquivo bienestar económico"[6].

Las ONGs, según el trabajo, nunca comprendieron –o nunca quisieron comprender– que la circulación de dinero en las comunidades no altera los modos como funciona su economía, a la que denomina como "economía étnica"[7]. Más aún: "El dinero circula en el interior de la economía étnica como valor de uso, cuyo itinerario y normas de intercambio están regidos por los principios de la cultura y del parentesco"[8]. Esta realidad es incomprensible en la lógica del desarrollo, que donde hay dinero ve mercado y apuesta a la ampliación del componente mercantil de la economía comunitaria para resolver los que considera como "limitaciones" intrínsecas del mundo indio. Peor aún, como los programas no suelen llegar a todas las familias, introducen divisiones en el seno de las comunidades que, junto a la mercantilización, aceleran su descomposición.

Entre las conclusiones de la citada investigación, se señalan seis problemas que los proyectos de desarrollo provocaron en el norte de Potosí: erosión de las comunidades y por lo tanto de sus "espacios autónomos de reproducción de los modos de organización social y productiva endógenos"; la mercantilización de las comunidades–ayllus las lleva a depender de las relaciones comerciales con el exterior, perdiendo su autonomía; implantación de modelos organizativos asociativos que provocan conflictos generacionales, divisiones y confusión, desconociendo la democracia comunitaria; erosión de las capacidades autogestionarias, al punto que "ahora los ayullus están en peores condiciones que antes para enfrentar una sequía u otro desastre similar"; despersonalización cultural y, finalmente, los ayllus se vuelven vulnerables "a la cooptación política y a la manipulación clientelista de sus necesidades, lo cual amplía la penetración civilizatoria de la sociedad criolla dominante en los ayllus"[9].

Si esto sucedía en los 80, en la década siguiente el problema se agravó considerablemente. En Bolivia, se pasó de un centenar de ONGs a principios de los 80 a unas 530 al comenzar los 90. En Ecuador, el proceso fue similar: a mediados de los 90 existían 519 ONGs, de las que el 73% se formaron

---

6. Silvia Rivera Cusicanqui, Ayllus y proyectos de desarrollo en el norte de Potosí, Aruwiyiri, La Paz. 1992, p. 7.
7. El concepto proviene de un trabajo de Olivia Harris, "Economía étnica", Hisbol, La Paz, 1987, en el que asegura que la circulación de productos y de dinero se efectúa por fuera del mercado.
8. Idem, p. 154.
9. Idem, pp. 191-192.

entre 1981 y 1994, es decir, "a la par de la puesta en marcha de las diferentes políticas de ajuste ensayadas a partir de 1982"[10]. Con los años, los financiadores y planificadores externos fueron a más, y buscaron que la proliferación de ONGs les proporcionara apenas una base para un trabajo más amplio. Ese paso lo comenzaron a dar en Ecuador, en un momento clave, a mediados de la década de los 90, a través del debate con las organizaciones indígenas de una nueva modalidad de cooperación que daría origen, ya en 1998, al Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indios y Negros del Ecuador (PRODEPINE). "La discusión sobre la conveniencia de una institución como PRODEPINE arranca, así, un año después de que el levantamiento indígena de 1994 hubiera hecho oscilar por segunda vez los pilares del Estado ecuatoriano y de que, muy al norte, en las lejanas tierras mayas, un ejército formado por indios chiapanecos reaccionara con las armas en la mano contra la exclusión económica, política, social y cultural a que los condenaba el flamante México neoliberal (…), en ese momento preciso los planificadores del desarrollo voltearon sus caras hacia el fortalecimiento organizativo como estrategia contra la exclusión y, de paso, como vía indirecta para cooptar y limitar el alcance de los nuevos movimientos sociales emergentes"[11].

El PRODEPINE es considerado por el Banco Mundial –quien lo inspira y financia– como uno de los proyectos más exitosos de los que maneja. Supone un paso adelante respecto a planes diseñados anteriormente, como el PRONASOL mexicano. A diferencia de este plan, el PRODEPINE no se articula a través de las instituciones estatales sino que va directamente al universo de las organizaciones indígenas para trabajar a favor de su "fortalecimiento organizativo" que busca el "empoderamiento de los excluidos"[12]. Veamos en detalle algunas características y sus resultados.

"Nunca antes se había experimentado una iniciativa tan descentralizada, tan participativa y tan celosa de que las Organizaciones de Segundo Grado (OSG) orienten y gestionen el devenir de sus organizaciones filiales", sostiene el antropólogo español Víctor Bretón[13]. El PRODEPINE no sustituye a las organizaciones sociales sino que las coloca en el centro. Son ellas las que hacen el "autodiagnóstico", en tanto el PRODEPINE "sólo coloca los fondos en una cuenta de la organización, le provee metodología, le da seguimiento, las pautas, y la organización contrata sus técnicos propios

10. Víctor Bretón, Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos, Flacso, Quito, 2001, p. 240.
11. Idem, pp. 234-235.
12. Idem, p. 232.
13. Idem, p. 233.

o de afuera", según una evaluación de su Director Ejecutivo[14]. Luego la propia Organización de Segundo Grado ejecuta el proyecto. De ese modo, son las organizaciones las que dirigen directamente las intervenciones a realizar en el territorio que controlan. Ellas son las que "aprenden" a fijar las prioridades, contratar técnicos y ejecutan el plan, "porque el PRODEPINE no ejecuta; facilita, acompaña, capacita, asesora y fiscaliza, resuelve conflictos, pero quien ejecuta son las OSG"[15].

Como puede verse, la metodología de trabajo cambió radicalmente. El PRODEPINE estableció siete oficinas en Ecuador y son las organizaciones las que se ponen en contacto con el proeycto, al revés de lo que sucedía antes. Eso sí, el Proyecto realiza un censo de organizaciones para establecer la "calidad" de las mismas, identifica las que están en condiciones de hacerse cargo de un proyecto, y con las que no lo están "procedemos a darles un período más largo de fortalecimiento organizativo"[16].

Véase que el Banco Mundial pasó de promover la "participación comunitaria" –que siempre jugaba un papel secundario– a ponerla en el centro de sus preocupaciones. De esa forma, conseguía superar el anquilosamiento o debilidad de las instituciones estatales para ir directo al grano, a las bases sociales organizadas, como se deducía del fracaso de la experiencia mexicana. En las evaluaciones, los problemas de proyectos inspirados en el PRONASOL tiene que ver con "burocratización, centralización de la información en los aparatos técnicos, y sobreimposición de éstos en desmedro de los liderazgos naturales dentro de las organizaciones"[17]. En efecto, según el mencionado autor "el fracaso o la poca eficacia de los programas para provocar resultados sustanciales y durables, se relaciona con la débil organización económica de las comunidades y pueblos, especialmente a escala regional (…) la común carencia de esas organizaciones sólidas es un handicap para que los programas puedan encontrar (supuesto que realmente se esté buscando) un sujeto social –representantivo, con legitimidad y fuerza moral entre las comunidades– que los haga funcionar"[18]. Esto explica el nacimiento de las políticas de "fortalecimiento organizativo" que se concretan en la proliferación de Organizaciones de Segundo Grado, que en la visión del Banco Mundial pasaron a ser la clave que "hace funcionar" los programas sociales estatales.

---

14. Idem, p. 233.
15. Idem, pp. 233-234.
16. Idem, p. 234.
17. Héctor Díaz Polanco, La rebelión zapatista y la autonomía, Siglo XXI, México, 1997, p. 120.
18. Idem, p. 124. Enfasis míos.

Además de buscar resolver las insuficiencias institucionales, las políticas de "fortalecimiento organizativo" vienen a abordar los problemas de la gobernabilidad cuando los desbordes desde abajo ya son un hecho consumado, e intentan influir en ellos. Aquí aparecen dos procesos. Por un lado, las ONGs vivieron cambios sustanciales en los 90. Resumiendo, pasaron de jugar un papel contestatario a convertirse en colaboradores de los estados y gobiernos, especializándose en la concertación, la intermediación en los procesos sociales y en gestionar o impulsar la participación popular a escala local, pero sin cuestionar las políticas macroeconómicas del ajuste estructural. El segundo, está directamente vinculado a la proliferación de Organizaciones de Segundo Grado que son fomentadas por las ONGs como instrumentos para canalizar la "cooperación" al desarrollo.

Víctor Bretón estudia el caso del cantón Guamote, en el sur de Chimborazo, una provincia con alta concentración de población indígena que jugó un papel relevante en los dos primeros levantamientos indios (1990 y 1994). La necesidad de los agentes de desarrollo (ONGs) de contar con interlocutores, promovió la creación de numerosas OSGs. Con apenas 28 mil habitantes, el cantón tiene 158 OPG (Organizaciones de Primer Grado) y 12 OSG a finales de los 90, "en connivencia con la sucesión y la superposición de diferentes intervenciones externas, tanto públicas como privadas"[19]. Aunque Guamote es el municipio que tiene el mayor índice de densidad organizativa de los Andes ecuatorianos y está entre los seis primeros en lo que se refiere a concentración de internveciones de ONGs, la pobreza sigue siendo enorme (89% de los hogares), tiene la tasa de mortalidad infantil más alta del país (122,6 por mil) y uno de los porcentajes de desnutrición crónica de menores de cinco años más elevados. Esto muestra la escasa eficiencia de la cooperación al desarrollo.

Sin embargo, el éxito del PRODEPINE hay que buscarlo en otros resultados. Bretón establece seis tesis sobre la incidencia del modelo sobre los movimientos indígenas[20]. Las OSG se formaron como consecuencia de la acción de agentes externos y no son, en absoluto, "una emanación de un supuesto espíritu comunitario andino". En segundo lugar, establece una relación directa "entre la mayor presencia de instituciones de desarrollo y la mayor densidad organizativa del mundo indígena", pero constata que se producen escisiones en las organizaciones para captar y canalizar los recursos externos. La tercera, es que cada OSG compite con otras OSG para "asegurar, mantener e incrementar su 'clientela'". En cada OSG se

19. Víctor Bretón, ob. cit. p. 173.
20. Idem, pp. 246-248.

consituyen elites de líderes y dirigentes que cada vez se distancian más de sus bases. El resultado es una relación de hostilidad entre organizaciones y entre activistas: "Del mismo modo que las ONG han de competir darwinianamente por la cooptación de OSG –en tanto que sujetos de desarrollo que legitiman su propio quehacer institucional– y por la captación de los recursos –escasos por definición– de la cooperación internacional, asimismo las OSG compiten entre sí por convertirse en beneficiarios de la actuación de las ONGs".

Las tesis cuarta y quinta son las que más nos interesan. Gracias al trabajo de las ONGs, en las OSG se está produciendo la sustitución de una dirigencia muy militante por una más tecnocrática, interesada en la envergadura de los proyectos. Los dirigentes de las OSG, que en su opinión se están convirtiendo en "verdaderos cacicazgos de nuevo cuño", se convierten en administradores que tienen la potestad de distribuir regalías que emanan de las agencias de desarrollo bajo la forma de recursos o proyectos, lo que favorece lógicas clientelares. Ahora el prestigio de los dirigentse no desacansa en que sean buenos luchadores, combativos y entregados a la causa, sino en su habilidad para captar recursos. "Su propia reproducción como tales dirigentes depende, a la vez, del éxito en esta gestión y de la habilidad para administrarlo consolidando con las filiales un entramado más o menos complejo de favores prestados a cambio de apoyos futuros"[21].

Por último, los líderes formados en el seno de las OSG suelen "colisionar con las autoridades consuetudinarias", generando divisiones intensas en el seno del movimiento. El resultado, en el caso ecuatoriano, fue la cooptación de dirigentes y la división de la CONAIE. En agosto de 2001 el gobierno nombró al ex dirigente de la CONAIE, Luis Maldonado, como ministro de Bienestar Social. La CONAIE y Ecuarunari (organización quichua de la sierra) se opusieron, pero alcaldes y otras autoridades indias electas se mostraron favorables a esa desginación "que podía abrirles algunas puertas para la transferencia de fondos que tan crónicamente hacen falta a los municipios"[22]. Con el tiempo, el costo político de estos programas fue quedando claro y hoy pocos dudan de sus objetivos: "Los esfuerzos explícitos de la administración gubernamental de gestionar obras y programas a cambio de evitar levantamientos"[23].

---

21. Idem, p. 248.
22. Fernando Guerrero y Pablo Ospina, El poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos, Clacso, Buenos Aires, 2003, p. 252.
23. Idem, p. 253.

Ya bajo el gobierno de Lucio Gutiérrez, que llegó a palacio con el apoyo del movimiento indígena, la situación empeoró considerablemente. El gobierno llevó adelante la más ambiciosa política para neutralizar a los movimientos indígenas, mediante un triple juego de división, represión y cooptación. Mientras la CONAIE se mantuvo dentro del gobierno, abundaron las donaciones de forma directa a las comunidades sin pasar por sus organizaciones, muy en particular en la Amazonia y la Costa, para aislar a la organización de la Sierra (Ecuarunari), la más combativa y mejor estructurada. Pero cuando la CONAIE rompió con el gobierno de Gutiérrez, acusándolo de haber traicionado el mandato popular, la respuesta del Estado fue nombrar a un destacado dirigente, Antonio Vargas, como ministro de Bienestar Social.

Con este paso, Gutiérrez intentó cooptar al movimiento pero, sobre todo, dividirlo, ya que Vargas perteneccía a la organización amazónica, donde el Estado ecuatoriano y las ONGs al servicio de las políticas imperiales, vienen implementado formas de cooperación–subordinación para separarla del movimiento nacional. El nombramiento de Vargas fue un duro golpe para la CONAIE, ya que había sido el máximo dirigente de la organización y mantenía elevado prestigio. Su intervención en una asamblea de la confederación amazónica, CONFENIAE, revela el tipo de actitudes del ministro: "No estoy en este puesto para dividir al movimiento indígena, estoy porque el gobierno desea fortalecer a los pueblos indígenas (…) por eso tengo listo los cheques por un total de 300 mil dólares (…) 118 mil dólares por cada nacionalidad"[24]. En consecuencia los dirigenes de la organización se dividieron y toda la estructura se vio afectada por la cooptación.

La CONAIE tocó fondo en junio de 2004, cuando convocó un levantamiento contra el gobierno neoliberal, que fue desatendido por la inmensa mayoría de las comunidades. La brecha entre bases y dirigentes nunca había sido tan grande. Pero el tamaño del fracaso fue un toque de atención, que llevó a la organización a convocar su II Congreso – en diciembre de 2004– para ver el modo de encontrar nuevamente el rumbo. La opinión mayoritaria dentro de la organización era que se imponía un cambio de dirigentes y, en particular, el retorno de los fundadores, entre ellos Luis Macas, que fue elegido al frente de la CONAIE para devolverle su vulnerado poder de movilización social[25]. La división, no obstante, estuvo a punto de

24. Mónica Chuji Gualinga, "Asamblea extraordinaria de la CONFENIAE", 3 de setiembre de 2004, www.alainet.org

25. Raúl Zibechi, "Los límites del neoliberalismo", La Jornada, 3 de enero de 2005.

triunfar, ya que varios dirigentes cooptados por el gobierno amenazaron con retirarse y "refundar la Conaie".

El Congreso definió el perfil de los candidatos a ocupar el cargo de presidente. Las condiciones representan una clara evaluación de las razones de la crisis: tener aval de las bases, renunciar a cargos en ONGs y fundaciones, no haber participado en el gobierno luego de la ruptura de la alianza, no estar acusado de atentar contra la organización[26]. De esa forma, la CONAIE apostaba a recuperar la autonomía y que las bases vuelvan a controlar a sus dirigentes. A la hora de los análisis, la nueva dirigencia se vio abocada a comprender lo sucedido. Por un lado, se estableció que "el movimiento indígena no ha construido una teoría política propia"[27]. En segundo lugar, se comenzó a poner en duda la utilidad de la participación en las instituciones estatales, ya que durante el gobierno de Gutiérrez "se inició un proceso de participación institucional desafortunada que ha puesto en evidencia una estrategia de división del movimiento indígena"[28]. La misma existencia de un movimiento como Pachakutik, creado por la CONAIE en 1996 para participar en las elecciones, fue puesta en duda.

La "apertura" de las instituciones estatales a la participación indígena forma parte de la misma estrategia que la cooperación al desarrollo. O, mejor, ambas políticas se complementaron desde el momento que buscaron crear una dirigencia separada de las bases, especializada en gestionar parcelas del aparato estatal. No son pocos los que, luego de la experiencia de fines de los 90 y comienzos del nuevo siglo, sostienen "la existencia de una estrategia deliberada de 'apertura con gancho', destinada a anular el potencial transformador de un movimiento que cuestionaba desde sus inicios los cimientos de la dominación y la exclusión"[29]. Aunque la CONAIE fue capaz de revertir, parcialmente, su debilidad con el levantamiento de marzo de 2006 contra el TLC, aún enfrenta enormes dificultades. Para recuperarse como organización, a lo largo de 2005 la dirección de la CONAIE retornó a las bases comunitarias. Se realizaron más de 200 talleres de discusión sobre el TLC; Macas asistió por lo menos a 150 talleres y la Conaie despareció del escenario político ecuatoriano porque toda la direc-

---

26. "Perfil de los candidtos (as) al Consejo de Gobierno de la CONAIE", www.ecuarunari.org
27. "Entre los remordimientos y el análisis del levantamiento del 7 de junio de 2004", editorial de la revista ARY-Rimay, No. 63, junio de 2004, en http//:icci.nativeweb.org
28. Adriana Cauja, "Movimiento indígena, trayecto difícil", Jatarishun (Levantémonos), CONAIE, julio 2004.
29. Fernando Guerrero y Pablo Ospina, ob. cit. p. 252.

ción había retornado a las bases. Esa desaparición mediática le permitió reconstruirse por abajo[30].

Mi impresión, es que la cooperación al desarrollo fue el elemento clave para "gobernar" los movimientos, al crear una camada de dirigentes–funcionarios (profesores, funcionarios estatales y técnicos de proyectos de desarrollo) que están reconfigurando los movimientos. Ellos son los que abrieron las puertas tanto a las nuevas formas de cooptación como a la inclusión de los movimientos en las instituciones estatales, por la vía de la sobredimensión de los procesos electorales en la práctica política.

2. UNA EXPERIENCIA EN EL CONO SUR: INCIDIR EN EL TERRITORIO

Volvamos a la frase del ex presidente argentino Eduardo Duhalde: "No se puede gobernar con asambleas". Una vez que la población desarticuló el estado de sitio implantado la noche del 19 de diciembre de 2001, ocupando masivamente las calles, parece evidente que la estrategia de impedir las asambleas resulta inútil. Las asambleas están allí y, en adelante, el arte de gobernar, la razón de Estado, dirá que hay que gobernar las asambleas o, en todo caso, operar de modo que unos factores anulen los otros. O sea, si se reprime, las asambleas se fortalecen. ¿Qué hacer? Hay varios niveles de actuación. Por un lado, se busca una gestión prolija de la economía, lo que sería un "buen gobierno" económico, para que la gente no se vea tan necesitada de salir a la calle, de tomar iniciativas de sobrevivencia que luego pueden adquirir, adquieren, cierta autonomía y a veces hasta se vuelven formas de resistencia.

En paralelo, el Estado empieza a asumir algunas de las iniciativas que nacieron abajo y las refuncionaliza, las orienta en otra dirección. Y aparecen las iniciativas municipales que empiezan a hacer las mismas cosas que hacen las asambleas (guarderías, comedores, merenderos) y alguna gente empieza a dejar de ir a las asambleas porque observan que el municipio o las ONGs lo que hacene mejor y con más recursos que el propio movimiento. Nada de esto es totalmente nuevo. Pero existen ahora otras iniciativas que pertenecen a la misma lógica del "fortalecimiento de las organizaciones" pero de la mano de gobiernos que se proclaman progresistas o de izquierda como el uruguayo.

Voy a tomar un ejemplo muy concreto: un barrio de la periferia de Montevideo que se llama Barros Blancos. Es una suerte de "ciudad lineal" a

30. Raúl Zibechi, "Dilemas electorales de la CONAIE", La Jornada, 14 de abril de 2006.

lo largo de una carretera de salida hacia el noreste de la ciudad, que ocupa desde el kilómetro 22 hasta el 29, y donde viven unas 35 mil personas. En ese barrio hay unos 30 asentamientos. Es una de las zonas más pobres del país, de poblamiento muy reciente y aluvional. Muchas de las familias que llegaron al barrio fueron expulsadas de la zona central de Montevideo por la desocupación y el cierre de fábricas.

El nuevo gobierno frenteamplista decidió implementar el Plan de Emergencia (Plan de Atención Nacional a la Emergencia Social–PANES), dirigido a la pobreza extrema, denominada "indigencia": 320 mil personas (86.000 hogares), o sea el 10% de la población del país, que tiene un total de 800 mil pobres. El Plan implementó subsidios que reciben 76.000 hogares (se denominan "ingreso ciudadano" y reciben unos 50 dólares por familia). Además hay planes más focalizados: Trabajo por Uruguay (empleo temporal para 7.000 personas en obras de la comunidad) y Rutas de Salida (algo similar que incluye 7.500 hogares y "formación" en talleres y grupos a cargo de funcionarios de ONGs o universitarios). Para todo esto crearon el MIDES (Ministerio de Desarrollo Social), que lo dirige Marina Arismendi, secretaria general del Partido Comunista (PCU). Tienen varias áreas, todas a cargo de notorios intelectuales de izquierda, incluyendo unos cuantos ex compañeros de militancia.

Además de estos planes genéricos, el MIDES realiza un novedoso trabajo "territorial". Para ello implementaron los SOCAT (Servicios de Orientación, Consulta y Articulación Territorial), que hasta hace pocos meses se denominaban SOCAF (Familiar). Este es un cambio notable, hecho por el gobierno progresista. ¿Porqué territorial? En todo el país se han creado 75 SOCAT en las zonas de pobreza, donde el MIDES atiende de diversas formas a unas 617 mil personas. O sea, tenemos un SOCAT cada 9.000 personas. En Barros Blancos hay tres SOCAT. Cada uno llega a unas 10.000 personas, pero como atienden sólo a familias muy pobres, en realidad hay uno cada 4–5.000 habitantes. Un trabajo bien micro.

El análisis "teórico"

La propia ministra de Desarrollo Social explicó las razones por las cuales se pasó de lo familiar a lo territorial: "Los SOCAT son tejedores en el territorio y articuladores de los distintos servicios. Su labor es tejer y coordinar en todo el territorio donde están los problemas y las necesidades (…) es decir, reunir y construir esa red de protección social dentro del territorio". El concepto de "tejer" consiste en "promover la participación organizada de la gente, generando espacios denominados Mesas de Coordinación Zonal integradas por vecinos, escuelas, policlínicas, etc, que construyen un programa y

después Infamilia (un programa del ministerio para infancia y adolescencia) se encarga de proveerles recursos para que se aplique el mismo"[31].

En la misma intervención, la ministra dijo que en el territorio se registra la confluencia del Estado (municipios, ministerios) y la "sociedad organizada de la cual ustedes son parte y son a la vez –fíjense qué interesante que es esto, que proceso tan interesante– son parte también de la institucionalidad del Estado". Y explica el cambio de nombre de Familia a Territorio, por "cómo atamos, articulamos y trabajamos todos juntos (…) sobre el territorio que es donde en realidad existe la vida, y por lo tanto si la vida está allí, es allí donde todos nosotros tenemos que actuar"[32].

A su vez, el director de Infamilia, Julio Bango (sociólogo, miembro del Partido Socialista y del Frente Amplio), ex director de una ONG juvenil, dijo: "Los SOCAT son la voz del territorio, son los zurcidores de los servicios de infancia y adolescencia en el territorio y son los promotres de la participación ciudadana". En un trabajo anterior, Bango sostiene que la crisis del Estado benefactor supone establecer nuevas bases de relacionamiento entre Estado y sociedad civil[33]. Sostiene que las políticas compensatorias han fracasado por la falta de participación de los beneficiarios y que para que sean útiles no se debe partir de las preocupaciones del Estado sino "de las expectativas existentes en las cabezas de los jóvenes". Dice: "Pensar la política desde los sujetos antes que desde los servicios que se disponen o se pueden disponer". Apuesta a consiguirlo gracias a "técnicas diagnósticas participativas, interactivas, de carácter cualitativo como son los grupos motivacionales".

En consonancia, critica a los tecnócratas, defiende las culturas juveniles como punto de partida, y lo local como ámbito ideal para "renovar el llamado tejido asociativo" y promover los intereses de los jóvenes que apuestan a lo colectivo. Va más lejos e introduce el concepto de diferencia: "La riqueza de la conjunción de esfuerzos entre organismos de juventud estatales y organizaciones juveniles en la implementación de políticas, radica justamente en que ambas partes construyan consensos a partir del reconocimiento de la diferencia, de la afirmación de identidades distintas, de la representación de intereses también distintos"[34]. Por ello, no deben limitarse a prestar servicios, sino "incluir la promoción de la participación

---

31. Discurso de Marina Arismendi, "Trabajar políticas sociales sobre un mismo plan", 16 de agosto de 2006. Enfasis míos.
32. Idem. Enfasis míos.
33. Julio Bango, "Políticas sociales y políticas de juventud", en Revista Iberoamericana de la Juventud, 2000, en www.iica.org.uy
34. Idem, énfasis míos.

de los jóvenes en la defincción del servicio, de modo que este útimo se engarce y adecue a su proyecto vital". Para ello el diseño debe incluir "los valores, motivaciones, tradiciones culturales, sensibilidades distintas, que redefinen el contenido mismo del servicio, le otorgan especificidad y le permiten ser más eficaz". Esta es la forma que define para integrar a los jóvenes, a través de una política "dialógica" (inspirada en Habermas) y democrática (reconocimiento de la diversidad) para construir un proyecto de sociedad.

Bango enarbola un análisis nada economicista ni funcionalista clásico. Señala que "los cambios en la estructura social uruguaya y la creciente diversidad social han desbordado las capacidades de las instituciones que tenían a su cargo viabilizar los procesos de integración social"[35]. Entiende, por lo tanto, los fenómenos de la pobreza como algo complejo, económico, social, cultural. Quiere trabajar sobre el "problema" de la estigmatización de las conductas de los diferentes. Por eso dice que sólo con los aportes de la sociedad civil se puede superar la exclusión. Y para ello es imprescindible el "protagonismo de los jóvenes", que son en su mayoría los pobres. ¿Cómo? A través de la "generación de espacios de interacción de servicios y beneficiarios, y desde el conocimiento y reconocimiento de las distintas realidades y situaciones de los jóvenes".

Las formas de trabajo

Los SOCAT se financian por un acuerdo con el BID (40 millones de dólares) mientras el gobierno nacional aporta 5 millones. Pero lo más interesante es cómo trabajan.

En cada zona asignada los SOCAT crean una Mesa Coordinadora Zonal. Allí participan vecinos, instituciones públicas y privadas. Un ejemplo: en una típica Mesa acuden las escuelas de la zona, las iglesias, los CAIF (centros de asistencia a la familia y la infancia), grupos de mujeres, comisiones de vecinos, comisiones de fomento, cooperativas de vivienda, grupos culturales y deportivos, asociación de jubilados. En un barrio del que existen datos fiables, de 20 colectivos que participan en el SOCAT, unos 11 forman parte de lo que podemos llamar legítimamente movimientos sociales. El resto son iglesias, escuelas, policlínicas. Pero también van vecinos a título individual.

En segundo lugar, funcionan de modo democrático. Cada SOCAT es gestionado por una ONG. En Barros Blancos hay dos: Vida y Educación y

35. Julio Bango, Ponencia, 4 de julio de 1999, en www.cinterfor.org.uy Enfasis míos.

Juntos Somos Más, que tiene la particularidad que surgió desde "abajo" luego de un prolongado trabajo territorial y está integrada mayoritariamente por mujeres pobres del barrio. Cada SOCAT tiene un presupuesto asignado por el MIDES y que gestionan las ONGs de 3.000 dólares cada tres meses, denominado Fondos de Inversiones Territoriales (FIT). No es mucho, pero hablamos de pequeños barrios de unos 4.000 habitantes. En la Mesa Coordinadora, a mano alzada y luego de debatir largamente, deciden en qué los "invierten". Algunos SOCAT se ponen nombres: uno de ellos eligió uno muy signficativo: "Somos una zona en movimiento".

Un aspecto a resaltar es que los SOCAT "construyen un diagnóstico participativo" que identifica las necesidades del barrio. En Barros Blancos hicieron un trabajo impresionante, calle por calle, anotando todo lo que necesitaban, lo que los activistas del barrio dicen o creen que necesitan.

Un tercer aspecto son los funcionarios, la mayoría funcionarias de las ONGs. Responden a un perfil relativamente homogéneo: son jóvenes (más o menos de 30 años), de formación universitaria completa o media, y sobre todo con amplia experiencia en el trabajo en zonas de pobreza, ya sea como funcionarias de ONGs o como militantes sociales, o ambas a la vez. En general dominan las técnicas de la educación popular. Porque los SOCAT funcionan en base a plenarios y talleres, utilizan papelógrafos y técnicas de participación grupal.

Me gustaría, a partir de estas descripciones, hacer varias consideraciones:

1) Las Mesas son verdaderas "coordinadoras", similares o mejor dicho casi idénticas a las coordinadoras intersociales que funcionan en barrios o pueblos para luchar por demandas concretas (luz, agua, trabajo, calles, saneamiento). Más bien, la idea ha sido tomada de allí. Son las llamadas "fuerzas vivas" son lo que realmente se mueve en el territorio, y tengan por seguro que los que las integran son gente de izquierda, gente progresista, que vienen trabajando desde hace muchos años en los barrios más pobres.

2) El modo de hacer, la forma de decidir, es muy similar a la que practican los movimientos en las reuniones de coordinación. Todo está en discusión, se habla incluso de horizontalidad. Hay, por supuesto, gente que orienta (las funcionarias de las ONGs), pero también líderes barriales o militantes, no se impone, se debate hasta llegar a consensos. Una vez que la asamblea decide en qué se utilizará el dinero, sólo queda que los técnicos del MIDES lo aprueban, cosa que suelen hacer. Si se observan fotos de reuniones, no sólo de los SOCAT en el territorio sino los encuentros en los ministerios, son reuniones en ronda, y uno no sabe bien si se trata de un movimiento social o de una reunión de ONGs o, ahora también, de una sección de un ministerio.

En general, utilizan metodologías de la educación popular (EP). Sobre esto parece necesario profundizar. En Uruguay, la EP nació como en toda la región hacia el final de las dictaduras, hacia fines de los 70–comienzos de los 80. No había partidos legales, pero además la forma vertical de hacer estaba en crisis. Las ONGs llenaron un vacío, y lo hicieron en base a una forma "participativa", democrática, innovando los modos de hacer. La mayor parte de las ONGs que trabajan en la pobreza, que nacen como hongos al final de las dictaduras, están impulsadas y modeladas por la EP. Ahí se formaron camadas de activistas territoriales, porque no sólo no había partidos sino que no había sindicatos y el territorio era un lugar menos controlado para poder trabajar. En ellas se forman por primera vez una gran cantidad de activistas por fuera de los partidos, por fuera de las iglesias, pero en sintonía con ellos. Empiezan a trabajar con la pobreza, y ante la retirada de los estados lo hacen muy bien, con gran eficiencia, y luego se cruzan con los municipios y los gobiernos y ahora con los gobiernos progresistas. No tengo tiempo de demostrarlo, pero las ONGs son usinas de estos gobiernos, a la vez que contribuyeron a traerlos y a sostenerlos. Quiero destacar que las ONGs, o por lo menos una parte significativa de ellas, forman parte de algún modo del movimiento social, por lo menos de su porción institucionalizada. Hay aquí un nivel de confusión/ambigüedad muy importante.

3) Los funcionarios/as del SOCAT, de las ONGs y del MIDES son, como he dicho, jóvenes, con un espíritu militante, con buena formación, conocen la educación popular y estimulan la organización social de base para abordar temas locales, nunca nacionales ya que no ponen en cuestión las políticas generales sino que se abocan sólo a resolver cuestiones muy locales. El trabajo de los SOCAT se coordina desde el MIDES en cada espacio territorial. O sea hay control desde arriba, pero no un control tradicional, sino al estilo EP, de carácter "paticipativo".

Varias compañeras de los SOCAT/ONGs de Barros Blancos son también militantes sociales que impulsan la Asamblea Permanente de Vecinos y Organizaciones Sociales que funciona en la zona. La Asamblea Permanente es un espacio militante territorial que reúne a todos los barrios. Las funcionarias de las ONGs participan en la Asamblea, y a todos les parece bien aunque los más formados tienen claro que es una contradicción, pero no ven la forma de abordarlo porque están muy comprometidas con el trabajo y dedican horas extra no remuneradas a esa labor. O sea, ellas son a la vez funcionarias y activistas, impulsan las reuniones y la participación de los vecinos. Vean que aquí hay también un nivel de confusión/ambigüedad importante.

Espero que haya quedado más o menos claro que esta intervención territorial anuda el Estado y los movimientos, pero al anudarlos los regula,

los controla a distancia, controla el movimiento de modo indirecto, usando las mismas tecnologías de la EP y los estilos de la militancia.

Los saberes

Todos los SOCAT cuentan con un mapa y un estudio detallado de carácter cuantitativo aportado por el Estado. Población, edades, pobres, estudios, nacimientos; luego analizan la realidad de los niños y jóvenes: repetición, abandono escolar, discapacidades, además de las llamadas "vulnerabilidades": la vivienda, la familia, la educación y la salud. Todo eso forma parte de un mapeo muy detallado, incluyendo cómo evolucionan algunas variables a lo largo de la última década. Esto es la estadística, una "ciencia" estatal por naturaleza que permite un conocimiento detallado de la población a la que se gobierna.

Pero hay otras aproximaciones cualitativas, que no dependen de la estadística y que son construidas de modo participativo a través de técnicas de la EP. Cuatro asistentes sociales que trabajan en Barros Blancos hicieron un estudio cualitativo dirigido a jóvenes sobre culturas juveniles, comunicación y educación[36]. En ese trabajo se proponen "descubrir y conocer los espacios de encuentro que transitan los jóvenes"; los "códigos de comunicación, prácticas determinadas, tipos de vestimenta, formas de relacionamiento endo y exo-grupales"; el objetivo es "generar puentes de comunicación" entre las instituciones y los jóvenes. Utilizan toda la gama de técnicas de la EP, para "promover el desarrollo de los jóvenes buscando fomentar su creatividad y la gestación de proyectos concretos" y buscan "promover la reflexión y discusión crítica en el grupo sobre temas de su interés".

Uno de los resultados fue que algunas decenas de jóvenes se formaron en comunicación. Asistieron los más proclives a participar en reuniones, o sea aquellos que no están en las "esquinas", o los que van al Secundario, no los más pobres sino una suerte de elite de la pobreza que son las personas con las que trabajan las ONGs. Aprendieron a analizar artículos de prensa, a realizar un periódico, a hacer un video y a investigar las culturas juveniles del barrio. Esto es muy importante porque en los hechos se formaron como dirigentes territoriales, pero lo hicieron en espacios exógenos, creados por ONGs y financiados por el Estado.

En este punto quiero decir algo sobre mi experiencia en la EP. Más allá de algunas metodologías interesantes, porque fomentan la participación de personas que en general les cuesta participar, nunca se propuso superar

---

36. Valeria Gradin et al, "Da 1 espacio a los jóvenes", ob. cit.

la relación sujeto-objeto. Más aún, de forma "blanda" pero consistente, consolida esa división. De ahí saco dos conclusiones provisorias, porque siento que está pendiente una evaluación de la EP en América Latina. La primera es que al mantener y consolidar la división sujeto–objeto, la EP es funcional al Estado y a los partidos, y ahora a las nuevas gobernabilidades. De ahí que haya sido adoptada sin más por los nuevos gobiernos y por todo el entramado institucional. La segunda, es que se dirige a la formación de nuevas camadas de cuadros y dirigentes de los movimientos, gente especializada en dirigir a la "masa".

La EP se dirige, junto con los SOCAT y las ONGs, sólo a un pequeño sector de los jóvenes, a esos "privilegiados" que tienen acceso al Secundario, o sea los que no están en las "esquinas" que son visualizados como "problemáticos" y son sistemáticamente estigmatizados por los otros jóvenes que participan en los espacios creados por las ONGs [37]. Es entre ellos que se hace el trabajo de formación, un trabajo restringido a los que están llamados a ser los interlocutores de las ONGs y los que gestionan las nuevas gobernabilidades abajo, en los territorios de la pobreza. Un ejemplo: cuando hacen un diagnóstico participativo del barrio, cuando hacen un listado de las necesidades del barrio y se lo entregan a las ONGs y éstas al ministerio, los que lo realizan están adquiriendo unos saberes de los que carecen el barrio y sus integrantes, saberes exclusivos y atesorados por esos nuevos militantes. Luego son usados como forma de dirigir al conjunto.

Cómo se gobiernan los movimientos

El Ministerio de Desarrollo Social uruguayo busca construir movimientos. Pero no cualquier tipo de movimientos sino aquellos que permitan al Estado y a las instituciones moldearlos desde adentro, en una relación de inmanencia. A través de los SOCAT y las ONGs, el Estado actúa en los movimientos, los reconfigura, y de esa forma los gobierna. En la práctica cotidiana de las Mesas Coordinadoras, participativas y hasta horizontales pero creadas desde arriba, y por lo tanto sin autonomía, se está "desarrollando el Estado en el seno de esa práctica consciente de los hombres"[38].

---

37. Según el trabajo mencionado, entre los jóvenes pobres se ha instalado una división entre "chetos" y "planchas". Los segundos son visualizados por los primeros como pobres, no van a liceo, se "drogan", van las esquinas y "roban". Los "chetos" dicen de sí mismos que quieren "educarse y ser alguien en la vida", van al liceo, asisten a reuniones con las ONGs y manejan internet.
38. Michel Foucault, ob. cit. p. 290.

A modo de síntesis, propongo seis consideraciones sobre el trabajo territorial del Estado y su influencia en los movimientos:

1) A través de este mecanismo que son los SOCAT se consigue un punto de interacción entre el Estado y parte de la sociedad en movimiento. Ese espacio, que no es propiamente un espacio social pero tampoco el espacio estatal clásico, permite anudar Estado y movimientos a través de una práctica colectiva estable y permanente. A esa práctica la podemos llamar nueva gobernabilidad.

2) Esta práctica adjudica recursos, construye saberes, administra cosas que van a afectar a la población. Me interesa destacar que no es una gubernamentalidad construida por el Estado que es adoptada pasivamente por los movimientos, sino que se busca, y se consigue en alguna medida, una construcción conjunta en espacio–tiempos compartidos. Para poder hacer esta operación, no es necesario cooptar individualmente –incluso sería contraproducente hacerlo– sino construir conjuntamente. Por eso el papel más destacado lo juegan las asistentes de las ONGs, en espacios en los que confluyen las militancias reales como prácticas estrechamente vinculadas a la EP.

3) En realidad lo que funciona es un doble reconocimiento. El Estado reconoce el papel del territorio y de los movimientos territoriales, y los movimientos reconocen el nuevo papel del Estado. Y juntos, a partir de ese reconocimiento, crean algo nuevo, crean las nuevas formas de gobierno. Es en este sentido que lo microscópico y lo macro no se oponen ni hay corte entre ellos, y comprender lo que sucede a escala micro nos ayuda a comprender de qué están tejidas las nuevas gobernabilidades.

4) Las prácticas que se realizan en los SOCAT suponen que el "Estado funciona como principio de inteligibilidad de la realidad"[39]. Construir un diagnóstico del barrio, por más que sea un diagnóstico participativo, es un tipo de acción que consiste en aprehender el barrio desde una mirada estatal, en base a lo que los técnicos denominan "carencias". Por eso el Estado se apropia de esos datos, como se quejan algunos vecinos organizados. Adoptan la razón de Estado, porque la conservación del Estado es el objetivo principal. Dicho de otro modo, el objetivo de toda esta acción es adelantarse a lo que pueda suceder, en suma, "evitar la revolución". Son prácticas que hacen Estado y lo conservan.

Los SOCAT ensayan una nueva "manera de gobernar". Y quién mejor para hacerlo que la sociedad civil actuando como Estado. Cuando la Mesa Coordinadora debate y decide en qué gastar los 3.000 dólares trimestrales,

---

39. Idem, p. 328.

está haciendo una lectura de las prioridades, de lo que se debe hacer para mejorar el barrio. Actúan sobre la base de la estadística (elaborada por el Estado), de los estudios cualitativos (elaborados por las asistentes sociales) y del diagnóstico participativo (elaborado por los propios movimientos y vecinos), y en base a ese conocimiento integral y completo del barrio, deciden las prioridades, calculan, analizan, o sea desarrollan una práctica de gobierno.

5) Los pobres están aprendiendo a gobernarse en sus propios espacios y territorios. ¿No es eso a lo que aspiraban? ¿No es eso hacer que unos factores anulen a los otros? Los movimientos en los hechos están abordando los problemas fundamentales para la nueva gobernabilidad: salud, educación, regir la coexistencia, en suma ocupándose de la sociedad, pero sobre todo ocupándose de aquellos espacios en los que pueden surgir problemas, movimientos, rupturas. Este Estado, producto de las nuevas gobernabilidades, tiene una enorme legitimidad. Es ahora un Estado capilar, porque gracias al arte de gobernar ha permeado los territorios de la pobreza con mucha mayor eficiencia que los caudillos clientelares del período neoliberal. Esos caudillos actuaban de modo vertical y autoritario, y por lo tanto siempre podían ser desbordados y, más aún, estaban destinados a ser desbordados.

6) Por último, puede observarse que los SOCAT reúnen las cuatro condiciones sobre la nueva gubernamentalidad: gobernar la naturalidad de la sociedad; asumir el conocimiento científico para asegurar un buen gobierno; hacerse cargo de la población como conjunto de fenómenos naturales; manejar y no reglamentar. O sea, "el objetivo esencial de esa gestión no será tanto impedir las cosas como procurar que las regulaciones necesarias y naturales actúen, e incluso establecer regulaciones que faciliten las regulaciones naturales"[40]. Se prioriza una "actuación positiva" como son las iniciativas del Ministerio de Desarrollo Social y los SOCAT, y se deja la actuación negativa a la policía, que recaerá sobre los jóvenes de las "esquinas" siempre que se mantengan refractarios. El Estado como "manera de hacer, como manera de pensar", está ingresando en las zonas que hasta ahora se mostraban reacias a adoptar esas maneras.

3. LOS NUEVOS DESAFÍOS PARA LA AUTONOMÍA Y LA POLÍTICA DESDE ABAJO

Las luchas de los movimientos y de las sociedades en movimiento pueden ser consideradas como una suerte de temblor que afecta a toda la sociedad,

40. Idem, pp. 403-404.

tanto a los dominados –que modifican su lugar en el mundo– como a las clases dominantes, sus intituciones y sus estados. Nada permanece en su lugar, todo se mueve, se adapta a la nueva situación. La irrupción de los de abajo fuerza a las elites a modificar sus formas de dominación, a calcular el mejor modo de mantenerse como elites, como grupos dominantes. Los nuevos gobiernos progresistas y de izquierdas y sus renovadas artes de gobernar, son parte de esa adaptación de las instituciones estatales a la nueva situación de insubordinación generalizada de los de abajo. La masividad de la revuelta, cuando ya no se rebelan sólo algunos sectores sociales localizados espacialmente sino que son verdaderas sociedades otras las que se levantan, hace imposible para las clases dominantes borrarlas del mapa social y geográfico, ya que la propia relación de fuerzas creada –y la crisis y debilitamiento de las instituciones estatales– dificulta la operación genocida. Lo que no quiere decir que los de arriba hayan renunciado al genocidio. Quiero decir que hoy la masacre no resulta una operación sencilla, ya que en vez de ahogar la revuelta puede alentarla.

Por eso los gobiernos progresistas. Porque son los más capaces, en la nueva situación, para desarmar el carácter antisistémico de los movimientos, operando en las profundidades de sus territorios y en los tiempos en los que se gesta la revuelta. Los dos casos mencionados, actúan sobre situaciones bien diferentes pero en idéntica dirección: en Ecuador para desarmar las bases de los levantamientos indígenas y populares; en Uruguay para prevenirlos. En líneas generales, el personal de lo que hoy son los gobiernos progresistas comenzó a incrustarse en el aparato estatal a lo largo de los años 90: el PT y el Frente Amplio comenzaron a gestionar municipios y estados en ese período, en tanto el personal que acompaña a Kirchner tuvo –pese a las diferencias "ideológicas"– una trayectoria similar. En México se produjo un corte político muy claro en 1997 cuando el PRD ganó las elecciones en el Distrito Federal y accedió a la principal gobernación del país. En Ecuador la creación de Pachakutik, en 1996, señaló un camino similar. Desde ese momento un sector importante de la izquierda comenzó a gobernar las instituciones y los principales dirigentes pasaron a ocupar espacios rentados en el aparato estatal.

Pero este es sólo un primer paso. El segundo paso sobreviene cuando la izquierda asume la política de la derecha, o sea, la izquierda asume la administración de parcelas del aparato estatal y en ese proceso vira hacia la derecha, dejando a los movimientos sin referencias, ya que llegó a ocupar esos espacios con la promesa de resolver las demandas populares. Al desarme ideológico y político que esto produce se suma una crisis organizativa, ya que los encargados de llevar adelante en las instituciones la política de la derecha, en nombre de la izquierda, son precisamente los dirigentes de

esos movimientos, con el aval de sus bases. Esta triple desarticulación de los movimientos (ideológica, política y organizativa) asume la forma de un descabezamiento de la lucha popular que sienta las bases para la cooptación de lo que queda de los movimientos. Dicho de otro modo, la política de los partidos de izquierda se traduce en los mismos objetivos que la represión no pudo conseguir: una derrota histórica, sin represión masiva pero con un poder de destrucción muy similar al que en otros momentos tenía la acción autoritaria del Estado.

Los movimientos, que fueron los que crearon las condiciones para el ascenso al gobierno de Néstor Kirchner, Lucio Gutiérrez, Tabaré Vázquez y Lula, se encuentran aislados, divididos y a la defensiva. Una parte de los dirigentes (piqueteros en Argentina, indígenas en Ecuador, sindicales en Uruguay y Brasil) han pasado a defender las políticas oficialistas aún dando la espalda a sectores importantes del movimiento social. La división y la dificultad de movilizarse por objetivos comunes, aumenta los márgenes de autonomía de los gobiernos para seguir adelante con sus políticas neoliberales. Sólo que ahora el neoliberalismo es más sutil, menos directamente depredador que en el período en que se llevaron adelante las privatizaciones salvajes y los primeros ajustes estructurales. Sin embargo, la intensidad y profundidad del neoliberalismo no ha cambiado en lo más mínimo según los análisis con que contamos. Veamos dos casos que pueden ser paradigmáticos, los de Brasil y Argentina, ambos abordados por personas que en su momento fueron favorables a los gobiernos de Lula y Kirchner.

En Brasil, la Conferencia Nacional de Obispos –aliada histórica de Lula– sostiene por boca de su secretario general, Odilio Scherer, que con el actual gobierno Brasil "se transformó en un paraíso financiero". El obispo de Salvador, Geraldo Majella Agnelo, fue lapidario: "Nunca hubo un gobierno tan sumiso a los banqueros"[41]. En el caso concreto de la frustrada demanda de reforma agraria, los obispos estiman que Lula apostó a la "modernización" del campo por la vía del agronegocio para fortalecer las exportaciones y poder afrontar así las exigencias del sector financiero. Como resultado de esta opción, lejos de una reforma agraria se está produciendo una mayor concentración de la propiedad rural, a la vez que en Brasil la concentración de la renta no deja de crecer.

En el caso de Argentina podemos cederle la palabra a un economista que fue electo diputado por una lista afín a Kirchner. Claudio Lozano, economista de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), no es un radical pero sostiene que "estamos peor que en los 90", los años de Menem.

41. O Estado de Sao Paulo, suplemento Aliás, 5 de marzo de 2006.

Asegura que bajo Kirchner no se alteró el régimen de alta concentración, ni el patrón regresivo de distribución de ingresos, ni el papel del Estado, ni siquiera la inserción internacional del país. Por el contrario, se registra "mayor explotación de la fuerza de trabajo y mayor empobrecimiento de la sociedad"[42]. Pese al importante crecimiento económico que se registra en los tres últimos años, "en 2004 y 2005 se agudizó la desigualdad". Asegura que el de Kirchner es un modelo hacia afuera, "de colocación de naturaleza barata en el mercado mundial", pero además es "un modelo hacia arriba, en el sentido de atender las demandas de los sectores más acomodados de la población. El modelo se sostiene orgánicamente en una distribución más regresiva"[43].

En ambos casos al continuismo neoliberal se le suman políticas focalizadas para atender la pobreza extrema[44], que no implican políticas de derechos universales sino apenas la atención a ciertos sectores que el Estado define como prioritarios en base a sus propios criterios. Esto es así porque "la universalidad pone en cuestión a buena parte del sistema político" que funciona en base al clientelismo, como señala Lozano. La popularidad de que gozan Lula y Kirchner se debe a este factor decisivo que es el que les permite seguir ganando elecciones. En paralelo, ambos consiguieron debilitar a los movimientos, aislarlos a través de políticas explícitas destinadas a crear movimientos "razonables" –con los que se puede negociar y pactar– y otros "radicales" a los que se considera desestabilizadores y deben ser reprimidos. En Argentina esto es muy claro en relación con el movimiento piquetero; en Brasil se están estableciendo puentes privilegiados con movimientos rurales menos combativos que los sin tierra (MST), con los cuales se tienden a establecer lazos más fluidos.

Debe entenderse que no se trata de una cuestión de maldad intrínseca del proyecto de la izquierda, ni de alguna especial animadversión de sus dirigentes hacia el movimiento popular. El divorcio entre la izquierda electoral y los movimientos no tiene solución. En la primera hay demasiados intereses materiales y complicidades con el aparato estatal para pensar que puede producirse un viraje, salvo que el abajo cobre la fuerza suficiente

---

42. "Estamos peor que en los 90", entrevista a Claudio Lozano en www.lavaca.org

43. Idem.

44. El concepto de "políticas focalizadas" debe ser revisado, toda vez que en Brasil los planes sociales atienden a 40 millones de personas, más del 20% de la población, en tanto en Argentina superan el 10%. Aunque aún es pronto para evaluarlo, es probable que con los gobiernos progresistas esté naciendo una nueva forma de abordar la pobreza diferente al modelo keynesiano y al neoliberal.

como para que el arriba no pueda ignorarlo. La izquierda electoral no es la enemiga de los movimientos, pero su acceso al poder estatal puede hacerles un daño irreparable si los movimientos no tienen ganada la suficiente autonomía material y política.

Por la experiencia reciente en países como Argentina y Uruguay, así como en Bolivia y Brasil, situaciones todas ellas diferentes pero que tienen en común la capacidad de los nuevos poderes arriba de neutralizar la rebeldía abajo, se imponen algunas reflexiones sobre las dificultades y las respuestas posibles. No pretendo hacer un inventario que suponga una "línea" política a aplicar por los movimientos, lo que me parece que sólo los movimientos pueden hacer. Sólo pretendo mencionar algunos desafíos ineludibles para poder seguir moviéndonos en la nueva realidad.

1. Comprender las nuevas gobernabilidades en toda su complejidad: como resultado de nuestras luchas, pero además como un intento de destruirnos. En este punto, no cabe la menor ingenuidad. Sólo en los momentos críticos para los movimientos, como los que vivió Ecuador bajo el gobierno de Lucio Gutiérrez, aparece en toda su desnudez y crueldad la nueva estrategia de los poderosos. Sin embargo, el problema no radica en el carácter "traidor" de ese gobierno. Se trata, a mi modo de ver, de comprender que las nuevas gobernabilidades representan un ataque en profundidad a los espacios de autonomía conquistados por los movimientos. Uno de los argumentos más filosos que presentan quienes, con la mejor buena voluntad, defienden a los gobiernos progresistas, es que son mejores que los gobiernos de la derecha y que le brindan a los movimientos oportunidades para consolidar conquistas y fortalecerse.

Este argumento es cierto, pero supone una mirada desde arriba y de corto plazo que los propios hechos desmienten. Hoy los movimientos están más débiles, más fragmentados y aislados que nunca. No sólo lo reconocen así muchos piqueteros argentinos, sino numerosos militantes del MST de Brasil y de otros países. Oscar Olivera, dirigente de la Coordinadora del Agua de Cochabamba, evalúa así el primer año del gobierno de Evo Morales:

"Ahora que el MAS ocupa el espacio estatal, es a partir de ese espacio que pretenden ejercitar una cooptacion y control de los movimientos con el objetivo de desmovilizarlos a través de las demandas concretas y propias, y tratan de domesticarlos en función de los intereses del gobierno. Diría que hay una fuerte expropiación del aparato estatal de las capacidades que habíamos recuperado con mucho sacrificio, capacidades de rebelarnos, de movilizarnos, de organizarnos y de proponer. Se dan cargos a portavoces de sectores sociales, embajadas a dirigentes sociales, y a los que no queremos entrar en esa institucionalidad sino que queremos romper con ella,

nos descalifican, nos estigmatizan diciendo que somos financiados por la derecha y que le hacemos el juego, en una actitud ciega y sorda que hace lo mismo que hizo la derecha"[45]

La nueva realidad "progresista" conlleva –como hemos visto en el ejemplo uruguayo pero como se desprende también de la experiencia ecuatoriana– enormes dosis de confusión y ambigüedades. Ante ellas, el primer paso ineludible es profundizar en el análisis para intentar desentrañar cómo son las nuevas artes de gobernar. Más aún cuando compañeros y compañeras de larga militancia apoyan estos gobiernos con las mejores intenciones. Este trabajo pretende ser una pequeña colaboración en ese sentido, aún incipiente, provisoria, porque se trata de abordar fenómenos que recién están comenzando a mostrar sus objetivos de largo plazo.

2. Proteger nuestros espacios y territorios. Las nuevas gobernabilidades apuntan directametne al corazón de las sociedades otras en movimiento. Invaden sus espacios sin enviar ejércitos armados sino a través de técnicos apoyados por financieras internacionales. Esta invasión silenciosa es tan peligrosa como la intervención militar, ya que busca conseguir los mismos objetivos pero de forma menos ostensible. Y, lo que es peor, a menudo la llevan adelante "compañeros" de lucha.

Las elites que gobiernan el mundo parecen haber comprendido la importancia de los espacios y territorios de los de abajo en los desafíos que se les están lanzando, y en la propia sobrevivencia de los sectores populares. Por eso se multiplican los proyectos destinados a trabajar en nuestros territorios. Lo nuevo, es que se han propuesto hacerlo con los mismos instrumentos que usamos para rebelarnos, a través del "fortalecimiento" de las organizaciones populares.

3. No sumarnos a la agenda del poder, crear o mantener nuestra propia agenda. En este sentido, es cada vez más visible la existencia de dos agendas. La de los de arriba puede ser implementada por la derecha o la izquierda, y esto es absolutamente indiferente. El problema, es que para mucha gente resulta difícil discriminar la agenda de arriba de la de abajo, sobre todo cuando la primera aparece revestida de movilizaciones de masas. Más aún, a primera vista puede resultar complicado diferenciar entre movimientos y movilizaciones, ya que las ambigüedades y confusiones que hemos detectado en las experiencias mencionadas arriba, se trasladan cada vez más al escenario político "oficial", no sólo a través de discursos que

45. Entrevista a Oscar Olivera, Montevideo, 30 de octubre de 2006.

incluyen algunas demandas del abajo, sino sobre todo incorporando en las movilizaciones del arriba modos y códigos propios del abajo.

¿Cómo diferenciar cuando estamos ante una movilización del abajo o del arriba, si las apariencias tienden a ser comunes? Parece evidente que la cantidad de personas movilizadas no es el mejor modo de entrarle al tema. El historiador indio Ranahit Guha, en su intento de desarticular la "historiografía elitista", sostiene que "la movilización en el ámbito de la política de la élite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente"[46]. La primera es "más cauta y controlada", mientras la segunda es "mas espontánea"; la movilización de la élite tiende a ser "más legalista y constitucionalista", y la de los subalternos es "relativamente más violenta"[47]. El paradigma de la primera, es la movilización electoral; el de la segunda, la insurgencia popular. De todos modos, sólo en el largo plazo pueden hacerse visibles un conjunto de confusiones y ambigüedades que seguramente no son casuales sino "calculadas", como parte del arte de gobernar los movimientos que están implementado las élites.

Los puntos 2 y 3 pueden considerarse como formas de proteger la autonomía de los movimientos del abajo, en un período en el que la política de las élites va dirigida a destruir cualquier forma de autonomía popular. Por eso las elecciones se están convirtiendo en una carga en profundidad contra la autonomía cultural y política de los de abajo, ya que son un buen terreno para expandir las ambigüedades.

4. Es imprescindible delimitar campos. Que la realidad presente elevadas dosis de ambigüedad y confusión no quiere decir que debamos asumirlas pasivamente. Llamar a las cosas por su nombre significa asumir la soledad respecto a los de arriba, y por lo tanto la hostilidad de la izquierda institucional. Hasta hace algunos años, los grandes eventos de los movimientos (Foro Social Mundial, contracumbres y otros) eran espacios con contradicciones pero en los que cabía la resistencia. Ahora, cada vez que hay un gran evento de los de arriba, se organizan "contracumbres" paralelas montadas con el apoyo de los gobiernos progresistas. Así sucedió en Mar del Plata en noviembre de 2005, en Córdoba en julio de 2006, y en Cochabamba en diciembre del mismo año, donde se organizó una Cumbre de los Pueblos en paralelo a la cumbre de presidentes sudamericanos.

La Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida, tomó una posición ejemplar al rechazar su

46. Ranahit Guha, Las voces de la hisotria, Crítica, Barcelona, 2002, p. 37.
47. Idem.

participación en ese evento organizado "con el apoyo del gobierno boliviano y bajo la atenta mirada de algunas Organizaciones No Gubernamentales"[48]. La declaración señala que "la autonomía, la política desde abajo, no se construye desde arriba". Critica a intelectuales y profesionales que mantienen una postura "paternalista respecto a lo que los movimientos sociales debemos hacer o cómo debemos organizarnos y pelear", y añade que "no aceptamos la tutela" de las ONGs. Sobre la Cumbre, "pensamos que su origen no era del todo horizontal y sí excluyente", y consideran que "los eventos planeados no parecen contar con todas las organizaciones y sus lugares de trabajo, de vida". Una posición firme como ésta implica un seguro aislamiento, sobre todo en el corto plazo. Sin embargo, es el precio para no hipotecar los movimientos del abajo por un largo período.

5– Potenciar la política plebeya. La unidad es uno de los modos que puede adoptar la política de las élites en el mundo de los de abajo. Aún tienen fuerza las ideas que sostienen que la unidad del campo popular puede ser útil para potenciarlo. Pero en la historia, los de abajo no han necesitado estructuras unitarias –que siempre son centralizadas– para rebelarse. La unidad la consiguen de otra manera: en los hechos insurreccionales, en los modos de rebelarse, en el poner en común las horizontalidades. Las grandes rebeliones nunca provinieron de aparatos o estructuras que suelen tener intereses propios que no están dispuestos a poner en riesgo.

Va ganando terreno la idea de que la unidad puede ser una imposición, una forma de frenar los movimientos del abajo. "Sostener la falsa unidad encima de todo, solamente sirve para dejar los flancos abiertos a las fuerzas contrarias a la transformación social. Así, en ciertas coyunturas, la consigna puede ser 'dividir para luchar mejor'", sostiene el sociólogo brasileño Francisco de Oliveira, que para seguir luchando se vio obligado a dejar el Partido de los Trabajadores que contribuyó fundar hace un cuarto de siglo[49]. En suma, el objetivo de la política plebeya nunca puede girar en torno a la unidad. Más aún, en las culturas del abajo la unidad no es moneda corriente, como sí lo es en las políticas que tienen por objetivo la toma del poder estatal. Ellas desarrollan Estado en el abajo, que siempre es una buena forma de ganar visibilidad, permanencia y, casi siempre, se convierte en un buen gancho para la cooptación. Hoy, una de las tareas más

48. "Declaración de la Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida", Cochabamba, octubre de 2006.
49. Francisco de Oliveira, "Voto condicional em Luiz Inácio", Folha de Sao Paulo, 30 de octubre de 2006.

importantes es seguir potenciando las diversas formas de hacer política de los de abajo, sus espacios, sus tiempos, sus modos de hacer. Para ello, la unidad es una de las principales barreras. Por el contrario, lo que se llama "fragmentación", que suele ser una mirada desde arriba, es una foma de evitar la cooptación que, como hemos visto, es uno de los objetivos trazados por las elites. En este sentido, las políticas de "fortalecimiento de las organizaciones" trazadas por el Banco Mundial, e implementadas por las elites con ayuda de dirigentes surgidos abajo, busca crear organizaciones "fuertes", o sea aquellas que eviten la división y sean capaces de unir fragmentos. Comprender que la unidad a toda costa, asentada en grandes aparatos, puede despejar el camino de la cooptación con la excusa de la visibilidad y de ganar espacios para los que luchan, es parte del aprendizaje de los últimos años.

Por el contrario, las políticas plebeyas no suelen tener asegurada la visibilidad, son impermanentes a los ojos del arriba, porque los focos de los grandes medios no suelen enfocarlas y los intelectuales sólo se ocupan de ellas cuando logran impactar en el escenario "grande". El resto del tiempo, los de abajo simplemente viven, o sea resisten en sus propios espacios lejos del ruido del arriba. Sin embargo, esta nueva realidad que viven nuestros pueblos ha sido construida allí abajo, y sería incomprensible sin tener en cuenta los miles de espacios en los que van cobrando forma los sucesivos levantamientos que le están cambiando la cara a América Latina.

En esta coyuntura tan esperanzadora pero tan difícil para los movimientos, la *Otra Campaña*, con su voluntad de construir espacios de inter-comunicación entre los de abajo, nos lanza un enorme desafío mostrando que se pueden crear otras formas de hacer política, por fuera de las instituciones. El éxito de esta campaña puede ser un aliento necesario para todos los que, en este continente, seguimos luchando sin mirar hacia arriba sino sabiendo que la construcción de autonomías ligadas a la emancipación –una construcción que nunca llegará a su fin– sólo pueden hacerla los de abajo, con otros de abajo, en los espacios propios creados por los de abajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISMENDI, Marina (2006) "*Trabajar políticas sociales sobre un mismo plan*", 16 de agosto, www.presidencia.gub.uy
- BANGO, Julio (2000) "*Políticas sociales y políticas de juventud*", Revista Iberoamericana de la Juventud, www.iica.org.uy
- BANGO, Julio (1999) Ponencia, 4 de julio, www.cinterfor.org.uy
- BRETÓN, Víctor (2001) *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*, Flacso, Quito.
- CAUJA, Adriana (2004) "*Movimiento indígena, trayecto difícil*", Jatarishun (Levantémonos), CONAIE, julio.
- CHUJI GUALINGA, Mónica (2004) "Asamblea extraordinaria de la CONFENIAE", 3 de setiembre, www.alainet.org
- Declaración de la Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida", Cochabamba, octubre de 2006.
- DÍAZ POLANCO, Héctor (1997) *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México.
- ECUARUNARI (2004) "*Perfil de los candidatos (as) al Consejo de Gobierno de la CONAIE*", www.ecuarunari.org
- FOUCAULT, Michel (2006) *Seguridad, territorio, población,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- GRADIN, Valeria et al (2005) "Da 1 espacio a los jóvenes", Universidad de la República, Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Montevideo, www.liccom.edu.uy
- GUERRERO, Fernando y Ospina, Pablo (2003) *El poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos,* Clacso, Buenos Aires.
- GUHA, Ranahit (2002) *Las voces de la historia,* Crítica, Barcelona.
- HARRIS, Olivia (1987) *Economía étnica,* Hisbol, La Paz.
- LOZANO, Claudio (2006) "Estamos peor que en los 90", entrevista en www.lavaca.org
- O Estado de Sao Paulo (2006) Suplemento Aliás, 5 de marzo.
- OLIVEIRA, Francisco de (2006) "Voto condicional em Luiz Inácio", Folha de Sao Paulo, 30 de octubre.
- OLIVERA, Oscar (2006) Entrevista de Raúl Zibechi, Montevideo, 30 de octubre.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (1992) *Ayllus y proyectos de desarrollo en el norte de Potosí,* Aruwiyiri, La Paz.
- ZIBECHI, Raúl (2006) "Dilemas electorales de la CONAIE", La Jornada, 14 de abril.
- ZIBECHI, Raúl (2005) "Los límites del neoliberalismo", La Jornada, 3 de enero.

Capítulo 5

Hacia los territorios de la emancipación

Una clase social no se realiza en el territorio de otra clase social.
Bernardo Mançano Fernandes

Con los territorios nace una nueva forma de practicar y teorizar el cambio social. La formulación explícita de la demanda territorial, pronunciada antes que nadie por los movimientos indígenas en la década de 1990, parece estar estrechamente ligada a la fase neoliberal del capitalismo y sus modos de acumulación por desposesión[1]. En esta fase el capital avanza desterritorializando campesinos y pueblos indios, pero también sectores populares urbanos que se ven avasallados por la misma lógica que se le aplica al colono: abren nuevos territorios para sobrevivir, de los que luego son expulsados por el capital para especular.

Así como el capital genera territorios rurales homogéneos en base a los monocultivos a gran escala, con uso intensivo de capital, escasa población, alta mecanización y utilización de agrotóxicos y semillas transgénicas, en las ciudades la territorialización persigue los mismos objetivos. Uso intensivo del suelo y del capital construyendo grandes torres y enormes superficies comerciales, creación de espacios iguales a sí mismos del tipo de los "no lugares"[2], que provocan una profunda homogeneización social y cultural, que pasa por la expulsión de los pobres y los diferentes y una dramática disminución de los intercambios e interacciones sociales.

La ciudad del capital es, cada vez más,, una "no ciudad", destinada a impedir todo tipo de relación social no mercantil. Así como los monocultivos convierten la vida en mercancía (commodity), en las ciudades todos los intercambios humanos (comer, viajar, divertirse, jugar, hacer el amor, compartir…) se mercantilizan porque las personas han dejado de controlar sus territorios. Cada pulso de la vida tiende a ser dominado por el capital

para extraer mayores ganancias. La fábrica salió de sus muros y se expandió a todos los poros de la vida social.

Esta ciudad está obsesioanda por la seguridad, al punto que –como señala Mike Davis– "la arquitectura y el aparato policial se han fusionado hasta un nivel que no tiene precedentes", subordinando la forma urbana a la función represiva con el objetivo de construir un "blindaje estratégico de la ciudad contra los pobres"[3]. Pero esta ciuda dno sólo expulsa a los pobres, también erradica la democracia, tanto por la destrucción de los espacios públicos como lugares de la interacción de las diferencias sociales y culturales, como por la construcción en su lugar de gigantescos panópticos para el control de las multitudes. "En Disneylandia no hay manifestaciones"[4], es la acertada síntesis de este paradigma antiurbano.

Frente a esta ciudad del capital, vertical, autoritaria, colonizadora de la vida íntima, y de la vida sin más, tenemos las extensas periferias populares, y los escasos barrios obreros y de clases medias que sobreviven, como islas, a la mercantilización. El mayor dinamismo social y cultural, como espero haber reflejado en el trabajo "Perferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?", radica en esos suburbios que la cultura hegemónica siempre describe por sus carencias: de belleza, de seguridad, de servicios, de infraestructuras… Lamentablemente, las gestiones municipales progresistas y de izquierda, suelen empeñarse en que estas periferias sean cada vez más parecidas a los barrios del capital.

Sin embargo, las periferias urbanas siguen creciendo y, sobre todo, siguen siendo diferentes: espacios donde la diversidad es una de sus señas de identidad y, sobre todo, donde existen formas de vida no mercantiles, no colonizadas por el capital. Las periferias de las ciudades son el equivalente urbano a los resguardos indígenas o a los territorios de los campesinos. Dicho de otro modo, son la esperanza de un cambio radical anticapitalista, porque allí existen realaciones sociales que pueden ser las bases para la reconstrucción de la sociedad.

La "lógica" de los territorios se va desplegando sobre la marcha. Lejos de recorrer una senda ya trazada, hace camino al andar; y al andar, va permitiendo que brote la reflexión sobre los caminos que transitan los colectivos que pueblan y construyen esos territorios, y que son modelados

---

1. David Harvey, El nuevo imperialismo, Akal, Madrid, 2004, pp. 101-140.
2. Marc Augé, Los no lugares. Espacios del anonimato, Gedisa, Barcelona, 1996.
3. Mike Davis, "Fuerte Los Angeles: la militarización del espacio urbano", en Michael Sorkin (ed.), Variaciones sobre un parque temático, Gustavo Gilli, Barcelona, 2004, pp. 178 y 183.
4. Michael Sorkin, ob. cit. p. 13.

por ellos. La estrategia territorial se despliega de adentro hacia fuera, en relación de inmanencia, apareciendo aquí y allá en los intersticios y las brechas de la dominación del capital. Desde, y en, los territorios urbanos vamos pensando estas lógicas que, por lo que alcanzo a percibir, pueden abordarse desde cuatro costados.

- Los territorios de los colectivos y sectores populares urbanos son espacios de la diferencia, donde existen formas de vida heterogéneas respecto a la ciudad del capital, algo que es claramente visible a través de los distintos paisajes de la ciudad. Los pobres llegaron a las periferias como náufragos del sistema, con débiles relaciones con el capital, sobrevivieron en espacios hostiles y, para hacerlo, profundizaron sus diferencias culturales, sociales, económicas y también políticas. Dicho de otro modo, se apoyaron en sus diferencias para sobrevivir, o sea en lazos comunitarios, en la reciprocidad y en la solidaridad que caracterizan la forma de vida de los sectores populares.

Para proteger la diferencia necesitan construir autonomía. En una primera etapa se proclaman autónomos del Estado y los partidos, pero más adelante comienzan a buscar formas de sobrevivir por fuera de la relación salarial, lo que supone construirse como sujetos económicos, a partir de la transformación de sus medios de sobrevivencia en medios de producción. En las periferias populares existen infinidad de emprendimientos que conforman una economía paralela, sobre la propiedad familiar o colectiva de los medios de producción. En algunos casos, consiguen crear mercados populares, como espacios en los que predominan los valores de uso, que permiten tejer vínculos horizontales entre productores urbanos y rurales, y entre las más diversas producciones de las periferias: desde mercancías hasta formas de comunicación, entretenimiento, afirmación de las identidades, de los cuerpos…

- Las relaciones de poder que los sectores populares organizados en movimientos establecen en sus territorios, son distintas a las que practican el Estado, los partidos, los sindicatos y las iglesias. Dan prioridad a las relaciones horizontales, a poderes más difusos, menos centralizados y jerárquicos, pero sobre todo menos fijos y permanentes. En estas formas de poder juegan un papel importante las mujeres-madres, que trasladan a los espacios colectivos los modos y formas de hacer que practican en sus familias, relacionándose con los demás miembros como con sus propios hijos.

Sería necesario sistematizar las diversas formas de poder-hacer (poder como capacidad de hacer) que existen entre los sectores populares urbanos, como forma de potenciar la autodeterminación, que ya se registra de modo imperfecto o en estado de latencia. Tenemos un enorme déficit a la hora

de pensar cómo serían los poderes femeninos. No me refiero a poderes estatales ejercidos por mujeres, sino a poderes de otro tipo, poderes no estatales, poderes no patriarcales ni jerárquicos ni centralizados[5]. Entiendo que en nuestra cultura no es sencillo pensarlo, pero podemos intentarlo a partir de las prácticas ya existentes.

- Los territorios de los sectores populares organizados no podrían sobrevivir si no estrechan relaciones entre ellos, si no consiguen expandirse y defenderse de forma coordinada. Este es el tema de La Otra Campaña zapatista. Se trata de crear formas más o menos estables de inter-comunicación entre los de abajo, sin llegar a constituir aparatos permanentes que necesariamente se colocan por encima de las experiencias concretas, y a menudo las parasitan. El cambio social, que de eso se trata, puede nacer, y de hecho lo hace, en territorios muy concretos en forma de islas rodeadas por un mar de capitalismo. Pero para seguir viviendo necesitan expandirse, vincularse con otras isla,s porque los territorios del capital y de los movimientos son sencillamente incompatibles. El capital sólo puede sostenerse colonizando nuevos territorios, o sea expulsando a los pobres de sus propios espacios o forzándolos a vivir consumiendo para su acumulación. Por el contrario, los territorios de los sectores populares no vivirán en paz hasta que no consigan desterritorializar al capital. Pero cada isla no lo puede hacer por sí sola.

- Si los territorios de los sectores populares urbanos profundizan sus diferencias, si consiguen transitar de la autonomía a la autodeterminación y se vinculan estrechamente con otras islas, pueden convertirse en territorios de la emancipación. Los municipios rebeldes zapatistas, así como otras experiencias rurales, pueden ser un espejo donde mirarnos. No conozco territorios urbanos que puedan compararse con éstos logros notables, aunque existen en nuestras periferias múltiples retazos y fragmentos del mundo nuevo. Alentar estas experiencias, contribuir a profundizarlas aventando las prácticas opresivas que contienen, puede ser la mejor forma de cooperar para componer el inagotable rompecabezas de la emancipación.

---

5. Los taoístas entienden que existen dos formas estatales: una masculina y otra femenina. La segunda es "tranquila" y ese tipo de Estado puede convertirse en punto de unión del mundo. Algo similar sucede con el papel de la mujer-madre en la familia popular, según revela Alejandro García Moreno.

Capítulo 6

La recreación del lazo social: la revolución de nuestros días

Abordar la cuestión del lazo social representa un retorno a las preocupaciones de los primeros socialistas, para quienes el eje de los cambios gira en torno a la creación de nuevas relaciones sociales y no lo hacen dpender de los vínculos entre los movimientos y los estados. Supone, además, poner en el centro la cuestión de la emancipación, que forma parte inseparable del cambio centrado en los vínculos sociales.

En segundo lugar, hablar de los logros y las dificultades, de las potencias y los límites que encuentran los movimientos, supone transitar por una mirada interior. Implica rastrear en el seno de los movimientos en el cómo se van construyendo las relaciones entre sus miembros y entre ellos y el medio circundante. Que los movimientos reproduzcan en su interior las relaciones capitalistas, ya sea porque opten por formas organizativas o de vida cotidiana de tipo taylorista –asentadas en la división entre el trabajo intelectual y manual o entre los que dan órdenes y los que obedecen–, o que, por el contrario, vayan más allá buscando formas no capitalistas de relacionamiento, tiene a mi modo de ver una importancia estratégica. Al hacerlo, como sostengo que lo hacen buena parte de los actuales movimientos, no sólo nos están mostrando que el socialismo u otro tipo de sociedad más humana es posible, sino que en los hechos están comenzado a construirla.

1. POTENCIALIDADES Y LOGROS

En otro momento he señalado hasta siete características comunes entre los movimientos latinoamericanos actuales: el arraigo territorial en espacios conquistados a través de largas luchas; la autonomía de estados, partidos, iglesias y sindicatos; la afirmación de la identidad y de la diferencia; la capacidad de tomar en sus manos la educación y de formar sus propios

intelectuales; el papel destacado de las mujeres –y por lo tanto de la familia– que son a menudo el sostén de los movimientos; una relación no jerárquica con la naturaleza y formas no tayloristas de división del trabajo en sus organizaciones; y el tránsito de formas de acción instrumentales hacia las autoafirmativas (Zibechi, 2003).

De todas ellas, las nuevas territorialidades creadas por los movimientos son el rasgo diferenciador más importante (respecto de los viejos movimientos y de los actuales movimientos del primer mundo) y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica del movimiento obrero, infligida por el neoliberalismo. Estos territorios son los espacios en los que se construye colectivamente una nueva organización de la sociedad. Los territorios de los movimientos, que existieron primero en las áreas rurales (campesinos e indios) y desde hace unos años están naciendo también en algunas grandes ciudades (Buenos Aires, Caracas, El Alto…), son los espacios en los que los excluidos aseguran su diaria sobrevivencia. Esto quiere decir que ahora los movimientos están empezando a tomar en sus manos la vida cotidiana de las personas que los integran. En las áreas urbanas mencionadas, se produjo un viraje importante: ya no sólo sobreviven de los "restos" o "desperdicios" de la sociedad de consumo sino que comienzan a producir sus alimentos y otros productos que venden o intercambian. Han pasado a ser productores, lo que representa uno de los mayores logros de los movimientos en las últimas décadas, por lo que supone en términos de autonomía y autoestima. Este paso fue el resultado de su desarrollo "natural"[1] y no de una planificación previa hecha por sus dirigentes.

En segundo lugar, los movimientos que han lanzado desafíos más serios al sistema (indios comuneros, campesinos, sin tierra, sin techo y piqueteros, pero también movimientos no territorializados de mujeres y jóvenes), adoptan formas organizativas a partir de la familia o, mejor, unidades familiares que no son familias nucleares sino formas de relaciones estables del tipo de familias extensas, complejas o de nuevo tipo[2]. En ella el papel de las mujeres es a menudo central pero no siempre como espejo del papel dominante del varón, sino en el marco de nuevas relaciones con los hijos y otras familias. Entre los si tierra los núcleos básicos los componen grupos de familias que

1. Utilizo el término "natural" para evitar el vocablo "espontáneo", que es utilizado como adjetivo para evaluar críticamente las acciones o movimientos que no cuentan con planificación y dirección.

2. Immanuel Wallerstein sostiene que las unidades domésticas son el pilar institucional menos estudiado de nuestras sociedades. Sin embargo les concede una importancia similar a la que tienen los estados, las empresas o las clases sociales.

conviven bajo las mismas lonas o son vecinas en los campamentos; entre los sin techo pueden ser agrupamientos de familias según los espacios ocupados; y entre los piqueteros aparecen formas de familias extensas en las que la continuidad del núcleo gira en torno a la mujer.

El papel de la familia en estos movimientos, encarna nuevas relaciones sociales que abarcan cuatro aspectos: la relación público-privado, las nuevas formas que adquieren las nuevas familias, la creación de un espacio doméstico que no es ni público ni privado sino algo nuevo que abarca ambos, y la producción y re-producción de la vida. En la base de estos procesos está el quiebre del patriarcado, que algunos fenómenos sociales propiciados por el neoliberalismo hacen más visible, pero que es bastante anterior. El patriarcado como relación social entró en crisis hacia los años 60 y tiene múltiples manifestaciones que van desde la familia hasta la fábrica, pasando por la escuela, el cuartel y las demás instituciones disciplinarias. En el futuro el capitalismo tendrá grandes dificultades para sobrevivir si no consigue reconducir la crisis del patriarcado hacia nuevas formas de control y sometimiento.

En quinto lugar, el papel de la familia parece responder a una feminización de los movimientos y de las luchas sociales, que forma parte, claro está, de una feminización de la sociedad en su conjunto. Por feminización debemos entender tanto un nuevo protagonismo de las mujeres como, en un sentido más abarcativo, un nuevo equilibrio femenino-masculino que atraviesa a ambos sexos y a todos los espacios de la sociedad (Capra, 1992).

Este conjunto de cambios que resumimos en en el papel destacado de la familia en los movimientos antisistémicos, va de la mano con una reconfiguración de los espacios en los que se hace política y, por lo tanto, de las formas que adopta, los canales a través de los cuales se trasmsite y hasta de la relación medios-fines que se busca. En los sectores populares indígenas urbanos de Bolivia, "la política no se define tanto en las calles con en el ámbito más íntimo de los mercados y las unidades domésticas, espacios del protagonismo femenino por excelencia" (Rivera, 1996: 132). La forma como el protagonismo femenino y de las unidades domésticas[3] está modificando las formas de hacer política y el cambio social, es un terreno abierto a la investigación.

---

3. Por unidad doméstica Wallerstein entiende "una unidad que reúne en un fondo común los ingresos de sus miembros para asegurar su mantenimiento y reproducción", en "Las unidades domésticas como instituciones de la economía-mundo" (Wallerstein, 2004:235).

De esas maneras, los movimientos están empezando a convertir sus espacios en alternativas al sistema dominante, por dos motivos: los convierten en espacios simultáneos de sobrevivencia y de acción socio-política (como hemos visto), y construyen en ellos relaciones sociales no capitalistas. La forma como cuidan la salud, como se autoeducan, como producen sus alimentos y como los distribuyen, no son mera reproducción del patrón capitalista sino que –en una parte considerable de esos empredimientos– vemos una tensión para ir más allá, poniendo en cuestión en cada uno de esos aspectos las formas de hacer heredadas.

¿Cómo fue posible crear "islas" no capitalistas? Fue posible gracias a la lucha de los movimientos, que han abierto espacios-brechas en el sistema de dominación, espacios físicos y simbólicos de resistencia que se convierten en espacios de sobrevivencia, y para sobrevivir comienzan a producir y reprodcuir sus vidas en forma diferente a como lo hace el capitalismo:

– La educación tiende a ser autoeducación; el espacio educativo no es sólo el aula sino toda la comunidad; los que enseñan no son sólo los maestros sino todos los integrantes de la comunidad, los propios niños muestran su capacidad de aprender-enseñar; el movimiento todo es un espacio autoeducativo.

– En la producción, se busca el autoabastecimiento y la diversificación para depender menos del mercado; se busca producir sin agrotóxicos o productos contaminantes; buscan comercializar fuera de las garras del mercado monopolizado; intentan que todos los productores dominen todos los saberes de la producción; la división técnica del trabajo no genera jerarquías sociales, de género o etáreas y se trabaja por descongelar la división entre trabajo intelectual y trabajo manual; y entre quienes dan órdenes y quienes las obedecen.

En la salud, se buscan alternativas a la medicalización de la salud a través de la recuperación de saberes perdidos por el dominio de los monopolios farmacéuticos; se apela a las plantas medicinales y a medicinas alternativas; se busca que el médico no se convierta en un poder separado sobre la comunidad; se trabaja para eliminar la figura del paciente-dependiente-pasivo; se intenta que la comunidad y cada uno de sus miembros se re-apropien de los saberes expropiados por el saber médico, el Estado y el capital.

Las descripciones anteriores representan apenas tendencias, búsquedas, intentos en medio de la lucha social de resistencia. No son lugares de llegada sino flujos, movimientos. Porque, ¿qué es un movimiento sino eso, mover-se? "Todo movimiento social se configura a partir de aquellos que rompen la inercia social y se mueven, es decir, cambian de lugar, rechazan el lugar al que históricamente estaban asignados dentro de una determinada

organización social, y buscan ampliar los espacios de expresión" (Porto Gonçalves, 2001: 81).

Estamos ante un conjunto de actividades que se asientan en lazos sociales de nuevo tipo, se registra de forma muy desigual en los diferentes movimientos. Pero es, sin embargo, una especie de barómetro para visualizar el grado de anticapitalismo de un movimiento. Quiero decir que el anticapitalismo ya no proviene sólo del lugar que se ocupa en la sociedad (obrero, campesino, indio), ni del programa que se enarbola, de las declaraciones o de la intensidad de las movilizaciones, sino también, no de forma exclusiva, también de este tipo de prácticas, del carácter de los lazos sociales que se crean.

A ese conjunto de logros de los movimientos, debería sumarse el hecho de no haber "caído" en la articulación. No son pocos –dirigentes políticos, académicos– los que sostienen que el movimiento social sufre fragmentación y dispersión. Ambos hechos son observados como problemas a superar a través de la centralización y la unificación.

Sin embargo, una y otra vez movimientos no articulados y no unificados están siendo capaces de hacer muchas cosas: derriban gobiernos, liberan amplias zonas y regiones de la presencia estatal, crean formas de vida diferentes a las hegemónicas y dan batallas cotidianas muy importantes para la sobrevivencia de los oprimidos. Postulo que el cambio social, la creación–recreación del lazo social, no necesita ni articulación-centralización ni unificación. Más aún, el cambio social emancipatorio va a contrapelo del tipo de articulación que se propone desde el Estado-academia-partidos.

Una primera cuestión gira en torno al significado de dispersión o fragmentación. ¿Desde dónde estamos mirando cuando lo decimos? Se trata de miradas exteriores, lejanas y, sobre todo, desde arriba. Decir que un movimiento, un sujeto social o una sociedad está fragmentada, ¿no implica mirarla desde una lógica estadocéntrica, que pre-supone la unidad–homogeneidad de lo social y por lo tanto de los sujetos? Más aún, se considera que ser sujeto supone cierto grado de o por lo menos de no fragmentación. Se supone que el Estado-partido-academia saben ya para qué existen los sujetos y hasta son capaces de definir cuando existen y cuando no.

En segundo lugar, quienes proponen la articulación de los movimientos –que en general son quienes sostienen la centralidad de la política estatal– dejan de lado la necesidad de hacer un blance de los últimos 100 años de movimiento obrero y socialista. Ese balance puede resumirse así: "Una transición controlada y organizada tiende a implicar cierta continuidad de explotación" (Wallerstein, 1998:186). Una vez más: no es una teoría, sino apenas una lectura de 100 años de socialismo.

Sin embargo, desde la izquierda y desde la academia se asegura que sin articulación no hay la menor posibilidad de triunfo, o que los triunfos son efímeros, y que el movimiento desarticulado o fragmentado marcha hacia la derrota segura. Este tipo de argumentos nos remiten nuevamente al necesario balance del siglo XX. ¿Acaso no fue la unificación y la centralización de los movimientos del pasado lo que le permitió al Estado y al capital neutralizarlos o domesticarlos? Por otro lado, ¿cómo se explican las rebeliones populares de América Latina, por lo menos desde el Caracazo de 1989, que cosecharon victorias importantísimas, sin que estuvieran convocadas por articulaciones o estructuras formales y establecidas?

Sin embargo, las articulaciones-coordinaciones existen en los hechos, todos los movimientos tienden a vincularse de forma más o menos estable, más o menos explícita, con grupos y colectivos afines. Y existen más allá de la voluntad de los militantes, existen en la vida cotidiana, en la realidad diaria de los pueblos. Creo que es posible distinguir, a grandes rasgos, dos tipos de coordinaciones:

– Una es la articulación externa, o hacia fuera, que nace de necesidades externas al movimiento. Pero no se trata sólo, ni principalmente, de que los objetivos de la articulación sean externos, sino sobre todo de algo mucho más sutil, a menudo inspirado o justificado en esos objetivos. Se trata de construir algo diferente en lugar de lo que hay. Lo que existe siempre es algún grado de organización en la base de la sociedad y cierta confluencia de esas múltiples organizaciones. Lo que defino como articulación externa se relaciona con la incompletud que partidos y académicos consideran que tiene el movimiento social. O sea, que lo que el movimiento desde la base ha creado debe ser completado con algo superior, ya sea una articulación unificada y centralizada o una red de redes. Los términos poco importan. Finalmente, esa otra organización se impone sobre la ya existente, la somete o tiende a desorganizarla y neutralizarla en aras de la eficiencia. La articulación externa siempre busca vincular al movimiento con el Estado o con los partidos, y en ella el movimiento pierde su autonomía. Daniel Bensaid, invocando a Laclau y Zizek, asegura que "la lucha política no se disuelve en el movimiento social" (Bensaid, 2005).

Si reflexionamos seriamente sobre la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001, sobre el levantamiento popular de abril de 2003 que frenó y revirtió el golpe de Estado contra Hugo Chávez, o los levantamientos populares en Bolivia en 2003 y el reciente de 2005, podríamos preguntarnos ¿cómo se articularon/coordinaron estos levantamientos? Con un mínimo de honradez intelectual, deberíamos respondernos: No sabemos. Instalarnos en ese no saber puede ser mucho más productivo que sacar de la

galera respuestas prefabricadas extraídas de los saberes acumulados por la academia y los partidos.

– Por otro lado, existen formas de articulación/coordinación internas, formas de autoarticulación formadas naturalmente por los movimientos, para cumplir determinados objetivos casi iempre puntuales que, una vez realizados, dejan de funcionar o dan paso a otras formas de coordinación. Por lo que conocemos, pueden ser formales y permanentes o bien difusas e impermanentes. Unas no son superiores a las otras. No es mejor un movimietno articulado permanentemente que uno que no lo está, y veceversa. No hay un grado superior. Sobre el levantamiento de octubre de 2003, Silvia Rivera destacó el papel jugado por las mujeres que pusieron que fueron capaces de "organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográficas un juego de rumores 'desestabilizadores' de la estrategia represiva", con lo que derrotaron moralmente al ejército (Rivera, 2004). Añade que mientras el levantamiento fue protagonizado por mujeres y jóvenes indios, a la hora del debate sobre soluciones reaparecen "sólo voces masculinas, occidentales e ilustradas". Son embargo, esa "democracia de las y los de abajo" que organizó la insurrección, "se sumerge de nuevo en el manqhapacha (espacio–tiempo interior), retorna a los lenguajes del símbolo y a los idiomas ancestrales" (Rivera, 2004).

Postulo que sólo prestando atención a lo no visible y a los fugaces momentos insurreccionales –en los que lo invisble queda a la vista por un instante, como cuando el relámpago ilumina la noche– podemos intentar comprender el mundo de los de abajo que en la cotidianeidad resulta imposible re-conocer. Por otro lado, me parece que hemos dedicado muy poca atención a comprender los casos "no normales", los que desafían los saberes instituídos, como si fueran casos exóticos, pero si observamos nuestra realidad latinoamericana veremos que son mucho más frecuentes que los que los que se pueden considerar "normales".

Tanto los partidos de izquierda como los académicos interesados en el movimiento social, siguen sosteniendo una supuesta centralidad de la política, como si los movimientos no fueran políticos y como si la no existencia de "un plan detallado" (como señala el historiador de los grupos subalternos Ranahit Guha) y por lo tanto de una dirección, convirtieran a los movimientos en no políticos. ¿Porqué despreciamos las "artes chismográficas" y los "espacio-tiempos interiores" de las mujeres y los jóvenes y les concedemos un estatuto político menor en relación con los espacio-tiempos de la política profesional? ¿No será hora de cambiar la forma de mirar y enfocar toda la atención a esas invisibilidades que escapan a la

conceptualización académica pero están mostrando sus potencialidades a la hora de cambiar el mundo?

2. DIFICULTADES Y LÍMITES

Cuando hablamos de las dificultades o los límites que encuentran los movimientos, a menudo pensamos en la necesidad de superar límites externos: el Estado, el capital, la realización de alianzas para superar el aislamiento, el problema de la relación de fuerzas, la fragmentación y dispersión de las luchas, etcétera. Sin embargo, el concepto mismo de límites implica el convencimiento de que los límites son prioritariamente internos.

El principal debate sobre los límites aparece vinculado a la expansión, a cómo hacer para que una experiencia por muy interesante que sea, no quede atrapada en el localismo y sea capaz de multiplicarse, arrastrando o motivando a muchos más en otros sitios a hacer algo similar y contribuir a cambiar efectivamente el mundo, o por lo menos algo más que la realidad inmediata y local. O bien, como parte de la misma lógica, que no sea cooptada por el mercado o el Estado.

¿Cuáles son las principales dificultades por las que atraviesan los movimientos? Voy a concentrarme sólo en algunas de ellas, sabiendo que no son las únicas:

– *Excesiva visibilidad*. Existe una creencia que dice que cuanto más visible sea un movimiento, cuanto más incrustado esté en la "realidad" formando parte de la agenda política, más eficientes serán sus acciones porque llegarán a amplios sectores. Sin embargo, esto los hace dependientes de la agenda (espacio–tiempos) del sistema. Y son más vulnerables, sobre todo cuando nacen, en los primeros años de su desarrollo cuando son más débiles y tienen menos defensas. Por eso el zapatismo necesitó 10 años para salir a la luz.

Por otro lado, la excesiva visibilidad tiende a que los movimientos se vean con los ojos del amo: este fue siempre uno de los problemas de los dominados. La falta de autonomía –en cuanto cosmovisión– aparece estrechamente ligada a esta cuestión, en el sentido de incapacidad para fijar las prioridades y depender de la agenda establecida.

– *Intensificación-expansión.* Otra afirmación de sentido común dice: La forma de generalizar un movimiento, de extender su influencia, es a través de la coordinación–articulación (o sea a través de la organización) y de la formulación de demandas comunes a través de un programa. Entre ambas se garantiza la movilización más amplia posible. Sin embargo, a la luz de las

principales luchas sociales de los últimos 15 años (Caracazo, etc.) podemos decir que no sabemos cómo se produce y se generaliza un movmiento.

Me parece necesario que los movimientos expandan su acción para cambiar la relación de fuerzas, pero la realidad indica que lo realmente produce cambios es la intensificación de las experiencias, su profundización. Y que esa intensificación puede (nunca es seguro) resonar en otros y expandirse. Pero no es suficiente con querer expandir un movimiento para que esto suceda. Por más que se planifique, por más riguroso que sea el análisis para promover acciones, en el terreno de lo social la relación causa–efecto no está funcionando, y deberíamos pensar seriamente qué es lo que está fallando.

"Organizar la rebeldía" es una contradictorio. Organizar quiere decir poner orden, disciplinar, instituir. Todo ello va a contramano de la rebeldía y cuando ésta se deja ordenar deja de ser rebeldía. Este es uno de los problemas más graves de los movimientos antisistémicos, que muchos estudiosos lo formulan diciendo que cuanto más organizado está un movimiento menos capacidad de movilización tiene, y viceversa, la mejor y más abarcativa organización a menudo no consigue generar movilización. Aunque no sepamos cómo se resuelve este dilema, deberíamos hacer dos consideraciones: no negarlo es el básico; el segundo, es ampliar el concepto de organización, de modo de considerar por tal no sólo lo ordenado, disciplinado e instituido. Hoy sabemos que el caos es también una forma de organización.

– Por último, quiero decir que la no existencia de articulación es también un problema. Si bien las relaciones sociales no capitalistas no se crean a partir de una articulación, ésta es necesaria para defender–proteger lo creado. Quiero interpretar las articulaciones como esas formas que tenemos de proteger una planta que está naciendo. O sea, proteger no es crear, no es la articulación la que crea el mundo nuevo, sino la que lo ayuda a sobrevivir hasta que pueda nacer.

El problema, como todos sabemos, es que las articulaciones que conocimos (partidos comunistas, estados en manos del partido, etc.) no sólo no han protegido el mundo nuevo sino que o bien le impidieron nacer, lo abortaron, o bien fueron sus sepultureros. Ese es a mi modo de ver el drama del siglo XX, que puede resumirse en la experiencia soviética o en la china.

Entonces el debate sobre la articulación debería centrarse en:

- cómo evitar la centralización y la unificación.
- cómo evitar convertir las articulaciones o coordinaciones o redes difusas o informales en aparatos con vida propia.
- cómo potenciar el mundo nuevo que nace en los movimientos.

Estos problemas no tienen respuestas sencillas. Hay sin embargo experiencias suficientes como para avanzar algunas cuestiones. Enel grado actual de desarrollo del movimiento social, lo que me parece realmente decisivo, lo que sería un gran paso adelante porque es en el terreno en el que tenemos menos experiencias, es que se puedan crean relaciones sociales verdaderamente alternativas, se llamen como se llamen, escuelas o panaderías, espacios de salud o radios libres, en los que las relaciones no sean capitalistas. Ahí es donde históricamente hemos fallado.

En segundo lugar, me parece necesario crear espacios temporales y horizontales de intercambio e interconocimiento de las experiencias alternativas. Es importante la circulación (prefiero este término al de comunicación) de las experiencias al interior del movimiento, para consumo de sus miembros.

En vez de focalizar nuestra mirada y nuestra actividad hacia el Estado, los partidos, el capital, la agenda política, etcécera, debemos estar con las experiencias donde se crea–recrea el vínculo social. Ese tiene que ser el centro de nuestras preocupaciones, de nuestros desvelos y nuestros análisis. Mirar hacia adentro, crecer hacia adentro, crear el mundo nuevo (aspectos del mundo–otro–nuevo), esa es la clave de nuestras luchas. Resistir, luchar, es hoy básicamente crear ese mundo, crear esos vínculos.

Sobre la articulación, tal vez sea útil retormar las reflexiones de un encuentro-debate-libro entre el Colectivo Situaciones y el MTD-Solano donde aparece la idea de una red difusa.

"La red difusa habla de muchos tipos de encuentros, de muchas redes explícitas parciales, acotadas, superpuestas, de diferentes modos de articulación, de coordinación; en fin, tantas redes como devenires pueda abrir la experiencia en cuestión. En este sentido, nos resulta fundamental no quedar atrapados en una sola red principal, que tienda a organizar y jerarquizar la multiplicidad a que toda experiencia nos abre. (…) Cuando una de estas redes estructuradas reclama ser "la" red estratégica, la que pretende organizar a todas las demás, comienza un proceso de centralización y jerarquía que cierra las redes y situaciones que no se le subordinan (CS–MTD Solano: 2002: 220–222)*."*

3. REVOLUCIÓN Y CAMBIO SOCIAL

Parece ser últil y hasta necesario manejarnos con alguna hipótesis sobre el cambio social, que no pretenda configurar una teoría social acabada sino apenas suposiciones, incluso creencias, acerca de cómo cambia el mundo. Diría más, se trata de intuiciones. Pero con la particularidad de que ellas nacen y se alimentan de la acción social y de la reflexión junto a quienes

no están pidiendo permiso para cambiar el mundo. Hipótesis entonces que apenas pretenden dar cuenta de algunas experiencias que, por su riqueza, intensidad, potencia, son capaces de expandirse generando resonancias afectivas, actuando por simpatía más que por acumulación.

Los cambios los producen los movimientos pero no porque cambien solamente la relación de fuerzas en la sociedad –que la cambian de hecho– sino porque en ellos nacen-crecen-germinan formas de lazo social que son la argamasa del mundo nuevo. No ya el mundo nuevo, sino semillas-gérmenes-brotes de ese mundo. Ni más ni menos.

A propósito de la Comuna de París, Marx reflexionó sobre el cambio social y la revolución: "La clase obrera no dispone de utopías prefabricadas que introducir por decreto del pueblo. Los obreros saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente al sociedad actual por su propio desarrollo económico (…) No tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno". (Marx. 1980).

Dar suelta, en el original inglés set freee=libertar o liberar. La hipótesis de Marx sobre la revolución –que algunos elevaron a la categoría de "teoría revolucionaria"– consiste en que la revolución es un parto, un acto de fuerza similar al de parir: lo que se pare son "los elementos de la nueva sociedad" que ya existen en la sociedad burguesa. Visualizar la revolución como parto como un dar suelta, liberar, significa dos cosas: que en el seno de la sociedad burguesa ya existen relaciones sociales que niegan el capitalismo y que se encuentran en el mundo de los trabajadores, y en segundo lugar, que la revolución no crea el mundo nuevo, sino que lo hace nacer.

En suma, Marx nunca creyó que el Estado pudiera crear ese mundo nuevo, sino a lo sumo que la maquinaria estatal destruida y reconfigurada por los trabajadores pudiera ser usada como una especie de fórceps, una ayuda para parir el mundo nuevo, las nuevas relaciones sociales que existen en el mundo de los de abajo. Hasta aquí Marx.

Esta idea de que el mundo nuevo no se construye desde el Estado, ha sido formulada de otro modo por los zapatistas al señalar que su objetivo es cambiar el mundo y no tomar el poder. Postulo que esta es una idea–fuerza que nace de una práctica social, no es el fruto de razonamietnos abstractos teóricos. De hecho, esa propuesta zapatista se está extendiendo de modo acelerado entre los más diversos movimientos, sobre todo aquellos que actúan y piensan por sí mismos, con autonomía del Estado y de los partidos. El coordinador del MST, Joao Pedro Stédile, dijo en el reciente Foro de Porto Alegre: "La cuestión del poder no se resuelve tomando el palacio de gobierno –que es lo más fácil y se ha hecho muchas veces– sino trans-

formando las relaciones sociales". Pongo como ejemplo al MST porque se trata de una fuerza social que tiene enormes diferencias con el zapatismo, pero algo en común: están cambiando el mundo desde abajo, y ese es el punto de referencia esencial.

REFERENCIAS

- BENSAID, Daniel (2005) "Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren", revista Globalización, en www.antroposmoderno.com
- COLECTIVO SITUACIONES–MTD SOLANO (2002) *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes,* De mano en mano, Buenos Aires.
- MANÇANO FERNANDEZ, Bernardo (2000) A formaçao do MST no Brasil, Vozes, Petrópolis.
- MARX, Carlos (1980) *La guerra civil en Francia,* Progreso, Moscú.
- MUÑOZ RAMÍREZ, Gloria (2005), *El fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires
- PORTO GONÇALVES, Walter Carlos (2001) *Geo–grafías*, Siglo XXI, México.
- RAMÓN VALAREZO, Galo 1993 *El retorno de los runas*, Quito Comunidec.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia 2004 "Metáforas y retóricas en el levantamiento de octubre", en Bolivian Studies Journal/RevistaE, Vol 4, Issue 1.
- 1996 Bircholas, Mama Huaco, La Paz.

- SCOTT, James 2000 *Los dominados y el arte de la resistencia,* México, ERA.
- SALETE CALDART, Roseli 2002 *Pedagogia do Movimento Sem Terra,* (Petrópolis: Vozes).
- WALLERSTEIN, Immanuel (1998) "Marx y el subdesarrollo", en *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI, México.
- (2004) "Las unidades domésticas como instituciones de la economía–mundo capitalista", en Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos, Akal, Madrid.

- ZIBECHI, Raúl (2003) "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", en Osal No. 8, Buenos Aires.
- Ponencia al seminario "De la exclusión al vínculo", organizado por el Instituto Goethe, Buenos Aires, 14–16 de junio de 2005.

Capítulo 7

Ecos del subsuelo: Resistencia y política desde el sótano

La insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales. No obstante, esta consciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con metáforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales (…) Se buscará, alternativamente, una explicación a partir de una enumeración de causas que desencadenan la rebelión como una especie de acción refleja. En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo externo a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón.

Ranajit Guha (La prosa de la contrainsurgencia)

Un rasgo deplorable del espíritu occidental consiste en relacionar las expresiones y las acciones con fines externos o trascendentes, en lugar de considerarlas en un plan de inmanencia según un valor intrínseco.

Gilles Deleuze–Félix Guattari (Rizoma)

En los últimos quince años, en América Latina, los movimientos que fueron capaces de plantear desafíos de envergadura al sistema –revueltas, levantamientos y movilizaciones que desestabilizaron el dominio de las elites– nacieron en los "márgenes" de la sociedad establecida y están siendo protagonizados por los más pobres, los privados de derechos sociales y políticos. Los movimientos de los "sin" –sin techo, sin tierra, sin trabajo, sin derechos…–, han mostrado un vigor tal que se han colocado a menudo en el centro del escenario político.

La irrupción de estos nuevos actores ha desplazado al movimiento sindical de su tradicional protagonismo en buena parte de los países, tanto como la fuerza social transformadora que fue, como por su capacidad de promover cambios en las formas de acción social. Pero los movimientos actuales también han desplazado a la izquierda, sobre todo en las coyunturas de crisis extrema que han vivido las sociedades cuando el modelo neoliberal comenzó a agrietarse. Esto ha sido visible de forma transparente durante las revueltas en Argentina (entre 1997 y diciembre de 2001) y Bolivia (setiembre-octubre de 2003), y de forma inicipiente también durante la crisis uruguaya del invierno de 2002, cuando los más pobres protagonizaron saqueos ante la pasividad del movimiento sindical que, en ninguno de los casos, consiguió estar a la altura de las circunstancias que se vivían.

Estos nuevos actores han provocado también hondas conmociones en otros países: (indios y pobres urbanos de Ecuador, Venezuela, Paraguay y México entre los más destacados); en Brasil los excluidos (sin tierra y, en menor medida, sin techo) han planteado desafíos profundos a los sucesivos gobiernos, incluyendo al encabezado por Luiz Inacio Lula da Silva. Lo cierto es que la acción de los nuevos protagonistas, nacidos en la intersección de viejos actores reconfigurados y de los nuevos pobres producidos por el modelo neoliberal, han conseguido modificar el mapa social y político del continente, poniendo al modelo por primera vez a la defensiva.

Por último, como lo demuestran las insurrecciones argentina y boliviana, pero también las movilizaciones en Perú, Venezuela y Ecuador, existe un nuevo protagonismo urbano visible incluso en las grandes ciudades que hasta ahora habían sido los espacios más favorables al modelo neoliberal. Los desafíos iniciales partieron desde las áreas rurales y pequeñas ciudades, hacia comienzos de los noventa, en las que no había sido desarticulado el tejido social que hacía posible la resistencia. Sin embargo, en los últimos años se han producido levantamientos urbanos que nos indican que las luchas más importantes parten ahora de sujetos más heterogéneos que la anterior clase obrera, luego de haber atravesado un proceso de reconfiguración interna.

Que este conjunto de desafíos hayan surgido desde los "márgenes"[1] (o desde el "sótano", como acertadamente apuntó el subcomandante Marcos), tiene profundas implicancias para el proceso de cambios sociales

1. Utilizo las palabras "márgenes" y "marginalidad" en un sentido meramente descriptivo. El vocablo "exclusión" se refiere a personas o sectores sociales que no están incluidos en los derechos sociales, en ocasiones políticos, creados en el marco de los estados nacionales durante el período de vigencia de los estados del bienestar.

y políticos, pero estimula también la reflexión en los movimientos y entre quienes los acompañamos. Por un lado, los movimientos actuales han creado nuevos espacios de organización y resistencia. Brevemente: Caracoles, territorios étnicos, cuarteles aymaras, que se erigen como regiones autónomas de hecho, explícitas o no[2]. Pero estos espacios no se reducen ya a las áreas rurales, sino que los pobres están produciendo profundas transformaciones urbanas entre las que sobresale la ciudad aymara de El Alto, y cobran mayor visibilidad los desafíos lanzados desde los asentamientos urbanos creados por los nuevos pobres en ciudades como Buenos Aires, Montevideo y Asunción, por mencionar sólo los procesos que se registran en el sur del continente, que es el universo que contempla este trabajo.

¿Cómo se han configurado estos actores? ¿Cómo han pasado de una situación de aparente pasividad a la situación actual en la que son capaces de producir su propia vida y desafiar a los poderosos? ¿Estamos ante una tercera oleada de movimientos, que agregaría a los viejos y los nuevos una nueva categoría de movimientos nacidos del subsuelo pobre y marginalizado?

Por otro lado, los nuevos sujetos no sólo desafían al estado y a las clases dominantes, también ponen en cuestión los saberes y las prácticas de las izquierdas y de los viejos movimientos, sino también las teorizaciones que surgieron a raíz de la emergencia de los "nuevos movimientos sociales", más allá de que compartan características y rasgos comunes. Plantean grandes interrogantes sobre el futuro de las luchas sociales. Los estados benefactores y el desarrollo industrial por sustitución de importaciones permitieron la creación de un amplio y bien organizado movimiento sindical y partidos de izquierda con activa presencia en ese movimiento. Sus estructuras organizativas estuvieron inspiradas en la lógica unitaria y centralizadora de los estados que era, a su vez, referente, objeto y objetivo de su acción. La adopción de formas de lucha adecuadas a los fines de presionar para negociar en mejores condiciones (la huelga y la manifestación, en primer lugar), eran útiles para conseguir sus demandas, les permitían unificar a los trabajadores a través de la solidaridad de clase y alentaron el nacimiento de un patrón de acción de carácter instrumental que obtuvo buenos resultados.

En este nuevo período, ¿cuáles son las formas de organización y de acción que adoptan los nuevos actores? ¿Cómo se relacionarán con el estado y con los partidos de izquierda? ¿Darán prioridad, como lo hizo el

2. Sobre los "territorios étnicos" en Ecuador puede consultarse Galo Ramón Valarezo (1993) y sobre los cuarteles aymaras a Félix Patzi (2003).

movimiento obrero, a luchar por instalar gobiernos afines a sus intereses? ¿Se institucionalizarán? En suma: ¿cómo es, o será, la política de los que están en los márgenes del sistema, de los "no-taylorizados"? Y algo aún más perturbador: ¿qué es la política en sociedades fragmentadas, con estados nacionales en decadencia y para sujetos que están en el subsuelo?

No pretendo responder preguntas que sólo el tiempo y la profundización del protagonismo social podrán hacerlo. Sólo pretendo demostrar la pertinencia de esas preguntas; o sea, que las nuevas formas de lucha y organización no necesariamente serán "calco y copia" de las que practicaron el movimiento sindical y la izquierda sesentista. Hasta ahora, concedimos la posibilidad de la diferencia a las comunidades zapatistas de Chiapas[3] y, en menor medida, a los demás movimientos de raíz india de nuestro continente. Pero no así a los nuevos actores, en particular a los urbanos, que son el resultado de la actual fase excluyente del capitalismo.

Debajo de todo esto, tal vez no haya nada demasiado nuevo. Sucede, sin embargo, que la crisis de los estados y de los poderes dominantes y el fortalecimiento de los movimientos sociales, en suma, "la combinación de resquebrajamiento del sistema y las insurgencias subalternas, traen a la luz fuerzas acumuladas en ese subsuelo" que hasta hace poco tiempo nos resultaban invisibles (Hylton y Sinclair, 2003:17).

LA CREACIÓN DE ESPACIOS

Estamos transitando hacia nuevas relaciones entre sujetos y territorios. En el período de hegemonía del movimiento obrero, el concepto de territorio aparecía desdibujado ante la centralidad de las relaciones de producción. La clase parecía disolverse fuera de la fábrica, por más que el poder de la clase obrera fuera incomprensible sin tener en cuenta los bastiones en que ancló su potencia, en las periferias de las grandes ciudades convertidas en comunidades obreras o espacios de contrahegemonía, estrechamente vinculadas al taller y al municipio (Lojkine, 1988). En paralelo, el discurso de la igualdad –tejido con las hebras de la ciudadanía que el estado benefactor canjeaba a cambio de reconocerle legitimidad– opacó una realidad en la que se mantenían (y disimulaban) las diferencias, que hoy emergen con toda su capacidad de desestructuración.

En poco tiempo se registraron profundos cambios de las territorialidades en las que se instituyeron los estados nacionales, las industrias

3. El texto "Un mundo nuevo", del subcomandante insurgente Marcos puede ser una buena síntesis de las respuestas zapatistas a estas y otras preguntas.

locales y las clases que las sostuvieron. La desterritorialización (huida del capital, desindustrialización, crisis de los sujetos y de la forma de ocupar sus territorios) provocó emigraciones masivas dentro de las fronteras nacionales y, muy en particular, dentro de las diferentes tramas urbanas, ya sea entre ciudades o bien dentro de las mismas ciudades afectadas por la re-territorialización.

En todo caso, y esto es uno de los cambios más notables sucedidos en América Latina, la potencia que emerge en los nuevos bastiones insurgentes no aparece vinculada a la fábrica (inexistente, virtual o parte del mecanismo de exclusión) ni está mediatizada por el municipio, que ahora aparece en franca relación de dependencia respecto de los nuevos sujetos a los que no aspira a integrar ni puede ya representar; en el mejor de los casos, busca neutralizar por la vía del clientelismo

Las nuevas relaciones entre territorios y sujetos parten de la desterritorialización anterior, que representa una herida en la trama urbana. La huida del capital respecto de la clase obrera es, simultáneamente, una huida de los espacios en los que el poder obrero territorializado lo aprisionaba. Pero cuando huye, "lo hace dejando atrás un rastro de devastación", porque "el capital, por naturaleza, crea unos ambientes físicos a su imagen y semejanza únicamente para destruirlos más adelante, cuando busque expansiones geográficas y des–ubicaciones temporales, en un intento de solucionar las crisis de sobreacumulación que lo afectan cíclicamente" (Harvey, 2004). Esa devastación se resume, en América Latina, en desocupación y pobreza extrema, en la expulsión lisa y llana de millones de trabajadores de la ciudad consolidada hacia los arrabales inhóspitos, fétidos e inundables. En el Cono Sur tenemos tres ejemplos relativamente recientes: la expulsión manu militari de 200 mil pobres de la ciudad de Buenos Aires hacia la periferia, en 1977 por la dictadura militar; la expulsión de 24 mil mineros y sus familias, en 1985 en Bolivia, una parte de los cuales recaló en la ciudad de El Alto y otra parte, luego de un extenso periplo, terminó afincándose en el Chapare para trabajar como cultivadores de hoja de coca; y la expulsión a lo largo de dos décadas del 17 por ciento de la población de Montevideo, desde sus antiguos barrios obreros y de clases medias hacia la periferia, donde 280 mil desocupados y subocupados viven ahora en asentamientos irregulares.

De la ciudad integrada a la ciudad segregada. Sin embargo, el hábitat es el espacio donde se forja una cultura y su territorialidad, "donde se constituyen los sujetos sociales que diseñan el espacio geográfico apropiándoselo, habitándolo con sus significaciones y prácticas, con sus sentidos y sensibilidades, con sus gustos y goces" (Leff, 1998: 241). Esta fractura espacial nos habla de una fractura cultural apoyada en diferen-

cias preexistentes, cuestión que tiene especial importancia en países que creíamos relativamente homogéneos como Argentina, Chile y Uruguay. Ahora descubrimos que esa supuesta homogeneidad social encubría, bajo el manto de una cultura obrera que abarcaba al conjunto de los sectores populares, un "algo más" que se nos revela también en fragmentos. Y es que los conceptos que aprendimos acerca de la "cultura obrera" legados por la "historia social" europea y estadounidense, tal vez no podía dar cuenta de las particularidades y diferencias de las clases obreras de esta porción del Sur[4].

Ahora bien, ¿qué sucede con los sujetos que se forjan en los territorios segregados? Reflexionando sobre la trayectoria de los seringueiros, Porto Gonçalves apunta con perspicacia que "nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (Porto:208), una consideración adecuada a condición de que reconozcamos que estamos hablando no sólo de otros territorios sino también de otros sujetos. No de los mismos sujetos reconfigurados, modificados por los nuevos espacios y estrategias de sobrevivencia.

Los no ciudadanos, o sea aquella parte de la sociedad desciudadanizada, los que perdieron sus espacios y sus lugares en la sociedad neoliberal, están abriendo sus propios espacios en un proceso de luchas en el que se despliegan como sujetos. Se trata de espacios creados, diseñados y controlados por esos mismos sectores. Comprenderlo así supone invertir la mirada: dejar de lado la mirada negativa y estadocéntrica –definiéndolos por lo que no tienen (carenciados, excluidos, marginados)– para adoptar otra que tenga como punto de partida las diferencias que ellos han creado para, desde allí, visualizar otros caminos posibles. De esta forma, los pobres de la ciudad se incorporan a la experiencia que ya venían haciendo los pobres del campo –tanto los indios como los campesinos sin tierra– que en un prologando proceso de luchas han creado o ampliado sus espacios arrebatando millones de hectáreas al latifundio y los hacendados, o bien

4. Lo cierto es que la homogeneidad cultural nunca existió, como han señalado quienes trabajaron desde la perspectiva de la historia social, con E.P. Thompson a la cabeza. Pero ahora estamos ante un problema mayor. Los cambios que se verificaron en nuestras sociedades son de tal envergadura, que para comprenderlos no es suficiente el legado de la historia social (historia de la clase obrera, básicamente); todo indica que deberíamos inspirarnos –incluso en los países y regiones en los que no quedan casi vestigios de los pueblos originarios- en los llamados "estudios subalternos", ya que la complejidad de una sociedad fragmentada por "neocolonialización", requiere otros instrumentos analíticos más adecuados que los que venimos utilizando, por lo menos en el Río de la Plata.

consolidando los espacios que ya tenían (caso de las comunidades indias) al recuperar el control de sus propias comunidades.

Los asentados crearon formas organizativas nuevas estrechamente vinculadas al territorio: la unidad básica en lo cotidiano es la manzana, que elige un responsable o "manzanero", quienes se reúnen en un cuerpo de delegados que elige una comisión directiva. Las asambleas de todos los vecinos del asentamiento se convocan para decidir los asuntos más importantes. Este tipo de organización implica "la existencia de todo un movimiento comunitario donde la vida del hogar parecía prolongarse hacia la comunidad" (Merklen, 1995). En efecto, una de las características al parecer destacadas de la organización territorial es su carácter comunitario, cuestión que no sólo indica que los nuevos movimientos urbanos están en sintonía con los indígenas y sin tierra, sino que supone lógicas de acción muy distintas a la de las asociaciones obreras de carácter instrumental.

Los desafíos al sistema son impensables sin la existencia de espacios fuera del control de los poderosos. Según James Scott, la primera condición para que los grupos subordinados puedan enarbolar su discurso oculto, es "que se enuncie en un espacio social apartado donde no alcancen a llegar el control, ni la vigilancia, ni la represión de los dominadores (Scott, 2000: 149). Los espacios autocontrolados por los dominados son siempre espacios "lejos de", lo que garantiza cierta autonomía, nacen y crecen en "los eslabones débiles de una cadena de socialización: (ídem: 152).

Hasta hace pocos años, el único sector social que contaba con espacios autocontrolados eran las comunidades indias. Sobre todo luego de que la cultura consumista hiciera desaparecer o desfigurara el papel de los clásicos espacios obreros, como la taberna, y que las nuevas formas de organización del trabajo neutralizaran los espacios de comunicación entre los trabajadores. Sin embargo, los sacudones provocados por el neoliberalismo, en particular las migraciones internas aceleradas de las dos últimas décadas, aumentaron las brechas y las grietas por donde los más pobres han venido creando nuevas formas de sociabilidad y resistencia.

Si observamos de cerca los desafíos más importantes lanzados por los sectores populares, veremos que todos ellos partieron de los "nuevos" territorios, más autónomos y más autocontrolados que los que existieron en los períodos anteriores del capitalismo: El Alto, en Bolivia; los barrios y asentamientos de desocupados, en Argentina; los campamentos y asentamiento sin tierra en Brasil; los barrios populares en Caracas, y las regiones indígenas en Chiapas, Bolivia y Ecuador. Más adelante veremos que la crisis de las viejas territorialidades supone, en paralelo, una crisis no menos profunda de los sistemas de representación.

AFIRMAR(SE EN) LAS DIFERENCIAS

Sabemos que sin diferencia no existen ni sujetos ni movimientos sociales. Pero la diferencia es, también, una de las claves del cambio social, según lo vienen mostrando los movimientos que están emergiendo en las dos últimas décadas. En este período del capitalismo el sentido de las luchas de clases parece haberse invertido. En el período del estado benefactor las luchas tenían un efecto integrador porque, más allá de las demandas concretas que enarbolara cada sector social, el modelo de desarrollo era capaz de ofrecerle un lugar a los sectores populares. En ese período, la lucha era impensable sin elevar demandas al estado. Los sindicatos, con sus estructuras estadocéntricas, sus reglas y formas de la democracia representativa, reforzaban esa tendencia. En la lucha los de abajo aprendían a ejercitarse como ciudadanos. Por el contrario, en este período excluyente del capitalismo la lucha social de los excluidos tiende a reforzar las diferencias.

Las distancias entre el viejo movimiento obrero y sindical y los actores actuales son nítidas en dos aspectos: las relaciones con el territorio y las relaciones de re-producción. Las primeras suponen el paso de la heteronomía a una autonomía relativa, evidenciada en el momento insurreccional. La segunda, íntimamente vinculada a la anterior, supone el tránsito que están haciendo los sujetos desde la dependencia del capital al control de la producción y reproducción de sus condiciones de vida. Ambos suponen un giro copernicano en el movimiento social urbano y constituyen, a mi modo de ver, la principal diferencia entre los movimientos latinoamericanos y los del primer mundo (Zibechi, 2003a).

Del arraigo y el control territoriales pueden deducirse un conjunto de características que atraviesan a los nuevos movimientos. Una de las más destacadas es que "el espacio es el lugar por excelencia para la diferencia" (Porto, 2001: 45). Manejos diferentes de los espacios producen situaciones diferentes. Frente a la anterior ciudad controlada por el capital, incluyendo el diseño y la construcción de los barrios obreros por el estado o por la iniciativa privada, espacios de vida, sociabilidad y ocio regidos por el tiempo fabril y la lógica de la acumulación, se erige ahora una nueva ciudad fruto del deslizamiento-movimiento-fuga de una porción nada desdeñable de la población obrera hacia espacios fuera del control del capital; o por lo menos donde el capital tiene una presencia limitada y distante.

El asentamiento, aunque formalmente tiende a reproducir la trama urbana de la ciudad consolidada, se cimenta en rasgos propios, siendo quizá el más destacado la autoconstrucción del hábitat, desde la vivienda hasta los espacios públicos y las calles. Aparecen aquí un abanico de realidades, atravesadas por las diferencias: en cuanto a los espacios en el interior de

la vivienda (donde sobresale un gran espacio central de integración familiar) respecto a la clásica vivienda obrera (inspirada en la funcionalidad de pequeños ambientes compartimentados, calcados de la vivienda de las clases medias), hasta las peculiaridades urbanísticas y arquitectónicas que, en ciudades como El Alto, se traducen en el nacimiento de un estilo inspirado en el barroco mestizo al que algunos arquitectos denominan como "barroco posmoderno" (Limpias: 2002). El propio diseño de los nuevos asentamientos, donde predomina la vivienda de una sola planta, responde a una lógica distinta a la de la gran ciudad: "Mientras unos se arrinconan y superponen incómodamente, los otros se expanden libre y generosamente. Esta diferencia pos sí sola marca distintos caminos en el urbanismo y la arquitectura, además de las diferencias culturales" (ídem).

En suma, concentración versus dispersión. El manejo de un espacio "disperso" brinda a los nuevos sujetos otras posibilidades: una de las más importantes consiste en la deconstrucción del control panóptico que supone, necesariamente, cierto grado de concentración de la población[5]. Si la ciudad construida a imagen y semejanza del capital –lógica de la concentración– anulaba la autonomía de los sujetos, la ciudad dispersa se abre a la diferencia; pero la diferencia está asentada en los lazos, que son de carácter comunitario. Parece, en estos casos, más adecuado a la realidad de estas formas de asentamiento hablar de "lazos comunitarios" que de "comunidad", para no eludir las diferencias con las comunidades tradicionales. En todo caso, la intersección entre diferencia y lazos comunitarios es posible en el territorio, convertido –muy en particular durante los momentos de la rebelión– en unidad política exclusiva y excluyente (Clastres, 2003, 43–45).

En este sentido, la actitud del estado argentino y uruguayo en los momentos de crisis fue la de prevenir el carácter excluyente de la territorialidad de la diferencia, como pudo suceder exitosamente en El Alto. Los asentamientos y barrios pobres del cinturón de Buenos Aires fueron presa, en el contexto del 19 y 20 de diciembre, de un operativo policial destinado a enfrentar unos barrios con otros, difundiendo rumores, actuando a través de líderes vecinales o directamente a través de la policía. Idéntica situación se verificó en Montevideo el 31 de julio y 1 de agosto de 2002, en el pico de la crisis financiera y social. Sin embargo, encuentro enormes similitudes

5. Durante la insurrección boliviana de octubre de 2003, los rebeldes derribaron pasarelas peatonales desde las que los militares vigilaban y disparaban sobre la población. Del mismo modo, el control sobre los asentamientos –espacios planos dispuestos sobre grandes superficies- supone para el aparato represivo ingresar al barrio ya que no existen "alturas" desde las que poder vigilar.

entre las insurrecciones argentina (2001) y boliviana (2003), que derivan de las dos consideraciones con que inicio este apartado.

Por ahora me interesa destacar que los sujetos actúan potenciando las diferencias, profundizándolas; afirmando las diferencias y a la vez apoyándose en ellas. Si la lógica del movimiento obrero era negar la diferencia (hacia "afuera" convirtiendo al obrero en ciudadano y hacia "adentro" reproduciendo en la organización la lógica centralista y unitaria del estado-capital), los nuevos sujetos rehuyen ambas actitudes. El camino recorrido ha sido, también, diferente: la resistencia obrera en el seno del taller neutralizó el taylorismo y lo desbordó como dispositivo de control y de producción; la consiguiente huida del capital, o sea la victoria de la insubordinación obrera, supuso la fuga (iniciada con la resistencia y el desborde) obrera de las relaciones de producción y subordinación establecidas con el capital. En paralelo, se produce un desborde de todas las instancias de control y disciplinamiento, desde la familia hasta la escuela. La destrucción de los espacios creados por el capital, condición de su huida (Harvey, 2004), dejó el terreno libre para nuevas formas de apropiación del espacio por parte de los insubordinados, lo que supuso el tránsito de la lucha por la tierra (como valor de cambio y medio de producción) a la lucha por afirmar una territorialidad (territorio como valor de uso, espacio donde se practica un modo de vida asentado en una cultura). Pero esa re-territorialización no se produce ahora sobre las mismas bases sino que nace de forma inversa: procede del interior de sujetos en formación, portadores de una "otra" cultura-modo de vida que se va fraguando en el proceso de resistencia-insubordinación.

Los grupos que emergen como movimientos lo hacen construyendo nuevas identidades políticas y culturales. En ese sentido, el término "movimiento social" debe entenderse como rechazo del lugar asignado o impuesto y como cambio de lugar social, como deslizamiento en sentido estricto, lo que hace que en ese punto "la geografía y la sociología se confundan" (Porto: 198). Pero si una clase es, como señala E. P. Thompson, un conjunto de relaciones históricas, esos "cambios de lugar" llevan implícitos cambios en las relaciones. Veamos: las diferentes relaciones con el territorio contribuyen a generar, en cada caso concreto, sujetos diferentes. Pero estos sujetos crecen diferenciándose y haciendo de esa diferencia peldaños de afirmación que redundan en más crecimiento diferenciado, no lineal sino –tendencialmente– circular. La lucha es entonces distinta a la lucha obrero-sindical, y lo es en su sentido más profundo: la lucha es para y por la defensa y potenciación de la diferencia.

La producción de vida en los territorios, marca una segunda ruptura radical respecto del pasado industrial. Los sectores populares han puesto en pie, por primera vez en el espacio urbano, un conjunto de formas de

producción autocontroladas, aunque articuladas y dependientes del mercado. Sin embargo, este aspecto no puede hacer perder de vista el hecho fundamental de que vastos sectores controlan ellos mismos sus formas y tiempos de producción, no dominados ahora por el tiempo del capital y su división del trabajo.

En una primera etapa, los nuevos pobres concentraron sus estrategias de supervivencia en los servicios, reciclando materiales de desecho de la sociedad de consumo o aprovechando las grietas para instalarse en áreas como el comercio a través de microempresas o iniciativas familiares. Con el tiempo, llegaron también a la producción manufacturera. La ciudad de El Alto debe ser una de las más cuidadosamente analizadas por el estado y las organizaciones no gubernamentales. El 70% de la población ocupada trabaja en el sector familiar (50%) o semiempresarial (20%)[6]. Ese tipo de emprendimientos son mayoritarios en el comercio y restaurantes (95% de los ocupados), seguidos por la construcción (80%) y la manufactura (75%). En esos sectores predominan los jóvenes: más de la mitad de los empleados en la manufactura tienen entre 20 y 35 años, siendo la presencia femenina abrumadora en el comercio y los restaurantes de las categorías familiar y semiempresarial (Rojas y Gauygua, 2003).

En El Alto el protagonista principal de los mercados laborales es "la familia, tanto como unidad económica generadora de empleo o como contribuyente de mayor número de trabajadores en calidad de asalariados" (Rojas y Guaygua, 2003: 75). En esos espacios surge una "nueva cultura laboral y social", signada por el nomadismo, la inestabilidad y relaciones de trabajo diferentes.

Una investigación cualitativa en las unidades familiares, en las que trabaja la mitad de la población activa de El Alto, concluye que no hay separación entre la propiedad y la gestión de la unidad económica y del proceso productivo, y que en el sector semiempresarial esa separación se registra sólo en el aspecto de la propiedad. La división del trabajo en el taller, aún en los casos en los que la mercancía atraviesa diversos procesos, es mínima; salvo excepciones todos los que trabajan pueden rotar sin que el proceso productivo se resienta. En las unidades familiares predomina el trabajo familiar no remunerado; en buena parte de los casos estudiados, unos se enseñan a otros cómo hacer el trabajo y la administración del tiempo empleado en la realización del producto es de exclusiva responsabilidad

6. Las unidades semiempresariales tienen menos de cuatro trabajadores, siendo uno o dos de ellos familiares, en general el propietario que también trabaja, y otros dos son empleados.

de quien trabaja, siempre que cumpla a tiempo con los pedidos (Poveda, 2003: 22–23). En muchos casos, el estudio señala que algunas microempresas articulan un amplio conjunto de unidades familiares, pero cuando el "propietario" les paga el trabajo suele entregar a las familias "ayudas" o "préstamos en tiempos de necesidad" (ídem: 17).

En estos talleres, Alvaro García Linera observa "una mayor autonomía de gestión laboral" ya que se trata de "una actividad productiva que no queda bajo la directa vigilancia de la patronal" (García, 1999: 118). Agrega que estas formas de producción son no-capitalistas (aunque el mercado y el capital las "refuncionaliza"), e insiste en que no son transitorias sino "la forma histórica y a mediano plazo de la reproducción ampliada del capital en Bolivia" (ídem: 201). Quiero destacar que la mayoría abrumadora de los trabajadores de El Alto, y del conjunto del país, no están sujetos a la división taylorista del trabajo, dominan los tiempos de producción y practican una organización del trabajo casi indivisa, con capacidad de rotación entre los distintos puestos. Este trabajador joven, con elevada proporción de mujeres, muy pobre pero instruido (sólo 8 por ciento de analfabetismo en El Alto, pero el 52% han hecho como mínimo algún año del secundario), con gran autonomía en sus trabajos, con una fuerte presencia de lo familiar, es el que protagonizó la insurrección de setiembre-octubre de 2003.

Mi pregunta es si existe alguna relación entre este tipo de desempeño laboral-familiar autónomo y el hecho de que esos mismos sectores hayan sido capaces de protagonizar una insurrección sin dirección ni dirigentes. La pertinencia de la pregunta radica en que durante el período en que los obreros cedieron la organización del trabajo a la patronal y la gestión de la sociedad al estado, para luchar necesitaban apoyarse en estructuras jerarquizadas y centralizadas, y dependían de sus dirigentes –sindicales y políticos– que los representaban y tomaban las decisiones.

La autonomía de este tipo de poblador respecto del capital corre pareja con su autonomía respecto del estado. En efecto, los problemas más importantes de su vida cotidiana, desde la construcción y mantenimiento del hábitat (vivienda, agua, alcantarillado y calles) hasta aspectos esenciales de la educación y la salud, han sido tomados en mano propia a través de una impresionante red de organizaciones de base. Sólo en El Alto existen, según las diferentes fuentes, entre 400 y 550 juntas vecinales, a razón de una cada mil habitantes mayores de diez años.

El camino de los excluidos bolivianos no es muy diferente del de otros países del continente (Zibechi, 2003b). Incluso en un país como Argentina, que tuvo una importante industrialización para los parámetros de la región, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) sostiene que los cambios en el trabajo han llevado a que los incrementos salariales sólo

alcancen al 19% de la población activa, lo que representa apenas al 8% de la población del país. Por esa razón, la CTA asegura que la acción sindical no puede estar centrada en el salario. El 60% de la población activa son desocupados, trabajadores por cuenta propia y asalariados informales no registrados (Nochteff y Güell, 2003).

Véase cómo en el aspecto productivo opera la misma lógica de la dispersión que hemos detectado en la construcción territorial del hábitat. Dispersión, que no descentralización, lógica estatista esta última que opera desde arriba y es exterior a los sujetos. La de la dispersión es una lógica interior en la que los sectores involucrados despliegan su modo de vida estableciendo una relación diferente con el territorio. Esa lógica interior estaría indicando que, para sobrevivir, los sujetos optan por desplegarse en el territorio en función de una lógica que surge de lo familiar–comunitario.

Quedan pendientes un conjunto de preguntas sobre la forma como se desempeñan los emprendimientos sociales, culturales y económicos entre los sujetos que viven en los "márgenes" del sistema. La más importante me parece que está relacionada con el papel de lo familiar, estructurado en torno a una nueva familia extendida. Parece evidente que la lógica familiar, o doméstica, se expande hacia la sociedad y empapa las relaciones que establecen los sujetos para producir y reproducir sus vidas; pero también tiende a moldear las formas que los colectivos adoptan para defenderse de las agresiones y para combatir a sus adversarios. ¿Estamos ante una suerte de nuevo modo de producción doméstico? ¿O ante nuevas territorialidades en formación que se apoyan en un "espacio doméstico y de producción" (Porto, 2001: 203), que induce otras formas de desplegarse los sujetos en el espacio?

Si, como pienso, la realidad va por el segundo carril, estamos ante la creación de nuevas situaciones signadas por la profundización de las diferencias. El desocupado de los sectores populares que vive en asentamientos afirma su diferencia convirtiéndose en piquetero y más tarde en productor autónomo. El camino es muy similar entre otros grupos de la región, que combinan la fuga de las relaciones capitalistas con la simultánea creación de relaciones en la dispersión, como forma de afirmar la diferencia.

LA POLÍTICA DESDE LOS MÁRGENES

Hemos visto que durante el período del desarrollo industrial, de la soberanía nacional y de los estados benefactores, el centro del escenario lo ocuparon los sindicatos. El movimiento social en ese período estuvo caracterizado por la demanda de derechos de los trabajadores en tanto ciudadanos, y la focalización de esa demanda hacia el estado por un movimiento dispuesto

como un aparato unitario y centralizado. Las formas de lucha privilegiadas eran la huelga, la manifestación y, en situaciones excepcionales, el levantamiento de perfiles insurreccionales frente a un estado que asumía contornos dictatoriales. El sindicato fue la expresión de la unidad de los trabajadores frente al capital, en tanto la identidad de clase fue capaz de superponerse a otras identidades, del mismo modo que la identidad nacional subsumió identidades que existían dentro de los límites del estado nación. En suma, sociedades de ciudadanos culturalmente homogéneos (en el discurso oficial por lo menos) atravesados por una irreconciliable división en clases que se escenificaba y dirimía en el campo de la política.

En aquella sociedad, que se la suponía integrada y de pleno empleo, los ciudadanos transitaban a lo largo de sus vidas por espacios de control y disciplinamiento: de la familia patriarcal a la escuela, del servicio militar a la fábrica taylorista-fordista. Ciertamente, no todos los habitantes eran ciudadanos, pero sí lo eran formalmente la inmensa mayoría, en tanto los bolsones de "marginación" tenían la expectativa fundada de poder recorrer por lo menos los tramos iniciales del trayecto de ciudadanización. Las dos últimas décadas, como sabemos, invirtieron esta tendencia, generando la exclusión de alrededor de la mitad de la población, por lo menos en el cono sur del continente. No sólo eso, sino que las expectativas de integración e igualdad dejaron de ser ofertas tentadoras, toda vez que los peajes socioculturales que deben pagar para alcanzar el estatus de ciudadanos, han demostrado ser demasiado gravosos para los diferentes: suponen renegar de su cultura diferenciada, que es justamente el factor que les está permitiendo sobrevivir en la adversidad.

La irrupción de los que están en el subsuelo, ¿transitará a través de los mismos carriles por los que transcurrieron las rebeliones y las luchas obreras? ¿Cómo podemos deducir o descifrar las formas de hacer política de los excluidos? El momento privilegiado, el que ilumina aún fugazmente las zonas de penumbra (o sea los márgenes mirados desde el estado), es la insurrección, el momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus estrategias. Reflexionando sobre la insurrección boliviana, Silvia Rivera señala la contradicción entre el espacio-tiempo del capital (público y visible, patriarcal y colonial) y el espacio-tiempo de los sujetos en rebeldía (invisible, inmanente):

"Si durante el levantamiento, eran mayormente mujeres y jóvenes de la ciudad más indígena de Bolivia quienes daban sustento a la ética del levantamiento y le otorgaban un sentido de dignidad y soberanía colectivas, a la hora de discutir soluciones vuelven a escucharse tan sólo voces masculinas, occidentales e ilustradas (…) Entre tanto, esa sociedad y esa democracia de las y los de abajo, la que convocó minuciosamente a

organizar la rabia y a romper el silencio, se sumerge de nuevo en el manqhapacha (espacio–tiempo interior), retorna a los lenguajes del símbolo y a los idiomas ancestrales (Rivera, 2004)."

En la cotidianeidad de sociedades escindidas, dominan la escena los tiempos públicos; sólo son audibles las voces de las elites económicas, políticas y sindicales. Por eso la insurrección argentina fue tan "sorpresiva" como "espontánea" para esas mismas elites, que no pueden escuchar los sonidos subterráneos, pese a que durante más de una década retumbaron la voces del subsuelo anticipando lo que se avecinaba.

Entiendo que no se trata de definir cómo debe ser la acción política de los excluidos (tarea para dirigentes partidarios o académicos), sino deducirla de lo que efectivamente están haciendo los grupos sociales que componen por lo menos la mitad de las poblaciones del cono sur, y alientan los más activos movimientos. Ciertamente, una parte de los que se movilizan reproducen en sus organizaciones y formas de acción aspectos esenciales del sistema capitalista. Sin embargo, si enfocamos nuestra atención a los momentos más críticos, las rebeliones argentina y boliviana o a las iniciativas de una parte de los excluidos uruguayos durante la crisis de julio–agosto de 2002, o sea el "movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos", según la conocida expresión de Marx, podremos observar que, efectivamente, en los márgenes se hace política.

Encuentro cuatro características de la acción política desde los márgenes, que se han expresado con diferente intensidad. No creo que existan jerarquías entre los rasgos que señalaré, pero sí encuentro que todos aparecen interconectados de forma no–lineal, sin llegar a constituir relaciones de causa-efecto. Y, ciertamente, todo este movimiento de los excluidos sucede en espacios y territorios donde re–producen sus vidas.

La primer característica es la politización de sus diferencias sociales y culturales, o sea de sus modos de vida. Esta es la forma de poder conducir un proceso que hasta cierto momento no era conciente. Es lo que sucedió en Bolivia a partir del proceso que desencadenó el Manifiesto de Tiahuanaco (1973), donde "la diferenciación étnica claramente toma un camino político", politización a la que se define como "etnicidad" (Regalsky, 2003: 115). O sea, un proceso fluido de resistencia en el que se verifica la territorialización y, a la vez, la estructuración del espacio político por parte de las comunidades rurales y de los aymaras y quechuas emigrados a las ciudades.

En Argentina, los piqueteros politizan sus diferencias sociales cuando, antes que volver a trabajar para un patrón por un salario miserable, optan por convertirse en colectivos de productores autónomos sin división del trabajo (Zibechi 2003b); cuando deciden cuidar la salud procurando

romper la dependencia de los medicamentos y de la medicina alopática; o cuando encaran la educación con criterios propios no estatales (Página 12, 2004) Incluso en Uruguay, donde los excluidos recorren un camino tortuoso para despegarse del potente estatismo, del que la izquierda es el máximo exponente, han sido capaces de crear cientos de huertas comunitarias, con cultivos orgánicos y coordinadas sin coordinadora (Brecha, 2003).

Politizar la diferencia es tanto como dejar de ser diferentes de forma inconsciente y mecánica. La autoconciencia colectiva es lo que permite orientar procesos y adquirir una visión del papel de ese colectivo en el mundo. Es lo que hizo Marx respecto a la clase obrera. En este camino de autoconciencia (comprender y nombrar lo que se es y se está haciendo), la educación popular está jugando un papel relevante, ya que sin autoformación no parece posible superar la dependencia. Pero hay algo más. Supone comprender también que "nada es irracional desde el punto de vista del actor" (Wallerstein, 1999: 29). Lo que nos lleva directamente a poner en cuestión que exista alguna racionalidad universal que pueda estar por encima de los sujetos concretos y marcarles algún camino, aún el del socialismo. De ahí, enfatiza Wallerstein, la necesidad de comprender que "todo el mundo es formalmente racional", lo que supone ser capaces de combinar la subjetividad irreductible de las conductas humanas con elecciones lúcidas e inteligentes. Esta afirmación tiene enorme trascendencia si, como creemos, los excluidos están construyendo un mundo nuevo (para ellos), ni mejor ni peor sino, sobre todo, diferente. Pensar que los excluidos "no pueden", es pensar que sigue existiendo una racionalidad formal: la de los partidos y la academia, o sea, la del estado.

La segunda característica de la acción política de los excluidos se relaciona con la crisis de representación o la presencia activa de los representados. No pretendo abordar un debate que ya tiene una extensa bibliografía, sino señalar qué es lo que está sucediendo al respecto en algunos movimientos. Por un lado, se puede verificar que "la desconstrucción de las territorialidades heredadas se procesa a través de una profunda crisis de los sistemas de representación" (Porto, 2000: 51). En efecto, la huida del capital provoca crisis territorial que se convierte en crisis de la representación ya que ésta aparece vinculada al territorio.

Veamos. El obrero no controla el espacio en el que produce sino que es controlado a través de la organización del trabajo, de forma microscópica. La desindustrialización, huida del capital, supone la destrucción de los espacios en los que el obrero era controlado. Algo similar puede decirse de las crisis urbanas que acompañan la emigración del capital (Harvey, 2004). La trama urbana, como panóptico, es desestructurada por esa huida. En su lugar,

hemos visto, los sectores populares crean nuevas formas de organizarse para producir y de apropiarse del espacio. Por un lado, la huida del capital está relacionada con la emergencia de actores de los cuales huye: la insubordinación obrera. Por otro, los nuevos actores "se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (Porto, 2000: 208); tanto en el espacio urbano como en el productivo. ¿Quiere decir que son portadores de nuevas formas de representación? Es posible. Pero la representación es una "estructura de dominación" (Weber, 1993: 235) que, tal como hoy la conocemos, fue creada por el capitalismo y está integrada a la forma–estado, que atraviesa una crisis profunda.

Por el contrario, algunos movimientos tienden a recuperar en la práctica la figura del delegado como alternativa a la del representante, que cada vez más sectores sociales rechazan (Williams, 2000: 282). Y es que el nuevo hábitat comporta otras formas de relacionarse y nuevas prácticas culturales. En los espacios que van creando–ocupando los sujetos en formación, se producen los encuentros y las relaciones que hacen surgir (o no) potencialidades. En suma, los nuevos territorios son espacios en los que se componen relaciones que con su potencia destituyen las viejas representaciones. Pero no quedan ahí las cosas. Aunque desaparecen las viejas mediaciones, aparecen otras. Así, los movimientos, como señala Porto Gonçalves sobre los seringueiros, van formándose en tensiones y contradicciones –"con/contra"– que los enfrentan a los poderosos y los poderes, pero también "con/contra la Iglesia, los sindicatos, los partidos políticos y sus intelectuales" (Porto, 2000: 215). Esa dinámica "con/contra" supone reconocer que en el "abajo" existe también un "arriba", y que en esa dinámica "sus" nuevos mediadores –representantes o incluso los delegados, o sea los que hablan en el lugar de ellos– deberán seguir siendo presionados, quizá de maneras diferentes a las que utilizan para presionar al estado. "En el caso de aquellos que en la naturaleza de sus actividades no se encuentra el hablar, el escribir, su fuerza está fuertemente asociada a su presencia física en el espacio" (Porto, 2000: 214). Para que se los reconozca, necesitan ocupar el espacio, perturbar el orden para ganar visibilidad, "hacerse presente" para destituir a quien los re–presente.

Como hemos visto, la crisis de representación está estrechamente vinculada al "nuevo protagonismo social" (Colectivo Situaciones, 2002,: 145–162). En efecto, existe una contraposición entre representación y expresión, ya que "por debajo de las relaciones de representación –clásicas de la subjetividad política– trabaja una dimensión expresiva" (145). Mientras la lógica de la representación es la separación y la trascendencia, la de la expresión es la de la experiencia y la inmanencia. Así, las categorías de la representación son: consenso, articulación, opinión, redes explícitas, co-

municación y acuerdo; y las de la expresión: encuentros, composiciones, desarticulación, resonancias y redes difusas (146). Por otro lado,

trabaja en términos de composición, de la constitución de un tiempo, de formas y de un espacio autónomo para desplegar la existencia. Por esta vía, la expresión nos permite explicar la producción del mundo como una "ética sin sujeto", es decir , como el proceso productivo –no conciente, deslocalizado– de valores de una nueva sociabilidad, por parte de una multitud de experiencias que participan de la producción de sentidos vitales sin ningún tipo de coordinación conciente y voluntaria (Colectivo Situaciones, 2002,: 146; énfasis míos)

Esta es, digamos, una lectura no estatal sino al interior de la revuelta de los movimientos que desembocaron en la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001. Es la acción social la que socava –mediante una forma de protagonismo diferente– la representación. En el mismo sentido, Silvia Rivera sitúa la insurrección boliviana en el ciclo anual que comienza en octubre, el awti pacha ("tiempo de hambre, tiempo de aguantar"): "momento del ciclo anual cuando la gente se ajusta los cinturones y se repliega a una fase de no consumo, recurriendo a las reservas de chuño, granos, carne seca, que permiten aguantar una austera sobrevivencia hasta que llegue de nuevo la abundancia" (Rivera, 2004: énfasis mío). En suma, tiempos circulares e interiores que son los que definen los tiempos del despliegue insurreccional[7]. Tiempo interior que cuestiona de raíz el tiempo único –y virtual– de la representación.

El tercer aspecto de esta crisis se relaciona con la oposición que Weber plantea entre representación y solidaridad: como relaciones sociales que son, la primera se registra cuando la acción (consulta o no) de un miembro se imputa a todos los demás; por el contrario, la solidaridad se vincula a que la acción (indistinta) de cualquier miembro, resulta imputable a todos los demás (Weber, 1993: 37). Interesa resaltar cómo Weber atribuye la representación a una situación de no solidaridad, o sea, a la inexistencia de lazo social solidario. En consecuencia, la "situación de representación" se registra en las asociaciones o uniones destinadas a conseguir un fin. En tanto, la "situación de solidaridad" aparece vinculada a las comunidades, en el sentido amplio del concepto.

Parece evidente que la acción social, cuando asume la forma de lazo comunitario o solidario, destituye –sin una acción "conciente y

7. En Argentina, la insurrección estuvo vinculada a la proximidad de las fiestas navideñas, momento de expansión del gasto familiar, que los sectores populares debían afrontar sin recursos por la crisis financiera.

voluntaria"– la relación de representación. Es, apenas, el resultado de la presencia-expresión de los representados que, en ese proceso, dejan de serlo. Porque para que funcione la representación, y la lógica del estado como "signo consumado de la división en la sociedad", debe existir y ser la expresión de "un cuerpo social fragmentado, un ser social heterogéneo" (Clastres, 2004: 75). La representación opera sobre la ausencia de lazo social.

Por último, la presencia expresiva del lazo social produce la ruptura del panóptico-estatal y, con ello, desarticula cualquier síntesis–representación. En su lugar, en el espacio-tiempo de la representación, se despliega la multiplicidad. Dicho de otro modo, la emergencia de lo múltiple –multiplicidad de espacio–tiempos expresivos, no representables– desarticula la representación como síntesis estadocéntrica: revuelta contra la separación, autonomía, in-sumisión, "rechazo a la sumisión" (ídem: 76).

La tercera característica de la acción política en el sótano consiste en su no-estatalidad, o sea, en que no sólo rechaza la forma–estado sino que adquiere una forma-no-estatal. Al haber destruido el estado del bienestar, las elites no sólo debilitaron su capacidad para mantener la hegemonía sino que también debilitaron la forma-estado presente en el seno del movimiento social, entre los oprimidos y explotados, que facilitó la cooptación o la neutralización de las clases peligrosas. Si efectivamente la revuelta ilumina las relaciones al interior de los dominados, en América Latina se ha producido toda una saga de revueltas sin dirección, "sin memoria organizadora o autómata central" (Deleuze y Guattari, 1994: 26). Las relaciones al interior del espacio de la sublevación tienden a basarse en otras formas; la argamasa que une e impulsa a los sublevados no está siendo la forma–estado, vertical y piramidal, sino un conjunto de vínculos más horizontales, pero también más inestables que los aparatos burocráticos.

La expresión más conocida de esta característica destituyente de la representación, es el "que se vayan todos" que surgió a partir de las jornadas del 19 y 20 de diciembre en Argentina. Tanto en asambleas barriales como entre algunos grupos piqueteros y fábricas recuperadas, esta consigna general tiene expresiones concretas: "entre todos todo", que tiene enorme similitud con el zapatista "entre todos lo sabemos todo". Ambas formas de hacer (porque esos lemas expresan el hacer cotidiano de los grupos que los formulan), apuntan tanto a la no división del trabajo y del pensar–hacer, pero también a la inexistencia de dirigentes separados de los grupos y comunidades.

En paralelo, esta forma no estatal tiene mucho que ver con la insumisión generacional y de género. En El Alto, en octubre de 2003 la insurrección tuvo este perfil:

"El papel de las mujeres fue absolutamente crucial. Al organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográficas un juego de rumores "desestabilizadores" de la estrategia represiva, al reorganizar circuitos del trueque y ollas populares para los marchistas, lograron derrotar moralmente al ejército, dando no sólo el sustento físico, sino el tejido ético y cultural que permitió a tod@s mantenernos furibundamente activ@s, roto el muro doméstico y transformadas las calles en el espacio de la socialización colectiva (Rivera, 2004). "

Esta forma de acción ha sido definida, en particular entre los indígenas, como "conducir desde atrás", un estilo que requiere la existencia de comunidades o grupos compactos, en los cuales se arraiga una forma diferente de hacer política que se expresa, entre otras formas, "en la designación de representantes ante 'ellos', en la manera de controlar a estos representantes y relacionarse con ellos, y en el modo de moverse en bloque que, desde atrás, va guiando y determinando los pasos de aquellos a quienes ese conjunto colocó adelante" (Gilly, 2003: 26).

Una vez más, surgen similitudes notables en espacios distantes: el "conducir desde atrás" parece hermano gemelo del zapatista "caminar al paso del más lento". Pero sería un error atribuir estas formas de acción en exclusiva al "movimiento indígena" o a las particularidades de las cosmovisiones de los pueblos originarios. Formas semejantes están siendo practicadas en espacios sociales muy diferentes. El denominador común que habilita este tipo de experiencias colectivas parece estar relacionado con la re-construcción de vínculos de carácter comunitario (no necesariamente comunidades en sentido restringido), por parte de actores desplazados (jóvenes, mujeres, viejos y nuevos pobres).

La tendencia de algunos movimientos a no dotarse de formas institucionalizadas, o sea el debilitamiento de la forma–estado en el interior del mundo de los oprimidos, se manifiesta de forma muy desigual en países, regiones y, sobre todo, en las diferentes situaciones que viven. Así, en países donde el estado-nación mantiene una presencia importante (caso de Brasil) los movimientos tienden a formar estructuras más estables y jerarquizadas. Por el contrario, en situaciones de aguda descomposición estatal (Argentina 2001-2002 o Bolivia entre febrero y octubre de 2003) la tendencia fue a que la no–estatalidad de los espacios domésticos se extendiera como forma de acción a espacios públicos muy amplios. La ruptura del "muro doméstico" trajo, para sorpresa hasta de los propios protagonistas, la nueva de que la ocupación del espacio público se produjera portando los hábitos y formas propios del espacio doméstico

(sartenes y cacerolas y en Buenos Aires; hacer de las "artes chismográficas un juego de rumores desestabilizadores" en El Alto). Así, en Buenos Aires los vecinos acudían a las asambleas –en las plazas del barrio– con sus animales domésticos y llevaban las sillas desde sus casas, mientras en El Alto velaban a sus muertos en las calles polvorientas autoconstruidas por la comunidad.

Estos breves ejemplos, hay miles en cada pico de la movilización no vertical[8], ilustran la potencia que está adquiriendo el espacio doméstico, en el preciso momento en que la estatalidad atraviesa fases de debilitamiento con crisis puntuales. Encuentro grandes diferencias entre las formas que adquiría la movilización sindical en el período de centralidad del movimiento obrero y las formas actuales de la protesta de los llamados excluidos. Me parece aún muy prematuro establecer conclusiones al respecto, pero las diferencias son notables: la actividad del movimiento obrero estaba revestida con las formas respetables de la democracia representativa, en el escenario público, y estaba condicionada por la aceptación de las reglas del capital en el taller, del patriarcado en la familia y de las jerarquías en todos los espacios de socialización. De modo que la aceptación de los hábitos jerárquicos por abajo iba de la mano de la sumisión al estado, y las formas de acción (la huelga y la manifestación de calle) iban dirigidas a apuntalar "una estrategia de presiones oficinescas a las que se subordinaba el resto de las medidas de presión" (García, 1999: 49).

Por el contrario, en el período actual signado por el debilitamiento de los estados nacionales, veo a los movimientos más removedores actuando de modo "autocentrado": desde la elección de representantes "ante ellos" hasta la adopción de formas de lucha autoafirmativas (Zibechi, 2003b: 31). Comparando la reciente "guerra del gas" con la movilización campesina de veinte años atrás, se dijo: "Ahora los indios no piden nada, exigen soberanía sobre un recurso estratégico y todo bajo el concepto de territorio" (Mamani, 2004, énfasis mío). Aparece una nueva semejanza entre Bolivia y Argentina: exigir "que se vayan todos" es tanto como no pedir nada, "sólo" exigir soberanía. Y es que al no reconocerle legitimidad al estado, la acción de demandar pierde todo su valor.

---

8. Ranajit Guha, en el caso de la India colonial, compara la política de la elite con "la política del pueblo". Señala que "la movilización en el ámbito de la política de la elite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente". Añade que la primera era "más cauta y controlada", mientras la segunda era "más espontánea" y se basaba en la organización tradicional de parentesco y territorial (Guha, 2002: 37).

Como puede verse, la no-estatalidad de la acción política abre la caja de pandora. Luchas sin estado, y no contra el estado; pensar sin estado, y no contra el estado, supone colocarnos en otras coordenadas, inéditas e impensables poco tiempo atrás. Por lo pronto, podemos considerar a la boliviana como "una revuelta del sentido común y el trastocamiento de la arquitectura invisible de la sociabilidad cotidiana" (Rivera, 2004). Una revuelta autocentrada, que no depende de los tiempos del afuera, ni de las agendas oficiales, ni de la racionalidad política estatal. Estamos ante revueltas que surgen de necesidades y tiempos interiores, que antes de "salir" al espacio público han recorrido un camino subterráneo. En efecto, los actos temerarios y altaneros que impresionan a las autoridades, "fueron tal vez improvisados en la escena pública, pero habían sido ensayados por largo tiempo en el discurso oculto de la práctica y cultura populares" (Scott, 2000: 264).

La cuarta característica que encuentro, es que las formas de lucha más destacadas están relacionadas con la defensa y afirmación de las diferencias. Las nuevas formas de acción son "naturales" para sujetos que han hecho de sus territorios espacios en los que re-producen sus vidas: cortes de rutas, piquetes, levantamientos comunitarios, entre los más destacados.

El corte de ruta ("bloqueos" para los bolivianos, "piquetes" para los argentinos), quizá la forma de acción más extendida de los movimientos que abordamos, nació en Bolivia en la protesta conocida como "masacre del valle" de Cochabamba, en 1974. La movilización abrió una nueva etapa del movimiento campesino, en la que se conjugó la emergencia de "una nueva generación de dirigentes, con mayor acceso a la educación superior y más amplios contactos", y la difusión de la corriente katarista, que fueron "el eje de la reorganización autónoma del sindicalismo campesino" (Rivera, 1983: 144). La movilización del campesinado cochabambino (duramente reprimida por la dictadura de Hugo Bánzer) fue el punto de partida de la ruptura del pacto militar-campesino que se concretaría cinco años más tarde. En esa movilización el bloqueo de carreteras fue incorporado al repertorio de formas de acción, siendo en adelante el recurso más importante de las movilizaciones rurales, primero, y luego de las urbanas a partir de la "guerra del agua" de Cochabamba en abril de 2000.

En Argentina, la modalidad del corte de ruta o "piquete", nació también de sujetos en transformación fuertemente territorializados: en Cutral Có, pequeña ciudad de la provincia sureña de Neuquén y en la norteña General Mosconi, en 1996. En ambos casos los ex obreros petroleros (actividad que daba trabajo y vida a las ciudades) pasaron de la ocupación "de por vida" a la absoluta incertidumbre, del salario seguro a la pobreza, y se autotransformaron de obreros en piqueteros en el breve

lapso que va de 1992 (privatización de YPF) a 1996–97 cuando se lanza la actividad piquetera. En los dos casos, la aparición de esta nueva modalidad de acción se produce en un proceso de profunda reconfiguración de sujetos sociales.

El corte es una tecnología de lucha de usos múltiples. Oscila entre la interrupción de la circulación de mercancías, la protección de regiones o ciudades y, en su versión "ofensiva", llega hasta el cerco progresivo como amenaza de aislamiento de la ciudad o de complejos estatales. Postulo que la amplitud que ha alcanzado el corte de ruta se relaciona con la territorialización de la protesta y del movimiento social. El corte es la mejor forma de defender los espacios controlados por los nuevos sujetos, pero en paralelo parece necesario considerar que en la inmensa mayoría de los casos tiene un carácter defensivo, no ofensivo en el sentido de instrumento para la apropiación del poder estatal. Por otro lado, el corte de ruta como repertorio se está transformando, cuestión que rebasa los objetivos de este trabajo, como viene sucediendo en los casos de Argentina y Bolivia.

Los pasos que viene dando el zapatismo parecen confirmar este postulado. La actividad "militar" del EZLN tiene como objetivo primordial la defensa de los Caracoles, los espacios de autonomía municipal y regional que han construido los rebeldes. En Argentina y en Bolivia, en amplias regiones de Ecuador y de forma menos visible en otros países del continente, el resultado de una década larga de levantamientos, revueltas y motines, es la ampliación de los espacios de autonomía de hecho, no instituidos como en el caso chiapaneco, pero no menos eficientes en cuanto a su funcionamiento cotidiano. La región boliviana que circunda al lago Titicaca –donde se establecieron los cuarteles generales aymaras– y la propia ciudad de El Alto; los "territorios étnicos" en la sierra ecuatoriana, en espacios a más de 3.000 metros de altitud (Galo, 1993), pero también zonas del conurbano de Buenos Aires (y de forma incipiente la periferia de Montevideo[9]), presentan la forma de territorios donde se practica una autonomía implícita, en espacios donde el estado nacional tiene poca o nula incidencia (habiendo sido explícitamente expulsado como en el caso boliviano) o está siendo sustituido por las redes de sobrevivencia de la población. La existencia de estos espacios es lo que ha permitido a los sectores populares sobrevivir a los efectos aniquiladores del neoliberalis-

9. Sobre los pasos que vienen dando los "marginados" en Montevideo, véase Brecha (2002) Carlos Liscano "La desaparición del estado" y Brecha 2003, Mariana Contreras "Encuentro de huertas urbanas. De sembrar y cosechar".

mo, cuando todo indica –si nos atenemos a los índices económicos y al deterioro de sus ingresos– que "deberíamos estar viendo a gente morir de hambre por las calles"[10].

El corte de ruta, que se asienta en relaciones solidarias y comunitarias, es el principal método elegido por los rebeldes para proteger y defender los espacios que les permiten sobrevivir manteniendo sus diferencias, así como utilizarlos como plataformas desde las que seguir lanzando formidables desafíos a los poderosos.

LA AGENDA OCULTA O SUBTERRÁNEA DE LOS MOVIMIENTOS

Consideremos las crisis que provocan los levantamientos populares como momentos privilegiados para re–conocer el mundo del subsuelo y, en paralelo, como los momentos de mayor creatividad visible o "exterior" de los dominados. Dicho de otro modo, el levantamiento ilumina la creación interior de los movimientos, que habitualmente sucede en tiempos de "reflujo" y en las sombras, lejos de la visibilidad mediática. Ciertamente, no todos los levantamientos son portadores de características similares, ni siquiera guardan similitud dos levantamientos consecutivos protagonizados por los mismos actores en el mismo espacio. Prueba de ello son las diferencias sustanciales entre la media docena de levantamientos protagonizados por la CONAIE, en Ecuador, desde 1990. Sin embargo, la revuelta ilumina la agenda oculta de los diferentes actores, aunque esa iluminación apenas devele aspectos parciales de esos proyectos.

Con los términos proyecto o agenda, no pretendo sustituir los vocablos "programa" o "estrategia", ejes de la construcción racional de las izquierdas y del movimiento sindical. Podemos develar un "proyecto" subterráneo, o implícito, sólo a posteriori y en la larga duración[11]. Por agenda o proyecto subterráneo debemos entender el recorrido que los subordinados están haciendo para sobrevivir. En un período de descomposición sistémica, ese "proyecto" tiene más posibilidades de convertirse en realidad, pero ese

---

10. La frase pertenece al economista venezolano Asdrúbal Baptista, citada por Alejandro Moreno (Moreno, 1993: 173 supra) para explicar las razones que permiten a los sectores populares seguir reproduciendo sus vidas contra todo pronóstico. Para Moreno, la explicación es que "el pueblo tiene sus propias formas de sobrevivencia basadas en su estructura relacional que tiene su centro de condensación en la familia popular, la cual, por otra parte, posee características muy propias".

11. En el caso ecuatoriano, el proyecto subterráneo de larga duración de los quichuas de la sierra habría sido la "reconstrucción de los territorios étnicos" (Galo, 1993: 188-)

no es nunca su aspecto más destacado, ya que no es una construcción abstracta sino el camino que están recorriendo los sectores populares como consecuencia de una serie de escogencias hechas a lo largo del tiempo, con el objetivo de seguir existiendo.

Sería un grave error considerar que los vocablos "oculto" o "subterráneo" pretendan que existe una ocultación deliberada por parte de los protagonistas, con el fin –racional– de engañar a sus adversarios. El carácter de oculto (pueden usarse sinónimos como enmascarado, encubierto o desfigurado, que ayudan a comprender el carácter del tal "ocultamiento") lo es también para los propios protagonistas. Reflexionando sobre la historia de la confederación campesina boliviana (CSUTCB), Pablo Regalsky señala que "el verdadero movimiento de la gente seguía una agenda oculta, diferente a la que imaginaban los líderes pero también diferente a la que imaginaba la propia gente al empezar a actuar" (Regalsky, 2003: 130; énfasis míos). Hacerlo visible supone, junto a la mirada larga, comprender el movimiento en su lógica interior, en su inmanencia. Incluso en sus cambios y modificaciones en el tiempo largo (único tiempo en que la inmanencia puede des–plegarse), promovidos también por su lógica interior.

Desde este punto de vista, podemos decir que la estrategia a largo plazo de los que viven en el sótano, está siendo la de construir un mundo diferente desde el lugar que ocupan. En ese sentido, rechazan –ahora también de forma explícita y conciente– incorporarse o integrarse en el papel de subordinados o excluidos que les tiene reservado el sistema. Al parecer, el cambio de lugar social ya se ha producido. El momento más álgido del cambio fue la descomposición del estado benefactor por la neutralización del taylorismo–fordismo como forma de control y de producción, por el desborde de las bases obreras y populares. Aquellos sectores sociales que provocaron tal desborde, fueron luego empujados al sótano por el capital al huir de la insubordinación social, bajo la forma de desindustrialización, flexibilidad laboral, globalización.

Tampoco debemos pensar que los sectores populares actúan de forma ciega o "espontánea". La espontaneidad no existe en los tiempos largos. Es una de las maneras encontradas por el estado, y sobre todo por los partidos de izquierda, para enjuiciar a los subordinados cuando no actúan de la forma esperada, en base a la racionalidad formal de causa–efecto. Se los acusa a menudo de que sus acciones no contemplan un plan para sustituir el sistema actual por otro. Sin embargo, podemos aceptar con Ranajit Guha que *el campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba. El hecho que su acción se dirigiese sobre todo a destruir la autoridad de la elite que estaba por encima de él y no implicase un plan detallado para reemplazarla no lo pone por fuera del reino de la política. Por el contrario, la insurgencia*

afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación (Guha, 2002: 104).

Es muy probable que el proyecto subterráneo de los movimientos populares que nacen en el "sótano", sea la dispersión del estado neocolonial y neoliberal. Del estado sin más. Pero eso no lo sabremos poniendo un micrófono delante de los protagonistas porque, siguiendo el ejemplo anterior, probablemente ellos tampoco lo estén formulando de esa manera, por lo menos en el estadio actual de las luchas. Sabemos, sin embargo, que "el movimiento que está sucediendo ante nuestros ojos" (Marx) consiste en un gigantesco esfuerzo para la sobrevivencia cotidiana de los oprimidos, y que ese esfuerzo implica fortalecer los espacios y los lazos comunitarios que vienen construyendo y recreando. La lógica de esa re–creación de vínculos en espacios separados, parece consistir en afirmar las diferencias, ya que sólo de esa manera los dominados pueden sobrevivir. O, mejor dicho, sólo pueden sobrevivir como diferentes (y en la diferencia).

En las dos últimas décadas los movimientos vienen recorriendo una serie de caminos que –en muchos casos– apuntan en direcciones similares. No se trata de un camino, ni de un movimiento, sino de tendencias que parecen encaminarse en direcciones afines. Mucho más no puede decirse. Lo que sí podemos asegurar, es que hay formas de recorrer estos caminos no unificadas, en base a tiempos interiores más que exteriores, sin direcciones que lleven a los movimientos en un sentido preestablecido.

La forma como los movimientos están recorriendo sus caminos es ya de por sí un proyecto de sociedad. Y esto me parece especialmente importante. Dicho de otro modo, la forma de caminar los caminos nos está indicando que hay elementos de nueva sociedad en los movimientos. Que esos elementos se expandan, profundicen y fortalezcan, en vez de debilitarse y extinguirse, depende en buena medida de la conciencia sobre esa diferencia interior que tengan los integrantes de los movimientos. En la forma de caminar aparece, o no, la diferencia; y en ese andar pueden, o no, expandirse los rasgos distintivos. Aunque postulo que la forma de caminar es el verdadero "programa" de los movimientos, esa forma de caminar no es un modelo aplicable a todos en todas partes. En paralelo, no hay ni un caminar permanente ni continuo, ni formas idénticas de hacerlo. En algunos casos se transita por caminos que parecen no llevar a ninguna parte; o directamente no hay caminar permanente (exterior, visible) aunque siempre hay un fluir (o hay silencios en vez de palabra y acción, como nos enseñan los zapatistas).

Debemos confiar que los oprimidos están haciendo experiencias, están aprendiendo incluso a comunicarse sin hablar, a caminar sin moverse, y a luchar sin luchar, cuestiones todas que desafían nuestra capacidad de

comprensión anclada en conceptos binarios y externos, y regida por los tiempos lineales de la producción capitalista.

Entre los muchos desafíos que enfrentamos, está el de pensar y actuar sin estado. Esto supone pensar y actuar en movimiento; pero los movimientos, como hemos visto, apuntan hacia la dispersión, no sólo respecto del estado sino de cualquier punto de apoyo. Un estado de fluidez que disuelve los sujetos. Quizá eso quería decir Marx cuando señalaba, en el Manifiesto de la Internacional a raíz de la derrota de la Comuna, que no tenemos "ninguna utopía lista para implantar" sino "simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno". "Dar suelta": potenciar, afirmar, expandir, irradiar el nuevo mundo que ya vive en el mundo de los oprimidos.

BIBLIOGRAFÍA

- BRECHA 2000 "La desaparición del estado", Montevideo, 5 de mayo.
- BRECHA 2003 "Encuentro de huertas urbanas. De sembrar y cosechar", Montevideo, 7 de noviembre.
- CLASTRES, Pierre 2004 Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- COLECTIVO SITUACIONES 2002 19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social, Buenos Aires, De Mano en Mano.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix 1994 Mil Mesetas, Valencia, Pre–Textos.
- GARCÍA LINERA, Alvaro 1999 Reproletarización. Nueva clase obrera y desarrollo del capital industrial en Bolivia (1952–1998), La Paz, Muela del Diablo.
- GILLY, Adolfo 2003 "Historia desde adentro: la tenaz persistencia de los tiempos", en Hylton, Forrest et al, Ya es otro tiempo el presente, La Paz, Muela del Diablo.
- GUHA, Ranajit, 2002 Las voces de la historia, Madrid, Crítica.
HARVEY, David 2004 "El 'nuevo' imperialismo: sobre ajustes espacio–temporales y acumulación mediante desposesión", en www.vientosur.info
- HYLTON, Forrest y THOMSON, Sinclair 2003 Ya es otro tiempo el presente (Introducción), La Paz, Muela del Diablo.
- LEFF, Enrique 1998 Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder, México, Siglo XXI.
- LIMPIAS ORTIZ, Víctor Hugo 2002 "Ciudad de El Alto: una aproximación a la arquitectura y el urbanismo de la nueva metrópoli altiplánica", en revista Arquitextos, www.vitruvius.com.br/arquitextos.
- LOJKINE, Jean 1999 La clase obrera, hoy, México, Siglo XXI.
- MERKLEN, Denis 2002 "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio", en revista Márgenes, No. 26, Buenos Aires.
- MORENO, Alejandro 2000 "Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social", en Lander, Edgardo (comp.), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, Buenos Aires, Clacso.
- NOCHTEFF, Hugo y Güell, Nicolás 2003 "Distribución del ingreso, empleo y salarios", Instituto de Estudios y Formación de la CTA, Buenos Aires.
- PÁGINA 12, 2004 "Un jardín piquetero en La Matanza", Buenos Aires, 5 de mayo.
- PATZI, Félix "Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: Triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003", en Hylton, Forrest et al, Ya es otro tiempo el presente, La Paz, Muela del Diablo, 2003.
- PORTO GONÇALVES, Carlos Walter 2001 Geo–grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad, México, Siglo XXI.
- POVEDA, Pablo 2003 "Trabajo, informalidad y acumulación: Formas de producción y transferencia de excedentes de la industria manufacturera boliviana", Cuaderno No. 30, La Paz, Cedla.
- RAMÓN VALAREZO, Galo 1993 El retorno de los runas, Quito Comunidec.
- REGALSKY, Pablo 2003 Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio, La Paz, Ceidis.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia 2004 "Metáforas y retóricas en el levantamiento de octubre", en Bolivian Studies Journal/RevistaE, Vol 4, Issue 1.
- ROJAS, Bruno y GUAYGUA, Germán 2003 "El empleo en tiempos de crisis", Avances de Investigación No. 24, La Paz, Cedla.

- SCOTT, James 2000 Los dominados y el arte de la resistencia, México, ERA.
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS, 2003 "Un mundo nuevo", en www.rebeldia.org
- WALLERSTEIN, Immanuel 1999 El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social, Caracas, Nueva Sociedad.
- WEBER, Max 1993 Economía y sociedad, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- WILLIAMS, Raymond 2000 Palabras clave, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ZIBECHI, Raúl 1999 La mirada horizontal, Montevideo, Nordan.
- 2003a "Los movimientos sociales latinoamericanos. Tendencias y desafíos", en revista OSAL No. 8, enero 2003.
- 2003b Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento, La Plata, Letra Libre.